EL VALLE

BERNARD MINIER



black
salamandra

En medio de la noche, una misteriosa llamada telefónica lleva a Martin Servaz a Aigues-Vives, un remoto pueblo de los Pirineos, donde la policía se ha movilizado a causa de una serie de asesinatos particularmente sofisticados. Servaz se reúne con Irène Ziegler, directora de la brigada de investigación de la gendarmería de Pau. Y mientras se disponen a aclarar esos asesinatos macabros, una parte de la montaña se derrumba, corta la única carretera que conduce a Aigues-Vives y deja a asesinos, víctimas e investigadores confinados en el valle.

En un ambiente sofocante, donde los Pirineos se convierten en un auténtico personaje de la novela, Bernard Minier nos brinda un gran thriller en el que Martin Servaz tendrá que enfrentarse sin remedio a los fantasmas de su pasado.

Bernard Minier

EL VALLE

Traducción del francés de
Dolors Gallart





Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *La Vallée*

Procedencia de las citas: Graham Greene, *El poder y la gloria*, DeBolsillo, 2014;
Albert Camus, *La peste*, DeBolsillo, 2006;
y Dante, *Divina comedia*, «Infierno», Penguin Clásicos, 2021

Cuando el líquido le mojó los labios, recordó a su hija, en el momento en que entraba en la cabaña, rodeada por el resplandor del sol; la carita hosca, desdichada y llena de experiencia. Dijo: «¡Oh, Dios, ayúdala! Condéname, lo merezco, pero hazla vivir eternamente.»

GRAHAM GREENE,
El poder y la gloria

Preludio

1

—¿Por qué… hace… esto?

Levantó la vista y se quedó mirando la silueta inmóvil que tenía ante él. Aunque también podía tratarse de una alucinación. Las alucinaciones no son nada extraño en la montaña. Basta con tener algo de fiebre o estar deshidratado, un edema cerebral provocado por la altura… o por la hipotermia. De hecho, estaba tiritando.

Los alpinistas y los excursionistas a menudo evocaban la visión de un personaje imaginario que los había acompañado durante un tiempo. Como el que tenía ahora ante sus ojos. Aun así, el cubo de agua helada que recibió en plena cara no era en absoluto un delirio.

El frío le cortó el aliento y enseguida se le aceleraron el pulso y la respiración. Sabía de qué iba aquello: mientras temblara, todo iría bien; se trataba de los síntomas clásicos de una hipotermia leve.

Entretanto, su cuerpo debía de estar poniendo en marcha el mecanismo de defensa: vasoconstricción; es decir, un estrechamiento de los vasos sanguíneos de las extremidades a fin de preservar los órganos vitales dirigiendo la sangre hacia el corazón y los pulmones. Por eso ya no sentía ni los pies ni las manos.

Volvió la cabeza. Contempló las abruptas vertientes que rodeaban el pequeño lago, la gruesa capa de hielo que lo recubría… Las láminas de roca erguidas sobre el fondo gris del cielo… Toda aquella indiferencia milenaria, aquella montaña inhóspita que sólo ofrecía ante sus ojos el horrible rostro de una muerte cercana. Porque iba a morir, de eso no le cabía la menor duda. La hipotermia iba a pasar de leve a moderada, después a severa y, finalmente, a profunda, lo que desembocaría en un coma y un paro cardíaco. Era inevitable. Le habían quitado toda la ropa. Estaba tendido, desnudo por completo —excepto por la diadema roja que le mantenía las rastas apartadas de la cara—, con los hombros, la espalda y las nalgas en contacto directo con el hielo, y la temperatura había caído a plomo. Debían de estar a quince grados bajo cero.

se lo rueeegoooooo se lo rueeegoooooo
se lo rueeegoooooo

¿Habría pronunciado de verdad esas palabras? ¿O sólo se lo había imaginado?

Empezaba a perder la noción de la realidad.

«Eso es muy mala señal…»

Se iba hundiendo poco a poco en la bruma que separa lo real de la confusión mental.

Preludio

2

La misma bruma que cubría por entero el paisaje cuando se puso en marcha por la mañana.

Había salido a pesar de la niebla, que se había negado a disiparse después del amanecer. Le había faltado poco para renunciar, pero luego había llegado a la conclusión de que, de todas formas, no había nada más que hacer en el valle un domingo de invierno.

Había seguido subiendo, con la piel de la cara tensa por el frío, orientándose en medio de aquella luz mortecina tan sólo gracias a la blancura de la nieve, la cúpula gris del cielo y las aristas de la roca. Después había llegado a la altura del bosque y la niebla se había levantado un poco. Las siluetas de los abetos jóvenes montaban guardia a través de un diáfano velo de bruma. Se había detenido un momento. A pesar del frío, estaba sudando. Fue entonces cuando oyó el ruido, aquel crujido, un poco más abajo: era de una rama seca que había estallado como un petardo, como si la hubiera pisado una bota de gran tamaño.

—¡Eh! ¿Hay alguien?

No hubo respuesta. Quizá fuera un animal, pero ¿qué animal pesa tanto como para romper así una rama? ¿Un oso? Había pasado miles de horas en aquellas montañas sin cruzarse jamás con un plantígrado.

Siguió adelante y abandonó el amparo del bosque para acometer el tramo más escarpado. No era una excursión muy difícil. En verano una multitud de turistas llegaban al lago en poco más de tres horas, pero en invierno el camino estaba desierto, y él disfrutaba aquella soledad.

Más arriba, donde el frío arreciaba, los últimos pinos negros demostraban un vigor superior al de sus congéneres. Con los árboles ocurría igual que con los hombres: por un lado estaban los campeones y, por otro, el resto. La desigualdad y la injusticia son norma tanto en el seno de la naturaleza como en el seno de la especie humana. Kamel no creía en la igualdad. Creía en el conflicto, en la competición, en la supervivencia del más fuerte. En ese momento no podía imaginar que le quedaban menos de cuatro horas de vida.

¿Qué habría hecho de haberlo sabido? ¿Qué haríamos si lo supiéramos? ¿Pondríamos en orden nuestros asuntos? ¿Pediríamos perdón? ¿A quién? ¿Por haber hecho qué? ¿Nos arrepentiríamos de nuestras malas acciones? Él había hecho cosas abominables en su vida, y siempre sin el menor asomo de remordimiento ni vacilación. Y las volvería a hacer si fuera necesario. Tenía que seguir los designios de su

naturaleza; la naturaleza de un hombre depravado y cruel. Aquel otro tipo lo había captado enseguida. Sólo con mirarlo a los ojos había comprendido con quién tenía que vérselas.

La niebla había caído de nuevo, ahora más espesa que nunca, y al no encontrar el glaciar creyó que se había perdido. Sin embargo, la losa de granito que marcaba su límite inferior el año pasado seguía allí, igual que los años previos, y Kamel comprendió que hallaría el glaciar un poco más arriba: la sucesión de varios veranos calurosos y otoños excesivamente cálidos lo había hecho batirse en retirada. Era la crónica de una muerte anunciada: al cabo de veinte o treinta años no quedaría nada de él, y las ciudades del llano serían igual de sofocantes que Orán en pleno verano.

En todo caso, ahora estaba tendido sobre el hielo, y el frío convertía sus mejillas en alfileteros y su cara en una máscara, como esas provocadas por un exceso de cirugía estética. Respiró hondo, antes de perder por un instante la noción de sí mismo. Cuando recobró el conocimiento había dejado de tiritar.

«Esto no pinta bien…»

La desaparición de los temblores indicaba que su temperatura interna había bajado por debajo de los treinta y un grados. Atisbó una silueta inclinada sobre él.

—¿Por qué… hace… esto? —gimió, aunque la mitad de las palabras no llegó a franquear la barrera de sus labios agrietados.

Trató de mover la nuca, pero no fue capaz. La diadema se había endurecido en torno a su cabeza, formando una sólida corona. Una película de hielo le recubría el cuerpo y se resquebrajaba cada vez que intentaba moverse. Aun así, muy pronto, conforme los cubos de agua fueran cayendo sobre él, esa película sería tan gruesa que se encontraría aprisionado en una escafandra rígida y mortal.

En algún lugar, un poco más allá, debía de haber un agujero en el hielo, en el que iban llenando el cubo.

De repente notó un sofoco. ¿Cómo era posible? Entonces recordó que ése era uno de los efectos paradójicos del empeoramiento de la hipotermia. Los músculos responsables de la vasoconstricción acababan por relajarse y, debido a ello, la sangre fluía de nuevo hacia las extremidades.

El pulso le iba al ralentí. Bradicardia. Caída de la presión arterial. Las señales se acumulaban…

Al llegar al refugio —en realidad, una simple cabaña de piedra y pizarra situada al borde del lago—, había decidido descansar un poco antes de volver a bajar. No era un día idóneo para aventurarse por el pico del Gendarme.

Había bebido un poco de café del termo, había aliviado la vejiga y se había tomado una barrita energética. Se había colocado la mochila ligera a la espalda y se había dirigido hacia la puerta abierta del refugio,

por donde entraban la claridad boreal y el viento gélido. Al cruzar el umbral percibió un silbido en el aire y un choque violento en plena cara. Después de eso, nada… Hasta el momento en que lo despertó el primer cubo de agua helada.

Iba a pagar por lo que había hecho, lo sabía. Lo que no entendía era por qué habían recurrido a… algo así.

—¿Quién… quién es usted? —farfulló.

Como era de esperar, no obtuvo respuesta. En su lugar, llegó otro cubo de agua. Se dio cuenta de que la piel de los brazos, de las nalgas y de las pantorrillas se había adherido al hielo del lago: estaba literalmente pegado a él.

De haber podido verse, habría comprobado que su aspecto se parecía cada vez más al de un cadáver: la piel cianótica; la lividez en las zonas de contacto con el hielo; las pupilas dilatadas… El viento soplaba con violencia sobre la superficie del lago, y unos copos menudos y aterciopelados se posaban en sus córneas.

En cualquier caso, habría preferido poder abrir los ojos como platos cuando vio el cuchillo.

La afilada hoja que se aproximaba a su vientre y que, por un instante, reflejó las nubes que atravesaban un cielo gris.

Habría querido gritar, pero sus cuerdas vocales también estaban congeladas. No sintió nada cuando la hoja partió la fina capa de hielo, le perforó el abdomen y lo abrió desde el esternón hasta la sínfisis púbica. Tenía tanto frío y estaba tan entumecido… Ni siquiera notó la mano que apartó los labios de la herida, ni el cuchillo que le atravesó los órganos. Sólo percibió una risa.

Preludio

3

La llamada llegó esa misma noche a la dotación de alta montaña de la gendarmería, el PGHM (Pelotón de Gendarmería de Alta Montaña) de Aiguesvives. Según su joven esposa, Kamel Aissani, de veintinueve años, no había regresado de su excursión del domingo. No tenía previsto pasar la noche en la montaña. Había dejado el saco de dormir, la colchoneta y el hornillo en casa, y no se había llevado otra muda. Algo había ocurrido.

La joven tenía la voz temblorosa. Se notaba que estaba al borde de las lágrimas.

Los agentes del PGHM no perdieron el tiempo. Menos de media hora después de recibir el aviso, un helicóptero de rescate en montaña despegaba del gran prado nevado contiguo a los edificios de la gendarmería que servía de helipuerto. A bordo iban cuatro hombres: un piloto, un mecánico, un médico y un socorrista.

Todos ellos conocían el itinerario que había seguido Kamel. La cuestión era saber si se había parado en el lago Negro o si había ido más lejos, hasta el pico del Gendarme. Había anochecido hacía rato y la oscuridad dificultaba la búsqueda. El equipo se disponía a interrumpirla para reanudarla al día siguiente cuando, hacia la una y media de la madrugada, sobrevoló el lago Negro.

A esa hora el lago hacía honor a su nombre: una superficie alargada, inmóvil y pulida como un espejo, en lo hondo de un siniestro anfiteatro de roca de paredes escarpadas alumbrado por el gran proyector de la luna.

El reflector del helicóptero deslizó su pincel cegador por la superficie de hielo hasta detenerse sobre una forma indudablemente humana. Aunque la proximidad de las torres rocosas que rebanaban la noche como puñales impedían el aterrizaje, todos pudieron observar, embargados por una angustia difusa, que Kamel Aissani estaba desnudo. Vieron la blancura del hielo, el azul del cuerpo tendido, la negrura de su sombra, el rojo de la diadema… Los cuatro hombres intercambiaron una mirada al percatarse de algo más inquietante aún: el cuerpo tenía el vientre abierto de arriba abajo.

No había forma de que el helicóptero se posara en aquel circo glaciar. Para eso habrían tenido que posarse en el hielo, y nada garantizaba que tuviera el grosor suficiente. Así que el médico y el socorrista decidieron bajar con el cabestrante hasta un pequeño rellano próximo al río,

situado a unos veinte metros del cadáver.

—¡ ¿Estáis seguros?! —gritó el piloto—. ¡El tío la ha palmado, eso está claro! ¡Fijo que puede esperar hasta mañana!

El médico le indicó con un gesto que descendiera. Mientras el socorrista y él se ponían el arnés, todos los presentes sintieron cómo se apoderaba de ellos una excitación morbosa propiciada por aquel escenario tan dramáticamente teatral: el lago helado, aquella noche negra y, sobre todo, aquel cuerpo desnudo bajo la luna. En el aire flotaba una especie de sensación de novedad… pero también de peligro, y la adrenalina era su droga preferida.

Yann Vogel, el socorrista de alta montaña, fue el primero en descolgarse al vacío. El doctor Loridan —con chaqueta roja, casco de protección blanco y gafas— salió balanceándose tras él entre ráfagas heladas. Su silueta un tanto ridícula quedó colgando como un peso muerto en el centro del circo, como una araña prendida de su hilo. Una vez posados en la roca, los dos hombres escrutaron el hielo. Parecía grueso y sólido, pero nunca se sabía, así que decidieron seguir por la orilla hasta el refugio y acercarse desde allí hasta la forma tendida en medio del lago, tal como debía de haberlo hecho el propio Aissani.

«¿Y alguien más aparte de él?» Loridan se planteó enseguida si Kamel Aissani podía haberse hecho eso él solo, igual que los japoneses de antaño se hacían el harakiri. «¿O ha intervenido otra persona?»

Aquel último interrogante le hizo sentir un escalofrío que nada tenía que ver con las bajas temperaturas de aquella noche.

Se pusieron en marcha sobre la dura superficie de hielo, con la vista clavada en el cuerpo yacente. En caso de que el pobre infeliz siguiera vivo, habría que intubarlo y procurarle respiración asistida y medicalización lo antes posible. Probablemente incluso tendrían que practicarle un masaje cardíaco antes de subirlo al helicóptero. Y Loridan sólo podía contar consigo mismo, no iba a tener la ayuda de una de las unidades móviles de urgencia.

La forma se aproximaba…

El claro de luna lechoso hacía que su sombra negra y alargada se estirara sobre el hielo, como en las escenas de un antiguo teatro de variedades. Había algo raro a la altura del abdomen…

No era sólo que un enorme tajo, visible desde donde se encontraban, lo partiera en dos, sino que además era redondo y estaba hinchado como un globo… o como el vientre de una embarazada.

—¡Virgen santa! —exclamó Vogel.

En diez pasos habían llegado junto al cadáver.

No era el primer muerto que contemplaban. Habían visto infinidad de fiambres: alpinistas que se habían precipitado por un barranco; esquiadores que habían quedado enterrados por avalanchas; traumatismos craneales ocasionados por caídas sobre roca; senderistas con hipotermia que temblaban como azogados durante el descenso…

Eso por no hablar de las muertes ocurridas entre sus propios compañeros, el terrible tributo que se cobraban la estupidez humana, la imprudencia, el egoísmo y la irresponsabilidad. Aquélla era, sin embargo, la muerte más extraña y espeluznante que habían tenido que afrontar nunca. Enseguida se dieron cuenta de que jamás iban a olvidar esa imagen: ese cuerpo desnudo y amoratado en su caparazón de hielo traslúcido, con los labios negros, la piel cianótica, los ojos abiertos como platos —como la mirada de un ciego— y el vientre redondo y abierto como la cáscara de una nuez.

Loridan pestañeó varias veces. No, era imposible… Lo que veía no podía ser real…

Su profesión lo había llevado a asistir a más de una escena inverosímil, pero aquélla superaba el entendimiento… al menos el suyo. En el interior del vientre abierto, entre músculos abdominales distendidos por la presencia de un cuerpo extraño, se hallaba, cual absurda y espantosa parodia de un embarazo, un bebé de juguete hundido con fuerza entre las vísceras. Un bebé que observaba a Loridan a través del hielo con sus ojos fijos de un azul cristalino.

Con el corazón desbocado y las manos sudorosas bajo los guantes, descolgó la radio pectoral y apretó el botón emisor.

—¡Muerto! —anunció—. ¡Hemos acabado! Lo que este tipo necesita es un forense…

—Eso puede esperar hasta mañana —contestó el piloto—. La temperatura va a bajar al menos otros diez grados esta noche, o sea que va a conservarse mejor que un pescado sobre una cama de hielo. Corto.

Después de lo que acababa de ver, al médico no le hizo demasiada gracia la comparación. Hundió el botón de nuevo.

—¡Esto no se lo ha hecho él solo! Y quien se lo haya hecho está como una puta cabra… Larguémonos cuanto antes. ¡No me apetece quedarme mucho por aquí! Corto.

—¿De qué estás hablando, doc? Corto.

—Es un asesinato. Un asesinato asombroso.

—¿En serio?

—¡Sácanos de aquí ahora mismo!

Viernes

1

—Y por la mañana, ¿cuánto tardas después de despertarte?

—No sabría decir.

—¿Unos cinco minutos? ¿Entre seis y treinta? ¿Entre treinta y sesenta? ¿Más?

—Yo diría que… entre seis y treinta.

—¿Te resulta difícil abstenerte en los sitios donde está prohibido, como cines, aviones o restaurantes?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿A qué cigarrillo te costaría más renunciar, al primero o a cualquier otro?

—Al primero.

—¿Cuántos cigarrillos fumas de media al día?

—Entre diez y veinte.

—¿Fumas a intervalos más cortos durante las primeras horas del día?

—Eh… sí.

—¿Fumas incluso cuando estás enfermo hasta el punto de tener que guardar cama?

Dudó un instante.

—No.

La doctora efectuó un cálculo rápido, aplicando el llamado «test de Fagerström».

—Cinco puntos. Nivel de dependencia moderado. Voy a recetarte unos parches de nicotina y chicles para masticar de manera puntual, por si notas que no es suficiente con el parche, pero no abuses de los chicles. ¿Por qué quieres dejarlo?

Le repitió los motivos: 1) no quería morir de un cáncer de laringe o de pulmones: demasiado horrible; 2) tenía bronquitis cada vez con más frecuencia: señal de un envejecimiento pulmonar prematuro; 3) quería mantener la salud por Gustav; 4) para los no fumadores, no era muy agradable besar a un fumador, ¿no?

La doctora Léa Delambre asintió con una leve inclinación de la cabeza.

—¿Te sientes preparado? —preguntó.

—Sí —respondió él.

—En ese caso, vas a empezar… ahora mismo.

Tras dedicarle una sonrisa, se dio una palmada en los muslos y se

levantó. Después introdujo el bolígrafo de cuatro colores en el bolsillo de la bata y miró al niño rubio que jugaba a apenas tres metros de ellos con el teléfono de su padre.

—Gustav me tiene preocupado —comentó él.

—Ya lo sé. Ya hemos hablado de eso.

—Cada vez le cuesta más concentrarse en clase, sus notas están bajando y en casa se distrae con cualquier cosa. A menudo no escucha cuando le hablo y… a veces reacciona de manera agresiva.

—Hay que esperar —repuso ella con un encogimiento de hombros—. Si los síntomas persisten seis meses más, podremos establecer un diagnóstico de trastorno de déficit de atención, con o sin hiperactividad. Entonces se lo presentaré a una colega especialista.

—¿Y mientras tanto?

Ella se lo quedó mirando.

—Martin, la cuestión más importante no es ésa. Gustav goza de buena salud. Parece que el trasplante ha funcionado. Eso es una victoria maravillosa, ¿te das cuenta?

Servaz asintió.

La doctora tenía razón, claro.

Su hijo padecía atresia biliar, una enfermedad que afectaba a uno de cada veinte mil niños y que consistía en un estrechamiento de las vías biliares. La retención de la bilis en el hígado provocaba daños irreparables y, si no se ponía remedio, mortales. Los niños aquejados de atresia sufrían problemas de salud constantes: eran más bajos y menudos que los otros; padecían dolores abdominales frecuentes y sangrados gastrointestinales, y eran más vulnerables a las infecciones. El primer tratamiento consistía en restablecer el drenaje normal de la bilis sustituyendo el conducto necrosado y conectando directamente el hígado al intestino delgado.

Este tratamiento, denominado «técnica de Kasai», daba buenos resultados en uno de cada tres pacientes operados, pero en el caso de Gustav no había sido eficaz, de modo que habían tenido que plantearse el trasplante de donante vivo compatible: del sesenta al setenta por ciento de un hígado sano extraído de un pariente cercano. Martin se había ofrecido voluntario. La operación se había llevado a cabo en una clínica austríaca en condiciones totalmente rocambolescas y en la más absoluta ilegalidad. Él mismo había estado a punto de perder la vida…

Al evocar esos momentos sentía que aquél había sido uno de los episodios más surrealistas y terroríficos de su vida.

Servaz miró a la doctora Delambre. Era más alta que él, tenía los hombros anchos debido a la práctica asidua de la natación, el cabello de color leonado, unos ojos verdes, maliciosos y chispeantes, y unos rasgos tan nítidos y definidos que no dejaban margen alguno al disimulo, algo que coincidía plenamente con su carácter. Trabajaba en el ala de pediatría (especialidad: gastroenterología, hepatología y nutrición

pediátricas) del hospital Purpan de Toulouse. Tratar a niños en un hospital… ¿Existía acaso un oficio más difícil, un trabajo que exigiera más habilidad y dedicación que aquél? La doctora se acercó a Gustav, bromeó con él, le alborotó los finos cabellos rubios y le murmuró algo al oído que lo hizo reír.

Léa Delambre tenía cuarenta y tres años. Martin iba a cumplir los cincuenta el próximo 31 de diciembre…

Se preguntó si su hijo aceptaría a una mujer como ella en su casa. Gustav había irrumpido en su vida de la manera más imprevista y repentina posible. Servaz se había convertido, de la noche a la mañana, en uno de los doscientos cuarenta mil padres solteros que había en el país. Los varones solos con hijos a cargo no constituían más que una gota de agua en el océano de las familias monoparentales, así que Gustav y él solían atraer las miradas a la salida del centro de recreo y de la escuela. Los caballeros tenían que olvidarse de ese asunto de la igualdad entre hombres y mujeres cuando había que presentarse ante los servicios sociales o en una tienda cuyo programa de fidelidad llevaba, por ejemplo, el nombre de *El club de las mamás*. También les convenía renunciar a invitar a dormir a la mejor amiga de su hija… O incluso al mejor amigo de su hijo. Eso era así, ni más ni menos.

Además, Martin se sentía demasiado viejo. Demasiado viejo para criar a un hijo de siete años; demasiado viejo cuando se miraba al espejo por la mañana y veía a un hombre al que no se le notaba la edad, pero que comenzaba a tener canas y alguna que otra arruga. En cuanto a sus gustos musicales y literarios, correspondían a una generación que había quedado barrida de la escena.

Por suerte, podía contar con Charlène, la hermosísima esposa de su ayudante. Charlène Espérandieu sabía mejor que nadie lo que les gusta a los niños y a los adolescentes de hoy en día. Además, adoraba a Gustav, y él la adoraba a ella.

En realidad Vincent era su «antiguo» ayudante, pensó Martin. En menos de una hora debía acudir a una cita con el representante del sindicato de policía para saber qué iba a ser de él, porque después de los sucesos de febrero de 2018 lo habían suspendido. Se había quedado sin arma, sin placa, sin despacho y, por consiguiente, sin ayudante.

Aunque oficialmente una suspensión no era una sanción, se le parecía bastante. Por ejemplo, aunque en la suspensión se mantuviera su salario base, le habían quitado todas las primas, con lo cual le habían reducido el sueldo un treinta por ciento. Además, no tenía derecho a establecer contacto con sus colegas; algo que no le suponía un gran esfuerzo, ya que la gran mayoría de ellos guardaban las distancias, tal vez por miedo al contagio.

Las únicas excepciones eran Vincent y Samira. Ambos habían encontrado la manera de prodigarle afecto y apoyo. Lo cual tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta que Vincent Espérandieu y Samira

Cheung eran sus más fieles colaboradores. Él los había formado, les había inculcado los valores de la tenacidad y la lealtad, y había acabado siendo su amigo.

La única ventaja de su suspensión era que tenía las veinticuatro horas del día disponibles para ocuparse de Gustav. Podía adaptarse a sus horarios y a sus necesidades, sin tener que recurrir ya a Charlène o a una niñera. Era consciente de que se estaba volcando demasiado en su papel de padre, de que la presencia de Gustav saturaba su tiempo y sus pensamientos. Aquélla era la segunda vez que era padre, y no quería desaprovechar esa segunda oportunidad.

La voz de Léo Ferré resonó en el teléfono de la doctora Léa Delambre.

—Ahora mismo voy —contestó ella.

Dio un beso a Gustav y se aproximó a Servaz.

—Mañana por la noche estoy de guardia. ¿Nos vemos el domingo?

2

—El procedimiento administrativo previo ha terminado —anunció el representante sindical, con un tono que no hacía presagiar nada bueno —. Te van a someter a un consejo disciplinario.

Era el 15 de junio de 2018. Hacía un bonito día de primavera, cálido y soleado. La suspensión había empezado en febrero y, según la normativa, no podía superar los cuatro meses, salvo si sus superiores lo prolongaban a la espera de un procedimiento penal. Un procedimiento que efectivamente se había abierto a raíz de la muerte de Erik Lang —famoso autor de novelas policíacas— y de uno de sus seguidores, Rémy Mandel, en un incendio provocado por este último, del cual Servaz había sido testigo.

El resto de lo sucedido aquel día había quedado un poco más difuso, al menos para las autoridades pertinentes. Martin había evitado precisar, oportunamente, que después de sacar a la fuerza a Lang, «el hombre de la piel de serpiente», de las dependencias policiales, lo había amenazado con un arma. Asimismo, tampoco había aclarado que no había hecho nada por salvarlo, pues estaba demasiado ocupado sacando de las llamas a su propio hijo y huyendo del granero incendiado.

Servaz miró de reojo a Gustav, que lamía un helado junto a él. Su hijo no tenía clase, porque en su colegio estaban en huelga. Sin poder evitarlo, dejó que su mente vagara hasta aquella noche y volvió a ver el resplandor y a notar el calor de las llamas en su rostro, mientras corría arrastrando a Gustav hacia la puerta del granero.

Se volvió para echar un vistazo a la calle. Se había citado con el sindicalista en un bar de los Carmes, lo más lejos posible de la sede de la policía. En ese mes de junio Toulouse vibraba de calor. Era como si cada cristal y cada objeto metálico quisieran cegarlos, enviando hacia ellos un puro estallido de luz blanca.

—Aun así, antes de determinar la fecha del consejo disciplinario —prosiguió el sindicalista—, van a esperar a que llegue la decisión judicial.

La normativa dictaba que «toda falta cometida por un funcionario en el ejercicio de sus funciones lo exponía a una sanción disciplinaria, sin perjuicio, en su caso, de las penas previstas por la ley». En cristiano: incluso absuelto por la justicia, un funcionario podía llevarse una sanción de sus superiores. Así de maravilloso era el mundo de la policía…

—Martin —añadió el representante sindical—, ya te sometieron a un

consejo disciplinario no hace mucho… Y te sancionaron con una exclusión temporal de tres meses, además de degradarte a capitán…

A la manera de un Moisés armado con las Tablas de la Ley, el hombrecillo remachaba las verdades de la administración.

Servaz se dio cuenta de que tenía un lunar en medio de la frente, por encima de la línea horizontal de las gafas, semejante a un tercer ojo.

—Por tanto, es más que probable que, en esta ocasión, teniendo en cuenta la gravedad de los hechos de que se te acusa y de su carácter reiterado, pueda caerte… no sé… una sanción de cuarta categoría…

Cuarta categoría. «Revocación o jubilación forzosa…» Servaz notó una corriente de aire helado en la nuca. El oficio de policía era uno de los pocos en los que uno podía recibir a la vez una condena penal y profesional, y perder con ello todos los derechos de cara a la jubilación. No había prácticamente ninguna otra profesión sujeta a ese nivel de exigencia. De haberse aplicado los mismos criterios a otros oficios, serían muchas las personas que se habrían encontrado en la indigencia.

—Además, a diferencia de lo que ocurre en un tribunal de justicia, no solamente te van a interrogar a propósito de los hechos que derivaron en tu suspensión, sino que pueden aludir a sucesos anteriores y desenterrar también cualquier otro aspecto de tu vida profesional o privada. Van a escudriñar toda tu vida, Martin.

Servaz le lanzó una mirada inexpresiva, aunque apenas podía contener la rabia. También tenía miedo. ¿Qué sería de Gustav si, además de perder un trabajo al que había consagrado buena parte de su vida, lo privaban de su derecho a cobrar una jubilación? Iba a cumplir cincuenta años. ¿Qué sabía hacer aparte de ser policía?

—En fin, la parte positiva es que vas a poder acceder a la totalidad del expediente, y yo también. Puedes presentarte con un abogado si lo deseas, aunque sólo será un mero observador y no podrá intervenir durante el consejo. El único que puede actuar como defensa es el sindicato.

El sindicalista se rascó con el meñique el hueco de la oreja, bastante peludo por otra parte.

—No estás solo en este trance, Martin. Vamos a luchar. Estaremos a tu lado, tanto en el consejo disciplinario como en las deliberaciones, y si es necesario recurriremos a las instancias superiores. Algunos sindicatos se preocupan más de mantener una buena relación con la administración que de defender a sus afiliados, pero, como bien sabes, el nuestro tiene como objetivo primordial la defensa de los policías, tanto desde el plano individual como colectivo.

El representante sindical soltaba su discursito, como si fuera un vendedor de coches.

—Hay algo más —añadió, con el tono de quien le anuncia a uno que, además de haber perdido una pierna, le van a tener que cortar la otra—. Como quieren esperar a los resultados del procedimiento penal, van a

prolongar tu suspensión… y sólo con la mitad del sueldo base.

Esta vez Servaz sí que se inmutó, fulminando con la mirada al sindicalista.

Sabía perfectamente que —ya fuera por ideología, por oportunismo o por vocación— ese tipo estaba de su parte, pero ¿acaso en la Antigüedad no solían matar a los portadores de malas noticias?

—Ni siquiera tengo derecho a buscar otro empleo —destacó—. ¿Cómo voy a pagar las facturas?

Al salir del bar, cuando volvía a casa con Gustav advirtió una pintada que se dirigía a él y los miembros de su profesión:

FUERA LA POLICÍA

—¿Por qué pone «fuera la policía»? —preguntó Gustav.

—Es para que salgan a vigilar más por las calles.

3

21 h. La tarde de junio se hundía lentamente en la noche. Aun sin ser Nueva York, Toulouse, la ciudad rosa, no dormía mucho en verano. Albert Camus escribió que «el modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguando cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere».

En Toulouse se trabajaba, se amaba y se moría armando ruido. Los tolosanos jamás iban a permitir que los ediles, los reglamentos o las leyes dictaran su conducta; eran bulliciosos y hablaban alto, de modo que la ciudad nunca reposaba del todo.

Y el jaleo era aún mayor mientras estaba en juego el Mundial de fútbol. La noche anterior, un concierto de bocinazos y de gritos de júbilo había saludado la victoria de Francia frente a Australia por dos goles a uno, según hacían saber los boletines informativos. Estaba claro que no era una gran hazaña vencer por un margen de un solo gol a un país conocido sobre todo por la calidad de su rugby, pero, por lo visto, para muchos eso era motivo suficiente de alegría.

En eso pensaba Servaz esa noche, mientras miraba cómo el cielo viraba del color salmón al gris ceniza sobre los tejados. Por un instante tuvo la tentación de sacar un cigarrillo, tal como acostumbraba a hacer tan sólo dos días atrás, y entonces se acordó del parche de nicotina.

—¡Papá!

Se dio la vuelta. Atravesó el salón en dirección al pasillo y entró en el cuarto de Gustav.

—¿Te has lavado los dientes? —preguntó.

El pequeño asintió. Estaba sentado en la cama y apoyado en el cabecero.

—¿Me lees un cuento?

Servaz sonrió y se acercó a la estantería, donde había unos cuantos libros infantiles. El invierno anterior Gustav le había pedido una tablet. Seguramente había oído hablar de eso en el colegio. En pocos años las pantallas habían invadido los cuartos de los niños, y antes de ponérsela como regalo debajo del árbol de Navidad, Servaz había decidido hablar del asunto con su profesora. Problemas para concentrarse, trastornos de atención en clase, abstracción de la vida real, dificultad para conciliar el sueño… La mujer le había trazado un panorama desolador. «Cada niño es distinto —había matizado sin embargo la doctora Léa Delambre cuando le pidió su opinión—. Aunque es verdad que hay numerosas pruebas científicas que demuestran una clara relación entre el lenguaje, la memoria y la concentración y el tiempo pasado frente a las pantallas,

y también su influencia sobre el sueño y el rendimiento… La cuestión principal es saber si serás capaz de imponerle a tu hijo un uso limitado o no.» Al pronunciar esas últimas palabras lo había mirado fijamente, y Martin había decidido esperar.

Cogió el libro de la estantería, lo abrió en la página marcada y se sentó al lado de Gustav.

—«Cuando Bari vino al mundo —comenzó a leer—, el universo se le presentó al principio como una vasta y oscura caverna. Su madre, Loba Gris, que era ciega…»

—¿Por qué era ciega? —preguntó Gustav, con ojos chispeantes.

Cinco minutos más tarde, de regreso en el salón, puso dos cubiertos en la mesa del rincón. Después fue a la cocina. Tenía conejo con salsa al vino tinto, y pensaba acompañarlo con una botella de Crozes-Hermitage. Había encontrado la receta en un libro de cocina para principiantes, y había consultado en internet qué vino iba mejor con la carne. Ni siquiera él era capaz de sustraerse a la marcha irresistible del progreso.

Por el ventanal abierto llegó el sonido de un claxon.

Asomó la cabeza y vio en el aparcamiento una breve consulta con el destello de los faros, a la que respondió con un gesto: todo despejado. Encendió dos velas y, tras poner otra música que no fuera Mahler, se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Colombo —saludó la doctora Léa Delambre, saliendo del ascensor.

Llevaba una torera roja sobre una camiseta de tirantes con sujetador integrado y una falda negra larga. Su piel había adoptado una bonita tonalidad trigueña y él no se cansaba de contemplar el relieve de sus clavículas y de lo que los anatomistas denominan el «músculo esternocleidomastoideo». No obstante, en esa ocasión ella no le dejó mucho tiempo para seguir admirándola, porque acercó la cara a la suya y, tras posar los dedos en la nuca con la ligereza de una mariposa, pegó los labios a los suyos y Martin se quedó percibiendo su propio reflejo en sus iris, que habían invadido todo su campo de visión.

—¿Gustav está acostado?

Servaz asintió. La doctora Léa Delambre avanzó con paso vivo hacia el sofá para dejar allí su bolso y, tras un breve comentario sobre el aroma que llegaba desde la cocina, se volvió hacia él.

—¿Qué tal lo llevas?

Por un momento pensó que tal vez se refería a su relación con Gustav, hasta que comprendió que aludía a su intención de dejar el tabaco.

—No he fumado ni uno desde el viernes.

Ella fue a besarlo otra vez y le olisqueó el cuello a la manera de un perrillo afectuoso.

—Es verdad que no hueles a nada. Casi me había acostumbrado al olor…

Él apoyó las manos en las nalgas redondas a través de la tela ligera de

la falda y la atrajo hacia sí.

—Necesitaría una revisión completa, doctora.

—¿Al cabo de tres días?

—Nunca se peca por exceso de prudencia…

—Primero la cena. Llevo sin probar bocado desde esta mañana y tengo un hambre de loba.

Brindaron con el Crozes-Hermitage, y él la observó mientras devoraba con ganas el estofado. Ella lo felicitó por sus talentos de cocinero, pero Martin sabía que el conejo estaba un tanto seco. Léa le habló del hospital y, como siempre, él notó que se le encogía egoístamente el corazón, no por hacerse cargo de toda la injusticia que alberga este mundo, sino por pensar que la mujer de la que se había enamorado tuviera que afrontarla a diario. Ya se sabe: sólo nos afecta lo que nos queda cerca.

Pese al aparente desapego con que desgranaba las anécdotas de pediatría, él sabía que ésa era su forma de protegerse: una muchacha de catorce años embarazada, a quien sus padres prohibían abortar y que, según sospechaba Léa, había quedado encinta por obra y gracia de su progenitor; un niño de diez años víctima de acoso en las redes sociales y que iba ya por su tercera tentativa de suicidio; un pequeño de cuatro años aquejado de síndrome de Usher, que se manifiesta con una sordera de nacimiento seguida de una ceguera progresiva… Si Dios existía, desde luego era un verdadero malnacido. Aparte, había otros tantos casos más comunes: un bebé al que su madre olvida en un coche aparcado a pleno sol (y que parecía, a consecuencia de ello, un pollo salido del horno y con previsibles secuelas neurológicas); un recién nacido que tenía un ano imperforado, es decir, sin orificio en el recto… Y también había trastornos alimentarios, problemas psicomotores…

A Servaz le resultaba muy deprimente aquella letanía. Niños… No se atrevía a confesarle a Léa que, cuando se ponía a enumerar todos los males que sufren los niños en este planeta, él pensaba inevitablemente en Gustav y en sus problemas de salud. Ella necesitaba compartir aquello con él. ¿Qué habría pensado si le hubiera pedido que se callara?

Lo milagroso era que siempre lograban dejar a un lado sus respectivos oficios para reencontrarse en la cama, evadiéndose del presente y abordando aquellos parajes en los que, aun conociéndose cada vez más, todavía seguían descubriéndose. Y en cada una de esas ocasiones Martin sentía la misma dulce punzada en el estómago al ver cómo el placer alteraba las facciones de Léa, entregada casi al grito mientras hundía las uñas en sus hombros, los brazos o las sábanas, y pegaba el pubis contra el suyo con la mirada perdida, olvidándose de todo y de todos, tanto de él como de lo demás.

Y él, que durante mucho tiempo había creído que pasaría solo el resto de sus días, saboreaba y valoraba aquellos momentos por encima de todo.

Esa noche, mientras ella dormía ya y él escuchaba el rumor de la ciudad a través de la ventana abierta, se dijo que la aparición de Léa y de Gustav en su vida lo hacía a la vez más fuerte y más vulnerable.

Ahora ya no tenía miedo sólo por sí mismo.

Conteniéndose para no ir a echar un vistazo al cuarto de Gustav, contempló la espalda de la mujer tendida de lado junto a él, y admiró la curva de las caderas y de su zona lumbar. Al escuchar su respiración sintió que algo se desbloqueaba, una humilde manifestación de felicidad que se liberó como el perfume de un frasco. Miró la pantalla del móvil. Dentro de unas horas la despertaría, y ella huiría como una ladrona antes de que se hiciera de día y, sobre todo, antes de que Gustav abriera los ojos. No quería que su hijo los viera juntos. Todavía no. Era demasiado pronto. Gustav hablaba cada vez menos de su madre, pero a veces ella surgía en una conversación… como un fantasma que habitara en sus vidas, como un espectro del que ni el uno ni el otro habían logrado desprenderse del todo.

Marianne Bokhanowsky…

El asesino en serie Julian Hirtmann la había secuestrado un día de junio de 2010, hacía exactamente ocho años, cuando estaba embarazada de Gustav. Él se acordaba de ese momento como si fuera el día antes: la casa vacía, la brisa que levantaba las cortinas, la música de Mahler a todo volumen, con la explosión de los violines y los instrumentos de viento de la *Sexta*… un fragmento al que Theodor Adorno aludía diciendo «Mal está lo que mal acaba». Había dado a luz en cautividad, y había sido el propio Hirtmann quien le confió el niño a Servaz cuando el pequeño cayó gravemente enfermo, y fue también Hirtmann quien acompañó a Martin hasta esa clínica austríaca, antes de que lo detuviera la policía. Marianne, por su parte, no había vuelto a aparecer nunca. El suizo se había negado a decirle siquiera si estaba viva o no.

Después, había llegado aquella postal, en la Navidad del año 2017. Y esa foto, en la que llevaba la misma túnica que la última vez que la vio. Leía un periódico. Servaz la había hecho analizar: no era un montaje. En la postal tan sólo ponía: «Feliz Navidad.» La firmaba Julian.

A partir de ahí, nada. Ninguna señal de ella. Hirtmann estaba preso en la cárcel «cinco estrellas» de Leoben, en Austria. La última vez que escribió a Servaz fue en febrero.

¿Por qué volvía a pensar en todo aquello precisamente esa noche? Se sentó en el borde de la cama y, tras asegurarse de que Léa dormía, fue a la cocina a servirse un vaso de agua, vestido sólo con el pantalón del pijama. Hacía una noche tibia. Por las ventanas abiertas entraba una brisa ligera que le acariciaba el torso desnudo como una invisible mano de mujer. Se sentía bien, mucho mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. En su cabeza empezó a insinuarse un ruido insistente, y tardó varios segundos en comprender de qué se trataba.

Su teléfono… Lo había dejado en la mesilla de noche.

Regresó tan deprisa como pudo a la habitación. El sonido había despertado a Léa, que se dio la vuelta, todavía adormecida, hacia él.

En la mesilla de noche el móvil seguía quejándose y reclamando su atención igual que un niño hambriento.

1.30 h.

Cuando un teléfono suena en plena noche, rara vez es para anunciar una buena noticia, pensó Martin.

Caminó con el pulso acelerado hasta el aparato y consultó la pantalla: número desconocido.

—Deberías haber puesto al menos una música —bromeó Léa, despeinada y con la cara levemente abotargada por el sueño.

Sonreía… pero en su voz se percibía un asomo de tensión. Él se quedó dudando. Ella lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Qué? ¿Vas a contestar o no?

Apretó el botón verde y se pegó el móvil a la oreja.

—¡Martin! ¿Estás ahí, Martin?

Esa voz… Servaz se estremeció.

Apenas era ya consciente de que Léa lo observaba. Esa voz… Hacía ocho años que no la oía y, sin embargo, la reconoció de inmediato. Como si la hubiera oído el día anterior, como si se hubiera abolido el tiempo, como si se hubieran borrado los años y el pasado resurgiera con el ímpetu de un cometa en la noche.

Se sentó en el borde de la cama y cerró los ojos.

Era imposible.

Lunes

4

Se dio cuenta de que apenas era capaz de articular una sola palabra. El corazón le daba brincos en el pecho.

—¿Marianne?

Su voz sonó igual de rasposa que un papel de lija.

—Martin… Martin, ¿eres tú?

A pesar de los interrogantes que se agolpaban en su cabeza, él advirtió que parecía asustada.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Le dieron ganas de seguir: «¿Dónde has estado todos estos años? ¿Cómo has conseguido mi número? ¿De quién es ese teléfono? ¿Por qué me llamas en plena noche? ¿Por qué no volviste a dar señales de vida? ¿Acaso no podías? Si Hirtmann está en la cárcel, ¿quién te mantenía prisionera? ¿Dónde coño estabas, Marianne?»

Entre tantas preguntas tenía por lo menos respuesta para una: durante ocho años él no había cambiado de número. No era precisamente un enamorado de las nuevas tecnologías. «Te has equivocado de siglo», le había dicho un día Espérandieu.

—¡Martin, tienes que ayudarme, por favor!

—¿Dónde estás? —repitió.

—¡No lo sé! —contestó ella, esta vez casi chillando de desesperación—. ¡En un bosque!

—¿Un bosque? ¿Un bosque de dónde?

—Martin, nunca estuve muy lejos… aunque pudieras creer lo contrario… —En ese instante la recepción empezó a entrecortarse—. Pirineos… yo… montañas…

Sonaron otros chisporroteos y, de pronto, Servaz tuvo miedo de que se cortara la comunicación.

—¡Martin, yo… yo… me he escapado!

Servaz tragó saliva. La sangre le latía con tanta violencia en las sienes que casi le impedía oír la voz en el teléfono. No se dio cuenta de que se había deslizado hasta el suelo y se había quedado sentado allí, con la espalda apoyada en el colchón. Tampoco tuvo conciencia de que Léa se había incorporado y clavaba una mirada cargada de inquietud y sorpresa en su nuca, ni de que él apretaba con tanta fuerza el móvil que se le habían puesto blancos los nudillos.

—¡Por favor! —repitió Marianne—. ¡Aquí hay muy poca cobertura… Hace una hora que intento lla…! ¡Puede… en cualquier momento!

Oyó varios chisporroteos, intercalados con silencios cada vez más

amenazadores.
—Estás en los Pirineos, ¿es eso? En las montañas. Pero no sabes dónde, ¿es así?
—¡Sí!
Notó cómo el miedo se apoderaba de él, el mismo grado de pánico que deformaba la voz de Marianne.
—¡Descríbeme lo que ves!
Un breve lapso de silencio.
—Estoy en la ladera de una montaña… en el bosque… en un sendero… por encima de un… de un valle…
Siguió hablando, pero una nueva ráfaga de interferencias ahogó sus palabras.
—¿Cómo? ¡No he oído nada! —vociferó él.
—¿Me oyes?
—¡Ahora sí!
—Hace una hora más o menos, he visto una… una iglesia… con un claustro y unos edificios antiguos… Una especie de… mo…
—¿Monasterio?
—¡Sí! ¡Martin, yo…!
—¿Había un puente y un río delante?
—¡Sí, sí!
—¿A qué distancia quedan las montañas?
—Muy cerca.
—¿Son altas?
—¡Sí!
¡Conocía ese sitio! La abadía de Aiguesvives… No se le ocurría ningún otro lugar del Pirineo que correspondiera a esa descripción.
—Marianne, voy a avisar a la gendarmería —anunció—. ¡Están muy cerca de allí y van a acudir a rescatarte!
—¡No!
Aquel chillido cargado de angustia y terror había brotado del auricular como una detonación.
—¡No! ¡No llames a na…! ¡Tienes que venir tú!
—¡Marianne, ¿qué es lo que pasa?! —Gritó tan fuerte que, además de aterrorizar a Léa, probablemente iba a despertar a Gustav.
Lanzó un vistazo hacia atrás: Léa tenía los ojos como platos y, viendo su cara de susto, Servaz bajó un poco la voz.
—¡Marianne, tengo que avisarlos!
—¡Te lo ruego… no avises… la policía! ¡En ningún… caso! ¡Prométemelo! Ya… te explicaré…
Martin dudó. No sabía qué hacer. ¿Por qué le daba tanto miedo que avisara a los gendarmes?
—Entonces, será mejor que retrocedas —le ordenó—. ¡Vuelve a la abadía!
—¡No! ¡No voy a volver atrás…! Seguro que me está… Él viene a…

—¡¿Cómo?! ¿Quién te persigue? ¿Marianne?

Silencio.

—Marianne, ¿quién te persigue?

Un concierto de chisporroteos.

—Marianne… ¿Marianne?

Alguien o algo acababa de cortar la comunicación.

—¡Marianne!

—¿Era ella?

La pregunta era puramente retórica, porque Léa conocía muy bien la respuesta. Era sólo una manera de retomar el contacto con su pareja, que de repente parecía muy lejos de allí. Él asintió, avergonzado casi de la cara que debía de tener. Le había contado la historia de Marianne, de su secuestro, de su desaparición del mundo de los vivos… No le había ocultado que la madre de Gustav había sido el gran amor de su juventud, ni tampoco que ella le había mentido y lo había manipulado. Aunque lo había hecho para proteger a su otro hijo, a Hugo, el hermanastro de Gustav: el que ahora dormía en la cárcel.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Léa.

Le bastaron unas cuantas palabras para explicárselo. Ella lo escuchó sin interrumpirlo, sin moverse, pero su mirada se fue ensombreciendo poco a poco. Servaz adivinó lo que pensaba: «Esa mujer ha conseguido escaparse después de ocho años de cautiverio y es a ti a quien pide ayuda… Y tú te quedas completamente trastocado…»

—Tengo que hacer una llamada —dijo.

Cogió el teléfono y salió de la habitación.

Tras cerciorarse de que Gustav dormía, se dirigió al comedor. Allí buscó un número al que en principio no debía llamar, ni en plena noche ni de día.

—¿Martin? ¿Qué pasa? —respondió la voz de Vincent Espérandieu, su antiguo ayudante.

No sabía por dónde empezar. Lo que acababa de ocurrir era tan… extraño, tan inverosímil.

—Acabo de recibir una llamada —dijo simplemente.

—¿De quién?

Le resumió la conversación, le habló del pánico que se adivinaba en la voz de Marianne, de sus explicaciones sobre el lugar donde se encontraba… y, sobre todo, de esa frase: «Me he escapado.»

Al otro lado del auricular se hizo el silencio por un instante.

—¿Estás seguro de que era ella?

El tono era de franco escepticismo.

—Seguro.

—Joder, Martin, es que después de tanto tiempo… esto es… esto es…

«¿Increíble, inconcebible, incomprensible, inesperado, desconcertante,

maravilloso, terrorífico?» Sí, era todo eso a la vez, pensó Servaz. Se acordó del caso de aquel padre de Seine-Saint-Denis, que había entregado a su hija a una niñera para luego desaparecer durante… cuarenta años. Y también de Lucy Ann Johnson, aquella madre canadiense que había abandonado sin avisar el domicilio familiar: su hija había localizado su rastro al cabo de medio siglo. Y de las tres chicas secuestradas en Cleveland: una de ellas por fin había logrado llamar para pedir auxilio después de diez años de cautiverio.

«Que no me vengan ahora diciendo que el mundo funciona bien», pensó.

—Martin, ¿qué piensas hacer, amigo mío?

—No lo sé.

Vincent se quedó callado unos segundos, y finalmente le dijo:

—Todo esto es increíble, pero vas a tener que ponerte en contacto con los del servicio tú mismo… Yo ni siquiera debería estar al tanto. Te recuerdo que no estoy autorizado a hablar contigo.

—Ya lo sé, Vincent. Sin embargo necesito ayuda, y la necesito ahora mismo.

Recordó lo que había dicho Marianne: nada de policía. Al otro lado de la línea sonó un suspiro.

—De acuerdo, ¿qué quieres que haga?

—Necesito que rastrees el número de teléfono y que localices la señal.

Espérandieu tardó un poco en responder.

—¿Y cómo quieres que haga eso sin poder presentar una orden judicial a los operadores?

Servaz se quedó dudando. Aunque no quería comprometer a su amigo, su deseo de encontrar a Marianne estaba por encima de todo.

—Invéntate algo. Vincúlalo a otro procedimiento.

—Joder, Martin, si me pilla el jefe de grupo haciendo eso, me va a caer un consejo disciplinario a mí también… —Hizo una pausa—. Vale, de acuerdo, veré qué puedo hacer… Pero tendrá que ser mañana, porque si despierto a todo el mundo en plena noche, voy a tener que dar un sinfín de explicaciones, ¿de acuerdo?

—Hay algo más —añadió Servaz.

—Dime.

—¿Puedo llevar a Gustav a vuestra casa ahora mismo? Yo me voy a ir para allá.

—¿Esta noche?

—No hay tiempo que perder.

Martin oyó los pasos de Léa en el pasillo.

—Por supuesto, claro —contestó Vincent—. No hay ningún problema. Ya sabes que Gustav es como de la familia y que Charlène lo adora. Esto… ¿Martin?

—¿Sí?

—Tu carrera como policía pende de un hilo. Espero que no hagas

ninguna tontería…

—Esa mujer… ¿todavía la quieres?

En vista de las circunstancias, aquella pregunta resultaba un tanto incongruente e inoportuna, pero, en cierto modo, era también lógica e inevitable.

—No —respondió.

Se dio la vuelta para hundir la mirada en los ojos de Léa, que se había reunido con él en el balcón. Ella bajó la vista y vio el cigarrillo que se consumía entre sus dedos.

—Martin… llevas un parche de nicotina.

Él también bajó la vista.

—Lo siento. Es el último —aseguró con firmeza.

Ella asintió, aunque no parecía muy convencida, y Martin pensó que ésa era la primera vez que veía una reacción así en Léa: la de una mujer que no demuestra una confianza plena en su compañero. Hacía tres meses exactos que se conocían. Bien pensado, no estaba mal: habían pasado tres meses antes de que apareciera la primera grieta entre ambos.

Léa se acercó y posó una mano fresca en su torso ardiente.

El corazón le galopaba bajo el pecho, y estaba seguro de que ella lo sentía con la yema de los dedos, a través de la piel, los músculos y los huesos. Volvió a mirarlo a los ojos.

—Martin —dijo con dulzura y firmeza a la vez—. Haz lo que tengas que hacer. Si esa mujer corre peligro, debes ir enseguida…

Él asintió y aplastó con determinación el cigarrillo a medio fumar en la barandilla del balcón, dejando un residuo negruzco en el hierro. Consultó el reloj. Faltaba poco para las dos de la madrugada.

—Tengo que despertar a Gustav y llevarlo a casa de Vincent y Charlène.

Léa lo comprendió de inmediato: «No puedes quedarte aquí. Tienes que irte para que no te vea…»

Iba a decir algo y entonces recordó que para entrar en la vida de un padre soltero había ciertas reglas básicas que debían respetarse. La primera: tener mucha paciencia. No querer precipitar las cosas. Ser flexible. Dio media vuelta y se alejó hacia el dormitorio en busca de su ropa.

Servaz se dirigió a toda prisa a su escritorio y abrió un cajón. Dentro había un sobre con la dirección del remitente en el reverso: «Justizanstalt Leoben, Dr.-Hanns-Groß-Straße 9, 8700 Leoben, Österreich». La cárcel modelo de Leoben, en Austria. La carta había llegado en febrero.

Querido Martin:

Como sin duda podrás imaginar, pienso en ti muy a menudo, metido como estoy en esta celda. La vida es bastante agradable en Leoben. Los austríacos vivieron de cerca la barbarie y eso los volvió civilizados. Sus cárceles son como colonias de verano en comparación con las vuestras. Sea como sea, tengo demasiado tiempo para pensar.

William Blake escribió que la Misericordia y la Crueldad poseen un corazón humano, la Piedad y los Celos un rostro humano… y que el Amor y el Terror son las manifestaciones humanas de la divinidad… ¿Qué manifestación humana de la divinidad experimentas tú, Martin, el Terror o el Amor? Apostaría a que es lo primero… ¿Y qué cara del corazón humano conoces, la Crueldad o la Misericordia? Espero que pienses tanto en mí como yo pienso en ti.

Tu amigo,

Julian

Volvió a guardar la carta en el sobre. Al lado había una carpeta que contenía recortes de prensa. Los fue revisando, concentrado, a toda prisa, hasta localizar el que buscaba. Cogió la postal con la foto de Marianne.

5

La noche estaba preñada de estrellas. Su centelleo invadía la totalidad del cielo sobre la cinta rectilínea de la autopista y el campo oscuro, como si se tratara de un puñado de arena titilante arrojado por un dios sembrador. El Volvo circulaba entre las tinieblas de la A64, solitario, inadvertido… muy por encima del límite de velocidad.

Servaz contaba los minutos, los kilómetros, las salidas: Saint-Martory, Lestelle, Saint-Gaudens. Se había colocado los auriculares de Bluetooth, pero, por más que llamara al número, sólo le respondía el silencio. Los kilómetros desfilaban mientras tanto con una lentitud exasperante.

¿Llegaría a tiempo? ¿Iba a encontrarla? Y si era así, ¿en qué estado? ¿O acaso alguien la encontraría antes que él?

Angustia. Tinieblas. Minutos y kilómetros que se suceden uno tras otro. En varias ocasiones estuvo tentado de encender un cigarrillo, pero se acordó de la mirada de Léa y prefirió masticar uno de sus chicles.

Una hora después de haber salido de Toulouse, dejó la A64 a la altura de Lannemezan para continuar en dirección sur, por la departamental 929, rumbo a las montañas. En la lejanía se erguían sus perfiles sombríos y dentados, semejantes a unas mandíbulas que devoraran la noche.

Al llegar a Arreau dejó la departamental, cruzó el río y atravesó el pueblo dormido para tomar la dirección de Aiguesvives, en los confines del Alto Garona y los Altos Pirineos. Al poco se adentraba entre los grandes y densos abetos negros de la zona, centinelas hieráticos que proyectaban una sombra amenazante sobre la carretera. Y continuaba sin la menor noticia de Marianne. Servaz podía notar cómo el estrés le roía las entrañas.

Los contrafuertes pirenaicos se iban aproximando cada vez más, alzándose a su alrededor. Abandonó la negrura del bosque para seguir el curso de un río que espejeaba bajo la luna, como si en su superficie brincaran cientos de peces. Cruzó un ancho puente de piedra, tras el cual apareció el cartel:

AIGUESVIVES
4.384 habitantes
Sus aguas
Su abadía
Su bosque

El reloj digital del salpicadero marcaba las 3.45 h cuando entró en la localidad balnearia sumida en el sueño, cual gato acurrucado junto a una estufa. Sus fachadas, que en el pasado, en una noche tan cálida, habrían mantenido las ventanas abiertas de par en par, estaban cerradas a cal y canto, como la caja fuerte de un banco suizo.

Atravesó el pueblo sin detenerse, en dirección a la montaña oscura que cerraba el fondo del valle.

En aquella hora incierta la localidad parecía igual de muerta que si hubiera aterrizado en un planeta sin vida. Al salir de una curva estuvo a punto de pasar de largo el cruce que quería tomar. El follaje de un avellano casi ocultaba a la vista la flecha que indicaba la ABADÍA DE HAUTFROIDS. Después de frenar y dar marcha atrás por la carretera desierta, giró a la derecha para adentrarse con el Volvo por el bosque. Ascendió la colina en medio de una tupida masa de árboles que componían un túnel vegetal alfombrado de helechos y, al llegar a la otra vertiente, descubrió a través de una gran brecha los edificios del monasterio, situado abajo, al fondo de un valle boscoso: la abadía del siglo XII, una típica construcción cisterciense, con su torre y su planta de cruz latina, el claustro rodeado de arcos y las dependencias de los monjes —refectorio, dormitorios—, cuya recia arquitectura parecía concebida para resistir los rigores del invierno y disuadir a los curiosos. El conjunto transmitía un efecto cavernoso, hostil y monumental. Había una franja herbosa en los márgenes del río, en la hondonada del valle iluminado por la luna, pero las laderas de las montañas que rodeaban el monasterio estaban totalmente cubiertas de árboles.

«Marianne… ha llamado desde esos bosques…»

Bajó la pendiente, atravesó un puentecillo de arco de piedra y aparcó a unos metros del pórtico, bajo un viejo roble que sin duda cargaba con varios siglos de existencia.

Al salir del coche lo abrumó el silencio que reinaba en ese paraje protegido por las montañas, al margen del tiempo y del mundo.

Se acercó a grandes zancadas a la alta puerta de madera y vio las palabras *VULTUM DEI QUAERERE* grabadas en la piedra, relucientes bajo la luna. «Buscar el rostro de Dios…» Era casi como si hubiera viajado a través del tiempo, hasta los remotos días en que los monjes desbrozaban los bosques de los alrededores para cultivar la tierra y vender la madera. O bien hasta el albor de las guerras de religión, justo antes de que los protestantes empezaran a saquear y a incendiar la mayor parte de las abadías de la zona del sudoeste de Francia, mucho antes de que la Revolución expulsara de ellas a los monjes.

De repente sintió un escalofrío.

En medio de aquel silencio acababan de elevarse unos cánticos, una melodía de una belleza tan sublime que se quedó quieto unos instantes para escucharla. Provenía de uno de los edificios. Las voces masculinas, puras y ligeras como voces de niños, se propagaban en la noche del valle

como un vuelo de estorninos. Miró el reloj: las 4.15 h. Maitines, el primer oficio. Los monjes, que seguían la regla de san Benito, apenas dormían. En teoría, consagraban la totalidad del día al trabajo y a la oración, y sus noches eran muy cortas.

La gran puerta blasonada contaba con una aldaba de bronce, pero también había un interfono al lado. Un búho ululó en el bosque cuando apretó el botón.

—¿Sí? —contestó una voz al cabo de dos interminables minutos.

—Soy el capitán Servaz, de la Policía Judicial de Toulouse. Querría hablar con el abad —anunció, rogando para que los monjes no llamaran a la comisaría más cercana.

—¿El capitán cómo…?

—Servaz. De la Policía Judicial.

—¿Sabe qué hora es?

—Sí, pero se trata de un asunto urgente.

—¿Qué asunto es ése?

La voz no parecía impresionada en lo más mínimo por su condición de policía ni por la visita intempestiva. El hecho de vivir al margen del mundo y «tan cerca de Dios» debía de impermeabilizarlo a uno un tanto frente a los avatares de la vida cotidiana.

—Eso es justo lo que quiero explicarle al abad —zanjó él, categórico.

—Espere.

Esperó otros cinco minutos, tan largos como los anteriores. La impaciencia era un ácido que le corroía el estómago. Volvió a apretar el botón tres veces, sin que nadie respondiera.

Por fin los cánticos cesaron. Un minuto después se abrió uno de los batientes y apareció una figura alargada. El hombre era alto, más alto que Servaz. Llevaba un hábito largo y blanco ceñido con un cinturón y un escapulario negro por encima. Sus facciones eran duras y vigorosas, aunque una sotabarba canosa suavizaba la mandíbula prominente. Aun así, la mirada ardiente de sus ojos —parcialmente oculta bajo unas cejas pobladas y unas gafas de montura metálica— le confería el aspecto severo y altivo de una vieja ave rapaz.

Servaz enseguida tuvo claro que aquello no iba a ser fácil.

—Soy el padre Adriel. El prior me ha dicho que es capitán de policía, ¿no es eso?

Ni buenos días ni preámbulo alguno. Iba directo al grano. La voz era potente y clara, de barítono. Servaz le calculó unos setenta años.

—Sí, es que…

—¿Tiene una identificación o algo así?

La pregunta había llegado antes de lo previsto. «No, desde que estoy suspendido», pensó. La lámpara de encima de la puerta aportaba una tenue claridad amarillenta. Sacó un carnet de la compañía de transporte tolosana, lo pasó brevemente ante los ojos del abad, a la manera de un prestidigitador, y se apresuró a hacerlo desaparecer.

—Perdón, no lo he visto bien —insistió el superior de la abadía—. ¿Le importa que lo examine con más atención?

«Vaya, es desconfiado el abad…» Por otra parte, teniendo en cuenta los tres casos diarios de destrozos y saqueos de iglesias en el país, tampoco era de extrañar.

Servaz sacó del bolsillo de la cazadora el artículo de periódico que había cogido del cajón de su escritorio y lo desplegó. *La Dépêche*, 2009. Había salido en los titulares de la prensa regional a raíz del caso del caballo decapitado; hacía mucho de eso, pero tenía la esperanza de que el abad lo reconociera en la foto. El hombre ojeó rápidamente el artículo, a pesar de la escasa iluminación, levantó la vista para observarlo y miró de nuevo el papel.

—Deberá disculparme —dijo, devolviéndole el recorte—. Hace un tiempo sufrimos un robo y algunos actos de vandalismo en la abadía, y nos hemos vuelto un poco desconfiados. No vivimos tan apartados del mundo como desearíamos.

El religioso se lo quedó mirando.

—Aunque lo cierto es que por aquí no estamos muy al tanto de los sucesos mundanos. ¿A qué se debe la visita de un policía tan… eminente a nuestra abadía? —preguntó, sin el menor asomo de sarcasmo en la voz —. No es algo muy habitual a estas horas de la noche, ¿no cree?

—Se trata de un asunto largo de explicar —respondió él—. Y al mismo tiempo, es extremadamente urgente. ¿Me permite entrar?

Vio que el abad dudaba. Como bien sabía Servaz, la portería marcaba la frontera entre el exterior y el interior, entre el mundo seglar y el ámbito regular, sometido a la regla monástica. En tiempos ya lejanos, los príncipes y los pobres acudían hasta allí para llevar sus donativos o buscar comida, pero no iban más allá de aquellas puertas. Incluso en el siglo XXI el monasterio seguía siendo un espacio cerrado, donde las visitas no solían ser bienvenidas.

—Pase —accedió al fin el abad.

Mientras Servaz se explicaba, en la penumbra del claustro la cara del abad parecía una cerosa máscara mortuoria, como si le hubieran tensado la piel sobre los pómulos huesudos y el imponente y ganchudo puente de la nariz. Los delgados labios del monje temblaron apenas entre los pelos de la barba mientras escuchaba. Luego se aclaró la garganta.

—Es una historia francamente terrible —comentó, con un fulgor en la mirada que destacó en medio de las sombras—. ¿Cómo se puede infligir tanto dolor y tormento a alguien durante tanto tiempo?

Servaz consultó el reloj. No había dedicado ni siquiera un vistazo al decorado medieval ni a la sucesión de arcos de medio punto de las galerías que, en otras circunstancias, habrían suscitado su entusiasmo. Impelido por la urgencia, había dejado a un lado su pasión por la

arquitectura y había tratado de ser lo más escueto y persuasivo posible, empleando palabras como «secuestrada», «violada», «escapado» y «en peligro».

—Padre, debemos…

—Si todo esto es tan urgente, ¿por qué ha venido solo? —preguntó el abad con cautela—. No lo entiendo. Podría haber traído refuerzos.

Servaz notó que la exasperación se adueñaba de él.

—¡Ya se lo he dicho: no hay tiempo que perder! Si me hubiera puesto en contacto con mis colegas en plena noche para organizarlo todo, habría perdido unas horas preciosas.

—Pero al menos habría podido avisar a la gendarmería de Aiguesvives. Habrían llegado aquí mucho antes que usted…

«Este abad es un lince», pensó Servaz. Volvió a oír la voz de Marianne: «No llames a la policía. ¡Prométemelo!» De repente lo asaltó una duda terrible, devastadora: ¿y si, al hacerle caso en eso, la hubiera condenado? Procuró tranquilizarse, diciéndose que en el bosque había un millar de sitios donde esconderse por la noche. Ella estaba ahí, en alguna parte, esperándolo.

—¡No tengo tiempo para entrar en detalles, padre Adriel! —replicó—. ¿Hay algún monje aquí que conozca bien el bosque?

—Casi todos lo conocemos. Tenemos una licencia de explotación forestal y nos gusta pasear por el bosque para meditar… —El abad agitó la cabeza, como si por fin tomara conciencia de que había que actuar sin demora—. Iré a buscarlos. ¡Haremos una batida! ¿Tiene una foto de ella?

6

La noche era negra como el carbón. Aquél era uno de los espectáculos más extraños que había contemplado nunca: un grupo de monjes salidos directamente de la Edad Media escudriñando la oscuridad del bosque con ayuda de linternas eléctricas. Caminaban en silencio, arañando los troncos y las agujas de los abetos con sus pinceles luminosos, y sus hábitos blancos flotaban como fantasmas en la noche, que se volvía aún más densa y tenebrosa a su alrededor. Parecían una legión de espectros salidos de la pesadilla de un pecador arrepentido. Ante ellos huían corriendo todo tipo de animalillos, espantados por aquel trasiego a horas tan intempestivas. Los troncos brillaban bajo los haces de luz, y cada rodera y cada raíz quedaban realzadas por una sombra negra. Al constatar el escondite perfecto que constituía aquel laberinto vegetal, compuesto por un impenetrable entrelazamiento de ramas, espinas, telarañas y musgo, Servaz se tranquilizó un poco. Si Marianne se había adentrado en aquel bosque, su perseguidor difícilmente habría localizado su rastro. Aquella idea, sin embargo, tenía un componente inquietante. ¿Quién era el que la perseguía? Hirtmann estaba en la cárcel, muy lejos de allí. Sin duda había cedido el control a alguien, pero ¿cómo sería ese individuo? ¿Alguien como él o una persona a la que pagaba para que cumpliera esa tarea?

Servaz consultó el reloj: las 4.53 h. ¿Qué habría hecho durante todo ese tiempo? ¿Se habría escondido en algún sitio o habría seguido huyendo hacia otro lugar? ¿Dónde se había metido?

—¡Marianne! —llamó.

La montaña invisible le devolvió su grito, más allá del bosque. Aguzó el oído. Nada, tan sólo un eco apagado. La calma que aplastaba la hondonada y la noche negrísima rasgada por el breve resplandor de las linternas le erizaban los nervios. ¿Dónde estaba Marianne?, se preguntaba, oprimido por la angustia. Era como si su mente, cautiva de esa oscuridad y de ese bosque, se despojara de todo pensamiento. Lo único que contaba era la posibilidad de que ella estuviese muy cerca, a unos pocos metros quizá, inconsciente tal vez, y que podía pasar a su lado sin verla. Su pánico iba en aumento conforme transcurrían los minutos. Tenía que encontrarla. No podía permitirse perderla por segunda vez.

Esa noche interminable estaba siendo una de las más terroríficas de su vida. Los mismos monjes, con la blancura casi fosforescente de sus hábitos, parecían los figurantes de un ballet estrambótico. Pese a todo,

siguió avanzando y llamando, con la sensación de hallarse frente a una fortaleza embrujada, un palacio vegetal maléfico.

En el transcurso de aquella noche de angustia tuvo que ahuyentar las visiones dantescas con las que su imaginación lo asediaba: árboles empapados en sangre, que goteaba desde las ramas como espesa pintura y reflejaba el brillo de las linternas; Marianne colgada de una de esas ramas, con los pies descalzos oscilando todavía en el vacío y una cuerda anudada al cuello; la amenazadora silueta de un hombre en el camino, entre murallas de árboles, con un cuchillo en la mano… Una especie de fiebre se adueñaba de él a medida que seguía inspeccionando el bosque y la esperanza de encontrarla se iba desvaneciendo.

Al cabo de un lapso de tiempo indeterminado, vio a través de las ramas que empezaba a clarear. El aire tibio del bosque comenzó a estremecerse con la proximidad del amanecer, y los olores del valle —a follaje, hierba y resina— se desperezaron poco a poco. ¿Dónde estaba Marianne? Volvió a llamar y, una vez más, el eco le devolvió su voz de una forma que casi le pareció burlona.

—¡Por aquí! —exclamó uno de los monjes.

Apuró el paso, siguiendo al abad. El monje que había gritado, una larga silueta enjuta con cabeza de pájaro, dirigía el haz luminoso de la linterna hacia el suelo. Bajaron la vista. Un teléfono móvil… Lo habían roto machacándolo con el pie o con una piedra. Servaz notó que se le helaba la sangre. Desplazó la luz de su linterna por entre los abetos. Cabía la posibilidad de que ese teléfono no fuera el de Marianne, pero era una posibilidad remota, más tenue que un hilo de seda.

Se agachó para recoger el aparato con un pañuelo de papel y lo guardó en una bolsa transparente.

Al enderezarse, Servaz se topó con la mirada del abad. Una sombra nublaba su semblante. Aunque viviera alejado del mundo, estaba claro que conocía su negrura.

—Prosigamos —dijo.

Al cabo de una hora tuvieron que rendirse a la evidencia: habían batido kilómetros y kilómetros de montaña sin hallar el menor rastro de Marianne. Los monjes, que se habían dispersado para cubrir más terreno, se reunieron en torno a ellos en un cruce de caminos sin pronunciar una sola palabra. Servaz recordó que habían hecho voto de silencio… o algo similar: no debían hablar más que en caso de auténtica necesidad. Al percibir el roce amortiguado de las telas y las sandalias, sin saber por qué, pensó en los buitres leonados que poblaban aquellas montañas y vivían en bandadas, frotándose unos contra otros cuando despedazaban una pieza de carroña. Constató asimismo que no todos eran aficionados al ejercicio: captó las respiraciones fuertes, jadeantes, sibilantes; vio que algunos de ellos se sentaban en las rocas o se apoyaban en los árboles como si acabaran de correr un maratón, y que se secaban el sudor de la frente, con la boca abierta como peces fuera

del agua.

—Yo voy a continuar —anunció.

La gran mano nudosa del abad se posó sobre su hombro.

—No sirve de nada. Si estuviese ahí dentro, la habríamos encontrado, nos habría respondido. Lo siento mucho.

Servaz iba a replicar, pero la mano incrementó la presión y comprendió lo que quería decir el abad: si hubiera estado ahí adentro, viva. De pronto el viento agitó las copas de los abetos.

—Está amaneciendo, debemos celebrar los laudes —advirtió uno de los monjes, de tez rojiza y ojos azules y acuosos, que, junto con la prominente barriga que le levantaba la túnica y el escapulario, tenía todo el aspecto de una caricatura del personaje del canónigo.

Servaz reconoció aquella voz de inmediato. Era la que había contestado a su llamada en el interfono, la del prior. Recordó que el prior era el encargado de administrar el monasterio y de secundar al abad. Desde el comienzo de la batida, había dado muestras de irritación. Pensando en las miradas cargadas de resentimiento que le había lanzado en varias ocasiones, Servaz dedujo que debía de ser el perro guardián de la comunidad. Siempre tiene que haber uno.

El abad asintió y miró a Servaz.

—Debería avisar a los gendarmes.

—Eso voy a hacer. Pero antes querría pedirle otro favor. ¿Tienen un taller, un sitio donde hagan bricolaje o algo así?

—Sí, por supuesto —confirmó el religioso, que emprendió la bajada seguido de los demás, igual que un pastor precediendo a sus ovejas.

—Necesitaría pegamento del fuerte, tipo Super Glue, un hornillo o una cocinilla de camping y una caja de plástico. También necesitaría utilizar sus cocinas un momento.

—Nuestras cocinas… ¿para qué? —preguntó tras ellos el prior, que, por lo visto, no se sentía muy obligado por su voto de silencio.

Si le molestó la intervención del prior, el abad no dejó que se le notara.

—Está bien, Anselme —dijo con calma—. El señor comisario tendrá sus motivos.

—Capitán —rectificó Servaz.

El hermano Anselme guardó silencio, pero Servaz notaba el peso de su mirada en la espalda. Para entonces la luz se colaba entre los abetos en forma de delgados jirones dorados, que iluminaban el sotobosque como las doraduras de un libro de horas. Aquel lugar tenía una magia indiscutible. Servaz la percibía, incluso en su situación. Ese valle tenía algo dramático y solemne; algo casi religioso, sagrado. No era de extrañar que los monjes lo hubieran elegido, varios siglos atrás, para construir su iglesia.

El descenso se volvió más empinado, obligándolos a caminar con cautela, pues con cada paso hacían rodar las piedras. Al salir del bosque

la vista abarcó de pronto la totalidad del monasterio: la iglesia y su campanario, el gran claustro, los antiguos edificios de los legos y de los monjes… Servaz distinguió también una huerta, un huerto y un jardín de plantas medicinales en el interior del recinto, cerca del río, así como un pequeño cementerio adosado a la iglesia, con la que comunicaba a través de la «puerta de los muertos». A la derecha, a menos de tres kilómetros, las altas cumbres se erguían majestuosas en el cielo, cada vez más claro y vaporoso.

Desde el monasterio se elevó el tañido de una campana, liviano y frágil. Llamaba sin duda a los monjes para el segundo oficio, los laudes. Eran apenas las siete de la mañana. Servaz se preguntó si, con su orden, san Benito habría previsto agotar a los monjes por medio del trabajo y la falta de sueño, a fin de alejarlos de la tentación. Él mismo se sentía extenuado, sin fuerzas.

Había tenido una oportunidad y la había dejado escapar. ¿Dónde estaría Marianne ahora? ¿La habría llevado su secuestrador lejos de allí? Aquella posibilidad lo dejó petrificado. La idea de que hubiera logrado huir al cabo de ocho interminables años de cautividad y de que quizá hubieran vuelto a atraparla le resultaba insoportable.

Era incapaz de reflexionar, incluso le costaba respirar. Con el pecho oprimido por una tenaza, por un segundo vio unos puntos blancos que se interpusieron ante el paisaje, como si estuviera a punto de desmayarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el abad.

No cabía duda, aquel tipo se percataba de todo.

—Sí, sí, estoy bien.

A pesar de esas palabras, un segundo después las piernas se le llenaron de aire, vio que las montañas y los bosques oscilaban como si alguien hubiera propinado un puntapié al paisaje, y cayó en un profundo agujero negro.

7

—Una bajada de tensión, síncope vasovagal —diagnosticó el médico—, sin duda causado por el estrés que acaba de sufrir. Voy a llevarlo al hospital para hacer algunos análisis complementarios.

—No tengo tiempo para eso —contestó Servaz, sentado en el borde del camastro—. Olvídelo.

A su alrededor los paramédicos guardaban ya en la ambulancia el monitor multiparamétrico y la mochila de emergencia, mientras le despegaban los electrodos del torso y le retiraban en un tiempo récord el brazalete del tensiómetro y el oxímetro de pulso sujeto al índice.

—Tiene que descansar —insistió el médico.

Servaz asintió sin mucha convicción. Al cabo de tres minutos la ambulancia se había ido. Bajo los pesados párpados del abad distinguió un perceptible chispazo de comprensión.

—Este asunto es de índole personal, ¿verdad?

Había esperado a encontrarse a solas con él para plantear la pregunta. Servaz alzó la cabeza hacia el abad, dubitativo, y tras sondear su mirada metálica, la volvió a bajar.

—Usted conocía a esa mujer…

Esta vez no se trataba de una pregunta.

—La conocí hace tiempo —confirmó.

Elevó la mirada hacia el crucifijo plantado en la pared encalada de detrás de la abadía. Era un *Christus dolens*, un Cristo sufriente, solo en la cruz, desfigurado por el dolor… abandonado por Dios y por los hombres.

—Y fue muy importante para usted.

El abad pronunció aquellas palabras con una voz firme y profunda. En ese caso, también se trataba de una afirmación.

—Así que, si estoy haciendo la lectura correcta —prosiguió—, a esa mujer la secuestraron hace ocho años y usted no había tenido noticias de ella desde entonces. Y ahora aparece de repente, lo llama pidiendo ayuda y… desaparece de nuevo. Y todo parece indicar que ha estado retenida, durante un tiempo al menos, no lejos de aquí, muy cerca de nuestro monasterio…

El alto y enjuto eclesiástico se quedó ensimismado. En sus pupilas pareció desplegarse un velo, como si padeciera de cataratas.

—No hay muchos sitios por aquí donde hubieran podido esconderla… No se me ocurre ni siquiera uno, porque ésta es la única construcción que hay en el valle.

Servaz reprimió una mueca.

—Quizá caminó varios kilómetros antes de que por fin pudiera llamarme.

—Es posible… —concedió el abad con un encogimiento de hombros —. Tampoco son muchos los lugares en los que hay cobertura. Incluso en ciertas partes del monasterio no hay señal, algo que, por lo demás, a nosotros no nos molesta demasiado.

—¿Hay alguna persona ajena a la abadía a quien suelan ver por la zona?

—Que yo sepa no. Algunos excursionistas dejan el coche en un aparcamiento situado un poco más allá. Desde allí salen la mayoría de los senderos que atraviesan el valle. Y a veces hay algún curioso que se acerca hasta aquí, pero eso es todo.

—¿No habría podido estar escondida aquí mismo? —se aventuró a preguntar Servaz, consciente de lo que implicaba esa cuestión.

Bajo los párpados de la vieja águila imperial brotó un nuevo chispazo.

—Imposible —zanjó el abad—. Somos una comunidad muy reducida y, al igual que el prior, conozco cada rincón de este monasterio. Es impensable que se pueda esconder a alguien sin que nos enteremos. Incluso me parece una idea un tanto… estrafalaria.

Servaz dio a entender con un ademán que lo comprendía.

—¿Tiene lo que le he pedido?

El abad enarcó una ceja y se acarició la barba.

—Super Glue y algo con que calentarlo, ¿no es eso?

Servaz observó el montaje: rústico, pero suficiente. Al menos eso esperaba. Había vertido la cola en una lata agujereada, que había comunicado mediante un tubito a una caja de plástico en la que había depositado el teléfono. A continuación la había sellado con una gruesa cinta adhesiva y la había metido en el fregadero lleno de agua, donde quedó flotando. Después de depositar la lata en un cazo con agua, lo había puesto a calentar a fuego rápido.

—Es una técnica llamada «fumigación» —explicó—. Consiste en calentar la cola de cianoacrilato para transformarla en vapores que van a pasar por el tubo. Los vapores de cianoacrilato reaccionan con las secreciones sebáceas para formar policianocrilato, que va a teñir las huellas digitales de blanco… Suponiendo que las haya, claro… El soporte que hay que tratar, en este caso el teléfono, debe estar en un recipiente hermético sometido a un elevado nivel de humedad. Por eso he llenado el fregadero de agua.

—Impresionante —comentó el abad.

—Tiene la ventaja de que es fácil de llevar a cabo, y además es barato.

El agua comenzó a hervir en el cazo. Habían abierto de par en par las ventanas de la cocina, por si hubiera una fuga de vapor, y observaron

cómo éste ascendía lentamente por el tubo para acabar entrando en la caja de plástico.

—Yo creo que ya estará listo —dijo Servaz al cabo de un momento.

Apagó el fuego y aguardó unos segundos antes de separar el tubo de la caja de plástico, que llevó hasta la ventana. Tras dejarla en el borde, quitó la cinta adhesiva y levantó la tapa.

—Mire eso.

El abad se situó a su lado. Tres bonitas huellas dactilares desplegaban sus arabescos sobre el plástico negro.

La gendarmería de Aiguesvives era un conjunto de varios chalets típicos de montaña, con sus balcones de madera tallada y tejados de pizarra. Las fachadas, no obstante, reclamaban una buena mano de pintura, y los techos y los marcos de las ventanas también tenían una apariencia un tanto vetusta. Lo mismo ocurría con los hospitales y los centros universitarios de la región… En el año 2017 Francia se había convertido, según la OCDE, en el país del mundo en el que se pagaban más impuestos. ¿Adónde iba a parar todo ese dinero?

PELOTÓN DE GENDARMERÍA DE ALTA MONTAÑA, leyó en uno de los edificios. Entró en el de al lado, donde un rótulo señalaba simplemente GENDARMERÍA.

Se acercó a un pequeño mostrador, tras el cual había un gendarme de menos de treinta años. Una vez más, se planteó cómo iba a desenvolverse sin insignia, así que resolvió asumir un aire de autoridad.

—Comandante Servaz, de la Policía Judicial de Toulouse —anunció—. Querría hablar con el oficial al mando.

El capitán Éloi Enguehard observaba a Servaz como un fotógrafo *amateur* observaría a Henri Cartier-Bresson o a Richard Avedon si aún estuvieran vivos. Era, con todo, un asiduo lector de prensa y, aunque el nombre del policía más famoso de la región —el que había dirigido la investigación del caso del caballo decapitado, resuelto el de los asesinatos de Marsac y seguido la pista del asesino en serie Julian Hirtmann— no le resultaba desconocido, también era gendarme, y por tanto desconfiaba de un miembro de la Policía Judicial que había tenido problemas con la justicia. Por suerte, no parecía al tanto de que Servaz estaba suspendido —¿cómo iba a saberlo?—, y Martin estaba decidido a aprovechar aquel brillo de interés que percibía en las pupilas del capitán cuando éste se inclinó para examinar la foto depositada encima de su escritorio.

—No, lo siento, no la conozco y no la he visto nunca por aquí —se lamentó Enguehard levantando la cabeza—. ¿Dice que acaba de dar señales de vida después de ocho años y que estaba muy cerca de aquí

cuando lo ha llamado?

Se rascó la barbilla, en la que se adivinaba un incipiente rastro de barba.

—Eso es —confirmó Servaz—. He recibido esa llamada esta misma noche, de madrugada.

—¿Y no nos avisa hasta ahora?

—Me he dirigido a toda prisa a la abadía y les he pedido a los monjes que me ayudaran a hacer una batida por el bosque. No había tiempo que perder, y ellos conocen muy bien la zona.

—Mis hombres también. Y habríamos podido estar allí en cinco minutos —señaló Enguehard—. Si nos hubiera llamado, habría tenido más hombres a su disposición.

Servaz volvió a acordarse de la advertencia de Marianne.

—Me he dejado llevar por el pánico —mintió—. Tiene razón, quizá haya valorado mal la situación…

—Y lo único que ha encontrado es… ¿un teléfono?

El gendarme miró con expresión sombría el móvil negro cubierto de huellas dactilares que reposaba en su escritorio.

—Hay que introducir esas huellas en la plataforma de identificación y compararlas con las de Marianne Bokhanowsky. También habría que ver si es posible acceder a los datos de este móvil.

—Para eso debo ponerme en contacto con la unidad de Pau —indicó Enguehard.

La unidad de gendarmería nacional era la que disponía de los medios técnicos para llevar a cabo ese tipo de pesquisas. Servaz asintió con una inclinación de cabeza.

—No hace falta que les diga quién soy. Eso lo complicaría todo. Ya sabe, un policía en una investigación de la gendarmería… Lo dejo en sus manos.

El capitán se lo quedó mirando, cada vez más perplejo.

—Pero voy a tener que explicar cómo ha llegado hasta nosotros ese teléfono y por qué buscamos a esta mujer —objetó.

—Deles mi nombre, pero dígales que no es preciso que avisen a la Policía Judicial. Me encuentro aquí por iniciativa propia. Oficialmente, aún no se ha abierto ninguna investigación.

Éloi Enguehard escrutó un instante a Servaz, como si tratara de determinar qué tipo de trampa podía haber ahí.

—De acuerdo —dijo por fin.

«Este hombre es lo mejor que me habría podido encontrar», se congratuló Martin. Físicamente, Enguehard parecía el típico ayudante de carnicero, con sus manazas rollizas, su estatura baja y un tipo en forma de barril, una mirada apacible y un pelo de color rubio rojizo con una incipiente calvicie en la coronilla. Debía de tener unos cuarenta y cinco años. Servaz paseó la mirada por el pequeño despacho, cuya ventana ofrecía una vista de las montañas. Había decenas de trofeos deportivos

encima de los archivadores metálicos, pósteres de películas en las paredes y varios botes llenos de bolígrafos y rotuladores en los que no cabía ni un alfiler… Enguehard se percató de dónde posaba la mirada.

—Sí, ya sé —reconoció, un poco molesto—. Me cuesta desprenderme de las cosas. En mi casa pasa lo mismo.

Servaz no hizo ningún comentario.

—Mis hombres conocen bien la montaña —prosiguió el gendarme—. Les pediré que vayan a echar un vistazo…

Una vez más, Servaz prefirió no decir nada al respecto.

—¿Tiene algún ordenador y una impresora disponibles? —preguntó.

—Eh… sí… claro.

—¿Hay alguien en su gendarmería que sepa utilizar Photoshop?

Diez minutos después salió con unos carteles de tamaño A4 en los que aparecía el retrato de Marianne, una orden de búsqueda y un número de teléfono, el suyo. Se parecían mucho a los que se usan para los gatos extraviados. Cogió el coche y se desplazó hasta cada salida y cruce estratégico, como un empleado que pega propaganda en campaña electoral. A esa hora ya había gente en las calles. Se notaba que había llegado el verano. El sol en su zénit y el fuerte calor habían drenado a los habitantes de las ciudades, y las calles se veían alegres y animadas. En los prados de las laderas resonaban los cencerros y el sol se posaba sobre las cumbres bajo un azul impecable. En cuanto uno salía del centro, sin embargo, se topaba con los mismos estratos industriales de cualquier localidad: cicatrices de canteras, polvo de cementeras, almacenes, torres de hormigón y acero… Lo mismo en todas partes, aunque allí se alzara en medio de la incorruptible belleza de las montañas.

Mientras pegaba la foto de Marianne, notó un malestar que iba adquiriendo proporciones de rabia. Era la certeza de que todos sus esfuerzos serían en vano, que los hacía por nada, con el único objetivo de limpiar su conciencia y poder decirse más adelante que lo había intentado todo.

Muy cerca, en alguna parte, merodeaba el secuestrador de Marianne. Sólo él sabía dónde se encontraba. Ése era su territorio. Estaba allí como pez en el agua. ¿Se la habría llevado lejos o habría sacado partido de ese conocimiento para esconderla en las proximidades?

Marianne… Martin tenía la impresión de haberle fallado. No debería haberle hecho caso. Debería haber avisado a los gendarmes de entrada, confiarle a Gustav a Léa y marcharse sin perder ni un minuto. Había desperdiciado unas horas preciosas. Mientras pegaba los carteles, se dirigió mentalmente a ella: «Si has conseguido escapar, debes de haber dejado también huellas en alguna parte. Eres inteligente, avispada… Aunque después de todos estos años de encierro, seguro que te sientes acorralada… y un poco desquiciada, quizá. ¿Qué estrategia aplicaría yo en tu lugar? La de Pulgarcito… Sí, iría dejando piedrecitas, o cualquier

otra cosa, incluso algún indicio sobre la identidad del secuestrador…»

¿Por qué no se la había revelado por teléfono? Porque se había cortado la comunicación… ¿Y por qué se había cortado? ¿Porque no había cobertura, porque se había quedado sin batería o bien porque el que la perseguía la había localizado y se lo había arrancado de las manos?

Servaz se dio cuenta de que el móvil que habían encontrado roto en el sendero apuntaba hacia esa última posibilidad, y sintió un escalofrío.

Volvió a subir al coche. Se paró delante de una panadería y compró un bocadillo de atún con mayonesa y una botella de agua. En una tienda de souvenirs y de deporte adquirió un mapa topográfico 1:25 y una brújula de senderismo y volvió a ponerse en marcha hacia la abadía. Una vez en la hondonada del valle, se detuvo en el pequeño aparcamiento de tierra batida que había visto cuando llegó al monasterio, del que partían diversos senderos. Sin duda alguna, era el mismo aparcamiento del que le había hablado el abad.

El ruido de la puerta al cerrarse resonó en el silencio del valle, turbado solamente por el tintineo del río. Hacía calor. El termómetro marcaba más de treinta y cinco grados. En torno al aparcamiento, los insectos y las mariposas hacían vibrar las altas hierbas. El bosque se ondulaba en la ladera de la montaña, bajo un cielo azul claro.

Sacó el teléfono móvil y lo examinó. Había señal. Una sola barra… Detestaba esa tiranía de la tecnología hasta en los lugares más remotos. Aun así, debía reconocer que, sin la tecnología, Marianne no habría podido llamar pidiendo ayuda.

En el aparcamiento no había nadie. Desplegó el mapa topográfico sobre el capó del coche y, tras localizar la pequeña zona de estacionamiento, sacó un rotulador y escribió una «C» en el mapa. A continuación empezó a caminar por uno de los tres senderos, que parecía discurrir por encima del monasterio. La abadía podía verse desde allí. Debía de estar a unos doscientos metros. Se adentró en el bosque. Sólo se oía el canto de los pájaros. Le dio la impresión de que hacía aún más calor al amparo de los árboles. No corría ni un soplo de aire, y el valle parecía fosilizado dentro de una lágrima de ámbar.

Cada cien metros miraba el móvil. Una barra… Cero… Nunca pasaba de eso… Iba apuntando la «C» metódicamente en el mapa en los lugares en que había cobertura, y cruces donde no la había, con la intención de dividir en zonas todos los senderos del valle.

Rodeado por el bosque, en esa catedral de verdor y vitrales atravesados por los rayos de sol, adquirió conciencia de que las especies arbóreas iban variando según la altura, la orientación y el terreno: tilos, avellanos, arces, robles, hayas, abetos, helechos… No tardó mucho en romper a sudar. Hilillos de sudor corrían por sus sienes y sus mejillas, y tenía la espalda empapada. En aquel mundo verde reinaba un calor bochornoso. No había ni un alma, aunque sufría el acoso de las moscas y

de las nubes de insectos que se interponían en su camino, atraídos por el olor de su sangre. Servaz detestaba el campo.

De repente se detuvo y se quedó quieto. Acababa de oír varios gritos agudos a su espalda, pero no podía determinar si eran de rabia, de excitación o de miedo. Habían surgido del bosque como lanzas. «Vienen a por mí», se dijo. Se dio la vuelta de golpe, pero no vio nada. Los gritos se volvieron más intensos, más cercanos, detrás de los árboles y la maleza. Eran alaridos guerreros, alborozados, salvajes. Con el corazón acelerado, escrutó el túnel de verdor que trazaba un poco más allá una amplia curva y percibió una especie de gruñido que iba incrementando su volumen. Un helicóptero, pensó. Permaneció inmóvil, consciente de la inminencia del peligro. Ocurría algo, pero aún no sabía qué.

De pronto los vio surgir de la curva y arremeter contra él como una carga de caballería ligera. Se quedó de piedra cuando los tres quads pasaron a toda velocidad por su lado, en medio de un rugido ensordecedor, escupiendo su humo por el bosque. Los adolescentes que los cabalgaban lanzaron largos alaridos antes de desaparecer entre carcajadas, dejando tras ellos el hedor de la gasolina.

Servaz aguardó a que el corazón ralentizara su ritmo, mientras trataba de contener la rabia. Ya no había forma de estar en paz en ninguna parte.

Al reemprender la marcha se dio cuenta de que el sol ya no brillaba entre los árboles. El sotobosque se había oscurecido y los truenos resonaban en el cielo, ahora saturado de nubes. Llegaba una tormenta. Un viento más fresco barrió el sendero e hizo temblar las hojas. Unos segundos después las primeras gotas empezaron a caer: el cielo se abrió y comenzó a llover a cántaros. Quedó empapado enseguida. Un poco más allá había algo, una pequeña construcción de paredes blancas… Corrió hacia allí y descubrió una capilla en ruinas. El techo recubierto de musgo, sin embargo, aún parecía capaz de contener la lluvia, al menos parcialmente. Se metió en el interior y se vio rodeado de las húmedas sombras del recinto, que olía a moho y a meados. Allí dentro sólo se oía el martilleo de la lluvia en el techo, por cuyos agujeros se filtraban los regueros de agua y el sonido de los truenos. Tenía ganas de fumar.

Le extrañó no haber pensado en el tabaco hasta ese momento. Tal vez se debiera al parche, o a la urgencia de la situación. No había parado de correr. Sacó un chicle del bolsillo y trató de recordar cuándo fue la última vez que llovió en el llano. La sequía afectaba a toda la región del sudoeste. La tierra se resquebrajaba, las cosechas se agostaban en los campos, los ríos se secaban poco a poco y los embalses para regadío estaban casi vacíos…

Al cabo de unos veinte minutos la tormenta se alejó de las montañas.

Martin abandonó su improvisado refugio y se encontró con un bosque impregnado de frescura y de olores renovados. Se disponía ya a regresar al aparcamiento cuando, de pronto, le llamó la atención una inscripción que había en la pared exterior de la capilla.

Su función estaba muy clara. Alguien había trazado una tosca flecha con espray, acompañada de las palabras «María» y «Coca». Servaz había visto otras como ésa en el barrio de Bellefontaine, en Toulouse, y también en otros lugares de los barrios de la periferia. Sacó una foto con la intención de enseñársela a los gendarmes, pensando que tal vez alguno de los clientes o los camellos podían haber visto algo. Regresó al coche y se dirigió de nuevo a Aiguesvives. Al cabo de un kilómetro frenó en seco y dio media vuelta. Nunca se sabía, tal vez los monjes conocían a los jóvenes que traficaban en esos bosques.

Sentado detrás de su escritorio, el abad puso cara de desconcierto al oír la pregunta.

—Sí, hemos sorprendido a alguno de esos chicos en el bosque, pero no tenemos ningún contacto con ellos. No es que estén muy interesados por la religión, que digamos…

El despacho del abad tenía un ligero parecido con una capilla, con la bóveda ojival del techo y los muros de piedra maciza. Detrás del escritorio de roble, casi tan grande como la mesa de la Última Cena, un pequeño vitral multicolor horadaba la pared.

—Gracias, padre Adriel —dijo Servaz, chorreando, porque se había puesto a llover otra vez y había tenido que esperar bajo el chaparrón a que el prior acudiera a abrirle.

Se levantó. Fuera los truenos hacían temblar el cielo. La tormenta de verano azotaba sin tregua las altas y estrechas ventanas. El monje se lo quedó mirando.

—¿Va a regresar a Toulouse o piensa pasar la noche en Aiguesvives?

—Voy a buscar un hotel y mañana seguiré con las pesquisas.

El abad efectuó un gesto amplio, como si quisiera abarcar las paredes que los rodeaban, y la mirada de Servaz se detuvo en uno de los estantes de su biblioteca, donde advirtió un ejemplar de la *Suma teológica* de Tomás de Aquino y un *Vocabulario de teología bíblica*. También se percató de que había un ordenador portátil encima del escritorio. *Tempora mutantur*. Los tiempos cambiaban, incluso para los monjes.

—¿Por qué no se queda a dormir? Aquí estará tranquilo.

—Creía que no apreciaban mucho las visitas.

Una sonrisa estiró levemente los labios del eclesiástico.

—No se equivoque —contestó—. Nuestra orden tiene una tradición de hospitalidad. A veces acogemos a artistas, o incluso a algún que otro político que viene a hacer un retiro o que siente la necesidad de sustraerse, aunque sólo sea por unos cuantos días, al furor de estos

tiempos… Aunque tampoco hemos desarrollado esa actividad, a diferencia de otras abadías. Aquí encuentran un poco de reposo para el alma, la posibilidad de mantenerse alejados del mundanal ruido… Quédese con nosotros todo el tiempo que le apetezca. Es usted bienvenido.

A Servaz lo sorprendió aquella invitación. No se esperaba un ofrecimiento como aquél, ni tampoco esa muestra de simpatía.

—Estoy tentado de aceptar —admitió sonriendo.

El abad le devolvió la sonrisa, con un asomo de hilaridad en la mirada.

—Si sucumbe a dicha tentación, será perdonado. —Se puso en pie—. Venga, le enseñaré su habitación. Si necesita una buena noche de reposo y le cuesta dormir, tenemos un hermano boticario cuyas plantas podrían ayudarle a conciliar el sueño. En cualquier caso, le prometo que aquí disfrutará de un poco de paz.

8

Esa noche no dejó de llover y tronar. Tendido en la alta y dura cama de su celda y acunado por la oscuridad nocturna proveniente de una única ventana, Martin escuchó la voz diversificada de la lluvia que bajaba por los tejados, se abalanzaba por los canalones y azotaba los cristales, con el telón de fondo de los truenos que hacían temblar el cielo y el resplandor intermitente de los relámpagos.

Aguardó a que llegara el sueño, a que se aflojara la angustia que le atenazaba el pecho, a que lo envolviera la paz prometida por el abad… Pero fue en vano. Aun así, los sonidos de la naturaleza tenían un efecto balsámico sobre él y, además, después del último oficio, el de completas, se había abatido un silencio tan absoluto sobre el monasterio que hasta habría podido creerse el único ocupante del edificio.

Su celda se reducía a un espacio de nueve metros cuadrados de gruesas paredes blancas iluminado por un ventanuco. Un suelo de madera sin pulir, una cama estrecha y alta metida en una angosta alcoba, un escritorio que parecía un pupitre de escuela con el retrato de un santo encima.

Cerca del escritorio había un enchufe, lo que le había permitido cargar el teléfono y efectuar algunas llamadas. La primera había sido para Vincent, que le había dado noticias de Gustav. Al parecer, su hijo era mucho más sociable y afable en compañía de sus amigos que con él.

—Por lo visto, consultas los menús del comedor de la escuela para no cocinar lo mismo por la noche —comentó Vincent con un asomo de burla—. Estás hecho un superhéroe…

—¿Por qué iban a ser más heroicos los padres solteros que las madres? —replicó él.

—Seguramente porque hay más Wonder Women que Supermanes en este mundo, y porque hace tiempo que nos hemos acostumbrado —apuntó Espérandieu.

Vincent había podido conseguir los datos de los operadores telefónicos. Sin margen de duda, la llamada de Marianne se había realizado desde un móvil con tarjeta de prepago. Como era de esperar, se había conectado a una torre autónoma situada a unos kilómetros del monasterio, una de las tres antenas que rodeaban el municipio de Aiguesvives en un radio de cinco kilómetros. Era la única llamada que se había efectuado desde ese móvil. «¿Qué piensas hacer ahora?», le había preguntado Espérandieu con delicadeza. Él había preferido no responder a esa pregunta. Después había llamado a Léa.

—¿La has encontrado?
—No…
Un silencio.
—¿Qué vas a hacer ahora?
—Seguir buscando.
—¿Y si no la encuentras?
—La voy a encontrar.
Léa le había preguntado cuánto tiempo pensaba quedarse allí, Martin le había prometido que estaría de vuelta al día siguiente… y se arrepintió nada más decirlo.
A las ocho había bajado a cenar al refectorio. La vasta sala, silenciosa y desierta, parecía una cripta, con su techo bajo, sus revestimientos de madera y su densa penumbra. La noche reinaba, de hecho, en todo el monasterio, sólo aguijoneada por las mil estrellas de las diminutas lamparillas que habían sustituido a los cirios de antaño, como si las tinieblas y el silencio debieran recordar continuamente a los monjes su condición de mortales. Mientras engullía una trucha que la amargura le impidió saborear en condiciones, Martin le había preguntado al monje que le servía dónde se habían metido todos.
El religioso, que parecía igual de viejo que los muros, bajó la voz para responderle en un susurro.
—Los hermanos cenan mucho más temprano, antes del último rezo.
Como para corroborar sus palabras, Servaz oyó sus cánticos provenientes de la iglesia. Un introito. De regreso en su celda, se arrepintió de no haber llevado consigo somníferos. Y un cepillo de dientes. Y un pijama. Había recorrido el largo pasillo silencioso hasta las duchas y, apoyado sobre uno de los lavabos dispuestos en fila, se había mojado la cara, evitando mirar su reflejo en el espejo y tratando de evitar también los pensamientos derrotistas que buscaban arrastrarlo hacia las sombras. Esperaba que el cansancio acabaría venciéndolo, pero su lecho era tremendamente duro y no podía dejar de pensar en Marianne.
«Marianne, ¿dónde estás?»
Había amado a esa mujer, quizá más que a cualquier otra mujer que hubiera entrado en su vida antes o después de ella. Los dos estudiaban en Marsac cuando se conocieron en el curso preuniversitario de literatura, en el que se concentraba la élite de la zona. Por aquel entonces lo compartían todo: la visión del mundo, las ganas de cambiarlo, las esperanzas, la ira y el entusiasmo… Se acordaba con una nitidez casi inhumana de los dos lagos verdes y centelleantes que bañaban sus ojos, de sus risas, de sus caricias, de sus besos. Y después ella lo rechazó, se fue con otro y se las ingenió para endosarle la culpa a él. Tardaría diecinueve años en volver a saber de ella. Fue Marianne quien lo llamó para pedirle ayuda —igual que en esta ocasión—, porque había descubierto a su hijo Hugo, de veinte años, sentado en el borde de

la piscina de su profesora de literatura, que yacía muerta dentro de la casa, maniatada y ahogada en su bañera…

Estaba concentrado en esos recuerdos cuando percibió un roce detrás de la puerta.

Unos pasos sigilosos que, provenientes de la derecha, se detuvieron ante el umbral.

Contuvo la respiración y aguzó el oído.

Alguien estaba haciendo lo mismo que él al otro lado de la puerta, no le cabía duda. Alguien que quería saber si dormía o no…

Ya empezaba a plantearse si no estaría un poco paranoico cuando el leve roce de unos pasos volvió a hacerse audible: se dirigían a la escalera que comunicaba con el claustro, tan ligeros como un sueño.

Servaz no lo dudó ni un instante. En aquel roce de sandalias había algo furtivo y cauteloso; algo que despertó su curiosidad y sus sospechas. Alguien que caminaba de esa forma en mitad de la noche no quería que lo descubrieran. ¿Por qué razón?

Estaba claro que, si se tomaba tantas precauciones al pasar ante su puerta sólo para cerciorarse de que dormía, era porque lo que se disponía a hacer lo concernía a él.

Un segundo después se encontraba ya ante la puerta.

Martes

9

Por suerte, la puerta de su celda no emitió el menor ruido cuando tiró de ella.

Había reaccionado con rapidez y, al salir al pasillo, percibió una sombra al final de la escalera, justo cuando desaparecía hacia la izquierda, por la galería que rodeaba el claustro.

«¿Adónde vas con tanto sigilo?»

Sólo había tenido tiempo de ponerse los vaqueros y coger las zapatillas de deporte, así que se dirigió descalzo hacia las escaleras e irrumpió en la galería, notando el frío de las baldosas en sus pies. Escudriñó el claustro, de planta cuadrada y unos treinta metros de largo. En el centro, en la intersección de cuatro parterres de césped, se alzaba un pozo y, en las esquinas, las siluetas oscuras y alargadas de unos tejos. La lluvia sofocaba cualquier otro ruido. Servaz se volvió hacia la izquierda y vio que la figura se alejaba entre los arcos románicos, pasando de uno a otro con aire furtivo.

Servaz se encaminó hacia el mismo rincón de la galería, con la planta de los pies rozando apenas la frescura de las baldosas.

Al llegar a la intersección aventuró una mirada, justo a tiempo para ver al hermano insomne que desaparecía en la otra punta, engullido por la negra boca de una puerta. Servaz se precipitó tras él y, por un instante, se preguntó qué pensarían sus superiores si uno de ellos lo sorprendiera corriendo a hurtadillas por un monasterio pasada ya la medianoche. Probablemente un detalle como aquél acabaría arruinando su ya cargado expediente. Aquella puerta daba a un largo pasillo oscuro, que recorrió con rapidez hasta desembocar en la huerta del monasterio.

Desde allí vio que la silueta se escabullía entre los árboles en dirección al muro exterior, con la capucha subida y bajo los fogonazos de los relámpagos que rasgaban a intervalos la noche. Iluminadas por su resplandor, miles de gotas barrían la huerta, y el viento agitaba, como si fueran marionetas, las copas de los manzanos. Servaz se apresuró a ponerse las deportivas antes de atravesar a su vez el vergel, con lo que quedó empapado de inmediato. La lluvia caía directamente sobre él y ahora estaba en terreno despejado: si el monje se daba la vuelta, estaba perdido. Por suerte, debía de estar habituado a la seguridad de esas escapadas nocturnas, porque no demostraba la menor vacilación.

Servaz vio que se acercaba a una puerta baja que había en un rincón de la huerta. El monje apartó las tablas que estaban apoyadas encima, hizo girar la manilla, agachó la cabeza para salir del recinto y cerró la

puerta tras él.

Al aproximarse, Servaz observó que la madera de la puerta estaba en muy mal estado y las planchas desajustadas. Se inclinó para echar una ojeada, pero sólo vio un torbellino de lluvia y de tinieblas a través de las rendijas. Un relámpago blanqueó la noche y, dos segundos más tarde, un trueno hizo crujir el cielo; lo aprovechó para abrir la puerta.

Otro fogonazo le reveló que la silueta había emprendido el ascenso de la empinada pendiente para adentrarse en el bosque.

«Maldita sea, ¿adónde vas ahora?»

Pestañeando sin parar, con las deportivas llenas de agua y los vaqueros tan empapados como una fregona, Servaz se fue tras él deslizándose entre los árboles, apartando zarcillos y ramas a su paso. En dos ocasiones vio que el monje se volvía, como si hubiera captado algo a pesar del estruendo de la tormenta. Servaz apenas tuvo tiempo de agazaparse detrás de un tronco. Le pareció distinguir una cara bastante joven y lozana, lo que corroboraban su agilidad y su forma de desplazarse. Cuando los rayos no iluminaban el paisaje, la oscuridad era tan densa que no veía nada. Subiendo así, a ciegas, se exponía a toparse cara a cara con el objeto de su persecución… Además, las ramas le arañaban el torso desnudo a cada paso. Justo en ese momento, sin embargo, la descarga de un nuevo relámpago le permitió distinguir al monje, que proseguía el ascenso dándole la espalda. «¿Qué demonios está buscando en medio del bosque a semejante hora?»

Dos minutos después vio que el hermano se detenía en el centro de un claro, cerca de una gran cruz herrumbrosa plantada en un pedestal roído por el musgo y los líquenes. El monje se volvió hacia la izquierda. De ese lado partía un camino que descendía en línea recta por la colina, formando un túnel en la foresta. Servaz se puso tenso.

Unos metros más abajo, en el sendero, había alguien. Una persona que permanecía completamente inmóvil, a cabeza descubierta bajo la lluvia.

Servaz distinguió una figura alta, una ropa negra y unos cabellos rubios cortados casi al cero que brillaban con cada destello de los relámpagos. Su rostro era pálido y ovalado.

Justo en ese momento el rubio volvió la cara hacia él. Al verlo escrutar el follaje, Servaz temió que hubiera detectado su presencia. Permaneció quieto, conteniendo la respiración. La sangre golpeaba sus sienes. Podía notar el subidón de adrenalina, la excitación de la caza, el olor del peligro…

Finalmente el rubio se dio la vuelta y caminó hacia el monje.

10

Su forma de andar, lenta y pausada, tenía algo de teatral. Algo que a Servaz le pareció inquietante y molesto a la vez. Era la forma de andar de un depredador… o tal vez de un bailarín. Emanaba cierta sensación de peligro. El monje seguía sin moverse. Esperaba cerca de la cruz, mirando a la silueta que se acercaba con solemnidad por el camino como un perro miraría a su amo.

Otro relámpago, acompañado de un fogonazo. Servaz contuvo el aliento. El rubio se había detenido delante del monje. Sus cortos cabellos parecían relucir bajo el aguacero, aureolados por las gotas de lluvia. Por un instante Servaz temió que fuera a golpear al religioso… O algo peor. Entonces vio que el monje inclinaba la cabeza y depositaba un billete en la mano del rubio, y que éste le tendía a cambio una bolsita. «Ah, así que se trata de eso… Un camello y su cliente.» Incluso allí, en el fondo de ese valle, la droga corrompía las almas. Servaz se preguntó si había llegado el momento de revelar su presencia, pero enseguida se dio cuenta de que no sería lo más oportuno. No podía recurrir a ningún reglamento. Nada lo autorizaba a intervenir. Oficialmente, ya no era policía. A los miembros del consejo disciplinario no les gustaría que se pusiera a perseguir a traficantes de poca monta tan lejos de su jurisdicción y estando suspendido. De hecho, ni siquiera debería estar allí.

Si llegaban a enterarse, le exigirían que volviera de inmediato a Toulouse, y eso no estaba dispuesto a hacerlo.

Un instante después ocurrió algo que Servaz no había previsto. Con cierta timidez al principio, y luego con más audacia, el joven monje aproximó los labios al rubio y lo besó. El contacto entre los dos hombres se prolongó bajo el aguacero con un beso profundo y lascivo. La lluvia era cada vez más intensa. El agua se deslizaba por el pelo y la espalda de Servaz. Entonces el rubio se apartó y miró el billete que aún tenía en la mano.

—No es suficiente —dijo.

El joven monje se apartó a su vez y, con una tímida inclinación de cabeza, sacó dos billetes más. Cuando empezó a agacharse delante del rubio, Servaz se dio la vuelta y aprovechó el estruendo provocado por la tormenta para regresar a la pequeña puerta que daba al huerto. Mientras bajaba la pendiente en medio de las sombras y los relámpagos, se preguntó de dónde sacaría el dinero aquel monje. Y si las actividades nocturnas de aquellos dos acababan ahí… o eran cómplices de algo más.

Tenía que encontrar el modo de averiguar quiénes eran, de dónde eran y si alguno de los dos estaba fichado en los archivos de la policía.

Era ya la una de la madrugada cuando volvió a su celda, tiritando y empapado. Por más que estuvieran en el mes de junio, en las montañas la lluvia era fría e insidiosa. Cogió la toalla de la silla, que olía a humedad, y se secó el pelo, la cara y el cuerpo. Después se metió entre las sábanas, desnudo y tembloroso… Rogando por que la ropa estuviera seca por la mañana.

11

Cuando Servaz entró en el refectorio, el comedor presentaba un ambiente mucho más relajado y ruidoso que la noche anterior. El sol de la mañana entraba por los vitrales, bañando de luz la gran sala. Una veintena larga de monjes tomaban una pequeña colación o el desayuno en torno a unas largas mesas de madera, mientras charlaban y reían como si estuvieran en la cafetería de una empresa. Por lo visto, el voto de silencio no se aplicaba a rajatabla.

Buscó con la mirada al joven monje y enseguida lo identificó, sentado entre sus compañeros. Al contrario que los demás, se mantenía callado y se limitaba a escuchar.

Tomó asiento y bostezó. Le había costado muchísimo conciliar el sueño después del episodio de la noche, y a las cuatro lo había despertado la campana que llamaba al primer oficio a los monjes. A partir de ahí, había tratado en vano de volver a dormirse, poniéndose la almohada en la cabeza para protegerse de la cruda luz que inundaba la celda.

Mientras tomaba el café, Servaz repasó lo sucedido. De ello cabía deducir: 1) que ciertos monjes podían entrar y salir por la noche del monasterio a espaldas del abad y del prior, a menos que éstos hicieran la vista gorda al respecto; 2) que no todos eran tan «ejemplares» ni estaban tan consagrados a su vocación religiosa como pudiera parecer; 3) que uno de ellos quizá había visto algo la noche en que Marianne había huido, pero que le era imposible hablar de ello sin reconocer que había cometido una falta. Y si lo hacía, probablemente se expondría a una sanción, incluso a una expulsión, tal vez. Debía encontrar la forma de interrogarlos… aunque no podía olvidar que ya no tenía ninguna autoridad para hacer algo así.

Estaba absorto en esas reflexiones cuando la sombra proyectada desde el vitral de enfrente se alargó sobre la madera de la mesa hasta su taza, induciéndolo a levantar la cabeza.

Servaz se quedó de piedra. El padre Adriel lo miraba con expresión de espanto y con el rostro crispado. Fruncía el ceño como si se encontrara frente a un enigma.

—Acaba de ocurrir algo… —anunció con una voz más grave y más ronca que el día anterior—. No sé si tendrá algo que ver con la desaparición de su… amiga… pero es algo terrible, incomprensible…

Dominaba su gesto el mismo dolor que en el Cristo crucificado suspendido en las paredes del monasterio.

—¿Es que el mundo se ha vuelto loco? —prosiguió el eclesiástico—. Toda esta violencia… esta rabia… este odio hacia los demás…

Servaz se dio cuenta de que el abad estaba a punto de llorar, y se puso en guardia.

—Ha habido un asesinato… Han encontrado un cadáver esta misma mañana, no lejos de aquí, en otro valle.

Al oír aquellas palabras, Servaz tuvo la sensación de que se le desgarraba el corazón y de que la sangre dejaba de circular por sus venas.

—¿Una… mujer? —aventuró.

El abad negó con la cabeza.

—No, no. Se trata de un hombre joven… Lo único que sé es que lo mataron en circunstancias sumamente atroces… Me lo acaba de contar uno de nuestros obreros.

Servaz experimentó un inmenso alivio, pero las preguntas se agolparon de inmediato en su cabeza: ¿cabía la posibilidad de que ese crimen estuviera relacionado con la reaparición y la posterior desaparición de Marianne? ¿Era posible que no existiera ningún tipo de relación entre dos acontecimientos tan singulares acaecidos en un intervalo de pocas horas en una zona rural como aquélla, que vivía de espaldas al mundo…?

—¿Dónde? —preguntó, antes de apurar el café y levantarse.

—En el valle del Lis. Al llegar a la carretera de Aiguesvives, en lugar de girar a la izquierda para pasar a la departamental, tome el desvío de la derecha. Luego hay que circular unos tres kilómetros. Esa carretera va a parar a una cascada. Allí es donde lo han encontrado.

—Voy a echar un vistazo —dijo Servaz—. Lo mantendré al corriente.

Los monjes se habían quedado callados. Trataban de captar lo que decían, sin duda alertados por la sombría expresión de su superior. El abad negó con la cabeza con aire atribulado.

—El Mal existe —afirmó con voz sepulcral—. Satán existe. No es una abstracción, sino una persona que nos impulsa a alejarnos y a separarnos de Dios.

Posó en Servaz una mirada penetrante y severa.

—«El Mal es lo que no debería ser, aunque no podamos decir por qué es» —respondió Servaz, citando a Paul Ricoeur.

El abad no disimuló su sorpresa: un policía filósofo. Servaz apoyó una mano en su brazo y lo apretó antes de abandonar la sala.

Circuló a través de un paisaje luminoso, por una carretera inundada de sol cuyos márgenes daban paso a una sucesión de pendientes igual de verdes que los campos de golf, tachonadas de flores blancas, sotos umbríos, altas cumbres que rozaban el cielo y manantiales palpitantes más allá de los prados y taludes. El hecho de que se hubiera cometido

un crimen tan atroz en un marco tan bucólico y paradisíaco como aquél lo convertía en algo más escandaloso aún.

Cuanto más se adentraba en las montañas, más se iba estrechando la carretera. El sinuoso trazado de la calzada bordeaba un torrente cuya voz cristalina llegaba hasta él a través de la ventanilla abierta. Poco después, al salir de una última curva cerrada que rodeaba un bosquecillo, se encontró con los vehículos de la gendarmería nacional de Pau… un Ford Ranger, dos Peugeot Partner azules con franja blanca y un furgón de la Policía Técnica y Científica. En la primera curva de la «S» que dibujaba la carretera en ese lugar, distinguió varios coches más aparcados.

Se detuvo detrás de ellos, salió del vehículo y se encaminó hacia la cinta amarilla que cerraba el paso a los curiosos. Allí terminaba el asfalto, y estuvo a punto de torcerse el tobillo al pisar la gravilla.

Al llegar junto al grupo de personas que se había formado, se dirigió al agente que montaba guardia.

—¿El capitán Enguehard está ahí?

El joven lo observó con cautela.

—¿Quién pregunta por él?

—Servaz, de la Policía Judicial de Toulouse.

El joven gendarme giró sobre sus talones y se alejó hacia la espesura de árboles que se inclinaban sobre el río. Por ese lado se adivinaban algunas siluetas entre los troncos y los arbustos y, un poco más allá, se alzaba la gran cascada blanca que caía en picado entre la muralla de piedra gris, rodeada de verde. El estrépito y las nubes de frescor de su aliento llegaban hasta ellos como una amalgama de minúsculas gotas de un pulverizador. Los pájaros cantaban y el sol brillaba en lo alto, enfatizando la indiferencia de la naturaleza, su inocencia y su crueldad. El joven gendarme regresó y levantó la cinta.

—Puede pasar —dijo simplemente.

Servaz oyó un crepitar de cámaras fotográficas a su espalda y rezó por que su cara no apareciera en la portada de *La Dépêche*. Rodeó el bosquecillo y caminó sobre las gruesas piedras que bordeaban el torrente. Allí el ruido de la cascada era más fuerte.

Y, de pronto, lo vio. Era una visión infernal, una puesta en escena meticulosamente estudiada. Nada había quedado al azar. La alta columna de espuma rompía contra las rocas de la base del muro vertical, generando al rebotar diversas cascadas menores igual de impetuosas que formaban entre burbujeos una sucesión de pequeñas balsas, cual piletas de un balneario. Aquellas piscinas naturales intercaladas entre losas de piedra eran poco hondas, de menos de medio metro de profundidad. La víctima estaba arrodillada en la primera, al pie de la cascada y de cara a ella, con la cabeza echada hacia atrás y atada mediante una cuerda que iba varias veces de la frente y las sienes a las muñecas, amarradas en la parte posterior de la espalda. Aunque apenas podía ver su perfil, Servaz

advirtió que tenía la boca abierta por completo y dedujo que tal vez le habían metido algo dentro para mantenerla así. El joven había muerto probablemente ahogado, ya que el agua de la cascada le entraba directamente en la garganta. La cuerda se hundía a continuación en el agua verde, a la altura de los glúteos, donde Servaz distinguió una gran piedra plana. Alguien había apilado numerosas piedras más sobre las rodillas, los muslos y las caderas del desdichado —sin duda para inmovilizarlo—, formando una especie de túmulo de donde emergía su torso desnudo.

Servaz había visto muchas puestas en escena a lo largo de su carrera, pero aquélla entraba sin lugar a dudas entre las cinco más impactantes. Sobre todo porque acababa de reconocer al rubio que había visto esa misma noche, con su cabello cortado casi al cero aureolado de humedad, igual que cuando se encontraba bajo la lluvia…

Los técnicos forenses se afanaban a su alrededor. Además de sus monos blancos con capucha de astronauta, sus mascarillas y sus guantes de nitrilo azul, llevaban unas aparatosas botas de goma para la ocasión. Entraban y salían del agua, donde estaba la víctima, y la orilla, en la que habían depositado sus maletas e instrumentos.

Servaz sintió que se le aceleraba el pulso. Marianne, que lo llamaba desde el bosque… El rubio a quien había visto en ese mismo bosque… Y ahora su cadáver… Eran muchas coincidencias, demasiadas, y él no creía en las coincidencias.

En aquellos valles estaba pasando algo. Algo que comenzó con la fuga de Marianne… O que quizá la había desencadenado… Sin duda alguna había una conexión entre aquellos sucesos; una conexión que quizá lo conduciría hasta ella.

Concentró la atención en el grupo congregado en la orilla, y enseguida reconoció la corpulenta forma de barril y la coronilla calva rodeada de pelo rubio rojizo de Éloi Enguehard.

Y entonces se estremeció.

Una figura sobresalía por encima de las demás, un gigante que debía de medir casi dos metros, con un largo cuello macizo y una cabeza cuadrada que hacían pensar en un tótem o en un moái de la isla de Pascua. Las orejas levemente despegadas, los ojos negros hundidos bajo unas cejas prominentes, un corte de pelo al estilo militar…

Era Roland Castaing…

Servaz se había cruzado con él cuando se encargó de los asesinatos de Marsac, en aquel instituto de élite donde había estudiado Margot, su hija… y donde había estudiado él mismo con anterioridad. Castaing era entonces fiscal del tribunal de Auch. Si bien habían tenido algunos desencuentros, el joven fiscal había acabado reconociendo que los métodos de Servaz no carecían de eficacia.

Sorteando con precaución las acumulaciones de piedras que bordeaban el río en ese tramo, Servaz se acercó al grupito detenido en

una zona arenosa de la orilla.

Los dos hombres y otro gendarme conversaban con una mujer rubia que le daba la espalda. Iba vestida de civil, con una cazadora de cuero ligera y vaqueros. Así, a bulto, le calculó entre treinta y cuarenta años, aunque sabía que de espaldas la silueta de una mujer podía resultar engañosa. Llevaba el arma en la cadera, a lo *cowboy*. Debía de ser de la gendarmería de Pau… Una vez más, la sensación de familiaridad le provocó un escalofrío. Esa mujer también le sonaba de algo… Notó cómo se le erizaba el vello de la nuca. No, no era posible…

Puesto que Servaz se aproximaba y todas las miradas convergieron en él, la mujer dejó de hablar y se volvió despacio. Su sorpresa fue mayúscula. Aquellos ojos en los que siempre bailaba un brillo de luz, ese rostro con una belleza casi escandinava, fría e intensa a la vez, que nunca recurría al maquillaje…

Trató de recordar la última vez que la había visto…

Fue en 2010, hacía ya ocho años.

Ella apenas había cambiado. Al menos a simple vista, ya que no se atrevió a detener demasiado la mirada en ella. El mismo pelo rubio, la misma mirada penetrante y clara…

Y el fino aro de plata seguía ahí, en la aleta izquierda de la nariz, resplandeciente bajo el intenso sol de junio.

—Hola, Martin —lo saludó Irène Ziegler.

12

—Hola, Irène.

Ella se quedó callada unos segundos, preguntándose sin duda qué hacía él allí. Marianne, Castaing y ahora Ziegler: era como si se hubiera subido a una máquina del tiempo.

—Ah, sí, es verdad que se conocen… —dijo Castaing—. Fue en el año 2010, con el caso del instituto de Marsac, ¿no es cierto? Menuda historia, ¿eh? ¿Cómo está, comandante? —le preguntó, tendiéndole una mano tan grande que bastaba para envolver la suya.

Servaz recordó que aquel tipo tenía una fuerza temible.

—Capitán —corrigió estrechándola con prudencia, antes de volverse de nuevo hacia Ziegler.

No sabía qué actitud adoptar. ¿Debían darse un abrazo delante de todo el mundo, como dos viejos amigos, o limitarse a un apretón de manos oficial?

—Martin, cuánto tiempo… —dijo ella, sin optar por ninguna de las dos alternativas—. ¿Qué haces aquí?

Servaz se encogió de hombros.

—Bueno, estaba por la zona, alguien me ha hablado de lo que ocurría aquí y he venido a echar un vistazo… —respondió sin mucha convicción—. No imaginaba que iba a encontrarte en un lugar como éste. Y a usted tampoco —añadió, dirigiéndose al fiscal.

Aquella explicación no convenció a nadie, pero todos fingieron aceptarla, al menos de momento.

—Sea bienvenido quien acude con buena voluntad —comentó Castaing con aire filosófico—. De todas formas, he recurrido a la gendarmería nacional de Pau y voy a abrir una investigación. Es curioso… la última vez que nos vimos fue por esa pobre profesora de literatura que se ahogó en la bañera. Y ahora esto… Parece como si el elemento agua nos reuniera.

Servaz pensó en la lluvia que caía cuando vio al rubio la noche anterior, pero decidió que era demasiado pronto para plantear esa cuestión. Cuando llegara el momento, se sinceraría con Irène, en privado, sin testigos, porque tarde o temprano se vería obligado a explicar el motivo de su presencia en ese bosque. Además, quién sabe. Tal vez ella podría ayudarlo a localizar a Marianne.

—¿Se conoce su identidad? —preguntó.

—Timothée Hosier —respondió Enguehard—. Treinta y un años. Vivía en Aiguesvives. Soltero, empleado municipal y también camello.

—¿Se sabe ya la causa de la muerte?

—Ahogado —respondió el gigante—. Fíjese en su vientre.

Servaz se volvió hacia el rubio maniatado bajo la cascada. El joven tenía el abdomen inflado como un odre.

—Según las primeras impresiones, primero lo golpearon por detrás. De forma muy violenta, al parecer. Debió de perder el conocimiento, con lo que aprovecharon para atarlo y transportarlo hasta aquí, justo donde cae la cascada. Ignoramos en qué momento recobró la conciencia. La cuerda que le tira la cabeza hacia atrás y que le rodea las muñecas está, a su vez, atada a una piedra en el fondo de la balsa. La mitad de su cuerpo está medio enterrado bajo otras piedras de varios kilos cada una. Entre eso y las ataduras en torno a las muñecas, los pies y las rodillas, difícilmente podía liberarse por sí solo. A continuación le metieron un palo en la boca para mantenerla abierta. Debió de forcejear y sacudir la cabeza con ganas, porque tiene varios dientes rotos y heridas profundas en la lengua y en el paladar. El resto ya se lo puede imaginar… El estómago, el aparato digestivo, el esófago y los pulmones se llenaron rápidamente de agua. Debió de asfixiarse por falta de aire, antes de ahogarse y sufrir un paro cardíaco… La autopsia lo confirmará.

Castaing había aportado aquellas explicaciones en un tono sombrío, como si le costara enunciar tales abominaciones de buena mañana. Señaló un montón de ropa desperdigada a unos metros de distancia, cerca del agua, junto a una señalización de plástico amarillo marcada con un número negro: la ropa de la víctima.

—También hemos encontrado algo más en la orilla —informó Irène.

Con un ademán de la barbilla, invitó a Servaz a seguirla y rodeó unos arbustos. Los reflejos del agua brillaron en su rostro cuando se inclinó para mostrarle la orilla arenosa, a la que llegaban las pequeñas olas que creaba la cascada en la balsa. Otra señalización de plástico amarillo marcada con un número indicaba una nueva prueba, que esta vez consistía en cuatro piedras planas depositadas encima de la arena. En cada una de ellas había un símbolo trazado con rotulador rojo: un círculo, un triángulo, un cuadrado y una equis.

—¿Alguna idea de qué es todo esto? —preguntó él.

Irène negó con la cabeza.

—No está mal, ¿eh? —dijo Castaing, admirativo—. Nos ha tocado un buen elemento. Y no hay ni una sola huella por ninguna parte…

Servaz sintió un escalofrío. No se trataba, ni de lejos, de un crimen banal. Observó el río, que discurría un poco más allá de las piletas, en cuyas orillas se iban concentrando los curiosos.

—Quizá haya pasado por el agua. Habría que examinar los márgenes del río.

—Opino lo mismo —coincidió Ziegler—. Lo malo es que deberían haber cortado la carretera mucho más abajo. Eso habría impedido el acceso a los curiosos. Ahora, con toda esa gente pisoteando la orilla,

cualquier indicio o prueba se habrá arruinado.

Asestó una mirada fulminante a Enguehard, que hundió la cabeza entre los hombros, a la manera de una tortuga.

—Que alguien fotografíe a toda esa gente —ordenó Ziegler—, a todos los que se presenten por aquí. Y con discreción.

Era la estrategia habitual. De todos modos, pensó Servaz, con las series de televisión, hoy en día todo el mundo la conocía.

Un técnico forense efectuaba mediciones de nivel en la orilla y en la balsa y se las iba transmitiendo a otro que las introducía en una tablet. Un cámara de la Científica filmaba la escena. Ziegler se acercó al secretario, que se encargaba de consignar cada detalle, introducir las pruebas en bolsas herméticas y levantar el acta destinada al juez instructor.

—Repásalo todo tres veces. Tómate el tiempo que haga falta. No quiero que un abogado venga luego a buscarle tres pies al gato y se cargue todo el procedimiento.

A continuación se volvió hacia Servaz.

—Hay otra cosa un poco más allá.

Dio unos pasos, alejándose del pequeño grupo.

—Alguien ha estado fumando en esta zona —dijo, señalando la marca de plástico amarillo dispuesta en el suelo—. Hemos localizado una decena de colillas. O bien ha pasado un buen rato aquí mirando cómo el tipo agonizaba… O bien eran varios. Aunque es posible que las colillas ya estuvieran ahí antes de que todo esto ocurriera, aún no lo sabemos.

—¿Cuándo se produjo la muerte?

—Hacia las dos de la madrugada.

Servaz volvió a evocar su escapada por el bosque. Menos de dos horas antes de su fallecimiento, él mismo se encontraba a unos pocos metros de la víctima. No podría ocultarlo por mucho tiempo, y tarde o temprano esa información acabaría llegando a sus superiores.

Irène seguía inclinada escudriñando el suelo, y Martin distinguió el pequeño ideograma chino que tenía tatuado en el cuello. Sin saber muy bien por qué, se emocionó. En el pasado, habían tenido una gran complicidad. Luego el tiempo y la distancia los habían separado, pese a la honda amistad que los unía. Unos meses atrás se había enterado de que había regresado a la región después de haber servido en destinos lejanos, y en más de una ocasión había estado tentado de llamarla, pero siempre lo había ido postergando. Se preguntó si ella habría experimentado el mismo impulso, o si simplemente se habría olvidado de él. Como si le leyera el pensamiento, ella levantó la cabeza y se lo quedó mirando.

—He tenido ganas de llamarte más de una vez desde que volví —dijo aprovechando que los otros no podían oírlos—. Pero ya sabes cómo van esas cosas. Uno las va dejando para otro día.

—A mí me ha pasado lo mismo.

Martin dirigió la mirada hacia lo alto de la cascada, donde los rayos de sol brincaban a través de la vegetación y dibujaban un arcoíris a ras de agua. Aspiró el olor a humedad de la maleza y las flores, y se dio cuenta de que su inquietud se intensificaba.

—Este crimen tiene algo único —comentó—, algo totalmente excepcional… y muy preocupante…

Irène Ziegler se limitó a asentir.

—Os van a someter a una presión tremenda —añadió él.

—Como si no tuviéramos ya bastante…

—¿A qué te refieres?

Irène dedicó una breve ojeada a los otros miembros del grupo, y finalmente se decidió a hablar.

—Hubo otro asesinato… Hace varios meses, no lejos de aquí —dijo en voz baja—. Por puro milagro, conseguimos que la prensa no se enterase de los detalles más escabrosos del caso. La víctima también era un hombre, lo mataron en la montaña y, aparte de su mujer, los socorristas que lo encontraron y algunos gendarmes, nadie está al corriente del estado en que se hallaba el cadáver.

Servaz se puso tenso. Los pájaros cantaban tras él, en el bosque. O más bien se trataba de un solo pájaro, que estaba muy cerca y emitía una única nota repetida hasta la saciedad.

—¿Y entonces…?

—Era un hombre joven, más o menos de la misma edad que ese de ahí. Fue este invierno, cerca de un refugio, a los pies del pico del Gendarme. También había recibido un golpe muy fuerte, aunque en este caso en la frente. Encontraron su cadáver congelado encima del lago Negro. Lo habían… desnudado y acostado sobre el hielo del lago. Aquella noche la temperatura había bajado a veinte grados bajo cero, y lo fueron mojando con cubos de agua hasta que… quedó por completo recubierto de una capa de hielo. Murió de hipotermia, poco después de que lo abrieran en canal y le colocaran un… En fin… un bebé, un muñeco de plástico en el interior.

Un muñeco de plástico… Servaz se estremeció, sin poder ocultar su turbación. Todo aquello iba mucho más allá de lo que estaban acostumbrados a afrontar habitualmente. Se preguntó si aquellos hombres tenían algo que ver con lo que le había ocurrido a Marianne, si su fuga guardaba algún tipo de relación con los dos asesinatos.

—¿Y qué resultados dio la investigación sobre ese tipo de la montaña?

Se dio cuenta de que la expresión de Irène se ensombrecía.

—Ninguno, absolutamente ninguno. Ningún indicio, ninguna pista, ningún sospechoso. Y sin embargo, puse a todo el mundo en alerta.

Así que ahora era ella quien estaba al mando de la gendarmería nacional de Pau, se dijo Martin. Miró hacia el rubio, al que por fin estaban liberando de su caparazón de piedra y cuerdas. También tenía el vientre hinchado, igual que el individuo de la montaña, pensó. Dos

asesinatos con una puesta en escena espectacular que no habían dejado ni una sola prueba, ni un solo indicio. Se sintió embargado por un profundo malestar.

—Hay pocas posibilidades de que esos dos asesinatos los hayan cometido distintos individuos —opinó.

Ella le lanzó una mirada acerada.

—Por no decir ninguna —dijo con abatimiento. Señaló las cuatro piedras planas del suelo—. Cerca de ese lago encontramos dos piedras así. En una de ellas había una cruz y en la otra, un triángulo.

13

—¿Podemos hablar? —preguntó Servaz.

Ella lanzó una breve mirada a su alrededor.

—¿Quieres decir… en privado?

—Sí.

—Te escucho —dijo Irène, al tiempo que espantaba una avispa con la mano.

Servaz miró a los demás. Nadie les prestaba atención, y el estruendo de la cascada ahogaba sus palabras.

—Esta noche he visto algo…

Irène lo miraba fijamente.

—¿Ah, sí?

—Hay un monasterio no lejos de aquí…

—La abadía de Hautsfroids —confirmó ella.

—Yo estaba en el bosque de detrás del monasterio, hacia la medianoche, y vi a ese tipo —señaló al rubio que estaban sacando del agua— en compañía de un monje. El monje le dio dinero a cambio de droga.

Irène lo miró con incredulidad.

—¿Se puede saber qué diablos hacías tú en el bosque en plena noche?

—Es… complicado. Estoy buscando a alguien…

—¿A quién?

—¿Te acuerdas de Marianne Bokhanowsky?

Ziegler frunció el ceño.

—Por supuesto.

—Ya sé que te va a parecer increíble, pero acaba de dar señales de vida… Me llamó pidiendo ayuda hace dos noches… Todo indica que se encontraba en ese bosque cuando realizó la llamada, pero he perdido su rastro…

Irène Ziegler se lo quedó mirando un momento, sin decir nada. A continuación desvió la vista hacia el pequeño grupo y luego volvió a posarla en él. Una ambulancia se acercaba ululando por la carretera. Iban a evacuar el cadáver.

—¿Has hablado con alguien de lo de Marianne?

Servaz percibió el estupor en su mirada.

—Sólo con Vincent.

Pareció reflexionar sobre lo que acababa de oír.

—Es increíble —comentó por fin—. ¿Cuánto hace que…?

—¿Que desapareció? Ocho años.

—¡Por Dios! ¿Y vas a reabrir la investigación?

—No puedo hacerlo. Va a tener que ocuparse otro.

—¿Por qué?

—Estoy suspendido.

Ziegler abrió mucho los ojos, estupefacta.

—¿Qué quieres decir?

Se había estremecido. Él hizo un gesto con la mano, como para quitar importancia a lo que acababa de decir.

—También es largo de contar. Van a someterme a un consejo disciplinario.

Al ver que Irène se sonrojaba, intuyó su rabia.

—¡Pero, por Dios santo, Martin! —exclamó, asestándole una mirada iracunda—. ¿Qué demonios haces aquí si estás suspendido?

—Hay que interrogar a ese monje —insistió.

—¡No tienes ningún derecho a estar aquí! ¡No quiero tener a alguien que, con su mera presencia, puede arruinar todo el procedimiento!

—Supongamos que no estoy aquí…

—¡Pero Castaing te ha visto, Enguehard te ha visto, muchos otros te han visto…! ¡Es posible que esos de ahí incluso te hayan hecho una foto, joder! ¡Como esto salga a la luz, me van a retirar del caso!

Se miraron en silencio durante unos instantes.

—Podemos decir que yo sólo estaba de paso… Hay que interrogar a ese monje, Irène.

—¿Ah, sí? ¿Y quién va a hacerlo? —Ahogó un suspiro—. ¿Podrías reconocerlo?

Él asintió, mirándola con firmeza.

—Sí, sin ninguna duda.

Roland Castaing se había separado del grupo de gendarmes y técnicos y se acercaba lentamente hacia ellos, siguiendo la curva de la orilla. Al ver su alta silueta acariciada por los rayos de sol matinal, Servaz pensó por un momento en aquel ser de arcilla, aunque dotado de alma, que en la mística judía recibía el nombre de Golem.

—Reúnete conmigo dentro de tres horas delante de la gendarmería —se apresuró a indicarle ella—. Y mientras tanto, procura pasar desapercibido.

14

Irène Ziegler lo esperaba frente al volante del voluminoso Ford Ranger con los colores de la gendarmería nacional que había visto en el escenario del crimen. Servaz recordó que, la primera vez que la vio, fue a bordo de un helicóptero que ella misma pilotaba. Mientras volaba a su lado hacia las cumbres intentando controlar el vértigo, se había sentido pequeño e impotente entre las manos de aquella mujer.

En las siguientes ocasiones se había presentado en moto, como una desenvuelta amazona con su armadura de cuero negro y con sus piercings y tatuajes, blandiendo su ordenador portátil y sus nuevas ideas para modernizar la policía, y él había tenido la sensación de que, comparado con ella, era un reaccionario, lo que sin duda era cierto para quienes son incapaces de distinguir entre la corteza y el árbol y van por la vida parapetados en sus inquebrantables certezas.

Más adelante, a medida que la iba conociendo mejor, descubrió que había una realidad más compleja bajo aquella coraza, tal como ocurre siempre con las personas que no se conforman con una sola verdad. Se habían hecho amigos, o al menos eso creía él por aquel entonces.

En cuanto se hubo sentado a su lado, Irène arrancó sin pronunciar una sola palabra. No salió de su mutismo hasta que hubieron recorrido un kilómetro, fuera ya de la población.

—Que quede bien clara una cosa: si me preguntan, diré que no tenía ni idea de que estabas suspendido. Tú estabas aquí por otro asunto y coincidimos. Tú no has intervenido en la investigación, te has limitado a observar. No has participado en ella en ningún momento y tu nombre no constará para nada en el procedimiento, ¿de acuerdo?

Intercambiaron una mirada.

—Cuéntame. ¿Por qué te han suspendido?

Aprovechó el trayecto para narrarle los sucesos del invierno anterior de la manera más concisa posible. Ella lo escuchaba con creciente incredulidad según iba desgranando las frases. Después vio que sonreía.

—O sea, que te has convertido en padre soltero.

—¿Y tú? La última vez que nos vimos estabas con…

—Zuzka… Aún estamos juntas.

Zuzka era la joven con la que Ziegler vivía cuando la conoció. Irène era rubia; Zuzka, morena. En los días en que se encargaron de la investigación de los asesinatos de Saint-Martin-de-Comminges, su amiga dirigía una discoteca, el Pink Paradise o algo así. Irène no parecía dispuesta a añadir nada más, al menos por el momento, y Martin había

advertido cierta tensión en su voz.

—¿Y la gendarmería nacional? —preguntó.

—Asumí la dirección el año pasado. Es un buen destino. Está bien, pero con este asunto vamos a vernos sometidos a mucha presión.

—Antes te gustaba la presión —comentó él—. Ahí, gira a la derecha.

Se adentraron en el bosque, por la pista que ascendía.

—Esta vez el asunto va a saltar a la prensa —repuso Irène—. Ya fue un milagro que nadie se fuera de la lengua con el anterior. Ahora, sin embargo, los periodistas van a relacionar los dos casos.

—¿Te has fijado en que hay otro punto en común entre las víctimas?

—¿La barriga hinchada, la simulación de embarazo?

—Sí.

Servaz tuvo la repentina sensación de que volvían a los viejos tiempos. Ambos habían formado un equipo estupendo y se complementaban a la perfección. Entre los dos había una especie de espíritu de emulación que los impulsaba a superarse. Se la quedó mirando. Los rayos de sol revoloteaban entre los árboles, y la sombra del follaje se deslizaba por su rostro, acariciando el fino vello rubio de su piel bronceada.

—Centrémonos en el rubio, Timothée Hosier… Enguehard ha dicho que era un camello. ¿Figuraba en los archivos de antecedentes judiciales?

—Sí. Vamos a indagar en su pasado, claro. Ya han contactado con sus padres. Viven en Toulouse. El padre es ginecólogo.

—¿Ginecólogo?

Ella lo miró de reojo.

—Sí, ya sé. Yo también lo he pensado, aunque quizá sea sólo una coincidencia… El tipo que encontramos en el lago glaciar se llamaba Kamel Aissani. Tenía veintinueve años. Trabajaba en el sector de la seguridad. Era aficionado al alpinismo, deportista. Casado, con un hijo de tres años y consumidor ocasional de marihuana, cocaína y éxtasis, según confesó su viuda. Habría que ver si Hosier era su proveedor… En el caso de Aissani, hemos tenido tiempo de escarbar en su pasado.

—¿Y?

—Podía mostrarse violento. Su mujer fue a parar al hospital más de una vez. En todas esas ocasiones había tenido, por así decirlo, una fuerte discusión con una puerta o con una pared. Los vecinos oían gritos a menudo, y no de alegría precisamente. También había cometido alguna que otra agresión. Lo condenaron por golpear a un conductor de autobús que le había… tocado el claxon.

—¿Qué quiere decir eso de que «trabajaba en el sector de la seguridad»?

—Instalaba cámaras de vigilancia y alarmas en domicilios particulares. También tenía un trabajo de televigilancia para su empresa.

Servaz puso cara de extrañeza.

—¿No controlan el pasado de quienes se dedican a ese oficio?

Vio que Irène sonreía por segunda vez, como si hubiera dicho algo gracioso.

—Por supuesto que sí. Se necesita una licencia profesional concedida por el CNAPS, el Consejo Nacional de Actividades Privadas de Seguridad, que tiene una validez de cinco años. El patrón debe cerciorarse una vez al año de que no ha habido cambios y de que no haya caducado la licencia de ningún empleado. Hay una página web para eso. Lo malo es que la interfaz está mal hecha y es un proceso fastidioso, así que, cuando uno tiene decenas de empleados, como ocurre con la empresa de Aissani, casi siempre se olvida de hacerlo, y si ha habido una condena en el transcurso de esos cinco años, como fue el caso de nuestra primera víctima, el patrón no suele enterarse hasta que ha concluido ese período. —Le dirigió un guiño—. Y hay algo más curioso aún: en el formulario de renovación de la licencia, el propio CNAPS avisa al empleado de que la decisión de aceptación o denegación de su demanda le será transmitida a su domicilio, ¡pero en ningún caso comunicada a su patrón! O sea, que queda en sus manos decidir si quiere informar a la empresa que le da trabajo o no.

Conducía deprisa, cogiendo las curvas con excesiva velocidad para el gusto de Servaz, con lo que dejaba una estela de hojarasca revoloteando en las cunetas.

—¿Y tú? —le dijo—. Explícame qué pasó exactamente cuando te llamó Marianne.

Le hizo un resumen de la noche de pesadilla en la que recibió la llamada.

—Uno de los monjes encontró un teléfono en el sendero —concluyó—. Recuperé las huellas dactilares. También le pedí a Enguehard que hiciera analizar la memoria.

—Lo que implica que recurriste a nuestros servicios…

—Exacto.

—¿Crees que puede haber una relación?

Se miraron mutuamente.

—Lo he pensado… pero es demasiado pronto para plantear una hipótesis, al menos por el momento.

La abadía apareció al fondo. Con sus tonalidades ocre y rosa, su campanario hexagonal y sus ventanas de doble arco, era como un barco de piedra que hubiera naufragado en un planeta de exuberante vegetación, símbolo de la fe que algunos hombres habían depositado en un Dios severo, pero invisible y mudo.

—Parece un lugar muy aislado —observó Irène—. ¿Cómo se puede vivir en un sitio como éste?

Servaz sonrió, recordando que a Irène le gustaba la vida nocturna.

El abad desplazó la mirada del uno al otro, para posarla finalmente en Servaz. El silencio duró tan sólo unos segundos. Cuando el padre Adriel volvió a tomar la palabra, lo hizo con una voz cargada de rabia contenida.

—¿Y dice usted que esta misma noche ha visto a uno de nuestros hermanos en el bosque, en compañía del hombre al que han matado? ¿Que ha visto cómo le… daba dinero a cambio de droga?

Servaz asintió sin abrir la boca. Prefería no hablar del beso que habían intercambiado después, ni del fajo de billetes que llevaba consigo el hermano. Se reservaba esa munición para el interrogatorio.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó el religioso.

—Que reúna a sus monjes —respondió con firmeza Ziegler— para que podamos identificar a ese hombre y hacerles unas preguntas.

Se produjo un nuevo paréntesis de silencio. El abad inclinó la cabeza sin decir nada. Presentaba un aire tan abatido como si le hubieran anunciado el inicio de una nueva guerra de religión.

Veinticinco hermanos, dispuestos en línea en la sala capitular, con sus hábitos blancos de los que apenas asomaban los escapularios negros y las sandalias. Los había bajitos, altos, jóvenes y viejos. De hecho, abundaban más los viejos que los jóvenes: el envejecimiento de las comunidades afectaba a todas las abadías. Tras ellos, entre las arcadas, Servaz entreveía los jardines del claustro bañados por el sol y llenos de flores.

El abad caminó despacio delante de ellos, con las manos entrelazadas a la espalda, como un general que pasara revista a las tropas. En el seno del monasterio, él era el *pater familias*, pensó Servaz. Puntilloso, vigilante y severo. Y en sus pupilas había un destello de rabia porque alguien había burlado su vigilancia. Mientras los observaba uno por uno, tenía más que nunca el aspecto de una vieja águila colérica.

Servaz había acordado con Irène que los irían recibiendo a todos uno a uno, a fin de no acusar ante los demás al hermano al que había visto en el bosque. Le habían pedido al abad que pusiera a su disposición una estancia en la que pudieran interrogarlos discretamente, y él no había disimulado su contrariedad.

—¿No van a decirme quién es?

Servaz no estaba seguro de que les conviniera revelarle la identidad del monje al superior de la comunidad.

—Es mejor que los interrogue usted mismo más tarde —contestó, saliéndose por la tangente—. De este modo, le ofrecería al culpable la ocasión de confesar su delito, y quizá dar así un primer paso hacia la redención.

—Ésa es una palabra casi sagrada… —replicó el abad en un tono

cortante—. Preferiría que no la empleara a la ligera. Hoy en día se manosea y se abusa de las palabras con excesiva facilidad. Redención, perdón, arrepentimiento, reparación… La gente las usa como si bastara con un chasquido de los dedos y varias genuflexiones para redimirse y ponerse en paz con Dios y los hombres… De todas formas, puede que tenga razón.

Retrocedió dos pasos y escrutó a los monjes reunidos.

—Estas personas son de la policía —explicó—. Van a haceros unas preguntas. Como ya sabéis, ha ocurrido algo terrible no muy lejos de aquí. Os van a entrevistar uno por uno, y os pido que no les ocultéis nada, que habléis con absoluta franqueza, tal como lo haríais conmigo.

No quedó claro si aquella última frase contenía un asomo de ironía. Iniciaron los interrogatorios en un cuartito de paredes desnudas, provisto tan sólo de una cruz de madera y un reclinatorio. Les habían llevado una mesa y tres sillas con asiento de paja. Los primeros en entrar fueron el hermano Étienne, moreno, de pelo rizado, muy flaco y espigado, que trabajaba en las cocinas; el hermano Hervé, un coloso con la corpulencia de un jugador de rugby, aunque con voz de falsete, que se encargaba del huerto y el vergel; y el padre Élie, un hombrecillo calvo de mirada huidiza, que se ocupaba de las cuentas y los encargos.

Servaz recordó que los tres habían participado en la batida. Aparte de eso, ninguno había visto ni oído nada.

Tenía ganas de fumar, así que sacó un chicle antes de abrir la puerta de nuevo para recibir al próximo hermano.

Tras separarse del grupo que aguardaba fuera, el rollizo prior le lanzó una mirada torva al pasar por su lado.

—Puede dejar la puerta abierta. No tengo nada que ocultar y la cosa va a ser breve —les informó el padre Anselme.

—Eso lo decidiremos nosotros —replicó Ziegler.

Servaz reparó en las dos manchas negras que se agrandaron en el centro de los ojos azules y vidriosos del prior cuando miró a la gendarme.

«Este hombre es capaz de dejarse llevar por la ira», pensó para sus adentros.

—Siéntese —ordenó Irène, al ver que el monje se quedaba de pie.

El hermano Anselme obedeció de mala gana.

—Es usted el encargado de administrar el monasterio y asistir al padre Adriel, ¿verdad?

—Sí, más o menos. —Buscó otra fórmula para complementar la información—: Digamos que él se ocupa de lo espiritual y yo de lo terrenal. Somos los dos pilares en los que se apoya esta abadía.

Estaba claro que el hermano Anselme tenía un alto concepto de la función que cumplía en el seno de la comunidad.

—Es decir que, en principio, no hay nadie más indicado que usted para saber lo que ocurre entre estos muros, ¿no?

—En efecto.
—¿Está al corriente de ciertas violaciones de las normas o de ciertos comportamientos… digamos… delictivos?
Una sonrisa estiró los labios carnosos del prior.
—¿Delictivos para quién? ¿Para nuestra orden o para la justicia?
—Responda, por favor.
El prior se encogió de hombros.
—Por muy aislados que estemos, no podemos eludir del todo la decadencia que reina por todas partes en estos tiempos de ofuscación. Hay algunas ovejas negras, sí…
—Y una de esas… ovejas, ¿tiene problemas de adicción?
—Ya no.
—¿Y en el pasado?
—Sí…
—¿Podría explicárnoslo con más detalle?
—El hermano Cyprien tuvo problemas con las drogas. Nosotros lo ayudamos a dejarlo y a recuperarse. Hoy día es uno más. Está desintoxicado, como dicen ustedes.
—¿A qué era adicto?
—Cocaína, crack…
—¿Lo tiene vigilado?
El prior miró fijamente a Ziegler.
—El equilibrio de nuestra comunidad descansa sobre la responsabilidad individual de sus miembros y sobre la confianza —declaró—. Son adultos, no niños. Yo no estoy aquí para hacer de… policía.
—En resumidas cuentas, por la noche duerme a pierna suelta.
El hermano Anselme miró con desdén a la gendarme.
—Tengo un sueño profundo, si es lo que quiere decir.
De pie detrás de él, Servaz observaba su robusta nuca. El prior apenas tenía pelo en esa zona, y en torno a su cuello amorcillado se formaba una especie de collar erizado de un fino vello gris.
—¿A qué vienen estas preguntas? ¿Sospechan de alguien?
—Queremos saber si uno de sus hermanos o varios de ellos podrían pasearse por el bosque de noche y haber visto algo —respondió Ziegler.
El rollizo prior frunció el ceño.
—¿Por qué demonios, si me permiten la expresión, se iba a pasear nadie por el bosque en plena noche? Es una idea absurda.
—No tanto —opinó Servaz, consciente de que se entrometía en el interrogatorio de Ziegler y salía de su papel de observador.
El prior se dio la vuelta.
—¿Eso es una estratagema de policía? ¿Uno por delante y otro por detrás? ¿Como lo del poli malo y el poli bueno?
Vaya, tampoco estaba tan aislado del mundo, al fin y al cabo. Además, había dejado a un lado el lenguaje eclesiástico. Servaz se preguntó si los

monjes de la abadía no verían de vez en cuando alguna que otra serie de televisión o alguna película de acción, con crímenes y escenas llenas de violencia. En realidad, no tenía ni idea de hasta qué punto se mantenían al margen del resto de la sociedad.

—Y usted, personalmente —prosiguió Ziegler con cierta malicia—, ¿sufre de alguna adicción, insomnio o angustia?

Servaz detectó un signo de incomodidad en la forma en que el prior se removió en la silla.

—No.

«Has respondido demasiado deprisa…»

—Ya le he dicho que tengo el sueño bastante profundo. Nuestro ritmo de vida deja poco margen a la ociosidad. La ociosidad es, por otro lado, la enemiga del alma. Entre la liturgia de las horas y las numerosas tareas del día, hay pocos momentos de descanso. En verano nos levantamos a las cuatro para el primer oficio, maitines, antes del amanecer. Después vienen laudes a las siete y cuarto, tercia a las nueve y cuarto, sexta un poco antes de mediodía, nona a las cuatro, vísperas a las cinco y cuarto y completas a las ocho. También hay otras horas menores, aparte de la práctica de la oración personal. Y además de eso, hay que cumplir con las labores cotidianas y las obras de mantenimiento. Como ven, tenemos unos días muy ocupados y largos. Esto no es una colonia de vacaciones —resumió con flagrante vanidad.

Servaz se dio cuenta de que el prior trataba de aturullarlos con una oleada de información inútil, aplicando la misma táctica que empleaban en comisaría los pequeños delincuentes de Toulouse.

—Gracias, padre —dijo Ziegler—. Envíenos al siguiente, por favor.

El rollizo monje se levantó con lentitud y se encaminó hacia la puerta. La abrió y dirigió una señal al grupo que aguardaba en el pasillo. De espaldas a los monjes, Servaz intercambió una mirada con Ziegler. Ella se encogió de hombros.

Cuando se volvió para observar al que acababa de entrar, vio que el fugitivo de la noche anterior se encontraba de pie frente a él, en medio del rayo de luz que atravesaba la ventana.

15

Un crío, se dijo Servaz. Rostro juvenil, grandes ojos claros ribeteados de largas pestañas de color castaño, boca menuda y roja como una grosella y mejillas regordetas que se ruborizaron de inmediato ante la mirada del policía. Medía menos de un metro setenta y en la barbilla se adivinaba una barba incipiente igual de rala que la pelusa de un muchacho.

Cuando el joven monje miró a Ziegler, Servaz advirtió que le intimidaba la presencia de una mujer.

—Siéntese —dijo la gendarme.

Su tono tenía la misma aspereza que el de una maestra de las de antes, de cuando en la escuela aún se aplicaban castigos físicos. Al sentarse, el muchacho dio la impresión de querer ocupar el mínimo espacio posible en la silla. Estaba claro que, de haber podido disponer de una capa de invisibilidad (Servaz le había leído *Harry Potter* a su hijo, aunque a Gustav le costaba entender algunas cosas del libro), habría desaparecido sin dilación.

—¿Y usted es…? —preguntó Irène.

—Eh… el hermano Cyprien.

¿Qué había dicho el hermano Anselme? Que estaba «desintoxicado». Pues por lo visto eso no era cierto. Aprovechando que el recién llegado le daba la espalda, Servaz le dirigió una discreta señal a Ziegler, que al instante se irguió en su asiento y miró fijamente al hermano Cyprien. Al ver la frialdad de su mirada, el joven bajó la vista de inmediato. Servaz calculó que no tardaría ni cinco minutos en desembuchar.

—¿Sufre usted de insomnio? —preguntó Irène sin perder el tiempo y yendo al grano.

—¿Cómo?

—¿Me va a hacer repetir todas las preguntas? —replicó ella con sequedad.

Su tono hizo que el hermano se encogiera un poco más.

—Eh… bueno, a veces me cuesta dormir… —admitió el muchacho—. Y eso que no tenemos tiempo de…

—¿De qué?

—De descansar…

—Entiendo. ¿Y qué es lo que hace cuando le cuesta… «dormir»?

—Leo, escucho música y… rezo —añadió al final, como si acabara de acordarse de que era monje.

—Siendo tan joven, no debe de ser fácil vivir aquí.

—Es la vida que elegí…

—¿Y por qué la eligió?
El muchacho miró hacia Servaz y luego volvió a mirarla a ella.
—Yo… yo creía que iban a preguntarme si había visto algo.
—¿Cuándo? —inquirió Ziegler, glacial.
—Bueno… la noche en que…
—¿Por qué? ¿Acaso vio algo?
—No, no, estaba en la cama.
—¿En serio?
El monje inclinó la cabeza y asintió.
—Timothée Hosier, ¿le dice algo ese nombre? —le preguntó Servaz.
—No.
—¿No? —terció Irène Ziegler con cara de sorpresa.
El joven titubeó.
—Quizá…
—¿No o quizá? —insistió la gendarme, con más frialdad todavía.
—No lo sé.
—¿Ah, no? Pues parece que te vieron con él en el bosque dos horas antes de su muerte —dijo ella, pasando al tuteo.
El muchacho abrió los ojos como platos.
—¿Cómo? —exclamó.
Servaz se quedó mirando a Ziegler, que se levantó, cogió la silla y rodeó despacio la mesa arrastrándola ruidosamente por el suelo para acabar sentándose justo detrás del monje. Después se inclinó hacia él y le susurró algo al oído, en voz baja pero de manera audible, tan cerca de él que debió de sentir su aliento en el tímpano.
—Otra tontería más y te meto en chirona con los proxenetas, los chaperos y los violadores. Les va a encantar pasar la noche con un pimpollo como tú.
Por un instante pareció como si el monje se fuera a desencajar. El labio inferior empezó a temblarle y los ojos se le humedecieron. Su respiración se volvió agitada.
—Te escucho —susurró Ziegler a su oído, con paciencia casi maternal —. Esto quedará entre nosotros, te doy mi palabra.
Un breve silencio.
—Timothée me vende droga… Empecé cuando era estudiante, en Pau… ¡Pero consumo mucho menos que antes, se lo juro! Dios me ayuda a liberarme de mis demonios poco a poco. Estas cosas no desaparecen de un día para otro…
De pie junto a Ziegler, Servaz se inclinó hacia su otra oreja.
—También te vi besarlo.
La tez rosada del hermano Cyprien viró al carmesí.
—Yo no lo maté… —farfulló—. ¡No fui yo!
Servaz lo observó. Su cara relucía literalmente de sudor. El joven se secó la frente con el dorso de la manga.
Ziegler se levantó y cogió la silla, para volver a sentarse delante de él.

—Háblanos de Hosier. ¿Cómo lo conociste?

El muchacho eligió las palabras antes de decidirse a hablar.

—En cuanto llegué a Aiguesvives, me informé. Sabía que no podría aguantar mucho tiempo sin maría ni coca…

—O sea, que lo que nos ha contado el padre Anselme, que estás rehabilitado y todo eso, es una pura patraña.

Hundió la mirada en la del joven, y él desvió la suya.

—No. Fue verdad durante una temporada, pero recaí…

—¿Y lo demás?

El hermano se quedó dudando.

—Eso vino después. Con Timothée era como si me leyera el pensamiento… como si adivinara todos mis… deseos…

—Háblanos de él.

Sus ojos se cubrieron de un velo de inquietud, que vino acompañado de un leve destello en las pupilas.

—Timothée no era… una buena persona… No tenía escrúpulos. Las personas como él son malas, como si eso fuera lo normal para ellas. Le encantaba mentir, hacer trampas, robar, amenazar, estafar… Sólo se dejaba llevar por sus pulsiones más… destructivas y malsanas. No sé hasta dónde habría sido capaz de llegar. A veces me daba miedo de verdad.

Servaz se acordó de la sensación de peligro que había percibido al ver al rubio en la espesura del bosque.

—Pero, en otros momentos, no podía evitar… eh… sentirme atraído por él.

—¿Conoces a algunos de sus clientes? —preguntó Irène—. ¿A la gente con la que se relacionaba?

—No, lo lamento.

—¿Sabes si se sentía amenazado? ¿Si tenía miedo de algo o de alguien?

El joven negó con la cabeza.

—Me gustaría ayudarlos —dijo en tono quejumbroso—, pero no sé nada de eso. Se lo juro. Nunca me habló de cosas como ésas.

—¿De qué te hablaba? ¿Te hacía confidencias?

—Algunas veces…

—¿Y qué te decía?

El monje tardó un momento en contestar.

—Bueno, por ejemplo, tenía una obsesión…

Ziegler aguardó a que continuara.

—Una obsesión con todo lo que tuviera que ver con la religión, como los objetos de culto, los ritos, las estatuas, las pinturas, los textos… Estaba muy enterado sobre esas cuestiones. Le fascinaban y le encantaba hablar de eso. Se preguntaba si existía el infierno. También decía que yo podía ayudarlo a salvar su alma… que había hecho algo terrible en el pasado.

Servaz vio cómo Irène se tensaba.

—¿Te dijo de qué se trataba?

La mirada del hermano Cyprien volvió a ir del uno al otro, antes de posarla de nuevo en la gendarme.

—Me contó que a los dieciséis años había matado a su hermana pequeña. Iba a una psiquiatra.

Irène miró boquiabierta al joven monje.

—¿Y tú lo creíste? ¿Crees que decía la verdad?

—Busqué en internet y encontré artículos de esa época. Él era menor y su nombre no aparecía citado en ningún sitio, pero todo cuadraba: la edad, la descripción, el padre ginecólogo…

—Y la psiquiatra, ¿te dijo quién era?

—No.

Ziegler intercambió una mirada con Servaz.

—¿Sabes algo más de Timothée que pueda ser de interés?

—Odiaba a su padre…

Lo había dicho como si fuera una evidencia. Servaz imaginó que los dos jóvenes debían de tener eso en común.

—¿De dónde sacas todo ese dinero? —preguntó Irène.

—Del mío. Me envía dinero cada mes… Le hago creer que es para la abadía.

—Y la noche pasada, después de reunirte con Timothée en el bosque, ¿qué hiciste? —preguntó Irène.

Vieron que el joven se volvía a ruborizar.

—Ya lo saben, ¿no? Me estuvieron vigilando… así que también sabrán que después volví a mi celda y me acosté.

Servaz se abstuvo de precisar que no había asistido a la totalidad de la escena.

16

A su alrededor era verano, pero Martin tenía la repentina impresión de que las tinieblas habían ganado terreno. Aun así, el sol resplandecía en su zénit.

—Esta historia no me gusta nada —confesó Ziegler mientras se dirigían al coche—. No me gusta nada de nada.

Él prefirió no hacer ningún comentario, aunque sentía más o menos lo mismo. Detrás de todo aquello había una siniestra realidad de la que apenas vislumbraban la parte emergida. Evocó la imagen del joven rubio arrodillado bajo la cascada, con la boca abierta y el vientre lleno de agua. Se temía lo peor. Se hallaban en el umbral de algo inconmensurable. Después de ponerse en marcha, Irène realizó algunas llamadas para que recabaran el historial psiquiátrico de Timothée Hosier y localizaran el nombre de la psiquiatra que lo trataba.

—Hay que hablar con los padres lo antes posible —dijo después de colgar—. Justo acaban de avisarlos. Están en camino. Mientras tanto, iremos a echar un vistazo al sitio donde vivía. Los colegas ya están allí.

Volvieron a Aiguesvives y luego continuaron por una carretera llena de grietas y baches que subía por una de las colinas circundantes. Aparcaron detrás del furgón de la Policía Científica estacionado junto a la acera. A unos metros de allí, en medio de un jardín invadido por las acacias y las malas hierbas, había una construcción de una sola planta.

Siguieron por un sendero de losas resquebrajadas, que discurría entre una vieja caravana asentada en bloques de cemento y un chasis de una Volkswagen sin parabrisas. Además, había varias bicicletas corroídas por el óxido, cual pecios colonizados por los corales, y algunas latas de conserva que crecían entre las ortigas.

Al llegar al pequeño edificio, bordearon el lateral izquierdo de la casa hasta acceder a la puerta de entrada, que no tenía ningún escalón. Servaz trató de mirar a través de las ventanas al pasar por delante de ellas, pero las cortinas de color marrón se lo impidieron. Cuando entraron, tras haberse colocado los guantes y el cubrecalzado de nitrilo, los asaltó un olor a basura y a comida en descomposición. El denso hedor parecía insuflar una especie de consistencia al aire. Las moscas zumbaban y se posaban por doquier.

Los técnicos forenses iban y venían envueltos en sus monos, protegidos del olor por las máscaras. Recolectaban huellas dactilares, restos de ADN y todo tipo de fibras, que luego compararían con las que habían encontrado en la escena del crimen e introducido en los ficheros.

—Mierda —exclamó Servaz tapándose la nariz.

El interior de la vivienda era un caos indescriptible, una caverna donde el mismísimo Alí Babá habría confundido los objetos de valor y las baratijas. No había ni un centímetro cuadrado libre. Pilas de viejos periódicos y revistas de todo tipo, chucherías, racimos de bolsas de plástico llenas de cosas indefinibles…

«Síndrome de Diógenes…», se dijo Servaz.

Sobre la mesita del sofá, invadida por un número increíble de ceniceros llenos, vasos sucios, latas y botellas, había todavía papel de aluminio, una copela y un torniquete. Aun así, lo primero que llamó la atención de Irène fue el ordenador portátil que reposaba en la barra de la cocina americana, que estaba cubierto del polvo para huellas dactilares que usaban los forenses. Lo señaló mirando a uno de los técnicos y, cuando éste le hizo un signo afirmativo con la cabeza, lo abrió enseguida. Servaz vio que tecleaba algo y luego lo cerraba.

—Tiene contraseña…

Martin comprendió lo que buscaba de inmediato. ¿Era posible que Hosier guardara en ese ordenador la lista de sus clientes y sus números de teléfono? El móvil de Irène vibró y ella respondió. Era la gendarmería; lo puso en modo manos libres.

—Lo que les ha dicho el curilla es verdad —anunció una voz—. Timothée Hosier pasó ocho años en instituciones especializadas después de haber asesinado a su hermana Judith, de doce años, en 2002. Los dos psiquiatras que lo examinaron dictaminaron su irresponsabilidad penal y lo internaron. Pasó seis años en un centro y dos en otro, antes de que lo soltaran. Por lo visto, alguien decidió que había recuperado la cordura. Después consiguió ese puesto de empleado municipal, pero la alcaldía de Aiguesvives lo suspendió a título preventivo, porque los de Estupefacientes lo estaban investigando.

—¿Por qué lo cambiaron de centro durante su internamiento? —preguntó Ziegler—. ¿Hubo problemas? ¿Se mostró agresivo? ¿Lo enviaron a la UPD?

La Unidad de Pacientes Difíciles estaba reservada a los internos que representaban un peligro tanto para los demás como para sí mismos.

—Al parecer hubo un incendio en su centro —respondió la voz al otro lado de la línea—. Hubo que repartir a los internos un poco por toda Francia. Se trataba de pacientes violentos que presentaban todos unos perfiles muy específicos.

Irène y Servaz intercambiaron una mirada de inquietud. La tensión iba en aumento. Servaz notó que se le encogía el estómago.

—¿Dónde estuvo internado la primera vez? —preguntó Irène, con voz más sorda y profunda.

—En el Instituto Wargnier. Estaba en…

—Sé dónde estaba —lo interrumpió ella.

Guardó silencio unos segundos y luego miró a Servaz.

—En la actualidad lo llevaba una psiquiatra, ¿no? ¿Ha podido averiguar su nombre?

—Sí. Gabriela Dragoman. Psiquiatra y especialista en psiquiatría infantil y juvenil. Nacida en Rumanía y llegada a Francia a los diez años. Tiene una consulta privada en Aiguesvives y también trabaja en los hospitales de la zona. ¿Quiere su dirección?

—Sí, por favor.

Irène colgó y posó la mirada en Servaz, que sentía como si se hallara en caída libre.

«El Instituto Wargnier… El pasado asoma a la superficie, una vez más…» Otra vez se presentaba en su mesa como un invitado al que nadie desea ver, porque todos saben que estropeará la fiesta. Invierno de 2008-2009. Nieve, blancura, tanto en el exterior como en el interior. Un lugar aislado, al fondo de un valle. Una arquitectura típica de los edificios construidos en la montaña a comienzos del siglo XX. Y en sus celdas, unos criminales sumamente peligrosos, pero también reconocidos como locos por la justicia. Ziegler y Servaz se observaron un instante en silencio.

—Ya sé lo que piensas —dijo ella—. Quizá sólo sea una coincidencia.

—Son muchas coincidencias, Irène.

Cuando un Timothée Hosier adolescente fue enviado al Instituto Wargnier, en el centro psiquiátrico había otro interno, el paciente más famoso del establecimiento: el antiguo fiscal del tribunal de Ginebra y asesino en serie Julian Hirtmann… el hombre que había secuestrado a Marianne.

Había un nexo entre Marianne y los dos asesinatos. Una relación tenue, indirecta, impalpable casi, pero real.

—¿Y si vamos a hacerle una visita a esa psiquiatra? —propuso Servaz.

17

—Hablaré yo —le recordó Irène—. Tú te quedas en segundo plano, sin intervenir, y te limitas a observar.

Servaz asintió en silencio, sin despegar la vista del paisaje. Habían dejado atrás las últimas casas de Aiguesvives y subían por la cuesta rodeados de prados tras haber superado el nivel de los tejados del pueblo, cuando apareció, como suspendida en el cielo, la casa de Gabriela Dragoman.

Era un búnker ultramoderno de cemento, con líneas depuradas, ángulos originales y planos inclinados, y unos amplios ventanales que centelleaban con la luz del sol. Parecía como un barco de cemento varado en un paisaje digno de *Sonrisas y lágrimas*.

Servaz recordó haber leído en algún sitio que la producción mundial de cemento es de un metro cúbico por habitante cada año. Imaginó que todos los habitantes de este planeta recibían, como regalo navideño, un cubo de cemento perfecto de un metro de lado, que venía a añadirse a los cubos de los años anteriores y a todos los del resto de su familia: ésa era la cruda realidad de la galopante «cementización» del mundo.

Era muy consciente de que aquel tipo de pensamientos acudían a su mente con un único objetivo: ahuyentar otros pensamientos. Había encontrado una conexión entre aquellos asesinatos y Marianne, pero no sabía cómo interpretarla. Timothée Hosier había pasado varios años en el Instituto Wargnier: ¿habría tenido algún contacto con Julian Hirtmann?

Hirtmann estaba aislado junto a los otros seis internos de la unidad A. No salía nunca de allí. En principio, no había ninguna posibilidad de que un interno con el perfil de Hosier se cruzara con él. Aun así, por aquella época había habido muchas irregularidades en el funcionamiento del instituto.

Irène aparcó el Ford Ranger en el parking de tres plazas situado al pie de la gran casa-búnker, al lado de un flamante Range Rover. Servaz observó el todoterreno y luego la vivienda. ¿Tendría Gabriela Dragoman otras fuentes de ingresos aparte de la psiquiatría? ¿Acaso se desenvolvía bien haciendo inversiones en Bolsa? ¿O habría escrito algunos libros de éxito centrados en la manera de acallar las emociones negativas y vivir en armonía con la propia naturaleza profunda de uno mismo? Era algo que debía comprobar.

Después de subir por la escalinata de hormigón que llevaba a la vasta terraza, llamaron a la puerta. La panorámica de las montañas y el valle

era todo un espectáculo. En lugar de timbre, percibieron el sonido de un gong tibetano.

La puerta blanca se abrió y la doctora Gabriela Dragoman apareció en el umbral. Al verla, Servaz advirtió que su delgadez rayaba en la anorexia, y que ya había pasado más de una vez por las manos de un cirujano plástico. Los labios eran demasiado carnosos, la nariz demasiado recta y la piel demasiado tensa. El cabello rubio, tan corto en la parte de atrás que quedaba reducido a una invisible pelusa en la nuca, bajaba en un flequillo hábilmente dispuesto por encima de unas pobladas cejas negras y unos ojos de un gris desteñido. Le calculó unos cuarenta y cinco años. Ziegler le mostró su placa.

—Soy la capitana Irène Ziegler de la Brigada de Homicidios de Pau. Venimos a verla en relación con uno de sus pacientes, Timothée Hosier. Lo encontraron…

—Sí, estoy al tanto —la cortó, tensando los labios—. Es una noticia terrible.

—Querríamos hacerle algunas preguntas.

La doctora los escrutó de arriba abajo.

—Desde luego. Lo comprendo. Pero, como ya sabrán, estoy obligada a respetar el secreto profesional…

—Eso es algo que no nos resultará difícil eludir en el marco de una investigación criminal —replicó Ziegler—. Además, no estoy segura de que se aplique a un paciente muerto… Preferiríamos no perder el tiempo, si no le importa, sobre todo porque la luz que pueda arrojar usted en su condición de profesional nos será de gran ayuda.

En los labios de la doctora Dragoman asomó un atisbo de sonrisa, como dando a entender que no se dejaría engatusar por ese tipo de halagos. Aun así, se apartó para dejarlos entrar.

—Discúlpenme, pero antes tengo que terminar algo.

La planta baja estaba compuesta, casi en su totalidad, por un único espacio salpicado de pilares y medias paredes que facilitaban el acceso a unas perspectivas iluminadas por los grandes ventanales, con una escalera y una chimenea elevada en el centro. Las cumbres de las montañas eran visibles por todos lados.

La decoración interior, sin embargo, chocaba de lleno con aquel panorama plácido e incomparable. Observando las diversas paredes recubiertas de hojas de metal plateado, erizadas y llenas de puntas, a Martin le extrañó que a ninguno de los pacientes de Gabriela Dragoman se le hubiera ocurrido empalarla en ellas. Las franjas restantes de pared estaban lacadas con pintura de un negro intenso veteado de rojo y, frente a ellas, colgados en rieles, había unos inmensos cuadros hiperrealistas con marcos dorados. Prácticamente todos tenían el mismo motivo: crucifixiones, aunque, en lugar de un Cristo, en las grandes cruces de madera había una mujer de cabello leonado, un pastor alemán, un caballo o incluso un murciélago. Todos los animales eran

machos, o al menos eso fue lo que le pareció a Martin; las cruces y los cuerpos tenían una tonalidad rojo caoba, surcada por reflejos dorados, como si los iluminaran los rayos de sol del ocaso; detrás de ellos, los cielos eran sombríos, tormentosos y encapotados. Un escalofrío glacial recorrió la espalda de Servaz. ¿Cómo se podía vivir en semejante entorno y, peor aún, cómo se podía recibir allí a pacientes aquejados de trastornos psiquiátricos? A no ser que tanto los cuadros como aquella ambientación, digna de un antro de sadomasoquismo, tuvieran el propósito de provocar un shock…

Una vez más, la religión parecía colarse en la investigación…

Mientras contemplaba los cuadros con turbación, fuera un banco de nubes ocultó el sol, y de repente aquel amplio salón se llenó de sombras, alcanzado una dimensión todavía más angustiosa que le encogió el estómago.

Se volvió hacia las dos mujeres. Sentada detrás de su escritorio de grueso cristal, la psiquiatra se centraba en el ordenador como si no estuvieran allí, absorta en una tarea de la que estaban totalmente excluidos. De pie delante de ella, Ziegler tenía un destello de irritación e impaciencia en la mirada.

Servaz desplazó su atención hacia la doctora Dragoman. Envuelta en un vestido negro que le llegaba hasta el cuello —aunque dejaba los hombros al descubierto—, tecleaba ante la pantalla, sin duda alguna con la intención de exasperar aún más a Ziegler. Finalmente se levantó de su silla de policarbonato transparente, murmuró un «acompáñenme», y se encaminó hacia las profundidades de la casa con un ruidoso taconeo, como si quisiera hundir las agujas de los zapatos en el suelo.

La doctora se instaló en un sofá de cuero negro y les señaló otro situado delante, separado del suyo por una mesa baja sobre la que se elevaban, formando una especie de parapeto, varios montones de libros de arte. Después de cruzar las piernas bronceadas, los miró a los ojos de manera clínica y profesional —primero a uno y después al otro—, como si examinara a dos de sus pacientes.

—Antes de empezar, quiero precisar algunos detalles. Estoy dispuesta a responder a sus preguntas, pero seré yo quien decida cuáles son pertinentes y cuáles no. Por otro lado, no podrán acceder a la historia clínica de mis pacientes ni a mis notas sin una orden judicial. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo —replicó Ziegler.

—Ustedes dirán.

—Como ya le he informado antes, estamos investigando la muerte de Timothée Hosier —empezó Irène—. Era su paciente…

La psiquiatra asintió.

—Un paciente muy interesante…

—¿En qué sentido?

La doctora demoró su respuesta y se inclinó hacia una caja dorada,

luego la abrió y sacó un cigarrillo y un encendedor de oro.

—¿Les importa que fume?

No parecía pasársele por la cabeza la idea de ofrecerles uno o de invitarlos a un café. Servaz intuyó que aquello formaba parte de una artimaña destinada a socavar su equilibrio emocional —por hablar como ella—, aunque no comprendía con qué propósito haría algo así. Oyó el chasquido del encendedor y, cuando el olor del tabaco llegó a su nariz, sintió un leve espasmo en la boca del estómago. Estuvo a punto de sacar uno de sus chicles de nicotina, pero prefirió no hacerlo: una mujer como la que tenía delante sin duda sabría cómo sacar partido de ese gesto.

—Supongo que estarán al corriente de que a los dieciséis años Timothée mató a su hermana.

Ziegler asintió con paciencia. La psiquiatra dio una calada y se demoró expulsando el humo.

—En Francia hay aproximadamente unos trece mil psiquiatras —declaró—. Es poco para una población de sesenta millones de habitantes con un aumento galopante de los trastornos mentales. Como podrán imaginar, la mayoría de mis pacientes no son del valle. A pesar de que el aislamiento, las condiciones de vida de los pueblos de montaña y la dureza de los oficios que aquí se ejercen entrañan bastantes factores de riesgo, muy pocos habitantes de las zonas rurales suelen recurrir a la consulta de un psiquiatra, así que también atiendo dos veces por semana en la unidad de cuidados de Lannemezan. Fue allí donde conocí a Timothée.

Dio otra calada: tenía la espalda bien erguida, aunque levemente inclinada hacia delante.

—Timothée Hosier acababa de reincorporarse a la vida civil, pero tenía la obligación de seguir un tratamiento ambulatorio. Enseguida advertí su potencial…

—¿Su… potencial? —preguntó Irène.

—Sí. Timothée era un caso muy particular, apasionante. Tengo intención de escribir un libro sobre él más adelante… Lo titularé *El paciente X*.

Servaz miró de reojo a Ziegler. Aunque permanecía impasible, adivinó que hervía por dentro.

—Timothée tenía una personalidad de tipo *borderline*, marcada por una fuerte impulsividad, una cierta inestabilidad en la imagen de sí mismo y en los afectos, una clara predisposición a la toxicomanía y a las conductas sexuales de riesgo, y, por supuesto, a los ataques de cólera. Mostraba una gran dificultad en el control de sus pulsiones, y también padecía el síndrome de Diógenes, además de presentar diversas parafilias…

Martin recordó el interior de su caótica vivienda.

—¿Parafilias? —comentó Irène.

La psiquiatra la miró con una sonrisilla de superioridad.

—Las parafilias son fantasías sexuales excitantes que se basan en impulsos muy difíciles de controlar, y que llevan a conductas sexualmente desviadas de las normas sociales, como por ejemplo la pedofilia.

—¿Timothée era pedófilo?

—No. Sus fantasías iban por otros derroteros…

—¿Cuáles?

—El travestismo, el fetichismo… la hierofilia.

Ziegler arqueó una ceja.

—La atracción sexual por las cosas sagradas —aclaró la doctora Dragoman, y Servaz volvió a ver al rubio besando al monje en el bosque —. Eso incluye la masturbación con objetos de culto o la subversión de los rituales religiosos, como hacía Sade, que fue acusado de haber sodomizado a una religiosa con el cirio de una iglesia, o Casanova, que seducía a las novicias a la salida de los conventos. En el fondo, los hierófilos sacan a la luz esa pregunta que el cristianismo ha silenciado de manera sistemática: ¿por qué diablos inventó Dios el pene, el clítoris y la vagina? —concluyó, con una sonrisa afectada.

Servaz desplazó la mirada hacia uno de los cuadros cercanos. Timothée Hosier debía de sentirse sin duda en su elemento cuando iba a esa casa.

«¿Y tú, cuáles son tus parafilias?», pensó.

—También padecía de pigmalionismo, una atracción sexual por las estatuas, religiosas en su caso…

—¿Seguía un tratamiento?

—Sí. Terapia cognitivo-conductual y tratamiento hormonal con antiandrógenos. También le había recetado medicación para moderar los impulsos, a base de antidepresivos con inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina.

—¿Podría procurarnos una copia de la receta? —pidió Ziegler.

—No veo qué relación tiene eso con su asesinato.

—Nosotros no pasamos por alto ningún detalle —contestó Irène con calma.

Servaz vio que Gabriela Dragoman le lanzaba una mirada cautelosa.

—¿Lo veía a menudo? —preguntó Ziegler a continuación.

—Una vez por semana, siempre por la noche.

—¿Por qué por la noche?

La psiquiatra volvió a esbozar una leve sonrisa.

—Él lo quería así. Le gustaba venir tarde. Le gustaba el ambiente, las luces tamizadas, mis cuadros… Se abría con mayor facilidad a partir del anochecer… como algunas flores. En verano, incluso tenía que bajar las persianas.

—¿Sabía que vendía droga? —preguntó Servaz.

Gabriela Dragoman lo enfocó con sus ojos grises.

—Sí, por supuesto, y también que consumía su propia mercancía en

elevadas dosis… Lo cual implicaba, como pueden suponer, grandes problemas con respecto a la medicación. Timothée no tenía secretos para mí…

Servaz se imaginó al rubio y a la rubia cara a cara entre aquellos grandes cuadros de crucifixiones, rodeados por esos muros negros y esas aristas de metal, de noche, en el silencio de aquel búnker de estilo sadomaso… Y no pudo evitar un estremecimiento.

—En ese caso, podría haberle confiado algo que no le hubiera dicho a nadie más; algo que podría estar relacionado con su muerte —destacó Ziegler—. Si tenía enemigos, si tenía miedo de algo o de alguien… Si se sentía amenazado.

La psiquiatra negó con la cabeza y soltó una bocanada de humo.

—No, al menos que yo sepa. Pero tiene razón: si fuera así, si hubiera algo de eso, me lo habría dicho.

—Doctora —intervino bruscamente Servaz—. Esta casa es muy bonita y está llena de hermosos objetos. También he visto ese coche ahí fuera. ¿La psiquiatría reporta tanto dinero?

La doctora lo miró con tanta frialdad y desprecio que Martin tuvo que contenerse. Raras veces lo habían mirado así, y sintió que la rabia le ascendía por la garganta.

—Soy viuda. Mi marido era una persona… En fin, digamos que le había ido muy bien. Durante cuarenta años estuvo al frente de una de las empresas agroalimentarias más importantes de Francia, en una época en la que no había ninguna regulación que le impidiera a uno enriquecerse envenenando a la población. Si el cáncer estuviera clasificado como arma de destrucción masiva, seguro que a mi marido habrían podido juzgarlo por crímenes contra la humanidad. Pero la vida hizo que pagara por sus pecados, y él mismo murió de un cáncer de garganta. No porque comiera la porquería que hacía comer a los demás, sino porque era un gran fumador. Sesenta cigarrillos al día por término medio, y un mínimo de diez whiskies diarios. Me casé con él a los veintiocho años, cuando él tenía cincuenta. Murió al cabo de siete años sin que hubiéramos tenido hijos, y esa circunstancia me dejó en una situación acomodada para el resto de mis días. ¿He satisfecho con eso su curiosidad?

De repente, antes de que Irène pudiera reaccionar, Servaz deslizó la foto de Marianne sobre la mesa que los separaba.

—¿Conoce a esta mujer?

Gabriela Dragoman se inclinó y le echó un vistazo.

—No.

—¿Está segura de que nunca se ha cruzado con ella?

—Completamente. ¿Quién es?

—Gracias —dijo.

Guardó la foto en el bolsillo, ignorando la mirada asesina que le lanzaba su compañera.

—¿Se le ocurre algún otro detalle que pudiera ayudarnos? —preguntó Ziegler.

—Como ya le he explicado, Timothée tenía cierta tendencia a la impulsividad, tanto en sus conductas como en la vida en general. Además, sufría frecuentes accesos de cólera. Solía pelearse y era agresivo. Tenía la mala costumbre de ponerse en peligro. Probablemente acabó topándose con alguien peor que él, y la cosa acabó mal. Frecuentaba los bares de ambiente de la zona. Quizá deberían buscar por ese lado…

—Si le contamos algo, ¿quedará entre nosotros? —preguntó de improviso Irène.

La psiquiatra la observó con curiosidad y asintió con firmeza.

—Su asesinato se llevó a cabo con una puesta en escena que apunta a la premeditación. Además, es el segundo asesinato de este tipo que se produce en la zona. Existen pocas posibilidades de que se deba a un encuentro fortuito de una noche.

La psiquiatra entornó sus pálidos ojos grises y, entre sus largas pestañas de color castaño, apareció un intenso brillo de interés.

—¿Le dio el nombre de alguno de los locales que frecuentaba? —preguntó Irène.

—El Boy & Boy de Toulouse era uno de sus preferidos.

—Y con respecto a su hermana… Ese asesinato… ¿Qué pasó exactamente?

La doctora se concentró, haciendo memoria.

—Un buen día volvió del instituto, subió directamente al cuarto de su hermana y la estranguló. Así… sin ningún motivo aparente. Nadie sabe qué le pasó por la cabeza. Los psiquiatras que lo atendieron llegaron a la conclusión de que aquello fue lo que, según la nosografía francesa, se conoce como un «episodio delirante agudo». En su quinta edición, el DSM-5, el *Manual de Diagnóstico y Estadística de los Trastornos Mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría, alude a ellos como «trastorno psicótico breve». El episodio delirante se suele dar en adolescentes o adultos jóvenes sin antecedentes psiquiátricos conocidos. Es un comienzo brutal, que a menudo se compara con un «trueno en medio de un cielo sereno». Es algo inesperado, que rompe totalmente con el estado anterior y que puede producirse sin que medie ningún detonante, como pueda ser el estrés o una depresión. En resumen, se da en un joven sin antecedentes clínicos. Bien mirado, es bastante terrorífico, ¿no? —Expulsó el humo hacia Servaz, que frunció la nariz—. Tampoco hay ninguna causa tóxica. Por aquel entonces, no se encontró en su sangre ningún resto de medicamentos, ni rastro alguno de alcohol o estupefacientes. No hubo precedentes, ni señales de alarma previas, nada.

Dejó caer un nubecilla de ceniza en el cenicero, del mismo tono dorado que la tabaquera.

—Le dio así, sin más… Dijo que «de pronto había tenido ganas de matar a su hermana». Que la quería, pero que deseaba ver qué se sentía al matar a alguien. Y que era la persona de su entorno más… fácil de matar…

Con un escalofrío, Servaz se acordó del joven rubio que había visto en el bosque. Esa noche no parecía en absoluto un «joven sin antecedentes clínicos ni señales de alarma».

—También hizo alusión a unas voces que le hablaban y a unos malos olores que notaba en el cuarto de su hermana. El delirio psicótico es por lo general incoherente pero profuso, con una multiplicidad de mecanismos alucinatorios, como ruidos, olores, sensaciones… La adhesión al delirio es total. —Los miró de forma alternativa, primero a Irène y luego a Servaz—. El cerebro es todavía y en gran medida como una caja negra, un misterio, digan lo que digan las neurociencias… Y constituye sin duda la red más compleja del universo. Con un peso aproximado de mil quinientos gramos, cuenta con cien mil millones de neuronas y cien billones de conexiones sinápticas. En cuanto a nuestros recuerdos, no los almacenamos, sino que los reinventamos continuamente. En realidad las disfunciones del cerebro salen muchísimo más caras, en términos de salud pública, que los cánceres o las enfermedades cardiovasculares…

Los volvió a observar y Servaz notó una vez más un escalofrío en las cervicales. Esa mujer le hacía pensar en un reptil o en un escualo: un animal de sangre fría. Y al mismo tiempo, le encontraba su atractivo. Ziegler cerró el cuaderno en el que tomaba notas y se puso en pie.

—Si tenemos otras preguntas, ¿podemos llamarla?

La psiquiatra efectuó un leve asentimiento. Después se volvió, sonriendo, hacia Servaz.

—¿Seguro que no quiere un cigarrillo?

Lo había calado. Cuando volvieron a pasar delante de los cuadros, el policía demoró la mirada en ellos. La precisión y el sentido del detalle del pintor eran casi fotográficos.

—Magistral, ¿no? —dijo Gabriela Dragoman a su espalda—. Kyros Christóforos es un genio, pero sus cuadros tienen precios exorbitantes.

Servaz optó por no hacer comentarios. No estaba muy puesto en arte contemporáneo. Además, aquellas imágenes morbosas le producían una especie de desazón.

—¿A qué ha venido eso? —lo reprendió Ziegler mientras bajaban por la escalera de hormigón—. Te he pedido que no te inmiscuyeras en la investigación, ¿y vas y sacas esa foto? ¡Joder, Martin!

—¿Qué te parece? —preguntó él, haciendo caso omiso del reproche.

Sobre sus cabezas, el cielo se había cubierto de nubes y sonaban algunos truenos a lo lejos.

—¿Timothée o ella? Es inteligente, audaz, arrogante, calculadora y… está algo chalada. Le traen al pairo la justicia y las víctimas.

—Lo mismo pienso yo —coincidió él, abriendo ya la puerta del coche.
—Y nos esconde algo —agregó la gendarme.
Servaz ya no la escuchaba. Estaba pensando una vez más en Marianne. ¿Dónde se habría metido?

18

Martial Hosier fumaba delante de las grandes puertas automáticas del hospital de Pau. Su mujer lo esperaba dentro del coche, en el aparcamiento. Cincuenta minutos. Nada. Al final apareció una enfermera que los invitó a acompañarla.

Un largo pasillo acristalado, portazos, ruidos y olores a desinfectante y a detergente. Lo hicieron pasar a un pequeño despacho de consulta sin ventanas, donde los recibió un médico: la unidad de medicina judicial del hospital de Pau no disponía de sala de espera. En realidad, tampoco disponía de forense titular y, debido a la falta de médicos, desde finales de mayo el servicio funcionaba al ralentí. En ciertos casos de golpes y lesiones había que esperar hasta tres semanas para que alguien examinara las heridas y hematomas, siempre que todavía fueran visibles, claro. Y lo que era peor aún: en determinadas denuncias por violación —en las que había que tomar las muestras con la mayor rapidez posible—, las víctimas se veían obligadas a desplazarse cuatro horas por carretera hasta el hospital universitario de Toulouse, sumidas en el previsible estado psicológico de angustia y desamparo que estas situaciones desencadenan.

La dirección del hospital argumentaba que la medicina forense era el pariente pobre de la profesión, lo cual explicaba su incapacidad para prestar un servicio médico-forense digno de tal nombre; el Ministerio Público replicaba que vertía setecientos mil euros de subvenciones anuales destinados únicamente a dicho servicio, y que no veía resultados. Todo el mundo le endosaba la culpa al otro. Como resultado de ello, a los padres de Timothée Hosier los recibieron en unas condiciones que no hacían justicia a su dolor.

Al cabo de una hora volvieron a ponerse en marcha, con la imagen de su hijo fallecido prendida aún en la retina, tendido en una mesa metálica y blanco como la leche, pero sin marcas aparentes de maltrato. El médico de turno había preferido no darles explicaciones. «Que lo haga otro…», se dijo. Además, para comenzar la autopsia aguardaba la llegada de un forense de Toulouse, que sin duda no se iba a producir hasta el día siguiente.

Tal como había hecho Servaz anteriormente, pero en sentido contrario, Martial y Adèle Hosier tomaron entonces la A64 hasta Lannemezan, y desde allí se dirigieron al sur, hacia las montañas.

Cuando llegaron a la gendarmería de Aiguesvives al final de la tarde, todo el mundo estaba en pie de guerra. Servaz observaba el ajetreo

generalizado pensando en Marianne. Agobiado por un sentimiento de urgencia, se preguntaba en qué momento iba a poder sacar partido de los medios destinados a aquella investigación para poder buscarla, y cómo podría convencer a Irène para que lo ayudara.

—Les doy mi pésame —dijo de entrada Irène a los padres de la víctima—. Soy la capitana Ziegler de la Brigada de Homicidios de la gendarmería de Pau: estoy al frente de la investigación.

Servaz se percató de la mirada torva que posó el padre en el pequeño piercing de plata.

—Hemos visto el… cadáver de Timothée en el hospital… ¿Sufrió mucho?

Era la madre, una mujer de unos sesenta años; llevaba el cabello teñido, pero se veía reseco y sin brillo. Su expresión y los ojos enrojecidos lo decían todo: estaba desolada.

—Me temo que sí —respondió Irène.

Servaz vio que la expresión de abatimiento de Adèle Hosier se acentuaba. Escrutó al padre. Era un hombre bajito y fornido, con un centro de gravedad muy bajo, como los campeones de lucha grecorromana. La cara, ancha y aplanada, y la mirada alerta le conferían cierto aire de bulldog. Llevaba una cazadora de tela marrón, una camisa de cuadros y un pantalón barato. Servaz detectó una personalidad conformista, aburrida, y una cierta propensión a la desconfianza y a la hostilidad.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo hacerle esto? —quiso saber Martial Hosier.

—Es demasiado pronto todavía —contestó Irène, girando levemente la silla hacia el padre—. Hemos encontrado numerosas pistas en el escenario del crimen. Ya hemos interrogado a varias de las personas con quienes su hijo se relacionaba y hemos empezado a buscar a posibles testigos. También nos hemos visto obligados a indagar en su pasado.

Calló un instante, dubitativa.

—Nos hemos enterado de que había… matado a su hermana. ¿Es así?

La madre estalló en sollozos. El padre le lanzó una mirada furibunda a Irène.

—Eso es un asunto del pasado. Tenía dieciséis años. ¿Qué le lleva a pensar que pueda haber una relación?

Ziegler dirigió una ojeada a la madre, que lloraba, y de nuevo se volvió hacia el padre.

—¿Sabía que su hijo traficaba con droga?

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si sabía que su hijo era un camello.

Por primera vez, su ancha cara dejó traslucir pena.

—Casi no teníamos contacto con él. No nos hablaba. No nos llamaba nunca y tampoco contestaba al teléfono. Llevábamos más de un año sin verlo. Y antes de eso, se comportaba de forma grosera, desafiante y

agresiva, tanto con su madre como conmigo. Nos odiaba. Con respecto a su pregunta, sé que consumía droga, sí. No sé si la vendía… Todo era por culpa nuestra, claro. Vivimos en una sociedad en la que la gente no asume sus responsabilidades y siempre achaca la culpa a los demás… Timothée era así. No se hacía responsable de nada, ni siquiera de sus propios fracasos.

—Entonces… ¿no tiene ninguna idea de quién pudo haber hecho eso? —preguntó Ziegler, impermeable a aquella línea temática.

Ella consideraba, por el contrario, que eran demasiadas las personas de las generaciones anteriores que se aferraban a sus sillones, a sus rentas y a sus privilegios en detrimento de las generaciones siguientes.

La madre negó con la cabeza y el padre apretó las mandíbulas.

—Se lo acabo de decir —respondió el ginecólogo, en un tono afilado como un cuchillo.

—Gracias. Nos volveremos a poner en contacto con ustedes si tenemos más preguntas.

—¿Y su perro? —preguntó Martial Hosier—. ¿Qué han hecho con él?

Irène Ziegler levantó la cabeza.

—¿Su perro? ¿Qué perro?

—Timothée tenía un perro de pelea… un rottweiler negro al que tenía mucho cariño. Yo creo que era el único ser a quien quería de verdad.

Ziegler se lo quedó mirando fijamente.

—No hemos encontrado ningún perro.

19

21.30 h. Anochecía y la oscuridad se desplegaba en las laderas. Se desparramaba, líquida, entre los abetos y las casas. La sombra de las montañas había inundado el fondo del valle hacía rato. Como cada noche, la humanidad que lo poblaba a escala reducida retomaba su combate contra las tinieblas, y abajo se encendían un millar de luces, semejantes a guirnaldas de Navidad. Era el reto cotidiano que lanzaban a las cumbres fabulosas, a los sombríos bosques, a los cielos estrellados… A toda aquella naturaleza que estaba allí mucho antes que ellos.

A Martial Hosier le tenían sin cuidado las montañas. A él le gustaba la ciudad, su ruido, su contaminación, sus bocinas y sus innumerables posibilidades. Hizo girar la llave de la puerta del chalet que poseían en la parte alta, en el barrio más cotizado de Aiguesvives, salpicado de hermosas viviendas aisladas en medio de los árboles, más allá de la tupida sucesión de tejados del centro.

Estaba furioso. Habían confiado la investigación a una mujer.

Una mujer, para colmo, demasiado joven, que llevaba un piercing en la nariz y un tatuaje en el cuello. ¿Adónde iba a parar el mundo, joder? Y el otro individuo que estaba con ella no había pronunciado una sola palabra… Otro de esos tipos castrados por las mujeres. ¡Menuda mierda de época! Él era ginecólogo, y pronto ya no habría manera de que un hombre ejerciera esa profesión. Detestaba a las mujeres. Hacía treinta años que les hacía abrir las piernas y, desde el principio, las había odiado y despreciado.

Abrió la puerta. Tras él su esposa dejó escapar un discreto sollozo.

—¿No puedes parar ni un minuto? —le espetó.

Martial Hosier no sólo estaba encolerizado… Tenía miedo. Era por lo que le había dicho aquella zorra: Timothée había sufrido. Él sabía lo que significaba eso de una manera u otra, habían torturado a su hijo. Sólo de pensarlo, se le ponía la carne de gallina. ¿Quién lo había torturado? ¿Por qué motivo? ¿Tendría algo que ver con aquel otro asunto? Accionó el interruptor contiguo a la puerta. No ocurrió nada. «Mierda…» No había luz. Había vuelto a saltar el diferencial.

Se volvió, oyó el trueno que resonaba en un cielo cada vez más oscuro y vio cómo el viento agitaba las copas de los árboles. En el aire flotaba esa extraña quietud que precede a los rayos. «Habrá sido la tormenta», pensó.

—Martial, ¿a qué esperas?

—No hay luz.

Se adentró en el gran vestíbulo de la planta baja. A su derecha reptaba una vaga claridad gris que provenía del salón; se colaba a través de las persianas, justo lo bastante como para permitirle distinguir el contorno de los muebles. Dio dos pasos y entró casi a ciegas en la sala. Su sobresalto fue tan violento que dio un respingo.

En la penumbra había algo, algo que brillaba en mitad del salón. Unas letras luminosas, que decían:

BIENVENIDOS

Se quedó inmóvil, escrutando la oscuridad. El miedo lo golpeó como un puñetazo. Abrió la boca. Casi no podía respirar, le faltaba el aire. Examinó el resto de la sala y volvió a fijarse en la palabra luminiscente. Parecía como si flotara en el aire, a varios centímetros del suelo. Al mismo tiempo, era como si se moviese. Sí, eso era: no estaba inmóvil ni pintada sobre una superficie plana… Se movía… Subía y bajaba a un ritmo bastante rápido.

—Dios santo… —musitó su mujer tras él.

—Cierra la boca…

A pesar de la tenaza de miedo que le comprimía el pecho, dio un paso más, y luego otro. Hacia las letras que palpitaban como si estuvieran vivas… Entonces ya veía que habían sido trazadas de manera tosca, sin duda con una pintura especial, porque había churretones aquí y allá. Lo que no comprendía era sobre qué tipo de soporte lo habían hecho. Las tinieblas se agrandaban a su alrededor y todavía no tenía claro si debía dar media vuelta y largarse o salir de dudas. Necesitaba saber qué era.

—Vámonos, salgamos de aquí —le suplicó Adèle a su espalda—. Avisemos a la policía y…

—¡Que te calles!

¿Qué era? Por todos los santos, ¿qué demonios era? Tenía ganas de mear. Siempre tenía ganas de mear. Era por la maldita próstata. Se agachó y distinguió la forma negra y alargada tendida en la alfombra del salón. Negra y viva. Negra y moribunda. Aspiró su olor. Un olor fuerte y almizclado de perro sudoroso y estresado. *Rhaegal*, el rottweiler de su hijo. Se estremeció… Y el terror hizo que casi perdiera el equilibrio cuando, al posar una mano en el flanco palpitante y cálido del animal, al tocar su pelo raso y suave cerca de la recia nuca, se le mancharon los dedos con un líquido que no era pintura.

—¡Hostia puta, joder! —exclamó dando un salto hacia atrás, con tanta precipitación que acabó sentado en la alfombra, con el corazón a mil y el pecho casi igual de jadeante que el del perro.

Ahora ya oía el resuello del animal en medio de la oscuridad. Su respiración breve y rasposa… Las exhalaciones fétidas de su aliento atravesaban el aire recalentado del salón y llegaban hasta él.

—¿Qué pasa? —gimió su mujer por detrás de él, con voz excesivamente aguda—. Martial, ¿qué significa todo esto?

Él se levantó y retrocedió dos pasos. Escrutó de nuevo la oscuridad. Tenía la sensación de que el sudor que le resbalaba por la espalda estaba helado, de que el corazón le excavaba un túnel en el pecho.

—No lo sé.

—Hay que avisar a la policía, hay que…

—¡No! —rugió para no seguir oyéndola.

Iba a añadir algo cuando, de repente, pareció como si el aire vacilara. Los cristales vibraron y una enorme detonación hizo temblar todo el chalet. El grave bramido subsiguiente se prologó durante varios segundos, arremetiendo contra su estómago. Era como un terremoto… Martial Hosier notó cómo el pánico se ramificaba y extendía por su cuerpo igual que una planta venenosa. Pero ¿qué era lo que ocurría, por Dios? En esta ocasión llegaba de fuera.

El ginecólogo sorteó a su esposa, petrificada como una estatua de sal, y se dirigió a toda prisa hacia la puerta.

—¿Qué ha sido eso?

Irène Ziegler había despegado la vista del mapa que estaba examinando.

—Ni idea —contestó Éloi Enguehard—. Parecía una explosión.

—No ha sido lejos —calculó Servaz.

Se precipitaron como un solo hombre hacia la salida, imitados por varios gendarmes, al tiempo que un gruñido gigantesco ascendía de la parte norte del valle y retumbaba en las montañas circundantes.

—¡Hostia! —exclamó Enguehard, que se había detenido en la entrada.

Una vez en el exterior, todos miraron hacia el norte, hacia el punto donde se elevaba ya, en el cielo incendiado por el resplandor del ocaso, una gran nube de polvo parduzco y volátil.

Las ventanas del ayuntamiento, a un kilómetro y medio de la gendarmería, también temblaron esa noche. En el salón de plenos municipal la alcaldesa contaba a los lugareños que habían constituido un «comité contra el ruido ambiental en el casco antiguo», que ella no tenía funciones de sheriff, que no llevaba ninguna estrella en el pecho y que no tenía intención de instaurar un toque de queda para menores. Sí añadió, en cambio, que hacía lo posible por encontrar una solución con ayuda de los gendarmes. La sala entera montó en cólera. El origen del problema estaba en unos adolescentes que deambulaban con sus motocicletas de noche por el centro de Aiguesvives, y que insultaban a los vecinos que tenían la ocurrencia de quejarse. Isabelle Torres escuchaba imperturbable a un ciudadano —los plenos estaban abiertos

al público— que criticaba con vehemencia su política y las iniciativas del concejo municipal. Tenía veintiocho años cuando fue elegida por primera vez y, tras quince años consecutivos en el cargo, sin tener ninguna oposición de peso a la que hacer frente, había vivido aquella situación en múltiples ocasiones.

En torno a la mesa, los veinticuatro concejales presentes —en número suficiente para completar el quórum—, todos del partido que gobernaba o del único grupo de oposición que superó el cinco por ciento en las elecciones anteriores, escuchaban pacientemente la enumeración de actos incívicos que el hombre había sufrido: ruido, insultos, escupitajos, amenazas… Alguien aludió a un «clima de inseguridad». Isabelle Torres reprimió un suspiro. Otro de los asistentes lamentó que la tomaran con los jóvenes en lugar de proponerles actividades o espectáculos. La alcaldesa puso los ojos en blanco. Se formó de nuevo un pequeño bullicio, pero, con un ademán, ella volvió a instaurar la calma.

—Los gendarmes tienen en cuenta todas las reclamaciones —destacó—. Hay investigaciones en curso, pero no podemos limitarnos a…

No pudo terminar la frase. Una detonación había hecho temblar los cristales y las lámparas del salón de plenos. La alcaldesa dirigió la mirada hacia el balcón, con los ojos abiertos como platos, y de inmediato se encaminó hacia allí y abrió las puertas. En el aire húmedo de la noche flotaba todavía el gruñido ronco y sordo de la explosión. Uno tras otro los concejales acudieron al balcón, seguidos por el resto de los asistentes. Al ver que la esperanza de volver a atraer la atención hacia su persona se desvanecía, el ciudadano que había preparado minuciosamente su intervención en el pleno se desgañitaba tras ellos, pero todos estaban ya en el exterior, observando la enorme nube de polvo que se elevaba por encima de los tejados.

—Se levanta la sesión —decretó la señora alcaldesa, de regreso a la sala, dirigiéndose ya hacia la puerta en medio del alboroto general.

—Será mejor que vayamos a ver qué ocurre —decidió Ziegler encaminándose hacia el Ford Ranger.

Servaz echó a andar tras ella, y Enguehard se fue hacia su Peugeot Partner. Otros agentes tomaron la misma iniciativa, de modo que una pequeña comitiva de vehículos policiales se puso en marcha hacia la salida del pueblo. Después de sortear diversas rotondas, Irène tomó la amplia curva que discurría en paralelo al río, más allá de las últimas casas, y frenó en seco.

—Mierda —susurró mientras apagaba el motor.

Servaz ya se había bajado del todoterreno, y Ziegler lo siguió. A su alrededor los vehículos llegaban y frenaban, cada vez más numerosos. Volvió la cabeza hacia el gentío, que iba creciendo minuto a minuto. Oyó portazos, gritos y exclamaciones. Había personas que se increpaban.

Volvió a centrar la atención en la carretera. O en lo que quedaba de ella, pues el tramo parecía enterrado bajo miles de metros cúbicos de tierra y de roca. Una sección entera de la montaña se había venido abajo y se había desparramado sobre la totalidad de la calzada e incluso más allá, pasando por encima del talud para acabar derramándose en el río. ¿Sería una mera impresión o, aparte de a piedra troceada y a tierra revuelta, el crepúsculo olía a tetranitrato de pentaeritritol?

—Por todos los santos… —dijo Enguehard—. Se ha desmoronado toda una parte de la montaña. Vamos a necesitar días para despejar la carretera…

Irène Ziegler se volvió hacia Servaz.

—Diría que nos hemos quedado aislados —constató.

Eran las 21.47 h de ese martes 19 de junio.

Ahí están.

Todos.

Agitados como un rebaño asustado.

Los veo pensando que todo esto no ha hecho más que empezar, que la situación va a ir a peor. Si supieran cuánta razón tienen, hasta qué punto va a empeorar… Si lo supieran, estarían aterrorizados. Todavía más de lo que están ahora.

Es tan fácil meterles miedo, desestabilizarlos… Toda esa santurronería, esos buenos sentimientos, esa hipocresía, los han vuelto tan vulnerables, tan sensibles, con las emociones tan a flor de piel…

Parecen los eloi, esos seres degenerados de la novela de H. G. Wells. Y como los eloi, son a la vez miedosos y terriblemente indiferentes al sufrimiento de los demás.

Mientras no sean ellos los que sufran, qué más da…

Eso es lo que ha engendrado esta sociedad nuestra, tan delicada y roussoniana: por un lado, ese rebaño gimiente, medroso y gregario… y por el otro, depredadores como yo.

Aunque, en el fondo, ¿no es eso lo que ocurre en todas partes en la naturaleza?

Por más que el ñu huya del peligro, con la esperanza de llevar una vida tranquila pastando en la pradera, antes o después el leopardo acabará atrapándolo.

Lo malo es que en su seno han criado víboras, serpientes. Lo saben, pero hacen como si no se acordaran, como si no fueran conscientes de ello; no se sienten responsables. Mientras las serpientes no los muerdan a ellos, hacen la vista gorda.

Yo no.

Ahora ya no…

Ya no, después de lo que me hicieron.

Todo el mundo va a pagar. Los inocentes no existen. Sólo hay criminales que asumen sus crímenes e hipócritas que miran hacia otro lado.

Sí, todo el mundo tiene que pagar. Ha llegado la hora. La hora de la retribución.

Y nadie va a escapar.

20

—No sólo nosotros —precisó Servaz.

Ziegler comprendió de inmediato a qué se refería. El causante de aquella explosión acababa de dejar encerrada a toda la población de un valle. Apartando la mirada de la acumulación de materiales provocada por la avalancha, Irène se volvió hacia la gente que se había congregado allí y vio que una mujer bajita de pelo corto y cara curtida como las de los alpinistas se dirigía hacia ellos. Iba vestida con vaqueros, camiseta negra y una chaqueta ligera de tonalidades teja, y avanzaba con paso decidido.

Se detuvo delante de Enguehard y le dio un breve apretón de manos.

—¿Qué ha ocurrido?

El gendarme negó con la cabeza.

—Un desprendimiento de tierra, por lo visto. La carretera está cortada.

—¿Cuánto van a tardar en despejarla? —preguntó con impaciencia.

Enguehard se encogió de hombros, incómodo. En ese momento, cualquier respuesta sería una conjetura. Lo primero que había que hacer era contactar con la DIRSO, la Dirección Interdepartamental de las Carreteras del Sudoeste.

—Unos días… puede que más. Antes de despejar la carretera, debemos afianzar la montaña y asegurarnos de que no vaya a haber más desprendimientos… Sólo entonces podremos volver a abrirla al tráfico.

La cara de la recién llegada se vio ensombrecida por una expresión de viva contrariedad.

—Todo el mundo ha oído la explosión —repuso ella—. Que yo sepa, no habían previsto ningún trabajo de afianzamiento en esta montaña…

—¿Es usted periodista? —preguntó Ziegler.

La mujer le lanzó una mirada colérica, con destellos de mica negra.

—Isabelle Torres. Soy la alcaldesa de Aiguesvives. ¿Y usted quién es?

Había disparado la pregunta como una bala. A varios metros de ellos, los gendarmes colocaban ya barreras y carteles de aviso que prohibían el paso.

—La capitana Ziegler dirige la Brigada de Homicidios de la gendarmería de Pau —intervino Enguehard, antes de que Irène pudiera contestar—. Se encarga de la investigación de la muerte de Timothée…

La alcaldesa miró de arriba abajo a Ziegler. Durante una fracción de segundo, las dos mujeres se observaron en medio de un silencio sólo interrumpido por el murmullo del río. Isabelle Torres se tomó unos

instantes para reflexionar sobre lo que acababa de oír, antes de retomar la palabra.

—Este valle depende de la carretera para todo: el aprovisionamiento, las urgencias médicas y también un sinfín de trámites administrativos. Además, gran parte de la población sale a diario para ir a trabajar a Lannemezan, a Pau o a Tarbes. ¿Qué va a ocurrir si permanece cortada durante varios días?

Enguehard valoró la respuesta.

—Bueno… supongo que los supermercados y las tiendas tendrán algunas reservas —apuntó finalmente—. Y lo mismo debe de ocurrir con los dispensarios médicos y los balnearios. Tendremos que efectuar una estimación para saber cuánto tiempo estará cerrada, y hacer una lista de lo que pueda escasear. Después, los reaprovisionamientos prioritarios se atenderán por helicóptero, al igual que las urgencias médicas. No veo otra solución.

—Lo que supone limitarse a lo esencial y definir bien las prioridades —precisó Ziegler—. El helicóptero no podrá hacer muchos viajes al día. En cuanto a los que trabajan fuera del valle, queda descartado que puedan utilizarlo para ir y venir. Van a tener que declararse en paro técnico.

Isabelle Torres la fulminó con una mirada tan gélida como un torrente de montaña.

—Primero el… asesinato —la alcaldesa titubeó antes de pronunciar esa palabra, sin duda porque no entraba en su vocabulario habitual—, la muerte de uno de mis empleados… Y ahora esto… ¿Tienen alguna idea de lo que pasa aquí?

—Señora alcaldesa, ¿usted sabe lo que ha ocurrido?

Todos se volvieron a la vez hacia el hombre armado con una cámara de fotos que había hecho la pregunta. Servaz reconoció la misma pelambrera gris y la barba de cuatro días que había visto delante del cordón policial, cerca de la cascada. Un periodista se había quedado encerrado con ellos. No era precisamente una buena noticia…

Hacía ya un rato que había anochecido, y las farolas alineadas a lo largo de la carretera proyectaban charcos del color de la mantequilla fundida en las aceras. La mitad de la población, como mínimo, se había reunido bajo sus luces, y si no fuera por la cara de preocupación de la gente, un observador ajeno incluso habría podido creer que estaban preparando alguna fiesta comunal. Los niños, por su parte, corrían riendo entre los mayores, entusiasmados por la sensación de vivir un acontecimiento extraordinario, que venía a sumarse a la inminencia de las vacaciones.

Asumiendo de forma espontánea funciones de representantes del pueblo, algunas personas se acercaron para acribillarlos a preguntas.

—¿Cuánto tiempo va a estar cerrada la carretera?

—No lo sé —respondió la alcaldesa.

—¿Se sabe qué ha pasado?

—Hemos oído una explosión. ¿Ha sido un accidente?

—¿Cómo vamos a ir a trabajar? ¿Estará despejada la carretera mañana?

—¡Yo tengo que ir a una sesión de quimio al hospital y no puedo esperar! —exclamó una voz de mujer.

—Ya lo sé, Solange. A partir de mañana las urgencias se atenderán con un helicóptero en colaboración con la gendarmería. Vamos a determinar una lista de prioridades, y trabajaremos en ello toda la noche si es preciso… ¡pero no va a haber sitio para todo el mundo! —advirtió la alcaldesa elevando la voz—. Vais a tener que armaros de paciencia.

Las preguntas se multiplicaron hasta formar un clamor. Apartándose de la alcaldesa, que hacía frente a la avalancha, Irène y Servaz se abrieron paso entre el gentío para dirigirse al Ford Ranger.

—Tendré que buscar un sitio donde dormir —dijo Ziegler, una vez dentro el coche—. Creo que estaremos unos cuantos días por aquí.

Servaz pensó en Gustav, en Léa, en el consejo disciplinario… Sin decir nada, se metió un chicle en la boca y tendió la mirada hacia las montañas que se hundían en la noche, sobre las luces del pueblo.

Parecía como si esperasen algo, igual que ellos. Aunque nadie sabía qué.

21

En el comedor reinaba un riguroso silencio, al igual que en el resto del hotel. De vez en cuando se oía hablar a alguien detrás de una puerta, la de la cocina tal vez, pero enseguida volvía a reinar la calma.

—¿Crees que quien mató a Timothée Hosier y a Kamel Aissani es el mismo que ha hecho saltar la montaña por los aires? —preguntó Ziegler—. De ser así, es alguien con muchos recursos…

—Y que por lo visto tiene acceso a explosivos. Cuando venía hacia aquí, vi unas canteras al lado de la carretera.

Ziegler frunció el ceño.

—El manejo de los explosivos exige cierta experiencia.

—Sí.

—O sea, que ese individuo habría matado a Aissani este invierno, a Hosier ahora… ¿y luego ha hecho saltar la montaña justo después para dejarnos incomunicados? No parece que tenga mucho sentido.

Servaz reflexionó un instante, con el tenedor en el aire.

—Imaginemos que nuestro hombre es alguien del valle, alguien que conoce perfectamente el territorio. —Una vez más, pensó en el secuestrador de Marianne—. Por lo tanto, éste es el marco en el que sabe cómo alcanzar sus objetivos, cómo atacar por sorpresa. Aissani vivía en el valle. El tipo que lo mató no tuvo más que esperar a que estuviera solo en la montaña… No corrió ningún riesgo.

Servaz miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los estaba escuchando. La decoración del restaurante del Hôtel des Cimes se ajustaba a la tradición montañesa: vigas a la vista, chimenea, cabezas disecadas de rebeco —o de gamuza, no se sabía muy bien— y de jabalí colgadas de paredes revestidas de madera clara.

—La ternera con risotto de champiñones, ¿para quién es?

Servaz observó con sorpresa al muchacho que acababa de hablar. No tenía más de trece años. Puesto que en Francia el empleo infantil estaba prohibido, supuso que el chico ayudaba a sus padres después del colegio o que encontraba divertido servir a los clientes.

—Es para mí —respondió Servaz—. ¿Cómo te llamas?

—Mathis.

—¿Cuántos años tienes, Mathis?

—Doce.

—¿El hotel es de tus padres?

El muchacho, moreno y delgado, con un gran mechón que le caía sobre la frente y una mirada franca y directa, se limitó a asentir. Luego

depositó la merluza a la bordelesa frente a Ziegler y dijo:

—Que aproveche.

—Gracias —contestaron los dos al unísono.

Curiosamente, no se fue. Se quedó plantado delante de la mesa, observándolos con atención y en silencio.

—¿Querías preguntarnos algo, Mathis? —le dijo Irène sonriendo.

El chico asintió con entusiasmo.

—¿Son ustedes los policías que han venido por ese asesinato?

Irène se lo quedó mirando.

—¿Dónde has oído hablar de eso?

—En el instituto.

—No son asuntos apropiados para los chicos de tu edad.

—Ya he visto asesinatos en la tele…

—No estamos en la tele.

—¿Son ustedes o no?

—Sí —confirmó Ziegler—. Y ahora vete con tus padres. ¿No es hora de ir a la cama?

—Yo me acuesto tarde —contestó él alejándose.

Intercambiaron una mirada, sonriendo, y luego se concentraron en la comida; estaban muertos de hambre. A pesar de que era bastante tarde, habían aceptado servirles algo para cenar. Sólo con el primer bocado comprendieron por qué, e Irène citó una conocida marca de congelados.

Cuando vio que el muchacho había desaparecido, reanudó la conversación.

—Y Hosier, ¿por qué ahora? —planteó—. También vivía aquí. ¿Por qué ha pasado tanto tiempo entre los dos asesinatos, si es que existe una relación entre ambos?

—No lo sé. Aunque está claro que, al ser un camello, Hosier debía de ser un tipo superdesconfiado, incluso algo paranoico. Probablemente el asesino tuvo que esperar a que bajara la guardia.

—Se encontraba solo en el bosque dos horas antes de su muerte.

—Exacto.

Ziegler irguió la espalda.

—¿Crees que el hermano Cyprien sirvió de anzuelo?

—Eso tampoco lo sé —admitió Servaz, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué me dices de la explosión?

—Está claro que el propósito era dejar incomunicado a alguien, impedir que una o más personas salgan del valle.

—Quieres decir que alguien del valle podría sospechar o saber por qué mataron a Hosier, o incluso quién es el responsable de su muerte, y que el asesino ha intentado evitar que trate de huir, ¿es eso?

—Yo diría que sí, ¿tú no?

Ziegler asintió.

—Sí.

—Aunque también…

—También ¿qué?
—También podría tratarse de alguien a quien han atraído antes hasta aquí, para dejarlo encerrado a continuación…
Ziegler dio un respingo en su silla.
—¿Y cómo se las habrían arreglado para atraerlo hasta el valle?
Martin se paró a pensarlo. Intuía una trama, un plan, aunque aún de una forma vaga e imprecisa… Poco a poco los contornos se iban perfilando, pero seguían envueltos en la bruma del pensamiento.
—¿Quién ha llegado hoy al valle y se ha quedado bloqueado con nosotros? ¿Quién ha llegado justo antes de la voladura de la montaña?
En los ojos de Irène brilló un chispazo.
—Los padres.

—Pero ¿te das cuenta de lo que implica eso? —dijo Irène con patente escepticismo—. ¿Habría matado a Timothée Hosier sólo para hacer venir a los padres al valle?
—Sólo por eso no. Quizá tenía en el punto de mira tanto a los padres como al hijo.
—En ese caso, tal vez deberíamos buscar algo más que un vínculo de carácter familiar entre ellos, ¿no?
—Hay que determinar qué nexo existe entre Timothée Hosier y Kamel Aissani, y posiblemente también entre los padres de Timothée y Aissani.
—En el primer caso, hay uno que salta a la vista.
—La droga… Pero tú sabes tan bien como yo que siempre hay que indagar más allá de las apariencias, porque a veces ocultan verdades profundas.
Guardaron silencio un momento, frente a los platos vacíos.
—¿Postre? ¿Café? —preguntó Servaz.
—No. Esta noche quiero dormir bien.
Al pensar en la abadía, en la cama dura, las sábanas frías que lo esperaban y en los cánticos de los monjes a las cuatro de la madrugada, se le encogió el estómago. Miró a Ziegler a los ojos.
—Esta mañana, cuando te he preguntado en el coche cómo te iba la vida, no has estado muy charlatana que digamos.
Irène levantó la mirada hacia él.
—Quizá porque no me va excesivamente bien…
—¿Te apetece hablar de eso o no?
—Es complicado —respondió ella, dubitativa.
—Entiendo. No estás obligada a…
—Es por Zuzka —lo interrumpió ella.
Se quedó callado, aguardando a que se decidiera a hablar.
—Está enferma —anunció antes de continuar, como si buscara las palabras—, y no tiene una enfermedad cualquiera… Tiene ELA, esclerosis lateral amiotrófica. Suena igual de bárbaro que los síntomas.

«La enfermedad de Charcot», pensó Martin. Ésa era la otra denominación. Un ligero escalofrío le recorrió toda la espalda.

—Al principio, no parecía gran cosa… Sentía sólo una molestia, una debilidad en la mano acompañada de algún que otro calambre… Primero pensamos que podía ser un problema del túnel carpiano o falta de magnesio… Ella no le daba mucha importancia. Era algo que iba y venía…

Irène respiró profundamente.

—Después, empezó a sentir debilidad en la otra mano… Luego en los otros músculos… Una mañana se despertó con dificultades para engullir. A partir de entonces ha ido a peor: parálisis progresiva de la lengua, trastornos de elocución, problemas respiratorios, problemas de coordinación que hacen que le sea cada vez más difícil caminar o coger objetos… —Fijó la vista en el plato y, cuando la levantó, Servaz percibió una inmensa pena en sus ojos velados—. En esa fase ya sabíamos qué era, claro… Una enfermedad degenerativa horrenda que, en el cincuenta por ciento de los casos, conduce a la muerte en cuestión de tres años. Origen desconocido. Una porquería para la cual no existe tratamiento, ¿qué te parece? Y en pleno siglo XXI. Escrutan las galaxias lejanas, gastan cientos de miles de dólares en la industria del cine, en el deporte, ¿y no son capaces de curar una maldita enfermedad? ¿Quién fue el gilipollas que dijo que la naturaleza era perfecta?

Había hablado con rabia. Estaba furiosa. Servaz se acordó de Gustav… y de todos los pequeños a los que Léa trataba en el ala pediátrica del hospital Purpan.

—Hoy por hoy Zuzka ya no puede caminar y tampoco alimentarse sola —prosiguió Irène—. Está en una silla de ruedas, casi no habla y cada vez está más flaca y desmejorada… Así que, como comprenderás, eso de quedarme atrapada en este valle es lo último que deseaba.

Servaz se acordó de una de esas frases idiotas que aparecían en cantidades industriales en internet, «la muerte es una enfermedad que se atrapa al nacer», y de una adolescente a la que interrogó por el robo de un bolso que llevaba una camiseta con la inscripción: IF LIFE IS A BITCH, I WILL BE A BIGGER ONE.

—¿Por qué tiene que ser así? —siguió diciendo Irène—. ¿Por qué la vida tiene que quitarnos todo lo que tenemos? ¿Por qué después de la alegría vienen siempre el dolor y la pena?

—No lo sé. Me gustaría tener una respuesta para eso.

Notó que se le formaba un nudo en la garganta y que le costaba hablar. Después vio que a Irène se le saltaban las lágrimas.

—Perdona, Martin —se disculpó—. No sé qué me pasa.

—¿Cuánto van a tardar en abrir la carretera? —preguntó Léa por teléfono, con un asomo de tensión en la voz.

—Es difícil de saber… Unos días… Quizá más.
—Y mientras tanto, ¿dónde duermes?
Recorrió con la mirada la celda monacal que lo rodeaba.
—En la abadía. No tienes nada que temer, no hay ni una falda en varios kilómetros a la redonda —bromeó.
—No tiene gracia, Martin.
—Perdona.
El silencio se prolongó algo más de lo normal.
—¿Crees… crees que está viva?
Tragó saliva.
—No lo sé. En todo caso, es lo único que deseo.
—Qué pesadilla —musitó ella.
—…
—¿Martin?
—¿Sí?
—Quiero que sepas que estoy contigo de todo corazón. Espero sinceramente que la encuentres y que esté bien. Sé lo importante que es para ti… y me aterra pensar por lo que estás pasando.
Recordó que, la primera vez que vio a Léa en el ala pediátrica del hospital, le sorprendió su comprensión y su empatía. Tenía esa rara capacidad de ponerse de verdad en el lugar de los demás.
—Te lo agradezco, Léa. Te tengo que dejar. Voy a ver qué noticias me dan de Gustav.
—Sí, claro. Te quiero, Martin.
—Yo también te quiero.

—Me he enterado de lo que ha pasado —comentó Espérandieu al otro lado de la línea—. Estás atrapado en ese dichoso valle, o sea que…
—¿Cómo está Gustav?
—No te preocupes, amigo mío. Tu hijo está bien. Está durmiendo.
—Eh… ¿pregunta por mí?
Un lapso de silencio.
—Bueno… sólo han sido dos noches —respondió Vincent al cabo de un segundo—, y Charlène y los niños juegan mucho con él, ya sabes. Todavía no te echa de menos, Martin, pero estoy seguro de que dentro de unos días lo hará.

«Una danza macabra», pensó Servaz.
La pintura de la nave lateral estaba compuesta por tres tableros de unos dos metros por ocho. Escenificaba la Muerte mediante varios esqueletos armados de guadañas y vestidos de harapos. Cada uno de ellos bailaba en torno a un personaje y lo atormentaba hablándole al oído. Aparecían representadas todas las clases sociales: un rey, un

obispo, un caballero, un pobre, un rico, un joven, un viejo, un loco… Todos suplicaban a la Muerte que les perdonara la vida, pero a ella le daba igual. Arrastraba a todo el mundo en su danza con un igualitarismo que no existía en el mundo de los vivos, sin tener en cuenta ni el sexo, ni el rango, ni la edad.

—Data del siglo XV —dijo una voz a su espalda—. Entonces era un motivo muy popular.

Servaz se limitó a asentir, sin dejar de contemplar la obra. A su alrededor la iglesia estaba poblada de tinieblas, interrumpidas sólo por varios cirios que ardían todavía en las negras profundidades, despidiendo un intenso perfume de cera. En lo más alto, las bóvedas de la nave central se perdían en la oscuridad, elevándose sobre las olas de piedra de los pilares en un solemne espacio de vértigo, lejos de los hombres, pero cerca del Dios cuya presencia pretendían manifestar. Y tal vez lo lograban, pues aquella oscuridad y aquel silencio remitían a todos y a cada uno a su seno, a su vida interior, a su soledad. A la idea de que cada uno de nosotros no es más que un átomo, un breve arranque de energía que se apaga pronto en medio de una eternidad de silencio…

Después de llamar a Léa y a Vincent desde su celda, Servaz se dio cuenta de que no tenía sueño y decidió aprovechar esas horas perdidas para ir a echar un vistazo a la iglesia, que todavía no había podido admirar.

—Esas danzas macabras —prosiguió el abad— se concebían como una advertencia para los poderosos y como una fuente de esperanza para los pobres; eran una invitación a llevar una vida responsable y piadosa. Aparte, están los *Vado mori*, esos poemas en latín donde las personalidades de la época se lamentan por tener que morir pronto. Cuando veo envejecer a esas estrellas de la tele de hoy en día, adivino en sus ojos y en sus palabras el temor a la muerte que se acerca, y siempre pienso en los *Vado mori*.

Vaya, el padre Adriel también tenía televisor.

—¿Le apetece tomar una de las tisanas de nuestro hermano boticario? —propuso el abad—. Acompáñeme. En mis dependencias tengo todo lo necesario.

Servaz aceptó la invitación. Tras abandonar la iglesia, recorrieron una de las galerías del claustro, subieron dos tramos de escaleras y pasaron por otra galería que daba al patio, frente a la gran torre octogonal alumbrada por la luna. En la penumbra, el abad empujó una puerta, dio la luz y animó a Servaz a entrar en aquella especie de despacho, semejante a una capilla.

Sobre la mesa de roble había dos humeantes tazas de porcelana. Por lo visto, el abad estaba seguro de que iba a aceptar.

—Infusión de tila, con naranja y lavanda —explicó—, preparada según una fórmula cuyo secreto guarda celosamente nuestro hermano.

—Gracias —dijo Servaz, dejándose caer a plomo en la silla de respaldo alto.

Se acercó el brebaje a los labios. No tenía un sabor desagradable.

—Acabo de enterarme de que la amiga de una amiga padece una enfermedad incurable —confió de improviso—. Y esta mañana he visto el cadáver de un joven asesinado en circunstancias espantosas. También tengo una amiga que trabaja en un hospital pediátrico y trata a niños aquejados de enfermedades terribles. Según usted, padre, ¿cómo justifica Dios todos estos horrores?

Al abad no pareció gustarle mucho la pregunta. Para él, debía de ser una muestra de ingratitud por parte de un invitado que no sabía corresponder adecuadamente a su hospitalidad. Servaz, en todo caso, vio que reaccionaba como si le hubiera picado un tábano, antes de concentrarse y contestar.

—Usted parece un hombre cultivado —señaló—. Tal vez habrá oído hablar de la teodicea.

Servaz asintió.

—Un término creado por Leibniz como una tentativa de justificar la bondad de Dios a pesar de todo el Mal que hay en el mundo —respondió.

El abad se lo quedó mirando, como si se preguntara qué clase de policía era aquél, con conocimientos tan poco ortodoxos para un representante de su profesión.

—Sí —convino—. Las teodiceas son intentos de explicar la aparente contradicción entre la existencia de Dios y la del Mal. Si decimos que Dios es bueno y todopoderoso, ¿cómo puede existir el Mal?

Al abad le chispearon los ojos y, por un instante, sus pupilas reflejaron la luz de la lámpara del escritorio.

—Hay varios argumentos —prosiguió—. El argumento satánico: Dios desea el bien de la humanidad y es Satán el que, al rebelarse, introdujo el Mal en el mundo.

—Al cual replicaron quienes lo refutan que, puesto que Dios es el creador de todo, también creó a Satán.

El abad efectuó un leve ademán.

—No voy a entrar en ese debate. Los promotores del argumento satánico han defendido a lo largo de los siglos que Lucifer, el ángel «portador de luz», se convirtió de forma voluntaria en el Diablo, porque Dios, que es todo amor, le dejó entera libertad para obrar a su antojo. También tenemos el argumento de la armonía oculta, el argumento ontológico, el argumento del libre albedrío, el argumento…

—Todos refutables —contestó Servaz—. Como ya sabrá, padre, en internet se está dando en estos últimos años una explosión del *live streaming* de violaciones de niños. Por una módica suma de dinero, los pedófilos pueden ver en directo cómo violan a los niños. ¿Me quiere explicar de qué modo justifica eso su Dios?

—Hemos perdido la noción del pecado —afirmó el abad con expresión sombría—, la noción del Bien y del Mal. Ya no se ve ni se reconoce el pecado, no se distingue el pecado de lo que no lo es. A eso nos ha llevado la «victimización», el no querer asumir nuestra responsabilidad, a buscar excusas de tipo médico, social…

Servaz se acordó de lo que había dicho Martial Hosier a propósito de su hijo Timothée.

—Al querer aliviar las conciencias y facilitar el perdón, evitando nombrar el Mal —continuó el religioso—, hemos abandonado nuestras almas a su influjo.

En aquel silencio nocturno, sus palabras se depositaban como copos de nieve en un paisaje desolado: un campo de batalla… la que se libraba todos los días entre las fuerzas del Bien y las de la oscuridad.

—Por lo demás, usted parece interesado por estas cuestiones, pese a no ser creyente. Yo creo en los monstruos que esperan a ser despertados, agazapados en el fondo de nuestra mente —afirmó—. Creo en las tinieblas que pretenden sofocar la luz. Creo en el poder del Verbo y del Amor como antídotos del Mal. ¿Y usted, capitán, en qué cree usted?

Servaz se quedó observando al abad.

—Creo en el libre albedrío y en la responsabilidad individual —repuso—. En el honor y en la dignidad.

Los dos se quedaron callados un momento, y cuando el abad volvió a hablar, cambió de tema.

—Esa avalancha… —dijo rompiendo el silencio—, me han dicho que ha habido una explosión justo antes, como si alguien la hubiera provocado. Es muy inquietante, sobre todo después de ese… asesinato, ¿no le parece? ¿Cree que hay una relación entre ambos sucesos?

—¿Y usted qué opina, padre? —preguntó Servaz, pensando que las noticias corrían muy deprisa por la zona y que al abad no le faltaba perspicacia.

El padre Adriel le devolvió una mirada igual de reluciente que el ojo diamantino de una rapaz, una mirada de la cual brotaba una luz negra.

—Creo que alguien está jugando a ser Dios. Eso es lo que creo.

Miércoles

22

Cuando Servaz abrió los ojos al día siguiente, el sol inundaba la celda, resplandeciente como una supernova. Miró el teléfono: las ocho de la mañana. Soltó una maldición. La campana que llamaba a los monjes para el primer oficio lo había arrancado un instante del sueño a las cuatro de la madrugada, pero se había vuelto a dormir enseguida. Estaba agotado.

Después de ducharse a toda prisa en el extremo del pasillo, se apresuró a recoger sus cosas y salió en busca del abad.

—Entonces, ¿está decidido a dejarnos? —le dijo el padre Adriel, que parecía genuinamente apenado.

—Va a resultarme más práctico quedarme en el pueblo. Debo ocuparme de la investigación —alegó Martin.

—Desde luego —aprobó el abad, sin dejarse engañar—. ¿Volverá a visitarnos?

Se dieron un caluroso apretón de manos.

—Cuente con ello. Gracias por su hospitalidad, padre… y por su tiempo.

Condujo hasta Aiguesvives y, tras aparcar cerca de la zona peatonal, realizó algunas compras: ropa interior y camisetas de recambio, unos vaqueros, un jersey de lana para las noches, dos camisas y, sobre todo, un cepillo de dientes y un dentífrico. Se había lavado los dientes con jabón en la abadía y había agotado sus reservas de chicles. A continuación se dirigió al Hôtel des Cimes.

—Nos queda sólo una habitación arriba del todo —respondió con voz cansina una mujer de mediana edad, como si el hecho de tener el hotel lleno le supusiera un esfuerzo insuperable—. Con lo que pasó anoche, todas las demás están ocupadas. Normalmente la de arriba no la alquilamos, pero en vista de las circunstancias… Voy a pedir que la ventilen y la limpien. Estará lista dentro de una hora.

—Hola —lo saludó una voz.

Martin se volvió y vio al niño delgado que les había servido la cena.

—Hola, Mathis. ¿No estás en clase?

—La profe de matemáticas no ha podido venir por la avalancha —explicó el chiquillo—. En el instituto buscan a alguien para sustituirla.

—Van a pedírselo a otra profesora que vive aquí —añadió la madre de Mathis—, pero primero se tienen que organizar.

—Por mí, no hay ninguna prisa —reconoció el niño, toqueteando una tablet.

Mientras esperaba a tener lista la habitación, Servaz se dirigió a la gendarmería. Allí encontró a Enguehard, con malas noticias: la DIRSO había evaluado los destrozos y determinado que se tardarían semanas, quizá incluso un mes, en repararlos.

—¿Tanto? —dijo, estupefacto, Servaz.

—Según las primeras estimaciones, hay unos diez mil metros cúbicos de residuos que retirar, lo que representa aproximadamente unos quinientos camiones. Aparte, hay que estabilizar la montaña, claro. En caso de tormenta, podrían caer a la carretera varios miles de metros cúbicos más de rocas y tierra… Cuando cortaron la de Andorra, la DIRSO tardó semanas en despejarla. Utilizaron un mínimo de cuatro retroexcavadoras y, en los trabajos, participó un equipo de veinte personas, y eso que era una ruta mucho más estratégica que la nuestra, con un tráfico diario de cuarenta mil vehículos… —Enguehard se lo quedó mirando—. Y hay algo más —añadió con aire de preocupación.

Servaz lo interrogó con la mirada.

—Han encontrado restos de explosivos allá arriba, o sea, que fue intencionado, un acto criminal.

«Lo dices como si te sorprendiera», pensó con sarcasmo Martin. Por algún lugar, no muy lejos de allí, merodeaba la persona que tiraba de los hilos, y por el momento todos ellos se comportaban como meras marionetas suyas. Les llevaba una buena ventaja… y en ese valle donde todo se sabía, sin duda estaba al corriente de todos sus movimientos. Servaz oyó el ruido de unas hélices que batían el aire en el exterior. Al volver la mirada hacia la ventana, divisó la silueta del piloto del helicóptero a través de su burbuja de plexiglás.

—Han empezado los viajes rotatorios —comentó Enguehard—. De repente todo el mundo necesita salir del valle, pero lo hemos limitado a cuatro rotaciones por día.

Las puertas de vidrio se deslizaron tras él.

—Ya estáis aquí —dijo Ziegler entrando en la gendarmería. Consultó el reloj—. Tenemos la autopsia por vídeo dentro de cinco minutos —anunció—. ¿Dónde nos instalamos?

Eligieron el despacho de Enguehard, que abrió el programa de videoconferencia en su ordenador. En la pantalla aparecieron dos figuras con bata verde, y Servaz reconoció de inmediato a una de ellas: la mujer alta, delgada y morena era la doctora Fatiha Djellali, que dirigía el instituto médico forense de Toulouse. Su presencia era un punto positivo, porque era competente y trabajadora. En sus ojos, tan oscuros como su pelo, se adivinaba el asombro.

—¿Martin? No me esperaba encontrarlo ahí… Creía que esta investigación la llevaba la gendarmería…

Servaz adivinó enseguida lo que podía leerse entre líneas: «¿No está suspendido?»

—Sólo estoy de paso —contestó—. Por algo ajeno a la investigación.

Es la capitana Ziegler, de la gendarmería de Pau, quien se encarga del caso, pero como habíamos trabajado juntos anteriormente, me ha pedido que… echara un vistazo.

Intercambió una mirada dubitativa con Irène, con la esperanza de que la doctora Djellali no dijera nada de su suspensión delante de Enguehard.

—En ese caso, empecemos —añadió ella con impaciencia—. No hay tiempo que perder. Les presento al doctor Craus, del Departamento de Neumología del hospital de Pau, que va a ayudarme con la autopsia.

El doctor Craus tenía el pelo rizado como un cordero y una apariencia desaliñada y cansada que no debía de inspirar mucha confianza en sus pacientes. En todo caso, pensó Servaz, el que estaba tendido sobre la mesa metálica no iba a poner ninguna pega.

Timothée Hosier parecía estar meditando. Su vientre ya no estaba hinchado y su cuerpo presentaba una delgadez espectacular. Las costillas, muy marcadas, tensaban su piel azulada, en la que se veía un circuito de venas oscurísimas, como en uno de esos dibujos que hacen los niños soplando con una paja una mezcla de tinta y agua. Le habían afeitado la cabeza y abierto el cráneo, de tal forma que podían distinguir la masa gris de su cerebro, que relucía como un hígado de ternera bajo la lámpara cialítica. Servaz se percató de la palidez de Enguehard. El capitán de la gendarmería de Aiguesvives no estaba acostumbrado a ver cadáveres sobre la mesa de un forense.

Los dos médicos se habían puesto delantales de goma, guantes, mascarillas y gafas de protección.

—El aspecto azulado, venoso y congestivo es típico de una agonía por ahogo —comenzó la forense—. Se debe a los esfuerzos que realiza el sujeto para respirar. Como ya saben, si la víctima hubiera fallecido antes de quedar sumergida, el cuerpo estaría blanco y no azul. Además, hemos encontrado algas diatomeas por todo el aparato respiratorio, y es probable que se detecten otras en los tejidos y los órganos. Para mí, el diagnóstico de ahogamiento no deja margen de duda.

Miró al doctor Craus, que se limitó a asentir. Parecía a la vez fascinado y aturdido por el espectáculo de aquella mujer alta y hermosa, que se movía alrededor del cadáver como un subastador en torno a una obra de arte.

—Por otra parte, analizaremos las diatomeas encontradas en los pulmones y las compararemos con el medio acuático de la cascada, para asegurarnos de que el individuo no se ahogó en otra parte y lo desplazaron después.

Teniendo en cuenta la cantidad de piedras que tenía encima y las ligaduras que lo sujetaban, las posibilidades de que eso fuera así eran más bien escasas, pensó Servaz.

—Hemos examinado el encéfalo y la caja craneal de la víctima. Eso nos ha permitido concluir que los dos violentos golpes que recibió en la

parte posterior del cráneo no fueron mortales, pero que sin duda lo dejaron inconsciente.

—¿Dos? —preguntó Servaz.

—Sí. No es tan raro. No es tan fácil neutralizar a alguien. Las cosas no se desarrollan casi nunca como en las películas. Lo de los dos golpes, de todas formas, tiene su lado interesante, porque son muy diferentes. El primero fue mucho menos potente que el segundo, descargado en el occipital, mientras que el segundo lo recibió en el parietal, es decir, varios centímetros más arriba. Aunque diga «primero» y «segundo», no hay que interpretar ese orden de un modo estricto.

—¿A qué atribuye esa diferencia? —preguntó Ziegler con renovado interés.

—A eso iba… Todo apunta a que había dos agresores: uno más bajo que la víctima y otro de una estatura igual o superior, y mucho más fuerte que el primero.

—¿Dos agresores? —repitió Ziegler.

—«Uno más bajo que la víctima y otro de una estatura igual o superior, y mucho más fuerte»: ¿como un hombre y una mujer, por ejemplo? —inquirió Servaz.

—Yo me limito a enunciar los hechos —puntualizó Fatiha Djellali—. Es a ustedes a quienes les corresponde interpretarlos. Pero sí, es una de las posibles hipótesis.

23

—Dos agresores —repitió Irène Ziegler.

Servaz la observó: estaba absorta en sus pensamientos. Vio que en sus ojos asomaba un brillo que enseguida se apagó. Dedujo que empezaba a armar una hipótesis, pero que no se atrevía a formularla. La autopsia había concluido y Enguehard había salido del despacho.

—¿En qué piensas?

Irène le dirigió una mirada de interrogación.

—¿Crees… crees que podrían ser los padres?

La posibilidad lo dejó mudo.

—¿Y que mataron a su propio hijo? —añadió tras un instante de reflexión—. ¿Cuál sería el móvil?

—La droga… Puede que los acosara para que le dieran dinero, que les hiciera la vida imposible, que no pudieran más… Por otro lado, también es posible que no le hubieran perdonado nunca el asesinato de su hermana… Bastó con una chispa, y entonces uno de ellos lo golpeó, la madre, por ejemplo, y luego el padre lo remató.

Servaz puso cara de escepticismo.

—¿Y luego montaron toda esa puesta en escena para desviar la atención? Te olvidas del asesinato de Aissani…

—Quizá Timothée trabajaba para él como camello. Aissani le suministraba la droga… Empezaron por él creyendo que así pararían la cosa, pero su hijo continuó…

—¿Tú ves a esos dos asesinando a dos personas? ¿Congelando a un tipo en un lago glaciar, atando a su propio hijo bajo una cascada…? ¿Y por qué esas piedras con los símbolos? ¿Te fijaste bien en ellos? Dos jubilados… Ya viste a la madre… Y el padre es más bajo que el hijo, así que tampoco encaja. Además, su hijo era traficante y no necesitaba dinero. Y eso por no hablar de la explosión que nos ha dejado incomunicados a todos aquí.

—Tienes razón. Es una tontería.

—No —replicó él—. Debemos barajar todas las opciones, sin autocensurarnos.

Enguehard volvió a aparecer.

—Todo está a punto para la reunión.

Una pizarra blanca, un PowerPoint, un techo con plafones y una gran mesa modulable en la que había ya varios iPad y ordenadores

portátiles… Más o menos como cualquier sala de reuniones de una empresa de tamaño medio. Lo primero que hizo Irène al entrar fue bajar las persianas para que ningún fotógrafo inmortalizara la escena.

—Quitadme de en medio ese PowerPoint —ordenó, señalando el logo de la pizarra—. Como dijo un sabio: «PowerPoint nos vuelve idiotas.» No quiero que nuestra capacidad de reflexión quede simplificada al máximo con esquemas y sinopsis demasiado básicos, ni que se cree una jerarquización artificial que nos va a vendar los ojos y a mandarnos en la dirección equivocada.

Había seis personas congregadas alrededor de la mesa: Ziegler, Enguehard, dos agentes de la Brigada de Homicidios de Pau que habían investigado la muerte de Kamel Aissani y que habían llegado en helicóptero, y dos gendarmes de Aiguesvives que habían interrogado a los vecinos de la zona, y que apenas habían conseguido nada porque la vivienda más próxima a la cascada quedaba a un kilómetro y sus propietarios estaban durmiendo cuando mataron a Timothée Hosier. Servaz se sentó entre ellos sin presentarse, decidido a no llamar la atención, y Ziegler le siguió la corriente, puesto que, en principio, no debería estar allí.

—Y hablando de ordenadores —prosiguió—, ¿había algo en el de Hosier?

—Encontramos un listado de sus clientes —confirmó uno de los gendarmes—. Y también las cantidades vendidas a cada uno y por cuánto: ochenta euros por veinticinco gramos de hachís, cincuenta por un gramo de coca… Hay casi cincuenta contactos ahí. Tenía montado todo un negocio. El único inconveniente es que están todos identificados con seudónimos.

—¿Como por ejemplo…?

—Como Tinderland, elcolombiano57, swaggg4life, lunealphane, ubik53, harmony31 —leyó el gendarme, consultando sus notas.

—Son seudónimos de Snapchat —señaló alguien.

Irène se encogió de hombros con actitud fatalista. Que los camellos usasen las redes sociales no era una novedad. La aplicación presentaba numerosas ventajas: una mensajería encriptada, la posibilidad de enviar fotos y vídeos con textos que se eliminaban automáticamente al cabo de varios segundos, mensajes que desaparecían de los servidores una vez leídos por sus destinatarios o en cuestión de veinticuatro horas si nadie los abría… En Toulouse, las transacciones se efectuaban a plena luz del día, en supermercados a cielo abierto que ofrecían tarjetas de fidelidad y promociones, auténticos *drives* donde uno podía recoger su «menú» como en un *fast food*. El cliente recibía por Snapchat una captura de pantalla de Google Earth, con la salida de metro, el menú del día y el itinerario. Una vez en el lugar, unas flechas pintadas en las paredes le indicaban el camino para llegar hasta el traficante. Nunca había sido más fácil comprar droga. Era algo normal en un país que se había

convertido en el mayor consumidor de cannabis de Europa y que los propios narcos colombianos consideraban como el próximo El Dorado para el mercado de la coca.

—Quiero que identifiquen, uno por uno, todos esos seudónimos —ordenó Irène—, y que les hagan una visita.

La explosión del tráfico de droga que se había producido en los barrios periféricos y en la zona de Toulouse en el curso de los dos años anteriores había tenido efectos devastadores en sus habitantes: destrozos, agresiones, ocupaciones de vestíbulos de edificios… En determinados casos, los camellos llegaban incluso a obstruir los rellanos de la escalera con barreras metálicas, de tal forma que los inquilinos no podían acceder a sus pisos.

Y luego habían llegado los chechenos…

De Empalot al Mirail, de los Sept-Deniers a los Trois-Cocus, de la plaza de los Faons a la Reynerie, había aparecido una nueva categoría de guardias de seguridad, reclutada por el principal arrendador de vivienda social de Toulouse. Los chechenos no usaban gas lacrimógeno ni porras extensibles, pero cuando les disparaban, en lugar de salir huyendo, echaban a correr contra los tiradores. La inmensa mayoría de ellos habían combatido en Grozni. La llegada de aquellos tipos duros que no se asustaban ante los pandilleros tuvo el efecto de una patada en un hormiguero ya sacudido por las intervenciones de la Brigada Anticriminal. Se trataba de un reajuste más en la cadena alimentaria de toda la vida: las cebras y los ñus eran la presa de los carnívoros, pero las hienas y los chacales cedían servilmente el puesto al león y al leopardo. Lo importante era que el depredador más aguerrido estuviera del lado de la ley: algunos sospechaban que aquellos nuevos «ángeles de la guarda» estaban en más de un caso confabulados con los traficantes.

Era lo mismo que había hecho Roma poco antes de su caída, cuando recurrió a mercenarios para garantizar su seguridad en las regiones más remotas del imperio, pensó Servaz.

—Utilizaréis el helicóptero cada vez que lo exija la investigación —subrayó Irène.

—También podríamos ir por los caminos, como los senderistas —bromeó uno de ellos—. Así hacemos deporte.

Se oyeron algunas risas moderadas, que no bastaron para relajar la tensión. Todos eran conscientes de lo que estaba en juego, y sabían que todas las miradas estarían posadas en ellos. La dramática situación de una comunidad incomunicada en un valle, aislada del mundo y probablemente con un asesino en su seno, conjugaba todos los ingredientes como para movilizar a los medios de comunicación y al público durante semanas.

—Dada la personalidad y el «oficio» de la víctima, la primera hipótesis debería ser la de un ajuste de cuentas entre traficantes —destacó Ziegler—. Aun así, eso no acaba de encajar con la puesta en escena, que es

demasiado sofisticada. Además, están los paralelismos con el asesinato de Kamel Aissani, que tampoco cuadran con esa hipótesis. De todas formas, a estas alturas es mejor no precipitarnos en descartar nada. Vamos a consultar con los de Estupefacientes y sus informantes, por si alguien hubiera oído algo…

A continuación les resumió el cuadro clínico expuesto por la doctora Dragoman y pasó al siguiente punto.

—Encontraron el coche de Hosier a cien metros de la cascada, aparcado junto a la carretera —continuó—. Eso significa que tenía una cita con alguien… Si se dirigió a las dos de la madrugada a ese rincón perdido, la zona más remota del valle, no fue por casualidad.

Todos reflexionaron sobre aquel supuesto.

—¿Alguna huella alrededor del coche?

El gendarme que se había encargado del vehículo de Timothée Hosier se encogió de hombros.

—Estaba… estaba aparcado fuera del perímetro de confinamiento —explicó el agente—. Así que otros coches aparcaron alrededor y mucha gente pisó la zona. En caso de que hubiera huellas, pues… podemos olvidarnos de ellas.

Ziegler le lanzó una mirada fulminante.

—Sin embargo enviamos el coche al laboratorio antes de que quedara cortada la carretera —se apresuró a añadir el gendarme, un poco intimidado—. Ya lo están analizando.

Irène asintió, pero no disimuló su decepción. Era la segunda vez que constataba la pérdida de posibles pistas por culpa de una cinta policial mal colocada.

—¿Qué más sabemos de Hosier? —preguntó acto seguido, volviéndose hacia una joven gendarme con la cara recubierta de pecas.

—Según las personas con las que trabajaba en el ayuntamiento, por lo visto no tenía amigos. Era un individuo solitario. Hablaba poco y no se llevaba bien con sus colegas; por lo general, o lo odiaban o lo despreciaban.

—¿Alguno que lo odiase más que el resto? Investigad por ese lado.

—Creo que nosotros tal vez podamos aportar algo —anunció Enguehard, sentado en un extremo de la mesa.

—Adelante.

El capitán se aclaró la garganta.

—Hace seis meses Timothée Hosier sufrió una agresión. Alguien lo golpeó con violencia, como para mandarlo al hospital. Él no puso ninguna denuncia, claro, pero el hospital dio parte. Sin embargo, al no haber denuncia, no hubo investigación. Por el pueblo se rumorea que el que le dio la paliza a Hosier se llama… Gildas Delahaye. Es profesor de francés en el instituto de Aiguesvives —precisó.

Ziegler se lo quedó mirando.

—Y ese Delahaye… ¿se sabe por qué razón habría hecho algo así?

—Por lo visto, su hijo era uno de los principales clientes de Timothée. Está en un centro de desintoxicación, según tengo entendido. Pero, tal como digo, no se llevó a cabo ninguna investigación.

Ziegler miró de reojo a Servaz.

—De acuerdo —contestó—, iremos a ver a ese profesor. ¿Qué más?

—¿Por qué se encontraron sólo dos símbolos cerca del primer cadáver y cuatro cerca del segundo? —planteó de pronto con voz recia un gendarme joven de barba poblada y muy bien recortada—. ¿Qué pretende decirnos el asesino? ¿Podría tratarse de un mensaje en clave dirigido a la policía, de un… reto? ¿Algo así como los criptogramas del asesino del zodíaco?

Servaz lo catalogó de inmediato como el típico joven lobo de dientes afilados, hambriento de reconocimiento y de gloria, que sueña con ascender rápidamente y apenas se interesa por los aspectos más humildes e ingratos del oficio.

—Los criptogramas del asesino del zodíaco, ¿eh? —repitió Ziegler con sarcasmo, posando en el hípster una mirada desprovista de la más mínima simpatía—. ¿Y por qué no Jack el Destripador?

En torno a la mesa se oyeron algunas carcajadas. Servaz vio que el joven palidecía.

—Aun así, la idea es interesante. Sí, ¿qué pretende decirnos el asesino con esas piedras? Un círculo, un triángulo, un cuadrado y una equis… dibujados con un rotulador rojo. ¿Qué significado tienen? Estrujaos un poco los sesos. Desarrollad las hipótesis hasta el final, sin descartar ningún detalle. Es posible que no os encontréis con un caso como éste en toda vuestra carrera. Será la investigación de vuestra vida, la única en la que todavía seguiréis pensando mucho después de haberos jubilado. Hablaréis de eso con vuestros nietos, con vuestros amigos, para mostrarles lo apasionante que era vuestro oficio. Así que haced un esfuerzo. Trabajad hasta caer rendidos. Profundizad. No os conforméis con lo primero que se os pase por la cabeza. Id más allá. A través del sufrimiento se llega al gozo, como decía Beethoven. O como dicen los entrenadores modernos: *no pain, no gain*.

Servaz fue observando uno a uno al puñado de agentes sentados en torno a la mesa, que acababan de escuchar con fervor el breve discurso de Ziegler. Tenía que encontrar la manera de aprovechar sus habilidades para buscar a Marianne. Ardía en deseos de regresar al bosque. ¿Dónde estaría ahora? ¿Habría tenido tiempo de salir del valle antes de la avalancha que había bloqueado la carretera, o estaba, como ellos, atrapada allí?

«Está ahí, en alguna parte, muy cerca, y sin embargo no la veo, no la oigo… ¿Está muerta? ¿Está viva? ¿Han vuelto a hacerla prisionera?»

Acosado por todas aquellas preguntas, volvió a verse atrapado por una acusada sensación de apremio. Tenía la convicción de que había que actuar deprisa, de que el tiempo se acababa. Pero ¿cómo debía actuar?

¿Por dónde empezar?

24

Servaz había regresado al bosque. Había dejado el coche en el aparcamiento bañado por el sol y se había adentrado en la espesura. Procurando aplicar otro razonamiento, había examinado el mapa en el que había marcado con una «C» los lugares donde había cobertura. Se encaminó hacia la «C» más cercana, situada a cien metros de allí, imaginándose que estaba en el bosque en plena noche, desorientado. Echó a andar sin rumbo a partir de esa «C», como quien está perdido, escrutando a su paso los bordes del sendero en busca de algún rastro: un pedazo de tela, una mancha de sangre…

Estuvo deambulando así durante casi una hora, sudando bajo el calor de junio, sin detectar el menor indicio. Luego se orientó hacia la segunda «C» del mapa…

—¿Sí? —dijo Gildas Delahaye al encontrarse con Irène y Enguehard en el umbral de su puerta.

Era un hombre alto y larguirucho, de unos cincuenta y tantos años, con gafas de pasta, nariz huesuda y cabello gris un poco largo. Tenía el aspecto de un pájaro desplumado, de un ave zancuda sometida a las inclemencias del viento.

—Capitana Ziegler, de la Brigada de Homicidios de la gendarmería de Pau. ¿Tiene un minuto, señor Delahaye?

A su espalda, el muro de ladrillo, los vitrales y el campanario de la iglesia de Aiguesvives rodeado por el vuelo de los vencejos cerraban la minúscula plazoleta, a la que daba la casita, estrangulada entre dos fachadas. Habían tenido que cruzar un laberinto de callejuelas para llegar hasta allí. Gildas Delahaye los invitó a pasar, y ellos se agacharon para no chocar contra el bajo dintel por el que se accedía a un interior oscuro y silencioso, un largo pasillo profundo como una caverna, a un nivel inferior al de la calle, poblado de muebles antiguos y fotos enmarcadas. Irène entró primero. El corredor olía a cerrado, a soledad, a existencias valladas, a aislamiento. La capitana paseó la mirada por las fotografías. Por todas partes, la misma cara. Una mujer rubia en los diferentes estadios de la vida, fotografiada desde todas las perspectivas, de lejos, de cerca, en sus actividades cotidianas… Como si el fotógrafo hubiera querido asegurarse de que el tiempo no pudiera abolir su paso por la tierra. Irène advirtió que la mujer sabía que estaba siendo fotografiada, porque a veces miraba al objetivo, pero nunca sonreía.

—Pasen —dijo Gildas Delahaye, señalando una puerta a la derecha.

Un salón exiguo, igual de oscuro que el pasillo, con las persianas bajadas y las paredes recubiertas de cientos de libros apretados entre sí. Gildas Delahaye apartó algunos volúmenes para hacerles un sitio en un sofá desfondado. En pleno mes de junio llevaba una chaqueta de lana marrón, e Irène captó un leve olor a sudor en la salita de estar, que sin duda necesitaba ventilación.

—No le vamos a hacer perder mucho tiempo —dijo Ziegler de entrada, sentándose en el sofá—. ¿Dónde estaba usted la noche del lunes al martes?

—Mi agenda no es muy especial —respondió Delahaye—. Cuando no estoy dando clases, dedico el tiempo a la lectura, a pasear y a corregir los trabajos de mis alumnos. Bergson decía que el tiempo se capta de dos maneras, por medio de la conciencia y por medio de la experiencia. Soy viudo. A mi edad y viviendo solo, el tiempo subjetivo tiene mucha más importancia que el del reloj. ¿Puedo saber por qué extraño razonamiento me han señalado como sospechoso?

Aunque hacía gala de cierto refinamiento verbal, su elegancia no iba más allá: la piel gris, los ojos enrojecidos y en especial el aliento fuerte, impregnado de alcohol, delataban una mala higiene de vida.

—No es usted sospechoso, señor Delahaye. Sólo tratamos de trazar un cuadro lo más completo posible de la situación de esa noche.

—Entiendo. Como un cuadro con muchos personajes. Un Brueghel el Viejo, un Veronés… Cada personaje debe encajar en su lugar, ¿no es eso?

—En cierto modo, sí. Sabemos que su hijo es toxicómano. La víctima, como sabrá usted sin duda alguna, era su camello. O sea, que a usted también le corresponde un lugar en ese cuadro… igual que a él.

—Mi hijo lleva dos semanas en el castillo de Ussé, en una cura de desintoxicación —explicó Delahaye—. Está en fase de deshabituación y consolidación de la abstinencia, es decir, que ahora mismo ya no es un consumidor.

Ziegler asintió. Había oído hablar de ese centro de rehabilitación y acompañamiento posterior a la desintoxicación instalado en un castillo con un parque de seis hectáreas, cerca de Montauban. En toda la región, había más de una veintena de centros de atención y supervisión de drogodependientes. «Una sociedad cada vez más proclive a las adicciones», pensó.

—Ya hablaremos con él a su debido tiempo… Ahora me gustaría que respondiera a mi pregunta: ¿dónde estaba usted la noche del lunes al martes?

El hombre clavó una mirada enrojecida en los ojos de Irène.

—Estaba aquí. Supongo que leía, o dormía, depende de la hora a que se refieran…

Irène guardó silencio unos instantes.

—Señor Delahaye, ¿le propinó usted a Timothée Hosier una paliza que lo envió al hospital?

El profesor se estremeció y dejó escapar un suspiro.

—Ya veo. Otra vez esa pregunta… Ya he tenido que responder a ella en más de una ocasión. No, son habladurías malintencionadas, de esas que hace correr la gente cuando uno es viudo, profesor de instituto y padre de un drogadicto.

Se levantó y, cuando se acercó a la chimenea rodeada de libros, su alta figura fúnebre se destacó bajo el techo como la estatua de un santo en la penumbra de una iglesia.

—¿De veras creen que un hombre como yo podría matar a otro? ¿Me han mirado bien? Soy un hombre muy pacífico, capitana, incapaz del más mínimo acto de violencia, exceptuando quizá la ejercida contra mí mismo… Ustedes vienen a hacerme preguntas simplemente porque han oído un rumor. Invaden mi intimidad… No saben quién soy ni por lo que he pasado. Sólo quieren respuestas y van a remover cielo y tierra para conseguirlas. Y cuando se marchen con el culpable, sea quien sea, dejarán todo esto atrás y nosotros tendremos que vivir con el campo de ruinas que hayan dejado, con todas las sospechas y todos los rencores que hayan despertado. Espero, por consiguiente, que todo esto merezca la pena…

Irradiaba una tristeza infinita, una pena invencible. Cogió una foto enmarcada de la repisa de la chimenea y se la mostró.

—Miren. Era mi mujer… Su retrato nunca se ha movido de la chimenea. Me recuerda que en otro tiempo amé… y que fui amado… Mi hijo, en cambio, sólo me odia. Me considera responsable de la muerte de su madre, y yo mismo casi me siento culpable también. Como me siento culpable de su adicción, por otra parte. Empezó a drogarse poco después de su muerte… Marihuana, cocaína… Luego heroína…

Posó la mirada en la foto. Una mirada llena de dolor. Ziegler entrevió a la misma mujer rubia de las fotografías enmarcadas del pasillo, la que nunca sonreía.

—Por mi parte, tengo dificultades para dormir y ya no disfruto con mi trabajo… Sufro pesadillas, en las que ella aparece, viva, afectuosa… Soy incapaz de concebir cualquier proyecto y vivo al día. Hace ya cuatro años que me encuentro en esta situación…

—¿Qué le ocurrió a su mujer? —preguntó con delicadeza Ziegler.

—Hace cuatro años cayó de manera brutal en una depresión atípica. No le apetecía nada y sólo deseaba morir. Consultamos a un montón de psiquiatras. Al final, uno de ellos pidió que le hicieran una resonancia magnética, que reveló la existencia de un tumor maligno en el lóbulo temporal derecho.

Miró a Enguehard y luego volvió a posar la mirada en la capitana. Un reloj de pared desgranaba los segundos en algún lugar de las profundidades de la casa, como las cuentas de un rosario.

—Un mes después ingresó en urgencias, a consecuencia de una hemorragia cerebral por invasión tumoral… Murió al cabo de una semana.

Volvió a colocar la foto en la repisa y rodeó el sofá para sentarse frente a ellos. «Otra vez la enfermedad…», pensó Ziegler con un escalofrío. Se sentía rodeada. Le entraron ganas de levantarse y salir corriendo de allí.

—Estaba tan mal que fui incapaz de ocuparme de mi hijo como es debido. Primero seguí una especie de terapia de apoyo destinada a «promover la expresión del dolor y la evocación de experiencias positivas en relación con la difunta», tal como lo expresaban ellos. No dio resultado… Y luego conocí al padre Adriel en la abadía. Me ayudó mucho. Gracias a él, encontré a Dios. «Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme», Salmos 51, 12.

—¿Quién era su terapeuta? —preguntó Enguehard.

Delahaye levantó la vista para mirar al capitán a los ojos.

—La doctora Dragoman.

Ziegler se estremeció de nuevo. El abad, la psiquiatra… En aquel caso siempre acababan topándose con las mismas personas.

El profesor se inclinó hacia delante y clavó en sus visitantes una mirada húmeda. Las córneas brillaban en la sombra como el nácar en las oquedades de una ostra.

—¿Van a interrogar a mi hijo? Como ya les he dicho, se ha desintoxicado, pero aún es un muchacho frágil… Se prepara para volver al mundo, pero, por ahora, está encuadrado en un tipo de vida que lo protege del furor y los peligros. Su visita y sus preguntas podrían tener consecuencias catastróficas… Se lo suplico, si les queda algo de humanidad, tengan un poco de conmiseración.

—No somos unos bárbaros —replicó Ziegler.

—Cyril es como su padre, un ser pacífico —prosiguió Delahaye, ignorando las palabras de Irène—. Es incapaz de agredir a nadie. Prefiere hacerse daño a sí mismo antes que hacérselo a los demás… Algunos, en los tiempos que corren, lo interpretarían como una debilidad. Una demostración más de la celebración omnipresente de la fuerza y la brutalidad, palpable entre los jefes de Estado, los ciudadanos de a pie, las redes sociales, la policía… El mejor es el que más grita y muerde y el que descarga los golpes más duros…

En la calle, al otro lado de la puerta de entrada en el extremo del largo pasillo, sonó un ruido de motor. Una motocicleta que redujo la velocidad y se detuvo un instante, antes de volver a alejarse. Durante aquel breve lapso de tiempo, las pupilas del profesor se encendieron con una llamarada de miedo.

—¿Qué ocurre, señor Delahaye? De repente parece asustado.

—No, no…

—¿Qué es lo que le da miedo?

—No diga tonterías.

El zumbido de la moto volvió a hacerse audible, lejano pero exasperante, como una mosca obstinada. Ziegler advirtió de nuevo que el profesor se tensaba, igual que un animal al acecho.

—Señor Delahaye, ¿qué ocurre? —Se inclinó hacia él.

El hombre parecía cada vez más nervioso.

—¿Usted sabe… o cree saber… quién ha hecho esto?

Aquella pregunta tuvo el efecto de un latigazo.

—¡No! ¿Por qué dice eso? ¡Es absurdo! —replicó él, pestañeando, con cara de pánico.

—Entonces, ¿qué le da miedo?

El profesor tragó saliva.

—¡Nada, maldita sea! No tengo miedo.

—Eso es mentira.

Gildas Delahaye esbozó una mueca.

—¡Déjenme en paz! ¡No quiero tener nada que ver con todo esto!

—¿Nada que ver con qué? —insistió ella.

—Con todo esto… Con ese asesinato… Con esa montaña que han volado…

Ziegler lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué le hace pensar que ambas cosas están relacionadas?

El profesor hizo un ademán de desesperación, como si estuviera debatiéndose contra unos agresores invisibles. Estaba blanco como el papel.

—No lo sé. Lo he dicho así, sin más… ¡Déjenme en paz, por favor!

—¿Qué es lo que esconde?

—¡Nada!

Había gritado demasiado fuerte, con excesiva vehemencia.

—Como quiera. Gildas Delahaye, a partir de este miércoles 20 de junio, a las 16.33 horas, queda det…

—Unas llamadas telefónicas —dijo de repente, sin dejar que Ziegler terminara de pronunciar la palabra «detenido»—. Recibo llamadas telefónicas…

Irène notó una especie de impulso eléctrico que se extendía por su sistema nervioso. Frunció el ceño y adelantó un poco más el torso, y Enguehard la imitó.

—¿Llamadas telefónicas?

—Por la noche… Anónimas… No habla nadie… —Se pasó la mano por la cara, cuya piel estaba ya cenicienta—. Y también hay…

Se levantó y fue a abrir un cajón situado debajo de la librería, de donde sacó un folio tamaño A4 doblado en dos. Luego volvió a sentarse y se lo tendió a la capitana.

—Una mañana encontré esto en el buzón. Antes de que se produjera ese desprendimiento —precisó.

Ziegler desplegó el papel. Había unas palabras impresas. Una especie

de… poema. ¿Qué diablos podía ser? Empezó a leer:

Como el derrumbe, que de Adige al flanco,
por terremoto o sin apoyo franco,
en cuya cima rota está acostado el oprobio.
En torno en fila, una legión giraba
de centauros, con arco y flecha armados,
como en el mundo a caza se aprestaba.
Que así lloran sus daños inhumanos.

Le entregó el papel a Enguehard, perpleja. Delahaye los miró a ambos.

—No tardé mucho en identificar el origen. Son extractos del duodécimo canto del *Infierno* de Dante, primer giro del séptimo círculo: donde se castiga a «los violentos contra el prójimo», sumergiéndolos «en un río de sangre»… El que escribió eso cogió algunos fragmentos del texto de Dante y los volvió a juntar a su antojo…

—¿Tiene alguna idea de quién pudo redactar un escrito como ése? ¿Y de quién lo llama por las noches?

Él negó con la cabeza.

—Aun así, antes ha reaccionado con temor al oír la moto…

—Son chavales de Aiguesvives, nada más. No tiene nada que ver con todo esto. Son antiguos alumnos, una panda de holgazanes con los que fui un poco brusco. Ahora me molestan para vengarse. Vienen a insultarme de día y de noche, a ponerme porquerías en el buzón… «Perdónalos, porque no saben lo que hacen…» Comprenderán que esté un poco alterado con eso… —Señaló el papel que tenía Enguehard en la mano—. Pero esto… esto es completamente distinto. Esto es obra de un loco, de un enfermo.

—¿Podemos quedárnoslo? —preguntó Irène, señalando el papel.

El profesor asintió. Temblaba como una hoja.

El sol declinaba cuando decidió regresar a la gendarmería. Tenía la sensación de que el bosque seguía burlándose de él, rechazándolo, con su trinar de pájaros y su inmovilidad sepulcral. «Marianne, ¿dónde estás?» La angustia le atenazaba el estómago. Una vez más, había inspeccionado aquel bosque en vano. Condujo hasta Aiguesvives por encima del límite de velocidad y frenó en seco delante de los chalets de la gendarmería. En el prado contiguo, el helicóptero aguardaba el siguiente viaje, con las hélices inertes como un pájaro disecado. El piloto estaba sentado en la cabina, absorto en la pantalla del móvil. Servaz buscó con la mirada el Ford Ranger de Ziegler, pero no lo vio. Sin pensárselo un segundo, se dirigió a grandes zancadas hacia el aparato a través de la hierba.

—¿Sabe quién soy? —le preguntó al piloto.

El hombre asintió.

—Sí. Trabaja con la capitana Ziegler y con Éloi en esta investigación. Ya lo he visto varias veces.

—¿Espera a alguien?

—No. Espero órdenes. Ahora mismo iba a fumarme un cigarrillo.

Servaz notó que se le tensaban los nervios al oír esa palabra.

—Fúmeselo si quiere. Después iremos a volar un poco por encima de los bosques y la montaña de los alrededores de la abadía.

El oro del ocaso inundaba los bosques profundos y los abetales sumidos en las sombras. Las cumbres vertiginosas de las altas coníferas parecían acariciar el fuselaje, mientras sobrevolaban aquel mar verde y dorado que se ondulaba bajo el helicóptero. El cielo fulguraba en el crepúsculo, con una explosión de tonos cálidos de luz sobre el telón de fondo de las altas cimas.

Entre los gigantescos abetos que ascendían hacia ellos como columnas de agujas, Servaz apenas podía distinguir los senderos que discurrían en medio de la penumbra, como entre los pilares de una catedral. Habían dejado la abadía tras ellos, a la derecha, y en ese momento volaban a ras de los árboles, pero no había gran cosa que ver.

Tenía que olvidarse de su vértigo para asomarse, con un nudo en las entrañas, hacia el paisaje que se desplegaba más abajo.

—Allí —dijo de repente—. ¿Qué es eso?

—Ni idea.

Habían pasado a otro valle y, un poco más lejos, en la otra vertiente de la montaña, acababa de surgir un edificio aislado entre los árboles. Era un edificio gris, de cemento, de planta rectangular y techo plano. Se acercaron rápidamente. Situada en mitad de un claro, se erguía una especie de nave industrial que parecía abandonada, con los cristales rotos y grafitis en las paredes.

—¿Podemos aterrizar?

El piloto hizo un giro para sobrevolar el claro y echar un vistazo. La parte superior se inclinaba en una suave pendiente, pero la de abajo parecía bastante llana y tenía varios centenares de metros de longitud.

—Creo que sí.

Hizo bajar despacio el helicóptero, con ayuda, esta vez, de la palanca situada a su izquierda, que parecía un freno de mano, y se quedó en vuelo estacionario a cinco metros del suelo. Servaz vio que hacía girar el aparato por medio de los pedales de la derecha y la izquierda. Había ido las suficientes veces en helicóptero como para saber más o menos cómo funcionaban, pero detestaba desplazarse en esos trastos. Tras una última manipulación del mando de paso colectivo por parte del piloto, los patines tomaron contacto con el suelo.

El estruendo de la turbina se redujo un poco, y Servaz abrió la puerta

y saltó hacia las altas hierbas aplastadas por el desplazamiento del aire.

Trepó por la pendiente en dirección al edificio. ¿Quién habría construido algo así en medio de la nada? ¿Y con qué propósito? La hierba le llegaba hasta la rodilla. Cuanto más se acercaba, más ruinoso le parecía el edificio. El sol, que se había ocultado ya detrás de la montaña, formaba un vapor luminoso que flotaba por encima de los árboles, sobre las sombras que engullían el claro. Del sotobosque cercano llegaba un aroma a conífera y a resina, denso como la melaza.

No había puerta, sólo una gran abertura por la que habría podido pasar un camión. El interior recibía una débil luz a través de las hileras de ventanas, la mayoría con los cristales rotos.

Servaz advirtió que aquello tenía el aspecto de una gran fábrica. Tal vez fuera un antiguo aserradero, aunque no era lógico que hubieran construido una fábrica tan lejos de cualquier eje de comunicación. Del cemento del suelo no quedaba gran cosa, y sus pies pisaban tierra batida, yeso, escombros y planchas carcomidas. El motor del helicóptero se había detenido, cediendo el paso a un silencio impresionante. Un silencio sepulcral. El aire parecía aquietado, suspendido, como si la actividad humana se hubiera interrumpido el día anterior. Aun así, no había ningún rastro de las máquinas que en otro tiempo llenarían esa nave de ruidos y de hombres. Se preguntó si Marianne podía haber estado cautiva en un lugar como aquél. Las pintadas del exterior indicaban que era un sitio frecuentado por los jóvenes de Aiguesvives. No veía ningún recoveco donde esconderse, aunque distinguía unas puertas en el otro extremo, más allá de los pilares cuadrados intercalados en la penumbra. Debía de haber antiguas oficinas y vestuarios en algún sitio, ¿no?

Se adentró en la nave. El repentino frescor y la humedad le provocaron un escalofrío. Los últimos rayos de sol acudían a morir, agotados, en los cristales intactos de la parte alta de las ventanas. Martin iba observando el suelo al caminar: numerosas huellas de pasos tachonaban el polvo… de distintos números de calzado… Probablemente eran de las mismas personas que habían hecho las pintadas en la fachada. Había también círculos de ceniza y restos de fogatas.

No sabía qué estaba buscando exactamente. Tal vez una inscripción, un signo, una señal… Tenía la impresión de ser un arqueólogo en busca de los restos de una civilización desaparecida. Pero nada. Quizá debería salir y examinar las pintadas del exterior. En ese momento se aferraría a cualquier cosa. El tiempo, las certezas y la esperanza se le escapaban de entre los dedos como un puñado de arena.

Un poco más allá había algo…

Contuvo el aliento. ¿No sería una ilusión óptica?

Una sombra entre las sombras…

Sí… Sobre el suelo de tierra batida…

Caminó hacia allí, con la vista fija en su objetivo. De repente un ruido le hizo dar un salto hacia atrás y el corazón le dio un brinco en el pecho. El revuelo duró apenas unos segundos —un bullicio de repliegue de tela, frenético e histérico—, el tiempo justo para que el pájaro importunado en su escondite encontrara una salida y huyera por una de las ventanas.

Mientras lo veía alejarse a toda velocidad sobre los árboles, Martin dejó que su pulso se apaciguara un poco antes de proseguir.

Sí, no cabía duda: allí había efectivamente algo…

Una serie de motivos geométricos.

En realidad, no era una sombra, sino varias, que caían desde una de las últimas ventanas intactas. Esas sombras parecían reptar por el polvo, rectilíneas, formando las patas, diagonales y astas de una serie de letras invertidas:

MARTIN

25

MARTIN

Servaz elevó la mirada hacia la ventana, estupefacto. ¡Alguien había escrito su nombre de pila en uno de los cristales! Con pintura…

La sangre le latía con fuerza en las sienes y le pareció como si el volumen de su corazón se hubiera multiplicado por dos.

¿Cabía la posibilidad de que fuera una coincidencia, de que el nombre se refiriera a otra persona?

¿O bien alguien que lo conocía había estado allí y le había dejado ese mensaje? Pero… ¿para qué? ¿Con qué finalidad?

Tal vez había sido la propia Marianne… Aunque le costaba imaginársela pintando su nombre mientras huía en plena noche. ¿Lo habría hecho en otro momento? ¿Cómo habría podido hacerlo, estando secuestrada? Pero, si no era ella, ¿quién había sido?

El único edificio existente en medio de aquel bosque, y alguien había pintado su nombre allí… No podía ser una coincidencia. Alguien sabía que iba a rastrear ese lugar, y quería asegurarse de que recibiera el mensaje.

¿Quién lo conocía lo bastante en ese valle como para dirigirse así a él? ¿Y qué pretendía decirle?

No tenía ninguna lógica.

¿Lo habían atraído hasta Aiguesvives para dejarlo encerrado junto con los otros al volar la montaña?

Revisó metódicamente la nave, abrió todas las puertas del fondo y exploró los cuartos oscuros abarrotados de escombros con ayuda de la linterna, antes de regresar al helicóptero. Las sombras engullían la montaña y la brisa empezaba a refrescar el claro. Mientras el aparato se elevaba por encima de los árboles, se estremeció sólo de pensar que Marianne podría haber estado encerrada allí durante años, en medio de aquel lugar solitario congelado en el tiempo.

Sobrevolaron el bosque, la sucesión de valles, de vertientes, de torrentes y de carreteras, y regresaron a Aiguesvives. Nada más aterrizar, Irène Ziegler surgió de la gendarmería y atravesó el prado en dirección a ellos.

—¿Quién te ha autorizado a utilizar el helicóptero? —le soltó, ignorando la presencia del piloto—. ¡Este aparato está reservado para las urgencias y la investigación! ¿Quién coño te has creído que eres?

—He encontrado algo —dijo él.

Irène le lanzó una mirada entre colérica e inquisitiva. Entonces él le enseñó la foto que había hecho con el móvil: el sucio cristal sobre el que alguien había escrito «MARTIN».

—¿Dónde la has hecho?

—En una nave industrial abandonada, a unos cuatro kilómetros de la abadía, en medio de la montaña.

—¿Tienes idea de qué puede significar? —preguntó, todavía con un resto de irritación en la voz.

—Para nada. Lo único que se me ocurre es que alguien pretende llamar mi atención.

—Quizá se trate de otro Martin…

—No lo creo.

—¿Por qué motivo iba a pintar alguien tu nombre de pila? ¿Crees que ha sido ella?

—No lo sé… No veo cómo habría podido hacerlo.

Irène se quedó callada unos segundos.

—No quiero que vuelvas a usar el helicóptero ni los recursos de la gendarmería para llevar a cabo tu investigación personal, ¿entendido? —le soltó—. De todas formas, tendremos que examinar ese sitio con más detenimiento. Voy a pedir a mis chicos que vayan allí… Nosotros también hemos encontrado algo.

Una vez dentro de las dependencias de la gendarmería, recorrieron un largo pasillo y entraron en el despacho de Enguehard, que estaba sentado ante su ordenador. Ziegler cogió la bolsa transparente que contenía el poema y se la tendió.

—Gildas Delahaye afirma haberlo recibido en su buzón, antes del derrumbe de la montaña. Y niega haberle dado una paliza a Timothée Hosier.

Servaz detuvo la mirada en la última frase:

Aquí se purgan los crímenes despiadados…

—¿Tiene alguna idea de quién pudo enviárselo?

Irène negó con la cabeza.

—Seguro que has pensado en alguien —dijo Martin.

—Quizá ese jovenzuelo idiota de la reunión de esta mañana estuviera en lo cierto, y el asesino o los asesinos nos plantean un reto. Enviaron esto a Delahaye previendo que, tarde o temprano, íbamos a interrogarlo.

Servaz no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Lo ves? Hasta los jovencitos idiotas pueden tener buenas ideas…

Su sonrisa, sin embargo, fue efímera. Si la o las personas a las que buscaban pretendían jugar con la policía, no iban a tardar en hacer público ese juego de una forma u otra. ¿Cuanto tardarían en dirigirse directamente a los medios de comunicación?

—Vengan a ver esto —dijo Enguehard de pronto, sentado delante de

su ordenador.

Irène y Servaz rodearon el escritorio para mirar la pantalla y se inclinaron sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Ziegler.

Una página de Facebook… En la parte superior, la foto de perfil era una máscara coronada con una capucha que ella reconoció de inmediato, a diferencia de Servaz. Era la máscara de Dalí —con el bigote de puntas levantadas hacia arriba y los grandes ojos saltones— que llevaban los bandidos de la serie *La casa de papel*. Eran unos Robin Hood modernos, unos anarco-gánsteres que cuestionaban la legitimidad de la policía y la autoridad del Estado. La máscara tenía una versión más antigua, la del superhéroe de cómic *V de Vendetta*, y el mensaje, tan de moda, era el mismo que habían reproducido a lo largo de las décadas anteriores movimientos como Occupy Wall Street, los Anonymous o incluso los jóvenes de las Primaveras Árabes. Con las redes sociales, los símbolos de la revolución y de la anarquía circulaban a la misma velocidad que los eslóganes, la ira y los análisis simplistas.

La página se titulaba *Milicia de autodefensa del valle de Aiguesvives*.

No se trataba tanto de una apología de la anarquía como de un llamamiento a la instauración de un nuevo orden, dedujo Irène.

En los comentarios de abajo, leyeron frases del tipo:

La gendarmería y la policía son incapaces de protegernos.
Con la carretera cerrada, estamos atrapados.
El ayuntamiento no va a hacer nada, porque está supeditado al poder y a los poderosos, que se burlan del pueblo.
¿Quién va a proteger a nuestros hijos? ¿Quién va a protegernos a nosotros? La respuesta es muy sencilla: nosotros mismos.

Había otras parecidas, como:

Uníos a la MAVA*, la Milicia de Autodefensa del Valle de Aiguesvives.*
Nadie nos impedirá hacer justicia y garantizar la seguridad de nuestros hijos.
Cuando el Estado no actúa, el pueblo debe tomar el poder.
¡Uníos a nosotros!

Servaz comprobó que había ya más de cinco mil *likes*, un número superior al de la totalidad de los habitantes del valle, pese a que el hilo de discusión se había iniciado hacía tan sólo tres horas… Así que otras personas que no vivían en el valle habían considerado oportuno manifestar su apoyo a esa iniciativa que no les concernía y de la que sólo sabían lo que acababan de leer.

—Esto no me gusta —dijo Ziegler—. Dentro de poco tendremos problemas… Capitán, contacte de inmediato con la Brigada de Delitos Informáticos del Servicio de Documentación Judicial —ordenó—. Quiero saber quién ha puesto esto en línea antes de que se nos vaya de las manos.

Servaz reconocía a la Irène con la que había trabajado: segura, directa, siempre dispuesta a plantar cara a las innumerables manifestaciones de la estupidez humana.

—Si no encontramos pronto al asesino, las cosas pueden complicarse muy deprisa —pronosticó, toqueteándose con nerviosismo el piercing de la nariz—. Tenemos que reconsiderar la situación, plantearnos si necesitamos más efectivos e informar a la central de lo que está ocurriendo aquí.

Mientras Enguehard cogía el teléfono, la capitana alzó las cejas mirando a Servaz.

—¿Te apetece tomar algo? Necesito un poco de aire. Así aprovechamos para tantear el ambiente del pueblo…

Dejaron atrás la gendarmería y se dirigieron al centro, paseando por las calles flanqueadas de viviendas unifamiliares. Después de los pequeños edificios bajos, aparecieron los primeros escaparates. Eran ya las nueve de la noche pero aún hacía bastante calor. El termómetro de una farmacia marcaba veintinueve grados. Una moto pasó petardeando… e Irène se acordó de Gildas Delahaye. Mientras caminaban, le relató el encuentro que habían tenido con el profesor. Servaz advirtió que, aun siendo agradable, el centro tenía un aspecto ajado y deslucido, tal como ocurría con muchas localidades de ese lado de los Pirineos, donde abundaban los baches en las aceras, los edificios vacíos y las fachadas deterioradas. En el lado español, en cambio, los pueblos se veían bonitos y cuidados. Era curiosa esa diferencia. A través de las ventanas abiertas salía el eco de un partido de fútbol. Por la moderación del tono de los comentadores, Servaz dedujo que esa noche no debía de jugar la selección francesa.

—Mira —dijo Martin de repente.

En la fachada de uno de los edificios, alguien había escrito con un espray UNÍOS A LA MAVA. Unos metros más allá, apareció un JUSTICIA PARA EL PUEBLO, aunque no habría sabido decir si ya estaba ahí antes o si acababan de escribirlo. Al llegar a una plaza, vieron otro grafiti:

RECUPEREMOS EL PODER

—Toda esta historia se va a complicar —auguró Irène.

Martial Hosier se fue corriendo al baño, apurado por la necesidad de orinar. Aun así, una vez que se hubo colocado en posición, con los pies

separados frente a la taza, tuvo dificultades para dar rienda suelta a su apremio y, cuando el chorro se dignó a presentarse por fin, quedó reducido a un hilillo furtivo que lo puso de mala leche. «Puta próstata…» Por más que apretó, fue incapaz de vaciar por completo la vejiga. Unas gotitas cayeron sobre la taza. De todas formas, no iba a ser él quien la limpiara. Regresó al comedor todavía abrochándose la bragueta. Agobiado por la misma desgarradora inquietud, la misma afilada indecisión, se puso a caminar de un lado a otro, cerca de los ventanales.

De vez en cuando echaba un vistazo a las montañas oscuras y a las luces del pueblo que centelleaban más abajo.

—Todo esto es culpa tuya —afirmó una voz a su espalda.

Martial se dio la vuelta. De pie en el centro de la sala, Adèle tenía un fulgor inédito en la mirada. La resignación había dado paso al odio. Aquella constatación casi le resultó reconfortante: por fin observaba algún tipo de reacción en ella.

—Todo lo que pasa, lo que le ha pasado a nuestro hijo… es culpa tuya y de nadie más.

Las palabras brotaban como proyectiles, cortantes, hirientes, aceradas como fragmentos de metal.

—¿Crees que no estaba enterada? —escupió—. Todas esas putas que venían a tu consulta… Que iban a abortar o a buscar un tratamiento para enfermedades venéreas… Todas esas chicas a las que hacías pasar a escondidas, por detrás… ¿Quién te las mandaba? Te pagaban bastante por eso, ¿verdad? ¿O es que te las follabas, como el viejo verde que eres?

Él escrutó su semblante descarnado y roto, tenía unas profundas ojeras y una mirada vacía.

—Tu egoísmo nos ha destrozado la vida —prosiguió ella—, a tu hijo y a mí. Tú eras el único que contaba y nada más. Timothée era un niño bueno, inteligente e inocente. Y su hermana… —Hizo un esfuerzo por contener las lágrimas—. A su hermana todavía la destrozaste más que a nosotros. Por eso la mató, para salvarla. Para liberarla de tus garras. Para librarla de tu influjo y de tu control. Él no estaba loco. Por lo menos, no lo estaba antes.

—Si lo sabías, ¿por qué no hiciste nada? —replicó él en un tono irritado y desafiante a la vez, sin un ápice de remordimiento.

Vio cómo la cara de su mujer se desfiguraba y deformaba a medida que las lágrimas empezaban a correr por sus áridas mejillas, como si salieran de un manantial que brotara por arte de magia en mitad de un desierto.

—Porque era débil… Porque tenía miedo de tus palizas… Porque me mentía a mí misma diciéndome que no era cierto, que era algo que sólo pasaba en mi cabeza… Porque no quería reconocer que hubiera podido pasar más de la mitad de mi vida con un ser tan despreciable…

Adèle Hosier levantó la vista y clavó en los ojos de su marido una mirada asesina. En sus pupilas se adivinaba un destello de odio.

—Te desprecio, Martial. Te odio. Ojalá mueras con un sufrimiento atroz, peor que el que tuvieron que sufrir tus hijos por tu culpa.

Evocando la imagen del cadáver de su hijo en la morgue, Martial Hosier sintió una oleada de miedo glacial en la columna.

—Cállate —le ordenó.

—Vas a morir como un perro. No sé quién está detrás de todo esto, quién mató a nuestro hijo ni quién mató a *Rhaegal*, pero sí sé que tienes miedo… Miedo de que el que hizo eso te encuentre y te haga lo mismo. Y eso es justo lo que deseo…

—¡Cierra la boca!

26

—¿Está durmiendo? —le preguntó a Espérandieu.

Era la inversión de los valores profetizada por Nietzsche, pensó: el Mal alabado y el Bien denostado. Ya no había límites. El odio se infiltraba por todas partes. Ni siquiera los niños quedaban al margen.

Su antiguo ayudante acababa de anunciarle que había habido un incidente en la escuela: un incidente en el que estaba implicado Gustav. Unos compañeros se habían metido con él porque su padre era un «madero». Los profesores habían tenido que intervenir. El niño lloraba cuando Charlène fue a buscarlo, y no quería volver a clase.

—Espera un momento —dijo Espérandieu, cuya cara aparecía en la pantalla del teléfono—. Voy a buscarlo.

Servaz pensó que los únicos que ocultaban su profesión en Francia eran los policías. ¿Qué decía de un país el hecho de que los hijos de los policías tuvieran que callar el oficio de sus padres cuando se lo preguntaban en clase? En su lugar, declaraban: «Mi padre o mi madre es funcionario, profesor de gimnasia, cocinero…», pero de ninguna manera: «policía, madero, polizonte, guripa, pasma…». ¿Qué debían de contarles a sus hijos los padres de los niños que habían incordiado a Gustav simplemente porque su padre era policía? ¿Qué clase de visión deformada y pervertida de la sociedad les inculcaban? ¿Qué explicación había para semejante animadversión? En Francia cada semana se suicidaba un policía. Era el doble que en cualquier otra profesión, con excepción de los agricultores y los profesores. Y cada vez que un error policial, real o ficticio, se volvía viral en las redes sociales, se generaba una oleada de mensajes de odio del tipo: «Más vale que peguéis un tiro», «El oficio donde hay más cornudos», «En Toulouse, el único poli bueno es el poli muerto», «Hay que violar a su mujer»… A veces, incluían hasta el nombre y la dirección del funcionario.

Tarde o temprano nadie querría hacer ese trabajo, pensó con desesperación. ¿Acaso era culpa de los propios policías? De algunos de ellos sí, sin duda: a lo largo de su carrera había conocido a más de uno corrupto hasta la médula, racista o violento. No eran, sin embargo, tan numerosos como afirmaban muchos. En Francia había ciento cuarenta y cuatro mil policías. Y cabrones había en todas partes… En todas las profesiones… En todas las categorías profesionales, tanto entre los burgueses como entre los obreros, entre los ricos como entre los pobres, entre los intelectuales como entre los incultos, entre los jóvenes como entre los viejos.

Notó cómo se le encogía el corazón al ver en la pantalla a su hijo, que se acercaba cabizbajo, con el flequillo rubio caído sobre los ojos a la manera de una cortina y su pijama excesivamente holgado. Lo habían comprado juntos y Gustav había querido un pijama de su edad, pese a que, a causa de la atresia, era más menudo que sus compañeros. Decidió no comentarle nada del incidente, al menos de entrada.

—¿Estás mejor? —preguntó.

Gustav inclinó la cabeza en silencio, sin mirarlo, con la vista clavada en el suelo.

—Ya sabes que estoy atrapado aquí para unos cuantos días —explicó —. Estaba pensando que, cuando vuelva, podríamos ir a una librería y… comprar un montón de cómics, toneladas de cómics…

—Papá, en el cole me han dicho que tu trabajo tendría que darme vergüenza. ¿Es verdad?

Se esforzó por reprimir la rabia que le nacía dentro.

—No les hagas caso. No, no es verdad. Sólo repiten lo que dicen sus padres.

—Pero ¿por qué dicen eso sus padres? Yo pensaba que los padres tenían que decir siempre la verdad.

—Escúchame bien, Gustav. En mi profesión, hay personas muy diferentes, que hacen cosas muy distintas. A veces algunos se comportan mal, muy mal. Eso pasa en todos los oficios. Lo que ocurre es que, en el mío, la gente no soporta que pasen esas cosas. Es como con tu profe. Si él o uno de sus colegas hiciera algo malo, todos los padres de los alumnos se pondrían furiosos, aunque seguro que entre esos padres hay algunos que hacen cosas igual de feas, o incluso peores. ¿Lo entiendes?

—No…

Resolvió simplificar y generalizar un poco. Al fin y al cabo, eso era lo que hacían los del bando contrario.

—Mi oficio consiste en mandar a gente a la cárcel, en impedirles que roben, que conduzcan demasiado deprisa, que pongan en peligro la vida de los demás o que lo destrocen todo. Por eso, las personas que conducen demasiado deprisa, que roban o que destrozan cosas nos tienen manía.

—O sea, que los otros padres son ladrones y conducen muy rápido, ¿es eso?

—Eh, no… no exactamente.

Vio que su hijo fruncía el ceño, tratando en vano de comprender.

—Un montón, pero un montón de cómics, ¿qué te parece? —repitió, para cambiar de tema.

Gustav no reaccionó.

—¿Y también… mmm, mmm… una… tablet?

Esta vez, su hijo levantó la cabeza.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro, igual que el sol que de repente surge entre las nubes e inunda un paisaje que, unos minutos antes,

parecía oscuro y siniestro.

—¿De verdad? —preguntó Gustav, con un asomo de incredulidad en la voz.

—Prometido.

En su gesto advirtió que el episodio del día había quedado relegado a un segundo plano, y que la perspectiva de aquellos tesoros inagotables iba a acaparar su atención. Su alivio fue tan intenso que hasta él mismo se sorprendió.

—¿Y qué tal te va con Mégan y Flavien?

Eran los hijos de Vincent y Charlène. Mégan tenía quince años, y Flavien, nueve. Servaz era padrino del pequeño. Recordaba el embarazo de Charlène, en el invierno de 2008-2009, en la época en que Vincent y él seguían la pista del asesino de Saint-Martin.

—Estamos viendo *Paddington* —respondió Gustav.

—¿*Paddington*?

Su hijo lo miró como si fuera un extraterrestre.

—El oso *Paddington*, papá.

—Ah, ¿*Paddington* es un oso?

—¡Papá! ¡Pues claro que es un oso! Un oso al que le gusta la mermelada. Lo recogió la familia Brown, y también Judy y Jonathan. Como es extranjero y está solo, *Paddington* busca una casa y también una familia, ¿entiendes?

«Igual que tú, vamos. Tú buscabas ambas cosas cuando él te confió a mí», pensó Martin. Mierda. ¿Qué le estaba pasando? Pestañeó y respiró hondo, avergonzado al darse cuenta de que se le empañaban los ojos; avergonzado de tener ese peso en el pecho y esas ganas bobas y ridículas de llorar.

—¿Ya te lavas bien los dientes, eh? —preguntó, con una repentina ronquera, para acallar la emoción que amenazaba con asfixiarlo.

Gustav se acercó a la pantalla, abrió la boca a fondo y separó los labios, mostrando un primer plano de sus dientecillos. Del comedor llegaron gritos y risas y, en la pantalla, su hijo volvió enseguida la cabeza hacia la puerta, como el gato que ha visto pasar rodando un ovillo de lana.

—¿Puedo ir? —preguntó alegremente, sin disimular su impaciencia.

—Claro que sí… Ve con ellos, venga.

Al cortar la comunicación, se dio cuenta de que Léa estaba en línea en WhatsApp.

Respiró profundamente.

No quería que se diera cuenta de la enorme tristeza que sentía después de la conversación con Gustav. Ni tampoco de que estaba preocupado, tanto por su hijo como por los habitantes del valle.

El miedo estaba ahí, agazapado. Había entrado de manera subrepticia en él y se había instalado como el ladrón que encuentra una casa vacía y decide quedarse en ella.

Aquella extraña jornada sólo le había ofrecido una certeza: aquello era tan sólo el comienzo.

Jueves

27

Solsticio de verano. Otro día tórrido y soleado que acentuaría la desesperación de los agricultores del llano, pero que confería a la montaña un semblante engañosamente risueño, opuesto a los tristes acontecimientos de los que había sido escenario.

Apoyado en el borde de la ventana, en la buhardilla del hotel, Servaz contemplaba los tejados de Aiguesvives, que se arracimaban como un rebaño de ovejas temerosas del lobo. Proyectaban su sombra en las estrechas callejuelas, pero resplandecían bajo un cielo azul claro y la luz matinal.

Se irguió y apuró el café. En realidad, era Nescafé. Había encontrado unos sobrecitos encima de la cómoda, al lado de un hervidor y un vaso. No le apetecía bajar a desayunar al comedor con los otros huéspedes.

Después sacó uno de sus chicles de nicotina —había comprado más en la farmacia— y empezó a masticarlo. Al despertar lo habían asaltado unas ganas terribles de fumar.

Irène volvió de su carrera matinal vestida con unos pantalones cortos, una camiseta sin mangas y una gorra que había adquirido en una tienda de Aiguesvives. Tenía la espalda bañada en sudor, porque el sol calentaba ya con fuerza. Mientras corría, había escuchado el «Live in Berlin» de Depeche Mode. «*I've got to get to you first / It's just a question of time*», cantaba Dave Gahan en los auriculares, y ella estaba totalmente de acuerdo.

Bajo la ducha recordó que estaba a cargo de una investigación que no tardaría en acaparar los titulares de la prensa nacional. «Era sólo cuestión de tiempo», como decía la canción. Todas las miradas se iban a concentrar en ella y en su equipo. Al menor error, o si la investigación no avanzaba lo bastante deprisa, las críticas lloverían de todas partes y las redes sociales y los autodenominados expertos de las cadenas de información se cebarían en ellos. Aunque ellos se equivocaban más que nadie, seguían como si nada, dando lecciones a todo el mundo.

Se acordó de la página de Facebook de la milicia de autodefensa.

—Por mi parte, propongo que le demos al que ha tenido esta brillante idea una estrella de sheriff, a ver si nos demuestra de lo que es capaz —pensó en voz alta mientras se secaba ya con la toalla—. Hay demasiado listillo por ahí…

Irène había vivido en otro país. Acababa de volver de una región de

Asia Central donde el gasto social era cincuenta veces inferior al de Francia —que era, ni más ni menos, el país más generoso del mundo en ese aspecto—, donde los niños trabajaban desde pequeños, donde los policías disparaban balas de verdad sobre las multitudes y golpeaban a los sospechosos en las comisarías (no sólo en algunos casos, sino siempre), donde las mujeres violadas sufrían el rechazo de su propia familia, donde aún había gente que moría de hambre y donde, cada año, los atentados terroristas causaban varios centenares de muertos. Y sin embargo, era un lugar fascinante y entrañable en muchos sentidos, y su población mostraba un optimismo paradójico, una alegría y unas ganas de vivir de lo más contagiosos.

Aun así, algunos días había sentido una terrible añoranza, una nostalgia tan intensa de su país que en ocasiones hasta había llorado en la cama, con la vista fija en el techo desconchado, soñando con la soleada terraza de un café, con una panadería impregnada del aroma a pan recién horneado, con una librería llena de libros escandalosamente libres, con una playa donde se podía tomar el sol sin tener que esconder los pechos… O con los Pirineos…

De regreso en Francia, al bajar del avión, habría querido arrodillarse y besar el suelo… Como esos exiliados políticos del mundo entero que se reencuentran con la madre patria cuarenta años después; una patria con la que han soñado y fantaseado a lo largo de todos y cada uno de los días de su vida en el exilio. Y, al igual que ellos, no había tardado en darse cuenta de que, en el curso de aquellos años, Francia había cambiado. Se había vuelto más dura, más intolerante, infinitamente menos despreocupada que antes. Irène había quedado impresionada al descubrir que ahora era un caldo de cultivo del odio al prójimo, de la injuria, de la intransigencia, del sectarismo y la violencia. ¿Qué se había hecho del país que había dejado atrás?

Al entrar en la gendarmería, advirtió que todo el mundo estaba ya al pie del cañón. Los teléfonos no dejaban de sonar, y todos los que llamaban creían aportar la mejor pista. Uno había visto salir a su vecino a la hora del asesinato, otro había visto al suyo transportando algo que parecía un cadáver… Los gendarmes lo anotaban todo y lo grababan todo, en previsión de ulteriores comprobaciones. Sería un trabajo de hormiga que, como bien sabía ella, no tenía ni una posibilidad entre mil de dar con algo concreto.

«La verdad está ahí fuera», tal como proclamaba una célebre serie de televisión de los noventa. Se toqueteó el piercing mientras buscaba a Servaz con la mirada, pero no estaba allí. Quería ir con él a la antigua fábrica donde había tomado la foto. ¿Acaso no era muy posible que hubiera una relación directa entre Marianne y el asesinato de Timothée Hosier? La coincidencia entre ambos sucesos resultaba inquietante. Además, ella le debía ese favor y, si Martin estaba en lo cierto, tampoco iba a tener la indecencia de dejar a una mujer a merced de un

secuestrador.

«Joder, Martin, ¿dónde te has metido ahora?»

Martin estaba entregándole un libro a Mathis cuando su móvil empezó a vibrar. Era *Harry Potter y la piedra filosofal*. Alguien lo había dejado olvidado en un cajón de su cuarto.

—Te he traído esto —le dijo cuando lo vio en el comedor—. ¿Lo has leído?

—No me gusta leer —contestó el chico.

—Eso es porque no te han dado los libros adecuados. Prueba con éste.

—Ya he visto la peli. —Mathis dejó la tablet en la mesa y, aunque cogió el libro a desgana, sonrió—. Gracias.

—¿Hoy tampoco hay clase?

—Todavía no —confirmó el muchacho, ensanchando aún más la sonrisa.

El teléfono volvió a vibrar en el bolsillo de Servaz. Lo sacó y miró la pantalla. Era un número desconocido.

—¿Sí?

—Le llamo por esos carteles que puso en el pueblo, los de esa mujer desaparecida —dijo una voz masculina.

Se puso tenso. Como Mathis no despegaba la vista de él y lo miraba con los ojos abiertos como platos, se alejó un poco.

—Le escucho.

—Yo la vi. Aquí, en Aiguesvives.

28

Notó que el corazón le palpitaba en la garganta, que todos los vasos sanguíneos del cuello, las sienes y el pecho latían al ritmo brutalmente acelerado de su pulso.

—¿Cuándo la vio? ¿Dónde?

—Hace varios meses. Entró en la casa de un vecino.

Martin suspiró. Otro que deliraba. Trató de calcular la edad de su interlocutor. No era una voz joven. Debía de tener unos sesenta años, o quizá más. Hablaba con calma y sin excesiva pasión. Por el tono no parecía un cuentista… A Servaz se le aceleró un poco más el pulso.

—¿Cómo se llama usted?

—Maugrenier —le respondió—. Jean-Paul Maugrenier. Vivo en el número 51 de la calle des Roses, es un callejón sin salida. Mi vecino, el dueño de la casa donde la vi entrar, vive en el 54. Se llama Marchasson, François Marchasson.

Preciso. Limitándose a los hechos. ¿Era posible que aquel individuo dijera la verdad?

—Cuénteme. ¿Iba sola o acompañada? ¿Cómo fue?

—Acompañada. Bajaba de un coche.

—¿No recuerda cuándo fue?

—Ya se lo he dicho: hace varios meses. En ese momento no le presté demasiada atención. Me extrañó, porque Marchasson no suele recibir a mujeres jóvenes… Yo diría que fue… en noviembre o diciembre. Después del mediodía.

—¿Está usted en su casa ahora mismo? —le preguntó Servaz.

—Eh… sí.

—No se mueva de ahí. Llego enseguida. Es mejor que hablemos en persona.

Antes de ir a abrir la puerta con la misma actitud solemne de un banquero que se dispone a vender un fondo de inversión, Maugrenier se había rociado con algún tipo de loción para después del afeitado, de eso no cabía duda. Servaz no se había equivocado: el hombre tenía entre sesenta y setenta años, a juzgar por el pelo blanco y la flácida piel de su cuello, estrangulado por una corbata excesivamente prieta. Martin había leído en alguna parte que las corbatas eran nidos de microbios y también que comprimían en exceso las arterias del cuello, reduciendo por consiguiente el flujo de sangre al cerebro.

Observó la calle. Una calle sin salida bordeada de casas decadentes sin una sola rosa en sus pequeños jardines, cuyo aspecto siniestro ni siquiera era capaz de mitigar la brillante luz del sol. Un viejo árbol partido por un rayo se mantenía en pie rodeado de estacas, levantando la acera con sus raíces. Una máquina pavimentadora expandía sobre la calzada una alfombra de asfalto negro. Mientras se tapaba la nariz para protegerse del olor a hidrocarburo, Servaz intercambió una mirada con uno de los obreros de mono amarillo y no pudo evitar un escalofrío: aquel tipo tenía una honda cicatriz en la mejilla y un brillo tan maligno en los ojos que le impactó.

Al cabo de unos segundos el hombre volvió a inclinarse sobre el humeante alquitrán y reanudó su labor.

Maugrenier lo recibió en el umbral de una casita unifamiliar de los años setenta. Una mujer que sólo entrevió furtivamente lo saludó antes de desaparecer, y su anfitrión lo invitó a sentarse en una sala de estar feísima, alegrada no obstante por un rayo de sol.

—¿A usted le gusta el fútbol? —quiso saber el jubilado.

—¿Eh? ¿Cómo dice?

—El Mundial… ¿Va a ver el partido?

—¿Qué partido?

Maugrenier lo observó como si acabara de llegar de otro planeta.

—Francia juega hoy contra Perú. Si gana, quedará clasificada para la segunda fase. Griezmann se salió en el primer partido, y éste pinta muy bien, con Kanté y Mbappé.

Servaz depositó la foto de Marianne en la mesita del sofá.

—¿Era ella? ¿Está seguro?

El jubilado asintió.

—Sí. Incluso me pregunté qué venía a hacer una mujer con tanta clase a casa de ese carcamal. Aunque estaba un poco más delgada que en la foto, y parecía como si estuviera mal de salud…

Servaz se quedó mirando a aquel hombre fijamente. Una intensa sensación de frío le recorría las venas.

—Cuénteme todos los detalles —lo animó.

Maugrenier estaba a punto de empezar, pero el teléfono de Servaz lo interrumpió. Martin echó un vistazo a la pantalla. Irène… Ya respondería más tarde.

—Adelante —insistió, sin poder ocultar su impaciencia ante la ponderada y tranquila mirada de su anfitrión.

Aún lo carcomían las dudas, a pesar de todo. Le parecía increíble que Marianne hubiera podido entrar como si nada, en pleno día, en casa de un vecino.

—Bueno —se lanzó el jubilado, frunciendo un poco el ceño ante la actitud del policía—. Ahora que lo pienso, había algo que no acababa de cuadrar…

Servaz entrecerró los ojos.

—¿A qué se refiere?
El hombre se tomó un momento para evocar la escena.
—Iba acompañada de otro tipo que la cogía por el brazo. Y, como le he dicho, parecía cansada, o enferma… o puede que drogada, bien mirado. Sí, era eso. Parecía drogada, completamente grogui en realidad…
Servaz tragó saliva y habló muy despacio:
—Es consciente de que todo lo que dice es de suma importancia, ¿verdad?
—No soy idiota —replicó Maugrenier, un tanto molesto.
«Ah, no, idiota no eres… —pensó Servaz—. Aunque te encanta pasar el tiempo mirando por la ventana, por suerte para mí.»
—Ese hombre que la llevaba cogida por el brazo, ¿era su vecino?
—No, era un tipo joven. Recuerdo que me dio mala espina, no sé por qué. Marchasson los esperaba en la puerta. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que la mujer se tambaleaba un poco cuando bajó de la furgoneta. En todo caso, no tenía un paso muy firme…
—¿De la furgoneta? —se apresuró a preguntar Servaz.
—Sí. Una furgoneta negra. Un furgón… de cristales oscuros… Era imposible ver el interior.
«¡Virgen santa!» Servaz miró hacia la calle, visible entre las cortinas. El obrero de la cicatriz había dejado de extender el alquitrán y miraba hacia la casa, con los brazos apoyados en la pala.
—¿No anotaría el número de matrícula, por casualidad?
El hombre le dirigió una mirada suspicaz.
—¿Por qué iba a hacer algo así?
«Efectivamente, ¿por qué iba a hacer algo así?»
—Pero sí recuerdo que era una Peugeot. Y nuevecita. Hasta puede que fuera recién comprada…
—Y su vecino, ¿qué tipo de persona es?
A Maugrenier se le endureció la expresión.
—¿Marchasson? Un imbécil de cuidado, ya se lo he dicho. El año pasado estuvo más de seis meses haciendo obras en su casa… ¿y cree que vino a disculparse por el ruido y las molestias en algún momento? Pues no, ni una sola vez…
Servaz volvió a notar las garras de la impaciencia.
—Esas obras… ¿fueron antes de que viera a esa persona o después?
—Antes.
Martin notó una sensación de vértigo en el estómago. Se dio cuenta de que tenía las manos húmedas.
—Y esa mujer… ¿volvió a verla en alguna ocasión?
—No —respondió el vecino, cauteloso—. De hecho —añadió tras un instante de duda—, recuerdo que el joven se fue en la furgoneta sin ella.
Así de simple, pensó Servaz con el pulso acelerado. Incluso teniendo un vecino como Maugrenier, se podía hacer desaparecer a una persona a

la vista de todos. ¿Estaría tomando un camino equivocado? ¿Escuchando el delirio de un hombre ocioso que, pese a su apariencia, no tenía un ápice de sensatez?

—¿Puede enseñarme de qué casa se trata exactamente?

El hombre se levantó y se acercó a la ventana.

—Es ésa.

Servaz se puso a su lado y miró en la dirección indicada, dándose cuenta de paso de que el obrero no les quitaba ojo. Al final de la calle sin salida, a unos veinte metros en diagonal, se alzaba una construcción más imponente que las demás, que daba al bosque del otro lado. Martin se estremeció mientras observaba el destartalado edificio de dos pisos que, con su pequeña torreta cuadrada, sus almenas de cemento y sus balcones recargados, tenía un vago aire de castillo de los Cárpatos de pacotilla. En el Pirineo podía verse alguna que otra casa como ésa, construida por lo general a principios del siglo XX. Aquella en concreto imponía a la totalidad de la calle su lúgubre y barroca presencia... Aunque tal vez estuviera dejándose llevar por su imaginación. Las cortinas de las ventanas le hicieron pensar en la casa de *Psicosis* y en el bosque de Hansel y Gretel.

Se volvió hacia el jubilado.

—¿Sabe si Marchasson está en casa ahora mismo?

—No, está muerto.

—¿Cómo? —preguntó Servaz, sobresaltado—. ¿Cuándo murió?

—Hará unos cinco meses. Se cayó por la escalera y se partió el cuello. Vivía solo. Lo encontró la mujer de la limpieza.

A Servaz se le ocurrió algo.

—¿Sabe quién puede tener las llaves de la casa?

El jubilado negó con la cabeza, y Servaz sintió una nueva oleada de impaciencia.

—Gracias por su ayuda, señor Maugrenier. No hable con nadie de esto.

—¿Van a hacer algo? —preguntó el hombre en un tono de franco escepticismo.

Al igual que muchas personas de ese país, Maugrenier dudaba de la eficacia de la policía y de un sistema judicial que se veía reducido a la impotencia por los obstáculos legislativos, la falta de medios y el desaliento, frente a la creciente virulencia de los delincuentes.

Al salir de la casa volvió a asaltarlo el olor del alquitrán. Se dirigía ya a paso rápido a su coche cuando el obrero de la cicatriz le lanzó una pregunta desde la calzada humeante:

—¿Cuándo van a abrir la carretera?

Servaz se volvió y se quedó parado junto al bordillo. Así que aquel tipo sabía que era policía. Las noticias corrían como la pólvora en el valle, aunque también era posible que lo hubiera visto en compañía de la alcaldesa o saliendo de la gendarmería.

—No tengo ni idea, ¿por qué?

—Tengo a mi hija pequeña en el hospital de Lannemezan —le dijo el obrero—. La operaron de apendicitis. Ayer pregunté si podía coger el helicóptero para ir a verla y me contestaron que no se trataba de una urgencia.

—¿Hay alguien allí con ella?

—Su abuela —respondió el hombre, de mala gana y con tono hostil y agresivo.

—¿Cómo se llama usted? Veré si puedo hacer algo…

El hombre se encogió de hombros, ante la mirada de sus compañeros.

—Déjelo. Ya sé que hace el paripé, que no va a hacer nada.

—Le digo que…

—Siempre es igual —lo interrumpió—. Todo el mundo pasa de la gente sencilla como nosotros. Somos invisibles. Seguro que si fuera un político de tres al cuarto o si tuviera dinero, ya me habría montado en ese dichoso helicóptero… —El hombre clavó una mirada feroz en Servaz —. Pero todo esto de los privilegios y los enchufes se va a acabar. Pronto cambiarán las tornas y, ¡paf!, vosotros vais a estar en primera fila cuando todo explote, panda de cabrones.

Servaz se planteó si debía reaccionar ante el insulto, pero optó por dejarlo pasar. Tenía otros asuntos que atender. Además, en su situación, seguramente él habría reaccionado igual.

29

—Sí, Marchasson —dijo Enguehard—. Claro que me acuerdo. Lo encontraron al pie de la escalera de su casa, desnucado. El forense no apreció nada sospechoso. Se concluyó que había sufrido una caída accidental.

Servaz miró fijamente al gendarme.

—¿Hicieron un registro de la casa?

En el semblante de Enguehard asomó un atisbo de perplejidad.

—¿Para qué, si era un accidente…?

Martin se volvió hacia Ziegler, que se tocaba el piercing mientras escuchaba con calma, sin perderse un solo detalle.

—Hay que registrar esa casa —dijo Servaz—. Todo indica que Marianne Bokhanowsky estuvo retenida allí.

—Eso si damos crédito a un jubilado que no tiene nada que hacer, que odiaba a su vecino y que, según Éloi, aquí presente, tiene la costumbre de llamar cada dos por tres a la gendarmería… —comentó Irène—. ¿La casa está vacía? —preguntó mirando a Enguehard.

—Sí, está en venta. De vez en cuando el notario lleva a un posible comprador a visitarla. Si hubiera alguien, se habría dado cuenta…

—Entonces, él tiene las llaves, ¿no? De acuerdo, pues vamos allá —resolvió la capitana, descolgando su chaqueta de cuero.

—No tenemos orden de registro —objetó el gendarme.

—¿Desde cuándo se necesita una orden de registro para visitar una casa en venta? —replicó Ziegler.

El notario los esperaba delante del enorme edificio. Cuando Irène lo invitó a dejarles las llaves y volver a su despacho, le pareció un tanto extraño.

—¿Pueden firmarme al menos un parte de visita?

¡Como si tuvieran intención de comprar esa horrible casona!

Ziegler suspiró, pero firmó el parte. Luego se quedaron mirando la casa, gris, impresionante y lúgubre, que parecía esperarlos, igual de risueña que un cocodrilo entre la maleza australiana. Tras franquear la herrumbrosa verja, que emitió un chirrido a su paso, recorrieron el sendero y subieron los escalones de la entrada, mientras se enfundaban los guantes y el cubrecalzado de nitrilo que Irène había distribuido. En la puerta había dos ventanillas ovaladas protegidas con motivos arabescos en hierro forjado.

Irène hizo girar la llave y empujó. Les llegó un olor a cerrado, como si acabaran de abrir un cubo de basura. Los tres permanecieron inmóviles en la entrada, aguardando a que sus ojos se adaptaran. La planta baja estaba en penumbra; la única luz que había allí provenía de las ranuras de los postigos cerrados, cuyos haces formaban una especie de rayas de fuego en la oscuridad. Sabían lo que buscaban… El notario les había explicado que había «un sótano acondicionado como un apartamento». Dicha información les había llamado enseguida la atención, y Servaz había tenido que contenerse para no precipitarse al interior.

Delante de ellos, una escalera estrecha subía hacia el piso de arriba. La puerta de la derecha, que estaba entreabierta, conducía sin duda a un dormitorio. A su izquierda había una sala tipo estudio, con una chimenea, una biblioteca y un radiador eléctrico, que daba acceso a un salón.

—Allí —dijo Servaz.

Irène y Enguehard miraron hacia la puerta baja que señalaba; quedaba justo a su derecha, antes de la que comunicaba con el dormitorio. La empujó. Ante él, un pasillo de apenas tres metros que desembocaba en otra puerta. Servaz la examinó. En la madera había cuatro pequeños orificios que componían un rectángulo, exactamente a la misma altura que los que había en el bastidor. Allí había habido un cerrojo… un candado… Por la parte de fuera… Tiró de la puerta, y una corriente de aire frío le acarició la cara, como si hubiera abierto una nevera. Una escalera de hormigón se hundía en picado hacia el subsuelo. Al inclinarse, Martin localizó un interruptor. Un fluorescente parpadeó y la luz brotó, llenando el espacio poco a poco.

Servaz permaneció en lo alto de las escaleras, petrificado.

«Aquí era…»

Su mente se llenó de pensamientos envenenados mientras seguía allí inmóvil, barriendo el sótano con la mirada.

Irène llegó junto a él.

—Mierda —exclamó en un susurro.

Servaz fue bajando peldaño a peldaño mientras un espasmo helado le recorría la columna. Todos sus temores, todas sus pesadillas, se materializaban allí, en aquel sótano. Era allí donde Marianne había estado encerrada… ¿Durante cuánto tiempo? Según el vecino, había entrado en esa casa en noviembre o diciembre, después de apearse de esa furgoneta negra con los cristales tintados. ¿Dónde había estado cautiva antes de eso? ¿Y por qué la habían cambiado de lugar?

Paseó la mirada por la estancia. Ante él tenía un vasto sótano de suelo de cemento, con una pequeña cocina, un futón raído en una esquina, cubierto con plástico, y una manta mugrienta llena de manchas. Las paredes de hormigón estaban desnudas, sin el más mínimo elemento decorativo. Enseguida localizó los dos respiraderos obstruidos con paneles de corcho. «Aislamiento acústico…», pensó Servaz. Giró sobre sí

mismo, tratando de orientarse, y llegó a la conclusión de que daban a la parte posterior de la casa, la que miraba hacia el bosque. «Marianne podía gritar hasta desgañitarse sin que nadie la oyera…»

Los únicos muebles que había allí eran una mesa y una silla de fórmica en un rincón de la cocina. Una estufa de gas —que Martin palpó: fría—, un fregadero, pero ninguna placa ni hornillo. Aparte, un único cajón. Se lo mostró a Irène: cubiertos de plástico y platos de cartón.

Abrió el grifo; habían cortado el agua. Se inclinó para abrir el armario de debajo del fregadero. Desenroscó el sifón y lo sacó. Se incorporó y, al examinarlo bajo la cruda luz del fluorescente, un miedo cerval le comprimió el corazón: había tres cabellos rubios en el fondo.

—¿Ahora me crees? —preguntó.

Irène asintió con expresión sombría, antes de coger los cabellos con los dedos enguantados e introducirlos en una bolsa transparente. Lo miró a la cara y, en sus ojos, Servaz percibió una mezcla de tristeza y espanto.

—Lo siento —concedió su amiga—. Habría tenido que hacerte caso, confiar más en ti… Me equivoqué. Voy a avisar a la fiscalía de Pau para que reabran la investigación sobre su secuestro y desaparición… También hay que investigar la muerte de Marchasson y examinar a fondo este sótano… —Se volvió hacia Enguehard—. Que llamen a los concesionarios de Peugeot de la región, que indaguen en el sistema de registro de los vehículos y hagan una lista de los propietarios de furgonetas de esta marca que vivan en la zona. Joder, como si no tuviéramos ya bastante trabajo.

Servaz sintió que su corazón recuperaba poco a poco un ritmo normal.

—¿Crees que todo esto está relacionado? —le preguntó ella—. ¿Los asesinatos, la fuga de Marianne, la explosión…?

—No lo sé.

Miró a su alrededor una vez más. ¿Dónde podría estar Marianne? ¿Por qué no daba señales de vida? Fue entonces cuando se dio cuenta. El tiempo no se detenía, como los minúsculos granos que se deslizaban sin cesar por el cristal de un reloj de arena, como las agujas del reloj que daban vueltas sin demorarse ni un instante… Se puso a rezar, suplicando por que el próximo cadáver no fuera el de Marianne. Por que estuviera a salvo en algún sitio. Por que llegara un nuevo indicio para poder seguir su pista. En realidad, no era una súplica, no estaba rezándole a nadie en concreto.

O tal vez sí.

30

Parecía como si las fauces de un animal gigantesco hubieran arrancado de cuajo todo un costado de la montaña. Una herida abierta bajo el cielo. La cantera desfiguraba el paisaje.

Tras franquear una verja metálica, dejaron atrás un cartel de PROHIBIDO EL PASO y siguieron hasta el módulo prefabricado que se alzaba en lo alto de la cantera; delante había aparcados un Range Rover, un Mini Countryman y un buldócer-oruga con las cadenas rebozadas de tierra ocre.

Al salir del coche llegó hasta sus oídos el estruendo infernal de más abajo. Una fina capa grisácea recubría todos los árboles y arbustos de los alrededores. Se encaminaron hasta la caseta y subieron los dos escalones de madera.

En el interior todavía hacía más calor, y la joven que estaba sentada detrás del mostrador de la derecha tenía sendos rodales de sudor bajo las axilas, a pesar del tejido casi diáfano de su camisa. Era muy joven, de apenas veinte años, e iba muy maquillada.

—Señor Gence, los… eh… gendarmes querrían… hablar con usted —balbuceó, con voz casi inaudible, por el interfono.

Se llamaba Lucille. Su nombre podía leerse en la placa que llevaba prendida en la camisa.

Del aparato brotó una sarta de maldiciones, y unos segundos después se abrió la puerta. Esperaban encontrarse con un individuo tipo gorila, pero Gence era un hombrecillo canijo, bronceado y calvo. Llevaba gafas de miope y sus brazos extremadamente delgados asomaban por la camisa de cuadros arremangada.

—¿Sí? —dijo, mirándolos de arriba abajo a los tres.

Cuando Ziegler le explicó el motivo de su visita, pareció que fuera a darle un ataque ante la perspectiva de que acabaran haciéndole perder su valioso tiempo.

—Síganme —contestó con aspereza—. Lucille, que no me moleste nadie.

Había hablado con el tono tajante habitual de los jefecillos tiránicos que estaban acostumbrados a desahogarse con sus empleados. Lucille se encogió de hombros y asintió. Como si hubiera la más mínima posibilidad de recibir dos visitas de golpe en aquel cuchitril.

Irène, Enguehard y Servaz se apretujaron en el minúsculo despacho, presidido por un voluminoso aparato de aire acondicionado. También había trofeos deportivos en los estantes, igual que en la oficina del

gendarme, así como varias fotos del tal Gence apuntando con una carabina. Estaba claro que el jefecillo practicaba el tiro.

—Les advierto que no tengo mucho tiempo. La mitad de mis empleados se ha largado para ver el partido y tengo que ocuparme de todo yo solo… ¿Qué es lo que quieren saber en concreto?

—Aquí utilizan explosivos, ¿no? —preguntó Irène, sin andarse con rodeos.

Gence la miró a través de las gafas.

—Sí. En las canteras de roca maciza es imprescindible emplear explosivos para la extracción.

—Imagino que se necesitan especialistas…

—Sí, desde luego. Para obtener una explosión controlada, hace falta un profesional cualificado… —Una pausa—. Si es por lo que pasó en la carretera de Aiguesvives, sepa que lo hizo alguien que sabe del tema, no cabe duda. —Se levantó para acercarse a un archivador metálico—. Como esperaba que vinieran, les he preparado esto. —Les tendió una carpeta—. Ahí encontrarán la lista de los explosivos y detonadores que utilizamos, con todas sus características, los números de registro, las cantidades empleadas y las entradas y salidas del almacén. Ya he hecho todas las comprobaciones y no ha habido ningún robo. También podrán compararlos con los restos de explosivo que seguro que van a encontrar. He adjuntado, además, la lista de mis empleados, sus cualificaciones y sus puestos. Podrán introducirlos en sus ficheros y también interrogarlos. No tengo nada que ocultar.

Ziegler pensó en los artificieros del centro Landes-Pirineos, situado a cuarenta kilómetros de Bayona, que en ese momento trabajaban en la montaña, sobre el material de desprendimiento, con su robot provisto de un brazo y una pinza, varias cámaras y un cañón de agua. Estaban buscando un posible detonador no activado, pues, al contrario de lo que cabría pensar, los detonadores que apenas tenían un gramo de carga explosiva eran los más peligrosos durante las labores de detección de explosivos.

—¿Cuántos empleados de su empresa manipulan explosivos?

—Siete.

—¿Ha incluido su propio nombre en la lista? —preguntó Irène.

El director pareció escandalizado. Viendo el chispazo de furia que centelleó durante un segundo en sus ojos, Servaz pensó en lo que había dicho la doctora Fatiha Djellali: dos agresores, uno alto y el otro bajito.

—No —contestó—. Pero ahí encontrarán detallado mi horario de los días anteriores al derrumbamiento y del día en cuestión. Y ahora, si me permiten, tengo trabajo.

«A este tipo le encanta darse aires», se dijo Servaz.

—Que introduzcan de inmediato los nombres de esa lista en los ficheros —ordenó Irène, de regreso al vehículo—. Huellas dactilares, registro de ADN, antecedentes… revísenlo todo lo más rápido posible. Y

no olviden incluir al director.

Había sacado la lista de la carpeta. Una vez en el coche, le echó un vistazo:

Vincenzo Benetti
Grégory Boscher
Nader Osmani
Frédéric Rozlan
António Sousa Antunes
Manuel Teixeira Martins
Abdelkader Zerrouki

31

20.45 h, 26 °C, marcaba el salpicadero. Hizo girar la llave del contacto. Respiró hondo. Normalmente el olor a nuevo del Volvo XC90 y el silencio del motor le hacían sentir una especie de bienestar, de paz interior. Esta vez, sin embargo, no fue así.

Esta vez, Martial Hosier se vio asaltado por una duda y una inquietud que le producían un frenético hormigueo bajo la piel.

Al apartarse de la acera, lanzó una ojeada hacia el chalet. Adèle estaba detrás del ventanal de la sala, siguiéndolo con la mirada con la misma expresión de desprecio que mostraba cada vez que se dirigía a él. Después de todo lo que había hecho por ella… Si había vivido rodeada de comodidades, sin tener que preocuparse por el futuro, había sido gracias a él. Si había podido ir de vacaciones a las Maldivas o a las Seychelles, viajar en un velero por el Caribe y hacer safaris en Sudáfrica, había sido gracias a todo el dinero que él ingresaba. Si ella había podido jugar al tenis, al golf, ir a cenar con sus amigas y hacerse tratamientos en los mejores salones y peluquerías de Toulouse, había sido gracias a su fortuna. Ahora le echaba en cara las putas y las amantes… ¿Y por qué no lo había hecho antes? Porque tenía demasiado que perder, claro. Ahora que la cosa se ponía fea, las ratas abandonaban el barco.

Embargado por la rabia, dio un volantazo al atravesar Aiguesvives. Un grupo de rock tocaba en la glorieta municipal, machacando sus guitarras delante de una treintena de jóvenes. Entonces se acordó de que, además del partido del Mundial, era la Fiesta de la Música. El GPS del coche indicaba el itinerario que debía seguir, y también que tardaría doce minutos en llegar a su destino.

Había recibido una llamada hacía una hora. La persona en cuestión creía saber quién había matado a Timothée, pero no quería que los vieran juntos. Habían quedado en encontrarse cerca del antiguo molino, a seis kilómetros del pueblo. Recordaba que una vez había pasado por allí, mientras buscaba setas. Las zarzas invadían casi por completo el sendero que conducía al lugar y nadie solía pasar por esa zona. Le había parecido un poco raro que esa persona lo hubiera citado en un sitio así: «Creo saber quién mató a Timothée. Tenemos que hablar. Quizá usted no esté al corriente, pero yo también participé en lo que ya sabe… Seguramente le extrañará, pero ese asunto tiene bastantes ramificaciones…»

Le había extrañado, en efecto. Jamás habría creído que esa persona pudiera estar involucrada en ese asunto. ¿Y si era una trampa? Él

tampoco era tonto. Conocía todos los tejemanejes. Pero no. Era absurdo. No era su estilo. De otra persona quizá podría esperárselo… Y sin duda alguna era su voz la que había oído por teléfono, así que, nada, no había peligro.

Llegó traqueteando a lo alto de la pista, rozando la hierba alta que crecía entre las roderas, y un poco más allá detuvo el vehículo. Quitó el contacto. El sol poniente que atravesaba la foresta proyectaba sus lanzas de luz entre el follaje y los matorrales oscuros. El bosque sangraba, poblándose ya de sombras inhóspitas.

Al bajar del coche notó el latido del pulso en las carótidas y se preguntó si había sido una buena idea ir a un sitio así al anochecer. Además, contaba con que hubiese otro coche aparcado en el sotobosque, pero su Volvo era el único vehículo a la vista.

—¡¿Hay alguien ahí?! —gritó.

No obtuvo respuesta. De repente le dieron ganas de subirse al coche y largarse cuanto antes. Entonces llegó un SMS a su móvil: «Estoy detrás del molino, no grite tanto…» Martial sonrió. ¡Como si alguien pudiera oírlos! Aprovechó para mear contra el tronco de un árbol, pero, como ya era habitual, sus ansias incontrolables sólo se vieron recompensadas por un hililo intermitente que la brisa dispersó al instante. Se abrochó los botones de la bragueta y echó a andar, apartando las hierbas altas y las zarzas que obstruían la parte superior del sendero. Las ruinas del molino se recortaban en un juego de luces y sombras un poco más allá, en una brecha entre la espesura. A la izquierda, el torrente dejaba oír su voz.

En condiciones normales, aquel paraje le habría parecido hermoso. Le habría encantado esa paz, turbada tan sólo por el murmullo del riachuelo. Durante toda su vida había disfrutado siendo a la vez el inocente caminante campestre de Aiguesvives, que conocía las setas mejor que nadie, el ginecólogo respetado que separaba las piernas de las damas y había ascendido hasta lo más alto de su logia masónica, y el hombre que esnifaba rayas de coca entre los pechos de las putas de los prostíbulos clandestinos de Toulouse. Nadie conocía el grado de complejidad de su personalidad. Nadie había sido capaz de juntar todas las piezas del puzle. Nadie había sondeado las profundidades de la oscuridad y las mentiras que se ocultaban tras su sonrisa tolerante y su moderación al hablar. Había explorado el mundo, había descendido a los bajos fondos y había visto su fealdad fundamental. Esa fealdad era, no obstante, un trofeo para él. Porque él era un hombre de apetitos viles, de maldad irreductible: lo asumía y se vanagloriaba de ello. Sólo otro hombre lo había calado tal como era. Un tipo parecido a él. Aunque no del todo… Ese hombre tal vez fuera tan malvado como él, no tenía escrúpulos, pero era muchísimo más poderoso y temible. Y ese hombre había comprendido quién era con un simple vistazo, desde el primer momento.

Tras superar las últimas hierbas altas, llegó a las proximidades del

molino: en la penumbra verde del agua sólo quedaban secciones de piedra semiderruidas, devoradas por el musgo y por unas raíces torcidas como lianas. El torrente cantaba sobre la rueda inerte; un canto frío y siniestro.

—¡Eh! ¡Déjese ver! —gritó Martial—. ¡Puede salir, aquí no hay nadie más!

Ninguna reacción.

—¿Está ahí?

No hubo respuesta. Un pájaro alzó el vuelo, sacudiendo el follaje. «¡Joder!», exclamó Martial, sobresaltado. Se avergonzó de su miedo. No sólo era un hombre cruel y sin escrúpulos, también era un hombre orgulloso.

Escudriñó la maraña de troncos y matorrales del sotobosque que lo rodeaba, acariciado por el sol poniente.

La ansiedad se iba adueñando de él.

Empezaba a pensar que quien lo había llamado no iba a acudir, que no estaba ahí. ¿Qué sentido tenía entonces ese mensaje? Volvió la cabeza. «Allí…» Se había movido algo… Una sombra entre dos árboles. ¿Un animal? Había visto algo… «O a alguien…»

Estaba casi seguro, pese a haber captado el movimiento con el rabillo del ojo. Se quedó quieto. Era imposible oír algo con el estruendo del torrente.

De pronto advirtió otro movimiento en el lado opuesto y volvió rápidamente la cabeza hacia allí. Esta vez la vio: una sombra que huía, dejando tras de sí un follaje en movimiento. Era humana, sin ninguna duda…

—¡Eh! ¡Oiga!

Dos sombras… Demasiado alejadas la una de la otra para pertenecer a la misma persona. Había al menos dos personas allí dentro, en el bosque… Miró desquiciado a su alrededor, cada vez más asustado. Pensó en su hijo, en Kamel Aissani, ambos muertos y sometidos a un sufrimiento atroz, y se le erizó el vello de la nuca.

Recordó que, en una ocasión, había recibido en su consulta a una mujer muy joven, embarazada de trece semanas. Lloraba mucho. No quería tener un hijo. Le aterrorizaba la perspectiva de ser madre. Él le había explicado, sonriendo, que en Francia la interrupción quirúrgica del embarazo sólo podía realizarse hasta la semana doce, ni una sola semana más. Así pues, en su caso era demasiado tarde. Por una sola semana… A no ser que el feto tuviera una malformación grave, había añadido con malicia, sabiendo que eso no se aplicaba a ella.

—Ha tenido mala pata —le había susurrado en tono empalagoso—. Si fuera holandesa, o sueca, todavía podría abortar… ¡Hasta la semana veinticuatro en Holanda! Ah, qué pueblo esos holandeses… Por desgracia, como es francesa, mucho me temo que va a tener que traer a ese niño al mundo, tanto si le apetece como si no. Es la justicia de Dios.

Él no creía en Dios, pero había disfrutado viéndola llorar al oír esas palabras: «justicia de Dios». *Tsedaka*. *Dikaiosunè*. *Iustitia*… ¿Sería eso lo que se dirimía en ese momento? Trató, en vano, de apaciguar los latidos de su corazón.

—¡Salid de ahí! —los retó, sin conseguir nada—. ¡Vamos, dejaos ver de una puta vez!

Martial Hosier iba a añadir algo, que no tenía miedo de ellos —otra mentira más, una de las muchas que había pronunciado a lo largo de su vida—, cuando un violentísimo impacto en la parte posterior del cráneo hizo saltar de golpe todas las conexiones de su cerebro, desactivando cualquier pensamiento.

Blackout…

Servaz y Ziegler se encontraban en la nave industrial abandonada, mirando la ventana alta donde alguien había pintado su nombre de pila. Con la desaparición del sol detrás de las montañas, sobre el claro del exterior se abatía ahora la misma sombra que la última vez que había estado allí. Y también los estremecía el mismo frescor y la misma humedad, envuelta en el mismo silencio catedralicio que lo había rodeado a él.

Dos técnicos forenses revisaban palmo a palmo el lugar con ayuda de linternas, recogiendo todo lo que les parecía digno de interés. Irène también le había pedido al fiscal de la República de Pau, Roland Castaing, que se reuniera con ellos allí. El magistrado había llegado en el helicóptero, y en ese preciso instante elevaba la mirada hacia la ventana pintada como si contemplara un vitral. Castaing había escuchado el resumen de los hechos que le había presentado Servaz. Lógicamente, se acordaba de Marianne Bokhanowsky, puesto que él mismo había confiado el caso a Martin cuando el primer hijo de Marianne, Hugo, resultó implicado en el asesinato de una profesora en el año 2010.

—Quiere que reabra la investigación sobre la desaparición de Marianne Bokhanowsky, pero no puedo dejarla en sus manos, puesto que está suspendido —arguyó—. Y la gendarmería de Pau ya tiene trabajo de sobra… De todas formas, entiendo que es necesario actuar, y que no podemos perder un instante. Podría haberme hablado antes de todo esto… ¿Puede sugerirme a alguien?

Servaz pensó en Vincent y en Samira, pero las reglas de su suspensión le prohibían ponerse en contacto con ellos, y él deseaba participar en las pesquisas. No quería quedarse al margen…

—No —confesó.

Castaing lo observó desde sus casi dos metros de altura.

—Desde mi punto de vista, la persona más capacitada para encontrar a esa pobre infeliz es usted, desde luego… Pero, en mi condición de

representante de la fiscalía, de ninguna manera puedo infringir el reglamento confiándole la investigación. Hasta nueva orden, usted ya no es policía. Reconozco que se trata de una situación excepcional… y que el tiempo apremia. Debemos encontrar una solución.

El magistrado clavó la vista en la punta de sus lustrosos zapatos, que ahora se veían manchados por el polvo de la nave, y apartó con gesto distraído unos cascotes con uno de los pies. Guardó silencio unos segundos, durante los cuales la mirada de Ziegler pasó alternativamente del uno al otro.

—Yo creo que mi equipo puede asumir esta carga suplementaria de trabajo —declaró de pronto, dirigiendo otra mirada a Martin.

Castaing, por su parte, miró de reojo a Servaz antes de concentrar la atención en Irène.

—¿Quiere decir que eso no va a redundar en un perjuicio para la otra investigación?

—Haremos todo lo posible para que eso no suceda —dijo Irène—. Además, no podemos descartar que ambos casos no estén relacionados. La coincidencia en el espacio y en el tiempo es cuando menos inquietante…

—Por supuesto, el comandante… el capitán Servaz, perdón… no intervendrá ni en un caso ni en el otro, ¿estamos de acuerdo en eso?

—Por supuesto.

—Y si se quedara casualmente en la zona e investigara por su cuenta —prosiguió Castaing—, él sería… eh… el único responsable…

—Y estaría investigando sin que nosotros lo supiéramos —añadió Irène.

—Sin que usted lo supiera —matizó el fiscal, inclinando la cabeza—. Sí, sí, desde luego. El hecho… el hecho de que se encuentre aquí con nosotros en este momento es tan sólo… una mera coincidencia.

—Digamos que, en calidad de simple ciudadano, y no como policía, consideró oportuno informarnos de lo que había encontrado aquí, y que nosotros lo hemos «interrogado» en calidad de testigo —continuó ella con el mismo tono procesal.

—Una calidad de testigo que seguirá manteniendo —aprobó Roland Castaing.

—Eso es.

—Y nada más…

—Nada más.

—Tampoco se puede impedir que un ciudadano de a pie haga averiguaciones y curiosee —prosiguió el fiscal, volviendo a mirar a Servaz—, siempre y cuando no infrinja ninguna ley, evidentemente…

—Evidentemente —subrayó Irène.

—Bueno, pues asunto zanjado —asintió el gigantesco fiscal, satisfecho, dando una sonora palmada—. ¡Podemos irnos! Nada de lo que se ha dicho deberá salir de aquí, y yo no he pronunciado las

palabras que acaban de oír, ¿entendido?

En la entrada de la nave industrial había aparecido un perro, un miembro de la unidad canina.

Hosier se despertó con un espantoso dolor en la parte superior de la nuca. Tenía la sensación de que alguien se estaba divirtiendo hurgando en su caja craneal con un taladro. Abrió la boca para aspirar un poco de aire y, al instante, notó el líquido caliente con sabor a herrumbre en la lengua. Sangre… Sin duda alguna se había mordido los labios o la lengua cuando le asestaron el golpe.

Tiró de las cuerdas. Estaba atado boca arriba, tendido directamente en el suelo, con los brazos y las piernas separados.

Tan sólo veía el follaje de las copas, encendido de rojo por los últimos rayos de sol. Levantó la cabeza, pegando la barbilla al pecho, y vio cuatro estacas metálicas clavadas en el suelo, al lado de sus tobillos y muñecas. Le habían atado los miembros en forma de aspa, de cruz de San Andrés… La llamaban así porque, según decían, ésa era la forma de la cruz que habían usado para martirizar al santo.

El estruendo del torrente seguía llenándole los oídos. La gruesa piedra que tenía debajo de la nuca, clavada como una cuña entre dos cervicales, le agudizaba el dolor, y una hoja de ortiga estaba torturando su mejilla izquierda. Trató de mantener la cabeza levantada, pero pronto se quedó sin fuerzas. Le dolía el cuello.

Abajo, en Aiguesvives, el atardecer se posaba sobre el pueblo como cada día. O casi, vistas las circunstancias. Allí, en cambio, en aquel sotobosque alejado de todo, el infierno se abría ante él… La horrible perspectiva de su muerte inminente. Y se la iban a infligir así. El golpe de gracia iba a llegar así…

¿Cómo era posible? Jamás habría pensado que moriría de este modo… Precisamente así… De pronto lanzó una sonora carcajada, a medio camino entre un rugido y un relincho:

—¡Joder, no me lo puedo creer!

Mientras lloraba de risa, recibió una fuerte patada en el costado; una patada que debió de romperle una o dos costillas, en vista del dolor que le aguijoneó el pecho. Martial Hosier soltó un alarido. Los insultó. Iba a decir algo cuando, sobre la cara y el pelo, empezó a caerle una ducha cálida y maloliente que lo hizo toser y atragantarse. Orina… ¡Se le estaban meando encima! Se retorció, escupió, elevando la mirada hacia las dos piernas plantadas detrás de su cabeza. Luego bajó la vista hacia sus propias piernas, porque unas manos febriles le desabrochaban la hebilla del cinturón y los botones de la bragueta.

—Pero… ¡¿qué estáis haciendo?! ¡Estáis locos! ¡Deteneos! ¡No podéis hacer eso!

La respiración jadeante le levantaba el pecho con virulencia. El

corazón daba golpes en su interior. El sudor y la orina le empapaban la cara. Cuando vio, con ojos desorbitados y lagrimosos, la gran tenaza que se aproximaba a sus genitales, por primera vez desde hacía mucho tiempo Martial Hosier se meó encima sin el menor impedimento.

Servaz no oyó el desgarrador alarido que sonó en el bosque. Nadie lo oyó, salvo los propios asesinos: casi todo el mundo estaba delante del televisor, escuchando los comentarios posteriores al partido… al menos los futboleros.

No era su caso. No le gustaba ver deporte en televisión, ni el deporte en general, a decir verdad. En el hotel se había tomado tres whiskies y estaba bastante ebrio. Nunca había aguantado bien el alcohol. Se había tendido en la cama, sin desvestirse. Sólo se había quitado los zapatos. Su mente era como una casa abierta a todos los vientos, en la que los pensamientos se introducían sin permiso, como ladrones. Todos giraban en torno a Marianne:

«¿Qué estás haciendo ahora mismo? ¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes?»

«¿No dices nada porque temes que te encuentre? ¿Y quién es esa persona? Aunque igual ya te ha encontrado, te ha encerrado y te ha llevado lejos de aquí. No, estás aquí. Siento que estás aquí, Marianne, muy cerca…»

«¿De dónde venías cuando bajaste de esa furgoneta? Por lo visto, te habían drogado. Estabas aturdida y ni siquiera intentaste escapar… ¿Y quién era ese individuo joven que te llevaba cogida del brazo? Marchasson también está muerto… No puede ser una casualidad. Seguro que acabaron liquidándolo, quizá para impedir que hablara, que dijera quién está detrás de todo esto.»

«¿Son uno o varios? En aquel momento había dos, en todo caso: el joven y Marchasson. ¿Es el joven el que te mantiene prisionera ahora? ¿Era de él de quien huías la otra noche?»

«En el sótano había platos de cartón y la mesa tenía las esquinas redondeadas para evitar que te hicieras daño… De todas formas, podrías haber tratado de cortarte las venas con los cubiertos de plástico… O arrancar las planchas de corcho… ¿Acaso estabas encadenada? ¿No lo hiciste porque no querías morir o por otro motivo? Después de todos esos años, seguramente habrás tenido algún momento de debilidad, ¿no?»

«¿O tal vez no lo intentaste porque Marchasson no te quitaba ojo? ¿Porque te vigilaba día y noche?»

Irène respondió al primer timbrazo, así que Martin dedujo que tampoco dormía.

—Hay que comprobar si hay una cámara oculta en algún lugar del sótano —dijo.

—¿Una cámara?

—Sí, una cámara. Creo que Marchasson la tenía vigilada. Sin duda no querría que muriera estando bajo su cuidado. No podía permitírselo. También tenemos que pedirle al vecino que haga un retrato robot del joven que la hizo bajar de la furgoneta.

—Sabes de sobra que, después de tantos meses, hay pocas posibilidades de que ese retrato robot sea fiable.

—Aun así, hay que intentarlo. Ese tipo se pasa el día espiando lo que ocurre en su calle. Estoy convencido de que es capaz de olvidar el cumpleaños de sus hijos, pero no la cara de un desconocido que pase por delante de su casa.

—De acuerdo, mañana le encargo a alguien que se ocupe de eso. Deberías tratar de dormir, Martin.

Irène cortó la comunicación. En realidad, tampoco ella tenía sueño. No se debía sólo a la excitación provocada por el caso, a la compulsión de seguir una pista y de barajar hipótesis. Había hablado con Zuzka por Skype una hora antes, y en ese momento sólo tenía ganas de gritar, de romper algo, de golpear las paredes, de llorar.

Evocó los días que habían pasado unos años atrás en Santorini, en el hotel Delfini. Zuzka estirándose en el balcón como un gato al sol; el mar y los cielos reluciendo con un azul simétrico; el blanco cegador de las casas posadas al borde del acantilado; la roca negra, volcánica, igual de volcánica que sus cuerpos entrelazados. Habían pasado aquellos días bailando, bebiendo y haciendo el amor… Zuzka era la mujer más guapa que había habido en su vida. Todos los hombres de la isla se volvían para admirarla. Adivinaban que no tenían ninguna posibilidad con ella y se enfurecían para sus adentros por no poder acceder a aquella belleza.

Sabía que era completamente injusto pensar así, pero el hecho de que aquella enfermedad hubiera afectado a una mujer como Zuzka le parecía una anomalía, una herejía, una burla cósmica. Si Dios existía, su amiga era la criatura más hermosa que había nacido bajo sus designios. Pero Dios no pasaba de ser un puto chapuzas, de esos que trabajaban los domingos en su taller de mierda, y una vez más le había salido todo torcido…

Miró el reloj: las 0.10 h. Más allá de su habitación el pueblo dormía… o fingía hacerlo.

¿Cuántos habitantes de Aiguesvives debían de estar hablando de los asesinatos o pensando en ellos en ese preciso instante? ¿Cuántos sospechaban, al amparo de las paredes de su casa, de tal o cual vecino? ¿Cuántos dudaban de la eficacia de la policía?

Se levantó y contempló por la ventana las luces del pueblo y las

montañas oscuras.

No vio las dos siluetas vestidas de negro, con pasamontañas y capucha, que se deslizaron por las calles aledañas a la sede de la gendarmería y que, con unos espráis de pintura, escribieron en la fachada LA POLICÍA PROTEGE A LOS ASESINOS, para después fundirse en la noche de la que habían surgido.

Viernes

32

La vibración del móvil interrumpió su sueño. En él Martin miraba a Léa mientras ella bailaba con otro.

Bailaba y coqueteaba con él en una fiesta con gente a la que no conocía. No sabía cómo había ido a parar allí con Léa. La música era un desternillante *mashup* de bossa nova, de Elvis Presley y de Queen, que Vincent le había hecho escuchar un día con el comentario de: «El rey y la reina.» Léa bailaba con ese individuo que tenía veinte años menos que ella y que se la comía con los ojos, embutida como iba en un vestido superceñido, como si fuera una apetecible y rotunda fruta.

A ella no parecía molestarle, tal como constataba él en su sueño observando las miradas con que le correspondía.

¿Estaba celoso? Sí, un poco, sí…

La vibración lo había arrancado del sueño justo en el momento en que acababa de atravesar la pista y agarraba a Léa por el brazo, diciendo «Bueno, ya está bien», y ella se soltaba riendo para arrojarse con brío en los brazos de su joven pareja de baile. ¿Qué sueñan los hombres cuando duermen? ¿Sueñan que su mujer los engaña? ¿Que sus hijos los asesinan? ¿Que les roban el dinero? ¿Que se quedan sin trabajo o que su jefe les amarga la vida? Él era policía y tenía sueños de policía. Le disparaban una bala en el corazón, le cubrían la cabeza con una bolsa de plástico, dos hombres ardían vivos delante de él, caminaba descalzo en la nieve después de una operación de hígado, lo arrastraba una avalancha, iba en sentido contrario por la autopista con un estudiante suicida al volante del coche. No, eso no eran exactamente sueños, sino más bien recuerdos que se entremezclaban con sus sueños, como notas discordantes en una orquesta. En esta ocasión, en cambio, había soñado con Léa…

—Martin, soy Irène —dijo Ziegler.

¿Qué hora sería? En todo caso, ya había amanecido.

—Tienes que venir.

—¿Ha pasado algo?

Un lapso de silencio.

—Han encontrado el cadáver de Martial Hosier. Su mujer ha llamado hace menos de una hora para decir que anoche no volvió a casa. Lo han localizado gracias a su móvil.

Servaz dudó un instante.

—¿Qué pinta tiene?

—Como las otras veces… horrible. Date prisa en venir y lo verás por ti

mismo. He enviado un mensaje con las coordenadas del GPS a tu teléfono.

—¿Y cómo las uso? —preguntó.

Irène, que sin duda había olvidado que distaba mucho de ser un experto en las nuevas tecnologías, le dio las explicaciones pertinentes.

—De acuerdo.

Después de colgar, se dio cuenta de que había dormido vestido en aquella cama alta y voluminosa de colchón hundido, que prácticamente ocupaba todo el espacio de la diminuta habitación del desván. Se duchó a toda prisa y se cepilló los dientes en la ducha, pensando de nuevo en el sueño. Sabía cuál era el origen de todo aquello: dos semanas atrás había ido a visitar por sorpresa a Léa al hospital. Mientras iba por un pasillo, la había visto absorta conversando con un colega, un médico joven de treinta y pocos años, de pelo corto y moreno, atractivo y atlético, un poco más bajo que Léa… como él.

El joven doctor parecía simpático y decidido, pero la forma en que Léa lo miraba a los ojos y la proximidad de sus caras y sus cuerpos lo habían incomodado. Se había acercado a ellos con la sensación de que le faltaba el aire. Y cuando Léa se había dado cuenta de su presencia, había tenido la desagradable impresión de que los molestaba, de que entre ellos había una especie de complicidad secreta de la que estaba excluido. Maquinalmente había grabado en su memoria el nombre marcado en la etiqueta de la bata del médico: «Dr. Jérôme Gaudry.»

Se secó y, de regreso en el cuarto, consultó el móvil. Tenía una llamada de Léa. Debía de haber llamado mientras estaba en la ducha. La noche anterior se había dormido sin darse cuenta y sin haber telefoneado a nadie. Renunció a devolverle la llamada. No tenía tiempo.

Cuando salió del ascensor, en el vestíbulo se encontró con Mathis, sentado en una silla. Comprobó con satisfacción que se entretenía con *Harry Potter*, en lugar de estar absorto en la tablet. Aun así, pensó que ese muchacho nunca parecía contento del todo. Incluso cuando sonreía, tenía cierto aire de tristeza que le recordaba a Gustav y le encogía el corazón. De repente se reprochó no haber llamado a su hijo el día anterior y se dijo a sí mismo que corregiría aquella omisión en cuanto tuviera un momento libre.

—¿Qué, te está gustando? —le preguntó al pasar.

Mathis despegó la vista del libro y le sonrió.

—¡Es mejor que la película!

—Ya te lo había dicho —le recordó con aire triunfal, según se alejaba.

—Mathis, pero ¡¿qué estás haciendo?! —gritó la madre desde el mostrador de recepción—. ¡Siempre perdiendo el tiempo! ¡Eres peor que tu padre! ¡Ven aquí ahora mismo!

Aquella voz estaba totalmente desprovista de ternura. El chiquillo se levantó y se encogió de hombros, dirigiendo una mirada pesarosa a Servaz.

Irène tenía razón. No sabía cuál había sido peor, si la muerte del padre o la del hijo. Evitó demorar demasiado la vista en la herida ensangrentada, por encima del pantalón y de los calzoncillos bajados y manchados de sangre, y se concentró en las ataduras que sujetaban los tobillos y las muñecas de Martial Hosier a las cuatro clavijas oxidadas clavadas en la tierra. Eran unas cuerdas trenzadas de color azul, enroscadas varias veces en torno a las clavijas.

—Una cuerda de anclaje, dinámica —lo informó Ziegler—. Están hechas para absorber cualquier impacto.

—¿Cómo? —preguntó Martin, con cara de no entender lo que le decía.

—Cuerda para alpinismo y barranquismo —resumió ella.

Recordó que, en una ocasión, un guía le había explicado la diferencia entre «alpinismo» y «pirineísmo». La primera tenía una connotación casi exclusivamente deportiva, mientras que la segunda aludía a una aproximación a la vez física, cultural y estética. El alpinismo era un deporte; el pirineísmo, una filosofía de vida.

—Ha debido de gritar como un demonio —comentó estremecido, tras dedicar una breve ojeada a la herida abierta entre los muslos.

Le habían cortado también los pezones… sin duda con unas tijeras, un cuchillo sin afilar o cualquier otro utensilio cortante más bien rudimentario, porque las heridas presentaban desgarros y estaban llenas de costras negras. La expresión de Martial Hosier era de un terror atávico. La muerte lo había sorprendido con los ojos desorbitados.

—La vivienda más cercana está a cinco kilómetros y ahora ya no viene nadie por aquí, aparte de los que recogen setas, pero no es la temporada.

Servaz oyó la corriente del agua que llegaba de un poco más allá, y vio la ropa amontonada a unos metros del cuerpo.

—Y, como la otra vez, el ruido del torrente debió de cubrir los otros ruidos… ¿Por qué se metió en la boca del lobo cuando acababan de asesinar a su hijo en un sitio muy parecido a éste?

Ziegler cogió de las manos del secretario forense una bolsa precintada que contenía un teléfono móvil, y se la mostró a Servaz.

—Recibió una llamada una hora antes de salir de su casa. Por lo visto, confiaba lo suficiente en la persona que lo llamó como para venir hasta aquí.

—O sea, que conocía a su asesino…

—Eso parece.

—Y para él era alguien totalmente libre de sospecha.

—Exacto.

—También recibió un SMS al llegar —añadió Ziegler—. Hay que rastrear la llamada e interrogar a la viuda sobre la que gente con la que

se relacionaba en el valle, ver en quién podía confiar tanto como para venir aquí él solo en un momento así…

«Una confianza del todo infundada», pensó Servaz mientras contemplaba el cadáver con las piernas y los brazos en aspa. Se inclinó, arrugando la nariz.

—Se meó encima.

—No sólo eso… También le orinaron en la cara. Querían humillarlo, rebajarlo.

—Con eso no vamos a conseguir una muestra de ADN —dictaminó.

—Ya, pero tampoco podemos descartarlo del todo. Se han dado casos en los que se ha encontrado un poco —repuso Ziegler.

—Siempre y cuando la persona esté fichada, claro. ¿Hay alguna huella? —preguntó, al tiempo que procuraba apartar de su cabeza la imagen de Martial Hosier sufriendo *ante mortem* todos aquellos suplicios. No lo consiguió.

—Las huellas de los pasos fueron meticulosamente borradas. Igual que con las otras víctimas, lo golpearon con violencia, lo dejaron inconsciente, y después lo ataron cuando no podía defenderse… También hemos encontrado otra cosa, sígueme.

Lo condujo un poco más allá, hasta el punto en que la tierra y la grava daban paso a la hierba. Dos piedras planas… Un triángulo y una equis.

—¿Y los… los genitales? —preguntó Servaz.

—Desaparecidos… Puede que se los haya llevado una alimaña y le hayan servido de merienda.

Observó a Irène. Había dicho aquello con suma seriedad. No parecía especialmente afectada por el espectáculo, pero él sabía que era pura fachada, que nadie salía nunca del todo indemne de una visión como aquélla. Era imposible.

—Desde luego, dondequiera que esté usted, siempre ocurre algo —declaró una voz a su espalda.

Servaz se volvió. Roland Castaing lo miraba desde lo alto de su extraordinaria estatura.

—Y allá adonde va usted, también —replicó él.

Por la mirada de nerviosismo que le dirigió el fiscal, comprendió que no estaba de humor para bromas.

—Ya van tres —resaltó el gigante.

Movió un guijarro con la punta del zapato, tal como había hecho con los escombros en la fábrica abandonada. A buen seguro no era consciente de ese tic.

—Hay que avanzar. Debemos destinar más hombres al caso…

—Eso acabaría siendo un engorro y supondría un esfuerzo adicional que no nos conviene —protestó Irène—. Si tenemos que controlar a los recién llegados, informarlos de todo y ponerlos al corriente de cómo estamos llevando a cabo las pesquisas, perderemos un tiempo precioso… Además de poner en peligro la unidad del grupo.

Castaing le lanzó una mirada sombría.

—No quiero que nos acusen de no haber hecho lo necesario. Ya sabe cómo son los medios de comunicación hoy en día, y las redes sociales. Toda esa gente que se pasa las horas buscando tres pies al gato, explicando lo que se tendría que haber hecho… Esas cadenas de noticias que hacen un montaje con el más mínimo embrión de información y que lo ponen en primera plana todo el santo día. No quiero darles más munición…

—La investigación acaba de empezar —señaló Ziegler, enrabietada.

—Sí, y ya tenemos un segundo asesinato. Tres, si contamos a Aissani… ¿Alguien vio el partido de ayer?

El fiscal seguía en sus trece. Lo que le interesaba era cubrirse las espaldas, pensó Irène con rabia. Ahora ocurría lo mismo en todas partes: con tanta precaución y tanto querer esquivar las críticas y tener en cuenta todas las opiniones, sin ofender a ningún grupo ni a ninguna minoría y evitando todo comentario negativo, ya nadie se atrevía a mover ni un dedo en este país.

—Como quiera —aceptó al fin.

Para sus adentros e influida sin duda por el estado de Martial Hosier, pensó que, en ocasiones, los cojones sin cerebro resultaban más útiles que el cerebro sin cojones.

33

—Aún no se ha fijado la fecha del consejo disciplinario —anunció el representante sindical por teléfono—. No se fijará mientras la justicia no haya pronunciado su veredicto por lo penal.

Servaz se dijo que, mientras la carretera siguiera cerrada, no había prisa, pero omitió hacer ningún comentario. Iba y venía delante del chalet del difunto Martial Hosier. Irène y Enguehard estaban dentro, con su viuda. Milagrosamente, por el momento no se veía ningún periodista. El derrumbe tenía su lado bueno, a fin de cuentas. El único reportero que había quedado bloqueado con ellos no podía estar en todos los frentes, aunque con ese nuevo asesinato, los otros no tardarían en presentarse, desplazándose por un medio u otro.

—En cuanto tenga novedades, te aviso —añadió el sindicalista—. Estate preparado.

Martin no sabía si debería aclararle dónde se encontraba.

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos —aseguró el hombre.

A pesar de que esa fórmula transmitía muy pocas esperanzas, Servaz le dio las gracias antes de colgar. Sabía muy bien que no tenía ninguna posibilidad de evitar una destitución después de lo que había ocurrido en febrero, cuando se encargaba del caso Lang. Sacó otro chicle de nicotina del bolsillo —cada vez tenía más ganas de fumar— y volvió a entrar en la casa.

—Mi marido no era una buena persona —explicaba Adèle Hosier cuando regresó al interior.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Irène Ziegler.

La viuda desplazó la mirada de Irène a Enguehard, y después hasta Servaz, que estaba tomando asiento justo en ese instante. La voz de inquietud había dado paso a un tono de firmeza. Ahora que habían liquidado a su marido, Adèle Hosier parecía cobrar una nueva estatura. Era una mujer muy distinta a la de antes.

Servaz había observado ya esa clase de metamorfosis en las esposas que habían pasado toda la vida a la sombra de su marido: la muerte de su pareja las liberaba de una carga y les permitía encontrarse a sí mismas. De repente se sentían libres y volvían a prestar oídos a sus instintos, a los deseos reprimidos durante tanto tiempo, y expresaban sus opiniones sin temor a ser juzgadas ni ridiculizadas.

—Mi marido era un cerdo —aclaró, a modo de resumen.

Ziegler dirigió una mirada interrogativa a Adèle Hosier.

—Él… practicaba abortos clandestinos a prostitutas menores edad… No me pregunten cómo llegaban a su consulta porque no lo sé. Sin duda a través de esas llamadas que recibía a las tantas de la noche y que lo hacían marcharse sin dar explicaciones. Supongo que se las enviaba algún compinche. Lo que sí sé es que entraban siempre por la puerta de atrás de su consulta. Eran muchachas a veces muy jóvenes…

Los chulos, dedujo Servaz. Eran ellos los que llamaban a Martial Hosier de noche para atender a las «busconas» —ésa era la palabra que utilizaban los policías que trabajaban a pie de calle para referirse a las chicas que vendían sus favores en las aceras—. En Toulouse habían acabado concentrándose al norte del sector Minimes-Barrière de París, en Ponts-Jumeaux y en el borde del canal del Midi. Los decretos municipales y la policía las habían expulsado del centro, obligándolas a alejarse cada vez más en dirección a la parte norte de la ciudad. Con esas medidas, sin embargo, su situación se había ido volviendo cada vez más precaria y alarmante, y aparte estaban los vecinos, que tenían que soportar el desfile incesante de los clientes y las chicas.

—Cuando recibía esas llamadas, casi siempre pasaba toda la noche fuera. No soy tonta: sé que mi marido frecuentaba ciertos lugares. Recibía dinero y también debían de pagarle en especie. Era un gran consumidor de… pornografía y de mujeres. Y no era conmigo con quien podía satisfacer sus bajos instintos.

Ziegler la observó con suspicacia.

—¿Cómo sabe todo eso?

La viuda se encogió de hombros.

—Cuando uno ha pasado tanto tiempo con alguien, acaba conociendo su naturaleza más oscura. Sus secretos, esos secretos que lleva años intentando esconder… —Se quedó callada unos segundos, como si evocara algunos recuerdos—. Cuando conocí a Martial, era un joven recién licenciado, ambicioso, seductor, divertido y todo un encanto… Yo ignoraba que llevaba una máscara… Por aquel entonces era joven e ingenua. Sólo había tenido una relación antes de conocerlo a él, y con un chico de mi edad. Martial era mayor, más maduro… En aquella época aún no sabía cómo son los hombres realmente. Unos animales, unos cerdos… Después, poco a poco, fue revelando su verdadera personalidad. Se volvió más depravado, más turbio… En la cama quiso hacer cosas a las que yo me negué, cosas que me horrorizaban. A partir de ahí, comenzó a despreciarme, a humillarme y empezó a buscarlas en otra parte… Además, como les he dicho, yo veía entrar y salir a esas chicas.

—¿Y nunca sintió deseos de averiguar más? ¿No lo siguió nunca? ¿No le hizo preguntas? —La capitana se extrañó.

Adèle Hosier negó con la cabeza.

—Me daba demasiado miedo, no sabía qué iba a descubrir —reconoció incómoda—. Mi marido tenía algo malsano e inquietante que me asustaba. Además, era un hombre autoritario, capaz de mostrarse… violento, en ciertas ocasiones.

Servaz percibía una carga de odio en cada una de las palabras de Adèle Hosier.

—¿Era una violencia física o psicológica?

—Ambas.

—¿Y nunca se planteó recurrir a la policía? —preguntó de pronto Irène.

Adèle Hosier pestañeó, pero no dijo nada.

—¿Nunca pensó que esas… chiquillas necesitaban ayuda? ¿Que tal vez necesitaban a alguien que las socorriera y las arrancara de las garras de los proxenetas? ¿Sabe cómo captan a esas prostitutas? ¿Sabe quiénes son los individuos que manejan esas redes?

Irène no despegaba la vista de la viuda, pero no esperó a que ella respondiera.

—En Toulouse —se respondió a sí misma—, son las mafias del Este, de Albania y de África Central las que controlan a esas chicas. Son personas extremadamente violentas, en especial los albaneses… —dijo con voz glacial—. Las apartan de sus familias cuando aún son muy jóvenes, las secuestran, las someten a violaciones en cadena, les dan palizas y después las mandan a la civilizada Europa… Imagínese que es una muchacha de dieciséis años y que, de repente, se encuentra lejos de su país, de sus padres, de sus hermanos, de su casa y de su animal de compañía… Sola y en manos de esos cerdos… Encerrada en un sitio sórdido… Golpeada y violada a diario por unos hombres que le gritan y la aporrean y que, siendo usted aún una muchacha indefensa, la someten a todas las vejaciones que pueda concebir la imaginación de un loco sádico… Imagine que le queman los pechos con cigarrillos, que la tatúan como al ganado con el nombre del jefe de la banda… Eso era lo que les había sucedido a las chicas que cayeron en manos de una banda albanesa que desmantelaron en Toulouse el año pasado. La mayoría de las bandas llegadas de Albania son como negocios familiares, donde están el padre y los hermanos. Esos cabrones controlaban un kilómetro de acera de la avenida de los Estados Unidos. ¿Cree que eso los noqueó, que las chicas desaparecieron de la noche a la mañana de las aceras de la ciudad? Ni mucho menos. Han seguido controlando la red desde la cárcel gracias a sus cómplices… y también gracias a gente como usted.

Adèle Hosier permanecía muda, temblando.

—Si por mí fuera, les cortaría las pelotas antes de meterlos en chirona —susurró la capitana—. Pero ellos tienen la grandísima suerte de que en este país hay leyes. Hay jueces, abogados y también personas que creen que eso de acudir a la policía está mal. Éste es un país de ensueño para esa gentuza.

Servaz advirtió que la severidad de Irène había hecho mella en Adèle Hosier.

—No es culpa mía… —balbuceó, con labios temblorosos.

—Usted vio los indicios… Vio a esas menores que desfilaban por la consulta de su marido… —prosiguió Ziegler—. Y no hizo nada, no dijo nada. Prefirió… cerrar los ojos.

—No es culpa mía… —repitió la viuda, secándose las lágrimas que se le acumulaban en el borde de los párpados.

—Es posible que le enseñaran a no denunciar, que le dijeran que eso nos remitiría a otras épocas siniestras… Esa clase de gilipolleces —espetó Irène—. ¿En qué se transforman esos hermosos principios cuando callarse equivale a ser cómplice de un crimen mucho peor? ¿Cuando la ley del silencio permite que la barbarie prospere? ¿Cuando nuestros grandes principios topan con una barbarie que tiene un único objetivo: utilizarlos en su propio beneficio? Si tiene la más mínima idea de quién puede ser el asesino de su marido, si cree saber quién podría estar detrás de todo eso, le aconsejo que nos lo diga ahora —concluyó la capitana—. Es el momento de compensar su cobardía. No olvide que no sólo mató a su marido, sino también a su hijo.

A Adèle Hosier le temblaron las mejillas.

—¡Acaso cree que no lo sé! —exclamó con una voz en la que vibraban la ira y el dolor.

Irène se mantuvo callada, a la expectativa. El salón se quedó en silencio.

—Cuando volvimos al chalet después de la muerte de Timothée, encontramos a su perro en el salón… También estaba muerto. Alguien le había escrito en el lomo la palabra «bienvenidos»… Con una pintura luminosa. Y luego, justo después, se produjo esa explosión. Está claro que alguien nos esperaba para dejarnos aislados aquí…

—¿Dónde está ese perro?

—Martial lo enterró en el jardín.

Ziegler se volvió hacia Enguehard, que se levantó y salió.

—Su marido también recibió una llamada —le recordó Irène—. Fue sin duda esa llamada la que hizo que se dirigiera a la montaña. —Clavó la mirada en los ojos de la viuda—. Piense. Esa llamada la hizo alguien de quien se fiaba, al menos lo bastante como para aventurarse solo en el bosque después de lo que le había ocurrido a su hijo.

Adèle Hosier negó con la cabeza.

—Mi marido no confiaba en nadie. —Vaciló un instante—. Lo que sí sé es que últimamente tenía miedo.

—¿Miedo?

—Sí. No en Toulouse, sino cuando venía aquí…

—Que se tomen muestras de ADN del cadáver del perro, que analicen la

pintura y que averigüen qué tiendas de la región venden ese tipo de producto luminiscente. Y también que registren y analicen todo este chalet. Es posible que el que trajese al animal hasta aquí dejara alguna huella —dijo Irène, observando a los dos técnicos que porfiaban por sacar del hoyo del jardín al rottweiler, cuyo pelo negro húmedo y rebozado de tierra rojiza se les escurría entre los guantes.

Con los ojos cerrados, la lánguida bestia parecía dormida.

Irène se volvió hacia Servaz.

—Abortos clandestinos… Dos víctimas que parecen mujeres embarazadas… La tercera, castrada… Empezamos a tener un hilo conductor, ¿no?

Servaz asintió con aire pensativo. Acababa de ocurrírsele algo, pero era demasiado pronto para compartirlo. Era una idea que le insuflaba a la vez terror y esperanza. El teléfono de Ziegler sonó, reclamando su atención.

—Han encontrado una cámara en el sótano de Marchasson —lo informó ella, después de atender la llamada—. Una cámara en miniatura, de esas que detectan de forma automática los movimientos y envían una señal de alerta al móvil, equipada con leds infrarrojos y un objetivo gran angular. Estaba escondida encima de un armario de la cocina y abarcaba todo el espacio. También había varios micros ultrasensibles que debían de avisar a Marchasson en cuanto Marianne hacía el más mínimo movimiento.

En el curso de sus investigaciones, Servaz ya se había encontrado más de una vez con esa clase de cámaras-espía, apenas mayores que un dedo. Hoy en día podían adquirirse en internet por menos de cincuenta euros.

Una vez más se abría un nuevo interrogante ante ellos: según el testimonio del vecino, Marianne había estado encerrada en el sótano de Marchasson durante un espacio de tiempo relativamente breve… ¿Dónde había estado antes de eso, durante todos esos años?

Léa Delambre abandonó el balcón para entrar en el comedor y consultó el reloj. Le quedaba media hora antes de tener que ir al hospital. Se sirvió otro café detrás de la barra. Tenía una cafetera semiautomática con molinillo integrado y boquilla de vapor para la espuma. Su piso daba al paseo del Bazacle, uno de los lugares con mejores vistas de Toulouse. Desde su comedor del cuarto piso disfrutaba de una panorámica de los molinos, la esclusa de Saint-Pierre y Notre-Dame-de-la-Daurade por un lado, y de la cúpula de la capilla Saint-Joseph-de-la-Grave por el otro. Ante su balcón veía el Garona con sus largos puentes.

Esa mañana el sol tardaba en horadar la bruma que recubría el río, pero ya se atisbaba el incendio que ardía detrás, como en un lienzo de Turner.

El cuadro era engañosamente idílico, como una venda colocada sobre

las heridas de la ciudad. A golpe de brutalidad, delincuencia, tráfico, revueltas y otros azotes, Toulouse había perdido en el curso de los últimos años una parte de su inocencia, de su alegría de vivir. Aquejada por convulsiones cada vez más violentas, se había transformado en un escenario de tensiones y tormentos.

Léa advertía las consecuencias de todo aquello incluso en el hospital, donde las relaciones con los padres de los niños que atendía se volvían más tensas cada día. Los había para todos los gustos: los que creían saber más que el médico porque habían leído tres artículos en internet; los que se negaban a estrechar la mano de una mujer por imperativos religiosos; otros para quienes un médico no deja de ser nunca un burgués y, por ende, un enemigo de clase… Casi parecía como si el mundo entero hubiera llegado al punto exacto de fusión. Léa apagó el televisor. A esa hora solía poner una cadena en la que uno de esos tribunos que soplaban cada día sobre las brasas de un país desgarrado eructaba frases contundentes y palabras hueras. Mientras la única respuesta a la corrupción y a la desidia fuera de cariz ideológico, no saldrían del atolladero, pensó.

Cogió el teléfono de la barra de la cocina.

Se quedó dudando.

¿Cómo se lo tomaría Martin? Sabía que se enfadaría muchísimo, que le ofendería su gesto. Era demasiado recto, demasiado íntegro, demasiado exigente consigo mismo y con los demás para comprender lo que se disponía a hacer.

Lo interpretaría como una traición, aunque en realidad no lo era. Era un intento de restablecer el equilibrio, de poner las cosas en su sitio.

Marcó el número.

—Hola —dijo—, soy Léa…

34

—El mismo *modus operandi* que con los otros dos —constató al cabo de dos horas la doctora Fatiha Djellali a través de la pantalla—. Un solo golpe muy violento descargado en el occipital, que lo dejó inconsciente. Debió de recobrar el conocimiento una vez ya atado. La víctima forcejeó con todas sus fuerzas, porque presenta laceraciones profundas en las muñecas y los tobillos.

En esta ocasión la autopsia no se había demorado en lo más mínimo. Con ese nuevo asesinato se iban a acelerar todos los procedimientos. Servaz advirtió que la forense se había puesto pendientes y que su maquillaje, a base de raya negra y colorete, era un poco más acentuado que el día anterior. En ese instante le pareció atractiva. Antes de conocer a Léa, se había planteado más de una vez invitar a la doctora Djellali a cenar, pero acto seguido la imaginaba tal como la veía casi todo el tiempo —abriendo cadáveres con escalpelos y separadores, instrumentos metálicos y fríos bajo la luz de las lámparas cialíticas, como si fuera una escultural diosa del país de los muertos, una encarnación terrestre de Izanami, la divinidad japonesa, o de la nórdica Hel—, y descartaba la idea.

—La causa de la muerte fue la hemorragia masiva provocada por la ablación del pene y los testículos —prosiguió en un tono neutro, señalando la horrible herida abierta a la altura de la ingle.

En ese momento Servaz comprendió por qué había renunciado: se había planteado qué ocurriría cuando estuvieran los dos desnudos y ella posara las manos en él. ¿Pensaría tal vez en ese instante que aquellas mismas manos, por mucho que llevaran guantes, habían estado tocando, pocas horas atrás, vísceras, miembros y órganos genitales muertos?

Al cabo de una hora Irène convocó a su grupo de investigación en la pequeña sala de reuniones de la gendarmería. Abundaban las caras de cansancio y los ojos enrojecidos, y más de uno estaría empezando a dudar de que una capitana que con cuarenta y tantos años lucía tatuajes y piercings, recién llegada de un país lejano al que la habían trasladado por motivos disciplinarios, tuviera la destreza y la sangre fría necesarias para resolver ese caso. Seguramente algún que otro hombre —menos numerosos que antes, desde luego— pensaba que una mujer no debía dirigir un equipo de investigación como aquél.

En la reunión anterior, Servaz había identificado al menos cuatro perfiles en torno a la mesa. La gendarme joven y pecosa: «tímida». Dada

su falta de confianza, lo mejor era plantearle preguntas cerradas. El hípster: «rebelde». Discrepaba de manera sistemática y buscaba el enfrentamiento. También era un sabelotodo recién salido de la academia, convencido de que los métodos tradicionales habían pasado a la historia. Aun así, tenía buenas ideas; había que hacerle propuestas, incentivar en él la crítica constructiva. Enguehard: «meticuloso», perfeccionista. Demasiado pendiente de los detalles, carecía de una visión de conjunto, pero era excelente para tomar notas. Luego estaba el tipo alto del otro extremo, que hablaba sin parar al oído del de al lado: «parlanchín». Había que cederle la palabra lo mínimo posible, pues de lo contrario les haría perder el tiempo con digresiones interminables.

—¿Qué tenemos? —les preguntó Ziegler sin más preámbulos.

Enguehard titubeó antes de contestar.

—El teléfono que nos confió el capitán Servaz. El que encontró en el bosque… Hemos recibido los resultados del análisis: en efecto, son las huellas dactilares de Marianne Bokhanowsky. Ese móvil se utilizó una sola vez, para hacer la llamada que recibió el capitán. Estamos esperando los resultados del análisis de ADN de los cabellos que encontramos en el sifón…

Irène consultó con la mirada a Martin, que asintió en silencio.

—Volvamos a los asesinatos de Timothée y Martial Hosier —dijo—. ¿Cómo va el registro?

Habían solicitado que un equipo de la Brigada de Homicidios de Toulouse se ocupara de registrar la consulta y la casa de Martial Hosier en la ciudad.

—Están en ello.

—Que revisen sus cuentas bancarias, que localicen a su notario en caso de que tuviera uno, que llamen a Hacienda y que tracen una lista de todas sus propiedades inmobiliarias. También hay que interrogar a los vecinos en relación con esas chicas y otras posibles visitas. Que hagan un seguimiento de su móvil. Llamad a su compañía telefónica. Según su mujer, salía mucho por la noche. Pedid a los de Toulouse que se den una vuelta por los locales de lujo y se informen sobre sus contactos habituales. Hablad también con los de la Brigada Financiera para ver qué hacía con el dinero… ¿Qué más tenemos? —preguntó a continuación—. Ah, sí, el ADN de los escenarios de crimen: ¿las colillas?, ¿la orina?

—No constan en los ficheros —respondió uno de ellos.

Uno de los agentes hizo girar la pantalla de su portátil hacia el resto. Un retrato robot. Un individuo de facciones regulares, de entre treinta y cincuenta años, pelo corto, boca mediana, nariz mediana, separación de los ojos mediana… o lo que era lo mismo, algo de lo que no se podía sacar ningún partido.

—Es el retrato robot del tipo que bajó de la furgoneta negra, realizado gracias a las indicaciones del vecino de Marchasson —explicó el

gendarme en tono apesadumbrado—. Dice que casi no lo vio y que casi siempre le daba la espalda…

—No nos sirve —decretó Ziegler—. Olvidadlo. Podría llevarnos a descartar otras posibilidades. ¿Qué más?

—La carta que encontró Gildas Delahaye en su buzón está en proceso de análisis grafológico.

—¿En proceso? ¿Tanto se tarda?

—El experto jurado oficial del tribunal de Pau está de vacaciones.

Irène entornó los ojos con incredulidad.

—¿Y no hay nadie más a quien podamos recurrir?

Servaz pensó que había una gran diferencia entre un peritaje «técnico» de caligrafía destinado a autentificar un manuscrito o detectar una falsificación mediante un protocolo riguroso, y un estudio grafológico, que supuestamente servía para determinar la personalidad del autor. El segundo, popularizado por la literatura y el cine, le inspiraba una confianza moderada.

—Quizá podríamos utilizar herramientas de estilometría en *open source* —propuso el hípster al que había bajado los humos en la reunión anterior.

—¿Cómo dices?

—La estilometría permite reconocer la identidad del autor de un texto a través de las palabras que utiliza —explicó el barbudo—. Por ejemplo, hace años que los periodistas y los miembros de la comunidad del bitcoin procuran descubrir la identidad real de Satoshi Nakamoto, el seudónimo tras el que se esconde el legendario creador de la criptomoneda. Se dice incluso que la NASA lo habría conseguido gracias a la estilometría, precisamente. Algunas de estas herramientas están disponibles en software de código abierto…

Todo el mundo lo miraba como si hablara en chino.

—¿Tenemos la lista de las furgonetas Peugeot y de los concesionarios? —preguntó Ziegler, ignorando sus sugerencias.

La joven gendarme con la cara salpicada de pecas mostró dos hojas. Irène la seleccionó, junto con otro colega, para que fueran a ver a los vendedores de coches y a los propietarios.

—¿Y esa página de Facebook? —preguntó, aludiendo a la web *Milicia de autodefensa del valle de Aiguesvives* y a los mensajes que animaban a los habitantes del valle a tomarse la justicia por su mano—. ¿Habéis contactado con el servicio de investigación judicial? ¿Se sabe quién está detrás?

—Han enviado una petición a Facebook —contestó el hípster—. Están esperando la respuesta.

Les tendió unas hojas en las que constaban las condiciones de confidencialidad de Facebook. Servaz leyó: «En el plano internacional, compartimos nuestra información con las autoridades judiciales para responder a una demanda legal si creemos que la ley así lo exige.

Podemos asimismo responder a las demandas legales cuando creemos de buena fe que la ley de esa jurisdicción requiere la respuesta y que ésta es conforme a las normas internacionalmente reconocidas.»

En otras palabras, la gente de Facebook se arrogaba el derecho a rechazar «de buena fe» una demanda completamente legal. Desde la perspectiva de Facebook, la ley de Facebook prevalecía sobre cualquier otra ley en todos los países donde la compañía estaba presente e incluso sobre los acuerdos internacionales. «¿Qué pensarán de eso las autoridades judiciales de los países afectados?», se preguntó, estupefacto, Servaz. Al fin y al cabo, el asunto concernía a la friolera de dos mil quinientos millones de personas.

Ziegler paseó la mirada sobre los presentes. No parecían muy animados y, sin embargo, aquello era sólo el principio… Una investigación criminal de esa envergadura era como el Ultra-Trail del Mont-Blanc. Los primeros días, cuando las reservas de energía, el espíritu de combate y la adrenalina se encontraban en su punto álgido, resultaban bastante fáciles… Después llegarían la falta de sueño, las dudas, los reproches y la presión de sus superiores… a menos que descubrieran pronto una pista fiable o que el asesino les facilitara la labor con su incompetencia. Ziegler tenía pocas esperanzas de que eso ocurriera, consciente de que se enfrentaban a uno o varios superdepredadores. Eran como esos animales que no dejan la menor opción a sus presas: orcas adultas, grandes tiburones blancos, cocodrilos del Nilo, espinosaurios…

—Sé cómo os sentís —dijo—. Tenemos pocas pistas y un nuevo cadáver. Sin embargo, la solución se encuentra aquí dentro —afirmó, mostrando una bolsa precintada—. ¡En la masa de datos de los que ya disponemos! Aquí dentro hay una información que se nos ha pasado por alto, un detalle que lo va a aclarar todo… No tiréis la toalla. La prensa y nuestros superiores nos van a presionar, pero el ritmo de la investigación nunca se corresponde con el que quieren marcar los medios de comunicación, y el día en que detengamos al culpable, todo el mundo se olvidará de cuánto tiempo nos ha llevado.

—No, si hay más cadáveres —precisó el hípster.

Todos se quedaron en silencio en torno a la mesa. Aquello era un claro desafío a su autoridad. Servaz observó a Irène, previendo una réplica mordaz, pero ella se limitó a mirar con frialdad al joven de tupida y cuidada barba, sin dirigirle ningún comentario incisivo. Estaba más allá de ese estadio.

—Esmeraos en los informes —añadió, a modo de conclusión.

Se adentraron por las callejuelas rumbo al ayuntamiento. Servaz tenía la sensación de que se había producido una transformación incluso en la calidad del aire y en el mismo silencio. Ya no era el mismo pueblo ni el

mismo valle que habían encontrado a su llegada. A partir de entonces, ése iba a ser el valle en el que habían tenido lugar tres crímenes atroces. No era muy probable que Aiguesvives lograra deshacerse algún día de esa imagen. A menos que cambiara de nombre, como ocurrió en Bruay-en-Artois.

La alcaldesa los esperaba en una sala del ayuntamiento más grande que la del pleno municipal y lo bastante espaciosa, en todo caso, como para acoger a los doscientos ciudadanos de Aiguesvives que habían acudido a escuchar las declaraciones conjuntas de la alcaldía y la gendarmería.

Cuando entraron, en la sala reinaba una atmósfera de impaciencia y de exasperación que Servaz detectó de inmediato. Del centro de la estancia se elevaba un grave murmullo compuesto de conversaciones quedas, que sin duda se volverían bastante más agresivas si las autoridades no aportaban las respuestas adecuadas. La tensión era palpable. Recorrieron el pasillo central en dirección al estrado, donde Isabelle Torres aguardaba majestuosa tras una larga mesa, rodeada de algunos de los miembros del equipo municipal. Las arañas de cristal de aquel salón de actos evocaban una época gloriosa que ya formaba parte del pasado.

Isabelle Torres tenía un físico que de entrada habría podido asociarse con las actividades al aire libre, un torso y unos glúteos que parecían más adaptados a los arneses y a los mosquetones de escalada que a los oropeles un tanto deslucidos de la República, pensó Servaz. Era una mujer enérgica, como le gustaban a él, un pastor leal, una roca en bruto sobre la que podía apoyarse un pueblo como Aiguesvives.

Irène tenía reservados un asiento y un micro a la izquierda de la alcaldesa. Para Servaz, en cambio, no había ninguno, pues en principio ni siquiera debería estar allí. Cuando comprobó que las primeras filas estaban llenas, fue a sentarse un poco más atrás.

La capitana rodeó la gran mesa y tomó asiento sin saludar a nadie, con las mejillas encendidas, seguida por doscientos pares de ojos. La alcaldesa dio un golpecito al micro y el murmullo de las conversaciones cesó.

—Buenas tardes —saludó.

—¡No se oye nada! —gritó alguien desde el fondo.

Isabelle Torres, que también tenía aspecto de cansancio y los ojos enrojecidos, acercó el micro que se encontraba delante de Irène.

—Buenas tardes a todos —repitió.

Esta vez su voz brotó de los altavoces fuerte y clara.

La bombilla de una de las lámparas de la araña que colgaba por encima de ella eligió ese preciso instante para parpadear.

—Voy a tener que informar de esto al servicio técnico —bromeó levantando la cabeza.

El comentario suscitó algunas risas un tanto forzadas. Todos se dieron

cuenta, no obstante, de a qué se refería: a lo que implicaba tener que pensar en todo, continuamente, para acabar recibiendo las mismas quejas de siempre.

—¿Tienen una pista? —preguntó a voces un jubilado, sin duda poco sensible al sentido del humor municipal.

—Enseguida entraremos en materia, Roger —respondió, con tono de fatiga, Isabelle Torres—. La capitana Ziegler aquí presente, de la Brigada de Homicidios de Pau, ha tenido la amabilidad de venir a hacer un balance de la situación con nosotros. Por supuesto, debemos tener en cuenta que no puede divulgar ciertos aspectos clave de la investigación.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto, si es para decirnos lo que ya sabemos? —replicó con voz autoritaria una mujer de cabello largo y gris, al estilo de india *new age*, que llevaba unas voluminosas gafas de montura fluorescente.

Sonaron varios murmullos de aprobación. La alcaldesa dirigió un ademán vago hacia Irène, con expresión circunspecta.

—Lo siento —se disculpó Ziegler al cabo de una hora—. He estado fatal.

—Cada cual es bueno en su oficio —sentenció la alcaldesa, sin contradecirla, mientras los acompañaba a toda prisa por un estrecho pasillo. Abrió la puerta de su despacho y los invitó a entrar—. Aunque me temo que sus vacilaciones hayan sido un tanto… contraproducentes, sí.

Servaz vio que Irène palidecía. Aquello, en lenguaje diplomático, significaba: «Sí, chica, has estado fatal, desde luego.» No se podía negar que Ziegler se había embrollado un poco, y su actitud distante ante el bombardeo de preguntas no había ayudado mucho. La sesión, ya de entrada tumultuosa, había acabado en una cacofónica apoteosis de gritos de indignación, improperios y protestas.

En cuanto hubo cerrado la puerta, la alcaldesa se volvió hacia ellos.

—Les voy a repetir la primera pregunta que les han hecho: ¿tienen alguna pista? Denme alguna buena noticia, por favor.

—Me temo que, por el momento, no hay ninguna —respondió Ziegler—. Si la ponemos al día, ¿tenemos la garantía de que esto no saldrá de aquí?

—Por supuesto —contestó la alcaldesa, con un chispazo de irritación en las pupilas.

La capitana le trazó un resumen de lo que tenían y de los resultados que esperaban. Torres la escuchó mientras negaba con la cabeza.

—Comprendo que la investigación apenas ha comenzado, pero aun así me parece muy poca cosa —comentó con aire lúgubre.

—No va a ser fácil —concedió Ziegler—. Nos enfrentamos a alguien que se ha preparado a fondo y que es inteligente, metódico, resuelto, prudente… No es de prever que cometa muchos errores, pero, tarde o

temprano, cometerá uno. Siempre es así.

Isabelle Torres le dedicó una mirada penetrante, y su intensidad sorprendió a Irène, que experimentó un escalofrío no del todo desagradable en la columna. Luego la alcaldesa abrió la puerta del balcón y los tres salieron fuera. Los tejados de Aiguesvives se desparramaban ante su vista, en la amplia hondonada formada por las laderas boscosas de las montañas, con el telón de fondo de las cumbres más altas. El rumor de la población llegaba hasta ellos, pero nada tenía que ver con el de Toulouse: unos cuantos coches, el petardeo exasperante de una moto que perturbaba la calma, un fragmento de rap a lo lejos, en el que predominaban los bajos…

Acodada en la barandilla de hierro forjado, la alcaldesa se volvió hacia ellos de nuevo.

—He estado pensando en quién podría ser el causante de todo esto, en si podría tratarse de alguien del valle…

La atención de los policías se elevó al máximo.

—¿Y bien…? —inquirió Ziegler, adoptando la misma postura.

—No creo que ninguno de nuestros vecinos sea capaz de algo así. ¿Han contemplado la posibilidad de que quien lo haya hecho no sea de aquí, de que venga de fuera?

Ziegler frunció el ceño.

—¿Quiere decir alguien que se hubiera dejado atrapar de forma voluntaria aquí con nosotros, pero que no viviera en el valle? ¿Alguien que hubiera llegado en fecha reciente?

Isabelle Torres asintió. «Un lobo que se cuela en mitad del rebaño», pensó Servaz. Le pareció oír otro ruido lejano, tal vez un trueno.

—Es una idea interesante —reconoció la capitana—, pero tenga en cuenta que el que ha cometido esos crímenes está acostumbrado a pasar desapercibido, a mentir, a llevar una máscara. Tiene una doble naturaleza… Es posible que sea alguien mucho más cercano de lo que cree, alguien a quien conoce… que los conoce a todos desde hace tiempo. Es alguien libre de sospecha, pues de lo contrario Martial Hosier no habría ido solo a esa cita. —Detuvo la mirada en los tejados del pueblo—. Yo creo más bien que se funde entre los habitantes de este pueblo como una sombra. Que es uno de los suyos… Alguien con quien se cruza a diario, cuyo rostro le resulta familiar, pero de quien jamás sospecharía.

Irène había pronunciado esas palabras con una voz un poco más profunda, un poco más ronca. Servaz vio que a la alcaldesa se le había puesto la carne de gallina mientras la escuchaba. Y esta vez lo oyó claramente: un sordo pero inconfundible rumor de trueno.

—He hablado con los de la dirección de carreteras. —Torres bajó la voz—. Son bastante pesimistas, creen que las obras van a durar más de lo previsto. Tenemos dos víctimas y un asesino suelto, y la población empieza a ponerse nerviosa. Tienen que descubrir al culpable lo antes

posible. Si no, la situación va a degenerar…

—¿Qué quiere decir?

La mujer sacó un papel del bolsillo y se lo entregó a Irène, que lo acercó a la luz que llegaba por la ventana. Eran mensajes de las redes sociales, que la alcaldesa había imprimido:

¿Por qué protege a ese asesino? ¿Es amiguito suyo?

Eres un desastre, Torres. Más vale que te largues. Si no, te echaremos nosotros.

Seguro que el culpable es un señorito, no hay justicia en este país, pero eso va a cambiar.

Eres una hija de puta, Torres, una zorra incompetente.

Servaz se volvió a acordar de Bruay-en-Artois. En 1972 habían encontrado a una adolescente de dieciséis años, de familia humilde, estrangulada en un descampado cerca de la casa de un notario, en una población del norte afectada por el paro y el cierre de las minas de carbón. Por un lado, había un culpable ideal, un burgués antipático, miembro del Rotary Club, que frecuentaba los prostíbulos; por otro, la gente de a pie que reclamaba justicia, un juez parcial, un comité popular apoyado por Jean-Paul Sartre y una prensa que transformó el caso en un folletín y en símbolo de la lucha de clases. El asunto había dado que hablar durante meses. Eso mismo les iba a ocurrir allí si no atrapaban pronto al culpable.

—Estamos sentados en un barril de pólvora que puede estallar en cualquier momento —pronosticó Isabelle Torres.

La imagen, a juicio de Servaz un tanto clásica pero apropiada, era, por lo demás, aplicable a la totalidad del país.

El estallido de un rayo, mucho más cercano, hizo temblar el cielo negro, acompañado del rumor del trueno y de una brusca ráfaga de viento caliente que les alborotó el pelo.

35

La llamada les llegó cuando salían del ayuntamiento.

—Ziegler —contestó Irène mientras accionaba el mando centralizado del Ford Ranger y se detenía delante de la puerta abierta.

Por reflejo mimético, Servaz se quedó también plantado delante de la suya. Vio que un adolescente con la capucha puesta los observaba a una decena de metros, sentado sobre una moto aparcada. Centró de nuevo la atención en Irène. El cielo volvió a rugir.

—De acuerdo, gracias, ahora mismo vamos —anunció ella.

Tras poner fin a la conversación, se sentó al volante del todoterreno.

—La lista de los empleados de la cantera —dijo cuando él entró en el coche—. Han encontrado una coincidencia en los ficheros: Grégory Boscher. Tiene un historial delictivo abultadísimo.

Se pusieron en marcha. Servaz echó una ojeada al retrovisor: el faro de la moto los seguía, pero al poco se desvió de su trayectoria y desapareció en una calle perpendicular. Salieron del pueblo en dirección a las montañas, hacia la parte donde la cantera formaba una gran llaga gris en el flanco de la ladera. La tormenta se desató dos kilómetros más arriba, cuando ya sorteaban las últimas curvas, y empezó a caer una tromba de agua sobre el parabrisas.

Al llegar a la verja se detuvieron junto al cartel de PROHIBIDO EL PASO. El diluvio que estaba cayendo apenas les permitía ver nada, a pesar del baile frenético de los limpiaparabrisas. El Range Rover y el Mini Countryman seguían allí. Servaz consultó el reloj: las 20.12 h. Por lo visto, aún no habían terminado la jornada. Justo después de haber bajado del coche, lamentó no haber cogido la cazadora. La camisa se le empapó casi al instante. Subieron los escalones de la caseta y pasaron sin detenerse delante de Lucille.

—Pero ¿qué demo…? —exclamó Gence al verlos irrumpir en su despacho.

—Grégory Boscher, ¿dónde está? —preguntó Ziegler, blandiendo un papel que no era una orden judicial, pero que mantenía demasiado alejado del empresario canijo como para que él pudiera percatarse.

—¿Para qué lo…?

—¡¿Dónde está?!

Gence inclinó la cabeza. Sabía reconocer cuál era su lugar en la cadena alimentaria.

—Están en plena operación de voladura —respondió—. Esta noche Grégory es el que va a hacer detonar el explosivo. Tendrán que esperar,

porque es peligroso.

—¿De voladura? —repitió Ziegler.

—Se perforan orificios en la roca aplicando parámetros muy precisos en función de la cantidad de roca que hay que arrancar, y se colocan explosivos en su interior. El disparo se acciona mediante detonadores eléctricos colocados en el fondo del orificio, según un estudiado minutaje para limitar el impacto ambiental, que se mide por medio de sismógrafos en los que queda todo registrado. Dentro de unos minutos van a proceder al disparo…

—¿Dónde trabajan? —insistió Ziegler.

Gence señaló hacia un lugar impreciso, y un segundo después Martin e Irène volvían a pasar por delante de Lucille y salían bajo la tormenta.

Cuando se acercaron al borde del tajo, a Servaz empezaron a zumbarle los oídos. Tenía miedo a las alturas, no tanto como James Stewart en *Vértigo*, pero casi. Acrofobia… El abismo de la cantera se abría a sus pies, bajo un cielo negro en el que palpitaba la luz pálida de los relámpagos. Aspirando el olor de la tormenta, cerró un instante los ojos y los volvió a abrir.

El azote de la lluvia lo obligó a entrecerrar los párpados. El vasto anfiteatro a cielo abierto, las paredes verticales, las pistas inclinadas por las que circulaban enormes *dumpers* de ruedas gigantescas, con los volquetes repletos de roca, las largas cintas transportadoras que trasladaban los escombros a las trituradoras… Todo aquello evocaba un círculo del infierno consagrado a la piedra y al metal. Entre el estrépito de las trituradoras, el ruido metálico de los bloques al caer en los volquetes, las vibraciones de las cintas transportadoras cargadas de roca y el aullido estridente de las alarmas de marcha atrás, el estruendo era infernal. A ello había que sumar ahora los estallidos de los truenos. Servaz se preguntó si no habría sido mejor detener las operaciones y esperar a que parara la tormenta. Probablemente eso era algo que decidía Gence, pero sin duda alguna una actividad como aquélla debía de estar sometida a normas estrictas.

De pronto tuvieron la impresión de que el suelo temblaba. Servaz retrocedió un paso, mientras al otro lado de la gran hondonada empezaba a elevarse una nube de polvo y de fragmentos de roca como si se tratara del humo de un cañón. El disparo de detonación anunciado por el jefecillo de la cantera…

El policía tragó saliva. La lluvia le corría por la nuca, empapándole el cuello de la camisa. Miró a Ziegler.

—Vamos —dijo ella.

«Mierda», pensó Servaz, pero caminó tras la capitana cuando rodeó el flanco curvo de una pared rumbo a una pista situada un poco más allá, que bajaba hacia el nivel donde operaba la cuadrilla de voladura. Distinguió a tres hombres con casco y mono de trabajo: uno de ellos tenía que ser Grégory Boscher… Con el resplandor intermitente de los

relámpagos, el paisaje cambiaba continuamente de aspecto: oscuro en lo alto de la cantera, donde la lluvia azotaba los matorrales, e iluminado en el fondo de la hondonada por las potentes luces artificiales sujetas a las máquinas. Uno de aquellos relámpagos, más brillante que el resto, permaneció grabado en su retina durante varios segundos. Cuando echaron a caminar por la pista inclinada que comunicaba el nivel superior con el intermedio, se sintió como un espeleólogo que se adentraba en una vasta cavidad subterránea. Abajo del todo, algunos los habían visto y levantaban la cabeza hacia ellos. Entonces se dio cuenta de que eran los únicos que no llevaban casco.

A mitad de camino, en un terraplén, los tres individuos examinaban un aparato asentado en un trípode, un sismógrafo tal vez, mientras la gran nube de polvo iba cayendo en medio del aire saturado de lluvia. Uno de ellos se volvió y entornó los ojos, mirándolos bajo la visera del casco.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis aquí? ¡Esto está prohibido al público! ¿Y los cascos?

—¿Grégory Boscher? —preguntó Irène.

Vieron cómo el tipo los fulminaba con una oscura mirada de desconfianza que conocían muy bien.

—¿Sí? —contestó con voz ronca, y al instante echó a correr como si fuera un conejo que acabara de oír un disparo.

—¡Mierda! —exclamó Ziegler abalanzándose tras él.

Servaz hizo lo mismo. Bajo la violenta luz de los focos, no eran muchos los lugares en los que podía esconderse. Boscher galopaba por la pista inclinada en dirección al fondo plano de la cantera. De repente alteró la trayectoria y lo perdieron de vista, engullido por la gran sima. Al acercarse al borde, lo vieron bajar corriendo a trompicones por una abrupta pendiente de grava que terminaba en el nivel de las grandes trituradoras y las cintas transportadoras. Servaz se lanzó a por él —mientras Ziegler decidía dar la vuelta por la pista a grandes zancadas—, pero en el momento exacto en que saltaba hacia el terraplén, todas las luces de la cantera se apagaron de golpe.

«¡Joder!», exclamó maldiciendo su suerte. Se sorprendió tanto que tropezó y cayó rodando por la pendiente. Cuando por fin consiguió detenerse, se levantó, con la espalda y los brazos lacerados por las ásperas aristas de las piedras, y reanudó el descenso como pudo, impedido por la falta de luz y pugnando por mantener el equilibrio en aquel suelo inestable que se desmoronaba bajo sus pies y provocaba una avalancha de grava ante él. ¿Dónde se había metido Boscher? De vez en cuando un relámpago iluminaba la cantera, y el vértigo amenazaba con petrificarlo cuando tomaba conciencia de que estaba suspendido a una buena distancia del fondo, en una pendiente mucho más empinada de lo que había calculado.

De repente, interrumpió el avance y se quedó quieto. Había alguien

ahí, muy cerca… Una silueta que parecía acecharlo en la penumbra, a la derecha. Un nuevo rayo le permitió verlo: Boscher lo miraba fijamente, con ojos relucientes de rabia bajo la visera del casco. En cuestión de un segundo, el hombre se abalanzó sobre él y lo cogió por el cuello de la camisa, empujándolo hacia el borde. Servaz trató de liberarse, pero el otro era más alto y más fuerte.

Un miedo cerval se apoderó de él: ¡ese tipo iba a arrojarlo al vacío! Lo agarró para arrastrarlo consigo, y ambos cayeron gritando.

Algo acerado se clavó en la espalda de Servaz cuando aterrizó sobre un suelo que se movía y vibraba, como el de una escalera mecánica. No se trataba sólo de una punta, sino de decenas de aristas afiladas que se hundían en su espalda, hombros y nalgas. Bajo él todo vibraba y temblaba. Y también se movía: estaban desplazándose. Una cinta transportadora. Habían ido a parar a una de las cintas transportadoras cargadas de grava. No le dio tiempo a pensar en ello: tenía a Boscher encima, propinándole un aluvión de golpes en las costillas que le cortaron la respiración. Con el torso abrasado por un dolor que corría por sus nervios intercostales, enzarzado en una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo, sentía el peso de su adversario, su respiración ardiente, su aliento y el acre olor a sudor que emanaba de su cuerpo pesado y musculoso, aunque tirando a gordo. Un segundo después Boscher le atizó un golpe con la visera del casco, de atrás hacia delante, como si de un cabezazo se tratara. De su nariz empezó a manar un chorro de sangre caliente y salada que le inundó los labios. Por un instante, sólo vio puntos blancos ante él; escupió la sangre y trató de devolver los golpes mientras la lluvia caía en su rostro, pero tenía a Boscher prácticamente encima de él y entorpecía sus movimientos. La lluvia le martilleaba el cuerpo y se le metía por la boca. Comenzaba a quedarse sin aliento. Cada repliegue de su cuerpo parecía quejarse. Notaba su corazón, su corazón fatigado, falto de entrenamiento, que latía demasiado deprisa bajo su pecho… ¿Y si acababa muriendo allí de un infarto? La cara de Boscher, casi pegada a la suya, relucía en la penumbra, y su respiración zumbaba en sus oídos, ahogada por momentos por el estruendo de la cinta transportadora y el ruido de las piedras que danzaban sobre ella. Servaz lanzó una ojeada hacia abajo y advirtió con espanto que la cinta los arrastraba hacia las mandíbulas de una enorme trituradora cónica de metal. ¡Iban a acabar machacados!

—¡Boscher! —gritó—. ¡Tenemos que salir de este puto cacharro o vamos a morir!

Su agresor levantó la cabeza y miró más allá con los ojos desorbitados, y Martin aprovechó la ocasión para machacarle la nariz y la boca con la piedra que tenía en la mano derecha. Había lanzado ese golpe con todas sus fuerzas, pese al poco margen de maniobra que le daba su posición, y oyó claramente el crujido de la nariz y los dientes tras el impacto. «¡Ojo por ojo!», pensó. Había recuperado su lado

salvaje. Notaba la rabia y la adrenalina que bullían en su interior, eliminando el miedo y el dolor. Pero a Boscher parecía ocurrirle lo mismo y, lejos de amilanarse y todavía más furioso al haber perdido los dientes, sudando como un cerdo, se pegó más a él y lanzó un rugido, al tiempo que empezaba a aporrearle de nuevo las costillas. Eran como dos boxeadores enlazados contra las cuerdas. ¡A ese imbécil le daba igual acabar en la trituradora! ¡Sólo pensaba en la ventaja de su posición! En ganar la pelea… ¡Menudo idiota! Aunque quizá preveía saltar de la cinta en el último instante…

—¡Boscher! —le gritó Servaz, al borde del desmayo—. ¡Para, joder! ¡Para! ¡Nos vamos a…!

Tardó un segundo en comprender lo que pasaba. La cinta se había inmovilizado. Y también había vuelto la luz de los focos. De pronto los inundaba un raudal de luz blanca. Igual de sorprendido que él, Boscher se detuvo y se incorporó un poco, mirando a diestra y siniestra. Servaz vio que Ziegler llegaba corriendo, con el arma en la mano.

—¡Baja de ahí, desgraciado! —rugió, apuntándolo con el arma—. ¡Baja con las manos en alto y túmbate en el suelo o haré que te tragues el puto casco!

—¡Eh, eh! —replicó él sin perder el aplomo y secándose la boca ensangrentada con la manga—. Cualquiera diría que te has comido un león, chica… Tú debes de ser…

Irène aguardó a que hubiera sacado una pierna al vacío, mientras la otra permanecía aún en la cinta, para lanzarle un golpe con la culata del arma entre las piernas. Boscher soltó un largo y agudo gemido que parecía un suspiro de agonía y, con las dos manos sobre la entrepierna, se dejó caer al suelo, cerca de la cinta.

—Hija de putaaaa —la insultó, de rodillas, con la frente apoyada en la grava.

La última palabra recibió la respuesta oportuna: una patada en las costillas, que lo hizo revolcarse con un alarido de dolor.

—¡Voy a denunciarte, maldita zorra! —bramó.

—Oh, genial —replicó Ziegler, mientras ayudaba a Servaz a salir de la cinta y a mantenerse de pie.

Se secó las manos llenas de tierra en los vaqueros. Se sacudió la lluvia del pelo. Percibió el aullido ululante de las sirenas. Levantó la cabeza y vio las luces intermitentes y azuladas, que rebotaban sobre el vientre de las nubes allá arriba, más allá de la pared de granito. La lluvia se había calmado un poco, aunque no sabía en qué momento. Se había sumergido en un torbellino de violencia que le había hecho perder por completo la noción del tiempo. Le temblaban las piernas. Estaba dolorido y calado hasta los huesos, cubierto de barro y con la ropa desgarrada. Ya no sangraba, aunque tal vez se debía a la lluvia, que diluía la sangre conforme manaba. Y a pesar de todo, se sentía bien. Eufórico. Ligero. Por fin tenían una pista. Tenían un sospechoso.

—Tiene una coartada —anunció Ziegler al entrar en la minúscula salita donde dispensaban los primeros auxilios a Servaz.

Se había negado a que lo evacuaran en helicóptero, así que habían mandado llamar a un médico que, tras examinarlo y palparlo preguntándole si le dolía («Sí, un poco, sí»), había recomendado con vehemencia una radiografía de las costillas y de las cervicales. Milagrosamente, la nariz no estaba rota, pese a que había sangrado mucho, pero llevaba dos tapones nasales que le conferían el aspecto de un viejo boxeador que ha llegado a la edad de colgar los guantes. También le habían desinfectado las numerosas heridas de la espalda.

—¿Cómo dices? —exclamó.

Estaba sentado bajo la pálida luz de los fluorescentes, en el borde de una mesa. Una enfermera le vendaba las costillas y el torso lleno de morados con vendas de Elastoplast de seis centímetros de ancho. No hacía mucho había vivido una situación similar. Esto empezaba a convertirse en una costumbre…

—Ese gilipollas tiene una coartada. Habrá cometido otro delito y se habrá imaginado que íbamos a por él por eso. Es un reincidente. Está en libertad condicional… Por eso salió corriendo nada más vernos. En todo caso, no es el asesino de Martial Hosier, porque pasó la noche con una mujer.

—¿Y ella lo ha confirmado? —preguntó Servaz, mirando al techo y estremeciéndose con el contacto de la venda y los dedos en la piel.

—Sí.

—¿Su testimonio te parece fiable?

Servaz observaba una mancha negruzca que se desplegaba en el techo y empezaba a gotear. Alguien había puesto un cubo debajo. Enguehard le había explicado que aparecía los días de lluvia, que habían buscado a un albañil, pero que les habían contestado que la administración siempre pagaba tarde y mal. También se había percatado de que en el cielo raso de la sala de reuniones faltaba una placa. Aquello le recordó al policía de la Brigada Anticriminal al que había visto colocarse un chaleco antibalas lleno de agujeros. «No es para protegerme —le había explicado—. Lo hago por mi mujer y mis hijos… Si me pegan un balazo y no lo tengo puesto, no les pagarán la pensión.»

Ziegler pareció dudar.

—Creo que sí —respondió mirando de reojo a Enguehard, que estaba de pie a su lado—. ¿Qué le parece a usted, Éloi?

—No tengo motivos para dudar de su buena fe —confirmó él, visiblemente incómodo.

Servaz enarcó una ceja.

—¿Usted la conoce? —preguntó.

—Eh… sí, es una gendarme de mi brigada.

Ziegler emitió un suspiro que todos pudieron oír.

—Voy a interrogar a Boscher mientras tanto. Tal vez sepa algo más de sus compañeros de la cantera… Es consciente de que va a volver a la cárcel, así que le conviene cooperar un poco.

Por su tono, sin embargo, se notaba que no estaba muy convencida.

Sábado

36

Boscher no soltó prenda esa noche, ni una sola palabra. A Servaz le habían recetado unos comprimidos de quinientos miligramos de paracetamol que debía combinar con treinta de codeína, a razón de seis pastillas al día. El médico le había recomendado dejar el tratamiento en cuanto disminuyera el dolor y le había informado de que podía acarrearle somnolencia, pero, por el momento, ya en su habitación después de una cena rápida en compañía de Irène, se sentía bien despierto.

Se planteó si alguna vez se había tenido que enfrentar a una situación semejante, con toda la población de un valle prisionera y encerrada con un asesino en su seno. Aunque Boscher había quedado descartado gracias a su coartada, el sospechoso debía de encontrarse sin duda entre los manipuladores de explosivos. Quedaban seis nombres, que ahora tenía delante:

Vincenzo Benetti
Nader Osmani
Frédéric Rozlan
António Sousa Antunes
Manuel Teixeira Martins
Abdelkader Zerrouki

Ziegler había decidido interrogarlos uno por uno al día siguiente. Servaz esperaba que uno de ellos acabara traicionándose —a través de una expresión, de un gesto o de una mirada—, así que tenía intención de mantenerse inmóvil en un ángulo muerto, escrutando su comunicación no verbal y su lenguaje corporal mientras contaban sus mentiras habituales, ya fueran de poca monta o de gran calibre…

Su pensamiento voló de regreso a Marianne.

En aquel valle, en algún lugar, había una puerta que conducía a ella, una puerta aún por abrir. Marchasson había muerto. ¿Había sido provocada su caída por la escalera? Era posible… ¿Qué más tenían? El mensaje del cristal… ¿Quién lo había pintado? ¿Por qué? Se levantó y caminó hasta la ventana. Notaba la hinchazón en el rostro, la tensión de la piel en torno a los pómulos, los tapones de algodón en la nariz. Tenía ganas de fumar. Sacó otro chicle y empezó a masticarlo pensando en Léa. Contempló las luces del pueblo. Marianne estaba allí… En alguna parte…

Después se acordó de que el analgésico acabaría haciéndole efecto y cogió el teléfono para llamar a Gustav y a Léa antes de que lo atrapase el sueño.

A punto de dormirse, la mujer abrió los ojos. Aguzó el oído. La tormenta se había desatado en la noche. Gruñía y retumbaba en torno a las montañas como una salva de cañonazos. Pensó que ése debía de ser el ruido que había en las batallas, pese a que ella no había conocido la guerra, a diferencia de su marido, que dormía a su lado y que había regresado del norte de Mali apenas unos meses atrás, después de resultar herido en la pierna a consecuencia de un disparo de Kaláshnikov.

El cielo temblaba, la lluvia azotaba los postigos y el viento silbaba y cantaba bajo la pizarra del alero. Pero ella no tenía miedo. Se sentía a salvo. Le gustaban las tormentas, el furor desatado de los elementos, al menos cuando estaba a resguardo, protegida por unas paredes sólidas, un tejado estanco y una cama caliente tan segura como un bote salvavidas en medio del oleaje de la noche.

Oyó la respiración regular de su marido, muy cerca. No era un ronquido, sino más bien una respiración profunda, y de repente se preguntó si había cerrado bien todas las contraventanas. Se dijo que no debía dejarse llevar por ese tipo de pensamientos… Eran obsesivos, como cuando antes de subir al coche volvía para comprobar por tercera vez que había cerrado con llave la puerta de entrada, aunque sabía perfectamente que sí lo había hecho.

No podía evitarlo. Era superior a ella.

Aquello tenía un nombre: TOC, trastorno obsesivo compulsivo. Todo el mundo lo sabía. Pero una cosa era saberlo y otra corregirlo.

Bueno. Las contraventanas estaban cerradas: estaba segura al cien por cien, porque nunca se olvidaba de revisarlas antes de acostarse. Oyó el restallido de un relámpago a corta distancia, el aullido del viento, el ruido de la lluvia… Cerró los ojos y trató de dormir. Los volvió a abrir. No había forma… Ese postigo que tal vez había olvidado cerrar, pese a estar segura de que no era así, la tenía obsesionada…

Al diablo con todo. Apartó el edredón. Tampoco le costaba tanto. Haría un breve repaso de todas las ventanas y postigos para confirmar que estaban cerrados y se volvería a la cama, porque si no, iba a acabar desvelándose. Después se abandonaría al sueño como un bebé hasta la mañana siguiente.

Profundamente dormido a su lado, su marido no corría el riesgo de verse asaltado por ese tipo de pensamientos… Pero sólo porque estaba atiborrado de somníferos. Ella sabía que había cosas que lo carcomían… Y que sufría la misma pesadilla noche tras noche. Revivía lo que había

vivido en África: los yihadistas que atacaban su campamento, sus miradas alucinadas tras los fulares oscuros, los gritos, los tiros, las explosiones, el pánico, el olor a pólvora, a sudor, a miedo, y la bala que le había alcanzado la pierna… El ochenta por ciento de los militares heridos padecían estrés agudo durante las semanas posteriores, y un tercio de ellos conservaba un estrés crónico después. Eso se lo habían explicado en la «unidad de familia» del ejército de tierra. Al igual que los otros combatientes, antes de volver a Francia su marido había pasado por una fase de descompresión en Chipre, donde estuvo en observación.

Ella conocía al dedillo todos los síntomas. Podía ponerse agresivo o montar en cólera por cualquier tontería; protegía su hogar como si se tratara de un campamento atrincherado en pleno desierto y repelía cualquier intrusión —eso podía incluir a los miembros de su propia familia—. Se escondía a menudo para llorar porque no quería que su hijo y su mujer lo vieran; se sobresaltaba con el menor ruido, incluso cuando ella ponía música… Poco a poco, no obstante, con su mano izquierda, su dulzura y sus cuidados, había logrado que relajara un poco la presión. Aunque el psiquiatra del ejército ya se lo había advertido: el estrés postraumático podía mantenerse «silenciado» durante meses y resurgir de manera repentina y con mayor virulencia que nunca.

De pronto, le dieron unas ganas locas de echar a correr para cerciorarse de que no hubiera ningún postigo abierto. Intentó contenerse, se levantó lo más despacio que pudo y avanzó despacio por el pasillo. Era como para preguntarse cuál de los dos estaba peor de la cabeza… Caminó hasta el comedor sumido en la oscuridad, encendió la luz y abrió, una por una, las tres ventanas. El viento aullaba enloquecido al otro lado de los postigos, que temblaban, azotados desde fuera por la lluvia. Tal como preveía, estaban todos cerrados. Poco a poco la angustia iba apagándose y la tensión remitía. «¡Joder, menuda parejita!» Volvió al pasillo que conducía a su dormitorio y, al pasar, abrió un poco la puerta del cuarto de Theo, pensando ya en acostarse y dormir a pierna suelta.

Notó de inmediato el movimiento del aire frío en la mejilla. La humedad… Se quedó quieta, los ojos muy abiertos, el ritmo cardíaco acelerado.

El espectáculo de la habitación —que no estaba a oscuras como las otras, sino iluminada por el resplandor intermitente de los rayos—, de la ventana abierta y del viento que agitaba las cortinas de cuadros y del suelo mojado por la lluvia, la sumió en el más puro horror. Tuvo la sensación de que su pequeño universo familiar se desmoronaba y estallaba en mil pedazos, de que todo a su alrededor estaba envuelto en la horrible irrealidad de una pesadilla, y cuando desplazó la mirada lentamente hacia la cama de Théo, sintió que una garra le atenazaba la garganta…

Vacía…

Tardó unos segundos en lanzar un alarido.

Estaba plantado en el umbral, con el torso desnudo, pálido, flaco.

Y con la pistola automática en la mano.

Un arma que no había llevado del ejército, sino que había comprado en una armería. Una Glock 19, 9 mm Parabellum, a la que, según afirmaba, «podía confiar su vida y la de las personas a quienes quería». Le había expuesto lo fiable que era, le había explicado que esa arma la utilizaban la mayoría de las fuerzas de seguridad e intervención del mundo, incluidas las fuerzas especiales. Aun así, la mera presencia de la pistola en la casa la inquietaba. Por más que él lo negara, sabía que a veces pensaba en el suicidio, y temía que un día la empleara contra sí mismo. O contra ellos…

En ese instante, sin embargo, todo eso quedaba muy lejos.

—Théo ha desaparecido —musitó.

—¿Lo has buscado por la casa?

—La ventana está abierta…

—Revisa la casa. Yo voy a mirar fuera…

Ella posó la vista en la mano que empuñaba la pistola, con el cañón encarado al suelo.

—Deja eso —le rogó—. No lo necesitas para encontrar a Théo. Podría escaparse un disparo por accidente… Tu hijo tiene once años, Walter. No es un… terrorista.

—Tiene puesto el seguro —contestó él.

Ella se lo quedó mirando: las mejillas marcadas, los ojos hundidos, la barba rala y desordenada… «Parece un Cristo —pensó—. Un Cristo con una pistola…» O también un Charles Manson, pero más alto y más guapo. Aunque Manson no tenía cojones para matar por sí mismo y enviaba a los otros para que lo hicieran por él.

—Encuentra a nuestro hijo —le suplicó.

Antes de salir, Walter se volvió hacia ella. Su mirada parecía vacía.

—No te preocupes. No ha podido ir muy lejos. Lo encontraré.

Se marchó corriendo hacia la puerta de atrás, inclinado hacia delante, descalzo sobre la alfombra, como uno de esos comandos de mierda… En esas milésimas de segundo, ella tuvo la certeza de que la guerra lo había trastocado de manera definitiva.

Walter salió bajo la lluvia, con el pantalón del pijama caído hasta el hueso de las caderas, y rodeó el chalet, veloz, agazapado y al acecho, hundiendo los dedos en la hierba empapada.

—¡Théo! —gritó—. ¡Théo!

Corría, empuñando el arma con dedos crispados, y la noche le parecía hostil y peligrosa. Se encontraba allí una vez más, en aquel sitio, cercado por los enemigos, los falsos amigos y los traidores que

conspiraban de madrugada. Rodeado por todos los que odiaban su modo de vida, su civilización, su riqueza, su libertad… En cualquier momento podía plantarse ante él uno de esos cabrones que llevaban un tubito de plata con los versículos del Corán encajado en el turbante, dispuesto a ametrallar la casa con un AK-47, proclamando que Dios era grande. Salió a la calle y avanzó pisando los ríos de agua de la calzada, volvió a llamar. Nada. Allí no había nadie.

Regresó a la casa.

—¿Lo has encontrado? —preguntó a su esposa.

—¡No! —respondió ella—. ¡Voy a llamar a la policía!

La mujer se precipitó hacia el teléfono conteniendo las náuseas.

—Ha desaparecido un niño —anunció Enguehard.

—¿Cómo?

Irène escuchó las explicaciones, amodorrada, con el residuo de sus sueños aún vivos en la cabeza. Había soñado que acariciaba a Zuzka en una pista de baile, en público: se abrazaban y ella le introducía la mano bajo la falda, entre los muslos, ante la mirada fascinada y ávida de los hombres y mujeres presentes en el local de intercambio de parejas. Zuzka jadeaba, gemía y vibraba como un motor, e Irène sentía su humedad en los dedos, su calor. Ahuyentó aquella imagen. Zuzka ya no podía bailar, aunque todavía podía amar.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—No lo sé.

—Voy para allá.

Cortó la comunicación. Dudó un instante antes de llamar a Martin, pero él respondió enseguida. Por su tono y su voz le quedó claro que no lo había despertado. Consultó la hora.

Las dos de la madrugada.

37

Las luces de la policía habían alertado a los vecinos. Se había formado un corrillo de curiosos bajo la lluvia, algunos vestidos y otros en pijama, batín y zapatillas bajo las corolas oscuras y chorreantes de sus paraguas.

El interior del chalet estaba igualmente concurrido. Al ver la abundancia de gendarmes, amigos y vecinos que habían acudido a ofrecer su ayuda, Irène soltó un bufido. «Con eso no va a quedar ni una huella…» Advirtió miradas de inquietud: una pareja de treinta y tantos años, como los padres de Théo, que quizá tenían un hijo de la misma edad; representantes de las fuerzas del orden con cara de impotencia… Todas las luces de la casa estaban encendidas. Aquello parecía una fiesta de cumpleaños que hubiera acabado mal. Se adentró por el pasillo y se asomó al cuarto del pequeño. Servaz ya estaba ahí, delante de la ventana abierta, de espaldas a la puerta, mirando hacia fuera.

Ziegler observó la habitación. Típica de un crío de once años. Pósteres de los superhéroes de Marvel —Iron Man, Thor, Spider-Man, Lobezno— y de Rafa Nadal levantando su undécimo trofeo de Roland Garros, una raqueta de tenis en su funda, Transformers esparcidos sobre la alfombra azul… Una cama baja. Desde el comedor llegaban voces y el chisporroteo de los walkie-talkies.

—Aquí hay demasiada gente —señaló.

—Quizá no tenga nada que ver con los asesinatos —dijo Servaz sin darse la vuelta, con la mirada aún fija en el prado y los oscuros bosques de la parte posterior de la vivienda.

—¿Un chaval de once años que se escapa de casa? —sugirió ella, sin disimular su escepticismo.

—¿Por qué no?

Ambos barajaron en silencio aquella hipótesis.

—¿Te has fijado en el padre? —preguntó él—. ¿Qué impresión te ha dado?

Irène se tomó unos segundos para buscar la palabra adecuada.

—Parece un poco empanado, ¿no?

Por fin se dio la vuelta y la miró, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la silueta recortada contra la ventana abierta, más allá de la cual llovía a cántaros. Hipnótico. Cuando avanzó bajo la luz amarillenta del techo, Irène vio los cardenales violáceos y pardos que le cercaban la nariz hinchada y los pómulos, dibujando sobre su cara una especie de máscara lobuna. Los pómulos estaban tan inflados que daba la sensación de que un cirujano estético acabara de inyectarle ácido hialurónico.

—He hablado con Enguehard —dijo—. El padre es militar. Resultó herido cuando estaba destinado en Mali. Está en tratamiento por estrés postraumático. Los vecinos lo han visto corriendo alrededor de la casa en pijama, descalzo y con una pistola en la mano. Según Enguehard, tiene licencia de armas. Deberíamos preguntarle por esa pistola.

—Ninguna de las víctimas ha sido asesinada con arma de fuego, ¿no? —señaló Irène—. ¿Qué piensas de esto?

—Por ahora, nada. Pero ese tipo se vio sometido a una violencia extrema; una violencia que lo dejó traumatizado. Debe de sufrir pesadillas… Y probablemente tiene fantasías de venganza en las que se lo lleva todo por delante… Son datos que conviene tener en cuenta.

—No encaja con el perfil del asesino… y la desaparición del niño tampoco.

—Sí, lo sé.

Se volvieron al mismo tiempo cuando Enguehard entró en el cuarto, con el walkie-talkie en la mano.

—¡Han encontrado al crío!

—¿Dónde?

—En el bosque, a trescientos metros de aquí.

—¿Está bien?

—Por lo visto, está sano y salvo. Eso es lo único que sé…

Recorrieron a toda prisa el pasillo y el comedor, donde reinaba una gran agitación, atravesaron una minúscula galería poblada de plantas aporreada por la lluvia y bajaron los escalones que comunicaban con el prado de la parte trasera del chalet. En el bosque había luces y resonaban voces. Irène hizo una mueca al advertir las numerosas marcas de pasos que había en el tramo de hierba entre la casa y el bosque. Un instante después vieron salir al niño flanqueado por dos gendarmes. Mientras avanzaban hacia ellos, los conos luminosos de sus linternas temblaban barriendo el claro en todas direcciones. Un chiquillo entre dos adultos, que surgían del bosque. Servaz se acordó de los cuentos de hadas de Grimm y de Perrault. La madre de Théo acudió corriendo para coger en brazos a su hijo.

Servaz observó al padre. Parecía ausente, como si todo aquello no le concerniera. Permanecía inmóvil bajo el aguacero, mirando cómo se acercaba el niño, igual que si se tratara del hijo de otro. Martin pensó que aquel hombre tenía algo que le resultaba familiar. Trató de hacer memoria. Era como un… Cristo… Sí, eso era: se parecía a ese actor *amateur*, Enrique Irazoqui, protagonista de *El Evangelio según san Mateo*… ¡El Cristo más fenomenal de toda la historia del cine, un joven español, militante antifranquista, que no creía en Dios sino en Marx!

El padre, con el torso desnudo bajo la lluvia, tenía la misma mirada que el actor, ardiente y tierna a la vez. Debía de tener unos treinta años. El pantalón del pijama empapado se le había bajado tanto que se le veía parte del vello púbico, aunque aquello no parecía incomodarlo nada en

absoluto. Probablemente ni siquiera era consciente de ello. Servaz pensó que debía de haber pasado por cosas peores en el ejército.

Cuando su hijo llegó a su altura, con los hombros rodeados por el brazo protector de su madre, el padre le acarició el pelo, en un gesto más mecánico que afectuoso. El pequeño Théo no le prestó la menor atención; pasó por delante de él como si no existiera. Servaz observó al padre: no parecía conmovido ni afectado. Estaba ausente… Como si una parte de él siguiera en Mali. Servaz centró la atención en el crío. El pijama holgado que llevaba estaba empapado y el pelo se le pegaba a la cara. Tenía una expresión desorientada, como si acabara de despertar de un episodio de sonambulismo, pero curiosamente llevaba puestos los zapatos, que estaban llenos de barro.

Volvieron en silencio a la casa.

—Vamos a tener que hacerle algunas preguntas —le dijo Ziegler a la madre mientras secaba a su hijo con una toalla y le cambiaba la ropa—. ¿Dónde lo han encontrado? —les preguntó a los gendarmes que lo habían llevado.

—En un sendero en mitad del bosque —respondió uno de ellos—. Parecía que se asustaba al ver la luz de las linternas, pero enseguida se ha quedado callado y tranquilo…

—¿Qué quiere decir?

—Le hemos preguntado qué hacía allí, qué había pasado… Pero no ha respondido. No ha dicho esta boca es mía.

Servaz observó al muchacho. Tenía once años, pero aparentaba nueve. Era más pequeño y enclenque que los demás, como Gustav. Miraba al frente mientras su madre le secaba el pelo con un secador. No parecía traumatizado ni preocupado, sino más bien… indiferente.

Probablemente, al ver día tras día el estado de extravío de su padre, había desarrollado la misma actitud de apatía. «Los niños imitan a los padres…», se dijo Martin. Aunque tal vez lo habían drogado.

—Tiene que examinarlo un médico —dijo Ziegler justo en ese momento—. ¿Hay alguno de guardia?

Enguehard asintió.

—Dígale que salga de la cama y que se presente aquí ahora mismo.

—Hay que interrogar a ese chaval —le comentó a Servaz—, pero yo no soy especialista en interrogatorios infantiles. ¿Y tú?

A Martin se le ocurrió una posible solución.

—Gabriela Dragoman —dijo—. En su tarjeta pone psiquiatra y especialista en psiquiatría infantil y juvenil. Quizá podríamos pedirle que nos ayude con eso.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —contestó Irène, dubitativa.

En el walkie-talkie de Enguehard sonó una voz: «Hemos encontrado algo…»

—¿Qué exactamente? —dijo el gendarme, después de apretar el botón

de emisión—. Cambio.

—Unas huellas de pasos al lado de las del niño. Son de un adulto… Cambio.

Servaz e Irène intercambiaron una mirada.

—Vamos a verlo —ordenó ella de inmediato.

Un calzado de hombre de suela dentada, del número 41 o 42. En un sendero que se adentraba en la espesura del bosque. «Un bosque muy oscuro para un niño», pensó Servaz. Era evidente que acompañaban los pasos de Théo durante un tramo, en una dirección y después en sentido inverso, como si hubieran estado hablando mientras paseaban, yendo y viniendo en plena noche. Después las pisadas del adulto se alejaban por el bosque, mientras que el niño se había quedado quieto. Eran recientes, pues de lo contrario la lluvia ya las habría borrado.

Ziegler se volvió hacia Enguehard.

—¿Tienen a alguien que se ocupe de este tipo de huellas? —preguntó, señalando las del adulto.

—Sí.

—¿No podrían ser las huellas que haya dejado alguno de ustedes?

—No —respondió el gendarme que las había localizado—. Aquí no ha venido nadie, aparte de los que han encontrado al chico, y no son sus huellas. Las suyas están ahí —añadió, apuntando hacia otras marcas de pisadas que había cerca.

—De acuerdo. Aun así, comprobad que nadie de la casa haya venido hasta aquí antes de que llegáramos nosotros.

Volvió a mirar las marcas del suelo. Empezaban a borrarse ya, difuminadas poco a poco por la lluvia y el barro líquido que se deslizaba por el sendero. No les iba a dar tiempo a tomar muestras. «Mierda, mierda…»

—¡Buscadme una regla graduada! —gritó—. ¡Tiene que haber alguna en el cuarto del niño! ¡Deprisa! ¡Y decidle al fotógrafo que venga ahora mismo!

Se agachó al lado de las huellas, puso una mano en paralelo, las enfocó con el móvil y accionó el flash.

—¿Qué? —preguntó Servaz al cabo de cinco minutos.

—No parece que le haya gustado mucho que la despertaran en plena noche —respondió Ziegler guardando el teléfono—. Me ha dicho que la había interrumpido en medio de un sueño erótico, un sueño extraordinario en el que… «follaba con un… oni» o algo por el estilo… Eso es lo que ha dicho. Pero cuando le he hablado de Théo, es como si se hubiera despertado de repente y ha aceptado venir de inmediato. Incluso ha recomendado que la esperemos antes de hacerle ninguna

pregunta, y que lo tengamos en un cuarto tranquilo, familiar para él, al margen de la gente que hay en la casa, como su habitación, por ejemplo, un sitio en el que se sienta seguro. También ha dicho que, mientras tanto, dejemos por el momento a su madre con él, para tranquilizarlo… pero que no hable con nadie más. ¿Qué es eso de un «oni»?

—Un demonio japonés —le explicó él—. Llevan taparrabos, tienen la piel roja, cuernos en la frente y una estatura gigantesca.

—Diablos nipones, vamos… Qué sueño tan interesante —comentó Irène.

—Te ha tomado el pelo.

—Eso parece. No sé cómo reaccionaría yo si fuera un hombre el que me hiciera ese tipo de broma por teléfono…

38

Gabriela Dragoman se desabrochó la gabardina con doble hilera de botones y le tendió la prenda empapada a uno de los gendarmes, como si fuera el encargado del vestidor de un restaurante de categoría. Debajo llevaba un conjunto de pantalón corto de color rosa palo con un escote de cuello de pico, que lograba la proeza de realzar a un tiempo sus piernas bronceadas, sus hombros desnudos y sus pechos siliconados. Un reloj de oro y unos zapatos de tacón alto completaban su atuendo.

El comedor estaba lleno de hombres que la miraron sin excepción al pasar. Servaz advirtió que aquello irritaba a Irène. Probablemente consideraba que aquella manera de vestir no era la más apropiada, dadas las circunstancias.

En cuanto abrió la boca, no obstante, la psiquiatra empleó el mismo tono altanero, profesional y frío que la vez anterior.

—¿Dónde está?

—En su cuarto —respondió Ziegler.

La psiquiatra barrió con la mirada a los gendarmes concentrados en el chalet, que no le quitaban el ojo de encima.

—Aquí hay demasiada gente. ¿Lo ha examinado un médico?

Ziegler le dio el nombre del doctor, que a la psiquiatra pareció resultarle familiar.

—Ninguna herida ni marca particular, y tampoco indicios de agresión sexual… Aunque sí hemos encontrado las pisadas de un adulto al lado de las suyas en el bosque…

Gabriela Dragoman entornó los ojos. Irène ya le había hecho un resumen de la situación por teléfono.

—¿Está su madre con él?

—Sí.

—¿Y su padre? ¿Ha ido al encuentro de su padre?

Irène negó con la cabeza.

—Ha hecho como si no existiera —explicó—. El padre… padece un síndrome de estrés postraumático. Es un ex militar que resultó herido en combate. Lo trata un psiquiatra del ejército.

—He oído hablar del tema.

La doctora frunció el ceño bajo un bonito mechón de pelo rubio.

—En la primera sesión con un niño, siempre presto mucha atención a la configuración familiar. A esas edades, el niño y su madre componen una configuración normal, de la que no se puede extraer ninguna información. El niño con dos padres se observa tanto en las familias

jóvenes, muy motivadas por la educación de los hijos y la distribución de las tareas, como en las familias desavenidas, donde cada cual quiere vigilar lo que diga o haga el otro progenitor. El niño solo con el padre se da a menudo como consecuencia de una discordia o de un divorcio. Por otra parte, cuando la madre está sola con el niño, sentirá la tentación de incluir al psicólogo, o en su caso, a los policías, en su control omnipotente del universo del niño, de influir de forma consciente o inconsciente en la comunicación entre éste y los demás adultos. Así que, ahora que ya está más tranquilo, hay que hacerla salir para interrogarlo sin ella. Por otra parte, si quieren obtener resultados, será necesario establecer una comunicación que se asiente en un intercambio afectivo-positivo, evitando provocar un rechazo por una intromisión evidente de las preguntas. Dejen que yo me ocupe. Vamos allá.

Recorrieron el pasillo, revestido de madera al igual que el resto de la vivienda, y entraron en el cuarto. Théo estaba sentado en el suelo, en un cojín. Como Mathis, jugaba con una tablet, y su madre permanecía cerca de él.

—Buenos días, Théo —saludó la psiquiatra con voz cálida y afable, pero envuelta de autoridad.

Servaz advirtió que el niño reaccionaba con una mirada cargada de curiosidad. La doctora había logrado captar su atención, algo que Ziegler no había conseguido en su momento.

—¿Me puedo sentar contigo?

Sin aguardar la respuesta, cogió otro cojín y lo colocó como a medio metro del niño, en la frontera exacta entre la esfera personal y la esfera íntima, según determinó Martin, que se planteó si las distancias sociales y la gestión del espacio interpersonal eran iguales en el caso de un adulto que de un niño.

Gabriela Dragoman estuvo más de cinco minutos haciéndole preguntas al niño sobre sus juguetes, como si le apasionara el tema. Viéndola alegre y risueña, Servaz apenas reconocía a la mujer distante y altiva que los había recibido en su búnker ultramoderno lleno de cuadros extraños.

A continuación la doctora se volvió hacia la madre.

—Debo pedirle que salga un momento…

—Es que…

—Por favor.

No era una petición, sino más bien una orden, seca e imperiosa. La madre palideció y se levantó.

En cuanto salió de la habitación, Gabriela se volvió de nuevo hacia el muchachito, con una sonrisa de complicidad.

—Théo, yo no voy a contarles nada a tus padres de lo que hablemos a partir de ahora —aseguró—. No les voy a hablar de eso, aunque después tú puedes hacerlo si quieres. Eres tú el que decide, ¿entiendes?

Théo asintió lentamente.

—Todo esto será como un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo?

El niño volvió a asentir.

—Bueno. Cuando los gendarmes te han encontrado, estabas en el bosque. ¿Qué hacías en el bosque?

—¿Cómo?

—¿Qué hacías en el bosque?

—No tengo ganas de hablar de eso —contestó el niño.

—¿Por qué no, Théo?

—Porque no.

—Théo, ya te he dicho que no se lo voy a contar a tus padres. Quedará entre nosotros.

—Ése se llama Megatron —dijo Théo, señalando uno de los muñequitos—. Es el jefe de los Decepticons.

—Théo, ¿no quieres hablar de lo que ha ocurrido en el bosque?

—No.

—¿Por qué?

—¡No quiero hablar de eso! —chilló el niño de repente, a pleno pulmón—. ¡No quiero! ¡Vete!

—Y ése ¿cómo se llama? —se apresuró a preguntar Gabriela Dragoman, cogiendo otro Transformer.

El niño suspiró, repentinamente calmado.

—¡Ése es Optimus Prime! Pfff… —respondió, al parecer decepcionado por la ignorancia de la psiquiatra.

—¿Te gusta dibujar, Théo?

El muchacho despegó la vista de los juguetes para observar a la psiquiatra, y asintió.

—¿Quieres hacerme un dibujo?

El niño fue hasta su pequeño escritorio y volvió con una hoja y varios lápices de colores.

—¿Quieres dibujarte a ti mismo en el bosque esta noche?

Servaz contuvo la respiración. Théo se quedó pensativo. Después cogió los colores y se puso a dibujar. Gabriela se levantó y se aproximó a ellos.

—En el niño de entre siete y once años —explicó—, una de las modalidades de comunicación aconsejadas en situación de investigación es el dibujo. Primero es el juego. Después pasamos a lo que en nuestra jerga denominamos «diálogo de tipo adulto».

Servaz pensó que, en la práctica psiquiátrica de Gabriela Dragoman, había una gran brecha entre sus pacientes adultos aquejados de diversas parafilias y los niños a quienes trataba. De todas formas, la sociedad se infantilizaba cada vez más, y muchos adultos de hoy en día no querían despegarse de la infancia.

—¡Ya está! —anunció Théo a su espalda.

La doctora se volvió, y los tres se acercaron al chiquillo. Gabriela se inclinó para coger el papel con sus dedos de uñas pintadas.

—¿Me permites, Théo?

El niño asintió con ganas, muy orgulloso del resultado. Los tres se concentraron en el dibujo. Unos árboles representados con lápiz negro, la lluvia con breves rayas azules, un camino de tierra marrón que se adentraba entre los árboles… y dos siluetas que caminaban juntas por él. Una de ellas era más alta que la otra.

Un niño y un adulto…

—¿Y éste quién es, Théo?

La psiquiatra señalaba la figura que acompañaba al niño. Servaz se estremeció. Aquella forma apenas bosquejada transmitía algo inquietante, algo amenazador. Observándola, sentía una especie de pavor, como si el dibujo fuera a cobrar vida de pronto y la figura pudiera escapar de la hoja. Apartó la vista para centrar la atención en el chiquillo, que de nuevo permanecía callado, encerrado en su mutismo.

—¿No me lo quieres contar?

La voz de la psiquiatra sonaba igual de suave y aterciopelada que antes. El propio Servaz no era insensible a ese tono, que tenía el efecto de una caricia para su cerebro reptiliano. Aun así, el crío negó con la cabeza.

—¿Por qué?

No hubo respuesta.

—Théo, ya sabes que soy tu amiga, ¿no?

El niño asintió en silencio.

—Entonces, ¿por qué no se lo quieres contar a tu amiga?

No hubo respuesta.

—¿Por qué te has puesto los zapatos? ¿Por qué has ido tan tarde al bosque?

No hubo respuesta.

—¿Habías quedado con alguien?

No hubo respuesta.

—Ah, ya sé, no puedes hablar de eso, ¿verdad?

Vieron cómo Théo asentía sin mirarlos, con la mirada fija al frente.

—¿Me dejas quedarme con el dibujo? ¿Me lo das?

El niño volvió a asentir. Gabriela se incorporó, con el papel en una mano. Mientras se ajustaba la parte inferior del pantalón, Servaz admiró un instante sus piernas bronceadas.

—Esta noche no va a decir nada… Creo que somos demasiados, que aplicamos una presión excesiva para un niño de esta edad, que además debe de estar muy cansado. Por otro lado, si le ha prometido a alguien que no diría nada, es demasiado pronto para sonsacárselo. Se necesitarán varias sesiones, pero acabará por hablar.

—No tenemos mucho tiempo —señaló Irène.

La psiquiatra le lanzó una mirada condescendiente y hostil.

—Si se le ocurre algo mejor, soy toda oídos…

Las mejillas de Irène se sonrojaron. Salieron de la habitación, y la madre, que esperaba en el pasillo, se precipitó al interior. El salón se había vaciado, sólo quedaba el padre, que contemplaba el techo tirado en un sillón, con la cabeza inclinada hacia atrás y los pies apoyados en la mesita del sofá, como un Cristo postrado antes del levantamiento de la cruz.

Ziegler se acercó al antiguo militar y le susurró algo. Servaz dedujo que le pedía que se pasara por la gendarmería al día siguiente. El hombre la escuchó con aire ausente, sin despegar la mirada del techo.

Al salir bajo la lluvia nocturna, Servaz se dio cuenta de que el malestar que lo había embargado al examinar el dibujo de Théo seguía ahí. Su inquietud iba en aumento. Lo que ocurría en ese valle no se limitaba a una serie de crímenes, por muy espantosos que fueran. Era algo que iba mucho más allá. Una llamada de socorro de Marianne, tres cadáveres torturados, un desprendimiento de tierra, explosivos… Y ahora un adulto que conversaba con un niño en el bosque en plena noche y un niño que se negaba a hablar…

Era demencial.

—Aquí está pasando algo que se nos escapa por completo —dijo al tiempo que se sentaba en el coche—. Algo todavía más… terrorífico de lo que imaginábamos.

La lluvia aporreaba el techo del vehículo.

—¿Más terrorífico que un tipo desnudo y muerto congelado con un bebé de plástico en la barriga? —replicó con escepticismo Ziegler, arrancando el motor—. ¿Más terrorífico que otro que muere ahogado, después de que lo dejaran maniatado y con la boca abierta debajo del chorro de una cascada?

—Más terrorífico que todo a cuanto nos hayamos enfrentado hasta ahora, Irène…

Ella puso en marcha el limpiaparabrisas. La lluvia danzaba sobre la luna delantera.

—Te has olvidado de lo del invierno del 2008-2009.

—No. No me he olvidado de nada. Los que mueven los hilos aquí son quizá todavía más retorcidos y maquiavélicos que Julian Hirtmann. Creo que quienes se cruzan con ellos todos los días en el trabajo o en la calle no sospechan que puedan ser la encarnación del Mal, ni hasta qué punto son peligrosos. Y en este valle, nadie puede escapar de ellos…

—Por Dios, ¿tú te estás oyendo?

Aun así, Irène sabía por experiencia que Martin no solía equivocarse en sus corazonadas. Y estaba segura de que, después de aquello, le iba a costar un mundo conciliar el sueño.

39

La vieron demasiado tarde. Una pequeña multitud, de unas cincuenta personas, se había congregado delante del hotel. Gritaban eslóganes, probablemente con la intención de despertar a los policías que se alojaban en el establecimiento, pues a esa hora no había nadie más en las calles.

—¡Mierda! —exclamó Ziegler.

En cuanto vieron el Ford Ranger con los distintivos de la gendarmería, los manifestantes se precipitaron hacia ellos y rodearon el vehículo. Servaz entrevió caras de rabia o de simple curiosidad, y un par de pancartas escritas con prisas, que denunciaban la pasividad de la policía y del ayuntamiento. En una de ellas podía leerse: ¡PROTEJAMOS A NUESTROS HIJOS! Oyó el repicar de puños sobre la carrocería. Era demasiado tarde para retroceder. A pesar de la hora, la noticia del episodio de Théo debía de haberse propagado por las redes sociales y los móviles… y alguien había tenido la brillante idea de sacar a esa marabunta de la cama.

—Joder —gruñó Irène mientras abría la puerta.

Enseguida los acogió un coro de silbidos y abucheos. La capitana alzó las manos en señal de paz, mientras Servaz bajaba del coche.

—¡Calma! Sólo queremos pasar… ¡Como ya saben, la investigación sigue su curso y… vamos avanzando!

Los gritos y los silbidos se intensificaron, ignorando sus palabras.

—¿Hay alguien que pueda hablar en nombre de todos? —preguntó.

Servaz captó la onda de indecisión que recorrió a la multitud. Poco después un individuo alto y barbudo dio un paso al frente.

—Yo —dijo.

Era ancho de hombros y vigoroso, sin ser esbelto. Tenía el tipo de corpulencia que suele asociarse a los oficios que exigen fuerza y resistencia, un semblante enérgico y unas cejas pobladas sobre unos ojos que centelleaban con dureza y frialdad. A pesar de todo, no tenía pinta de fanático. Más bien parecía un hombre libre, que no acepta la autoridad salvo si la considera legítima y que se somete sólo a las leyes que sus principios han aceptado de antemano. Servaz le calculó unos cincuenta y tantos.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué más da cómo me llame? ¿Acaso van a detenerme? —replicó en un tono desafiante, aunque sin animosidad, con un gesto con el que tomaba por testigo a la multitud.

Nuevos silbidos y abucheos. Servaz permanecía atento, por si de repente a algún energúmeno le daba por creer que dos policías en plena noche constituían una presa fácil. Pero el pequeño grupo parecía compuesto sólo por ciudadanos honrados, enfadados o preocupados, lo que, por otra parte, era más que comprensible.

—Por ahora no —respondió Ziegler con una sonrisa—. Me basta con su nombre de pila…

—William —respondió el otro con cautela, como si aquella única concesión supusiera casi una rendición frente a las fuerzas del orden.

—Muy bien, William, ¿qué es lo que quieren concretamente?

Servaz vio la sonrisa que afloró en los labios del grandullón: estaba saboreando su momento de gloria. Aun así, enseguida se puso serio.

—¿Que qué queremos? —repitió, con fingida incredulidad, antes de volverse hacia los demás—. Que nos digan la verdad. Queremos saber qué están haciendo. Esta noche han encontrado a un niño de once años en el bosque en compañía de un adulto… Queremos saber qué van a hacer para proteger a nuestros hijos y al resto de la población.

—Saben perfectamente que no podemos hablar de la investigación a estas alturas —le contestó Ziegler, elevando la voz para que la oyeran los demás—. Estamos haciendo progresos… Les pondremos al corriente a su debido tiempo.

—¿Y cuándo será eso? —quiso saber el barbudo.

—No les voy a mentir: todavía no lo sé —declaró Irène con firmeza.

El hombre era más alto, pero ella le sostenía la mirada. El coloso se acarició la barba, como si apreciara esa actitud.

—Estoy seguro de que tienen una pista, un sospechoso —replicó—. Pero como se trata de alguien importante, lo mantienen escondido hasta que estén seguros o hasta que hayan encontrado a otro culpable. Si fuera uno de nosotros, su nombre ya estaría en los periódicos…

Miró a los demás, suscitando un clamor de aprobación.

—Ah, ya estamos con ésas —dijo Irène—, con la historia de las élites contra el pueblo… Es algo que siempre funciona, no falla…

—También queremos saber cuándo van a abrir la carretera —dijo el barbudo—. Díganle a la señora alcaldesa que necesitamos ir a trabajar. ¿Quién decide quién tiene o no derecho a subir al helicóptero? Queremos poder decidir por nosotros mismos. Aquí hay personas que corren el riesgo de perder su empleo, personas que están con el agua hasta el cuello y que se hunden un poco más con cada día que pasa sin que puedan ir a trabajar, personas que necesitan atención médica, ir a rellenar papeles a la administración…

—Las rotaciones se deciden en función de las urgencias médicas y los riesgos de desabastecimiento —contestó Irène, inflexible—. De todas formas, le comunicaré sus peticiones a la señora alcaldesa.

—No vamos a conformarnos con eso —replicó William.

Irène lo miró de arriba abajo.

—¿Y qué piensan hacer?

—Dígale a la señora alcaldesa que, a partir de ahora, no se va a hacer nada sin nosotros ni contra nosotros. Si no…

—¿Y a quién representa ese «nosotros»? —preguntó Ziegler, paseando la mirada sobre la pequeña multitud—. Y si no, ¿qué…?

Servaz vio cómo rodeaba al tipo alto y se ponía en marcha para avanzar con paso resuelto entre el gentío, dirigiéndose al hotel sin hacerse eco de las protestas y los silbidos. Por su parte, él hizo lo mismo. Mientras subía las escaleras, acompañado por los abucheos, recordó lo que había dicho un psicólogo en una conferencia a la que había asistido tiempo atrás: a las multitudes les gustan las respuestas simples. Las palabras como «justicia», «libertad», los eslóganes. Prefieren lo irreal a lo real, las creencias a los hechos, la desobediencia a la autoridad, la ira a la razón, la simplificación a la complejidad. Las reivindicaciones de una multitud podían ser legítimas y con frecuencia lo eran, había explicado el psicólogo, pero los trabajos de Le Bon, Freud, Festinger y Zimbardo sobre la psicología de masas habían establecido que, por muy sensatos y razonables que sean los individuos, en cuanto se sumergen en un colectivo la mayoría de ellos pierden no sólo sus inhibiciones, sino también su sentido común, su independencia de criterio y a menudo sus propios principios. A eso lo denominaban en psicología social la «desindividualización de grupo». La consecuencia de todo ello era, tal como había añadido con una apasionada sonrisa aquel psicólogo con pajarita en el cuello, que a las multitudes les gusta la sangre: las guillotinas, los incendios, las lapidaciones, los linchamientos, las destrucciones, los chivos expiatorios… En la pantalla que tenía detrás se sucedían imágenes de la India, de Pakistán, de África Central, pero también de las localidades francesas en las que, en ocasiones, se desataba la violencia.

Lo malo, pensó, era que hoy en día las redes sociales sumían a unos individuos antaño autónomos y autoconscientes en un estado de desindividualización permanente, en un baño de hechos y de fantasmagorías alimentado sin tregua por el o los grupos con los que se conectaban.

—Joder —maldijo Irène al entrar en el hotel—, ¿qué coño es todo esto? ¡Maldita sea!

—¿Quieres tomar una copa? —le propuso él.

Ella se lo quedó mirando.

—¿En serio? Si son casi las cuatro de la madrugada…

—Y todo el pueblo está despierto, por lo que se ve. Creo que nos vendrá bien.

En la calle, los gritos empezaban a remitir. Después de aquel primer contacto con la autoridad, volverían a la carga más tarde. Servaz se dijo que ese tal William no parecía un descerebrado, que sin duda obraba movido por un deseo sincero de mejorar las cosas. Hacía mucho que se

había roto la confianza en ese país. Fue hasta la barra y, tras decidir que quedaba oficialmente abierta por requisa policial, cogió una botella de Laphroaig y sirvió un par de copas.

—La situación se está descontrolando —opinó Ziegler cogiendo la suya—. No tardarán en ponerse a buscar al culpable por su cuenta, y cualquiera servirá para pagar el pato…

—Martin, ¿qué pasa? ¿Sabes qué hora es?

—Perdone, doctora —se disculpó—. Sólo tenía ganas de hablar.

Léa se quedó callada un instante. La imaginó sola en su cama.

—¿Cómo va tu investigación? —preguntó con una voz impregnada de sueño.

—No es mi investigación —contestó—. Bueno, sí y no. No sabría decir.

—Ahhh. —Bostezó—. ¿Quieres que te eche una mano?

—No hará falta, Sherlock —respondió sonriendo.

—Como usted quiera, Watson. He leído los periódicos —comentó, con repentina seriedad—. Es horrendo… ¿Cómo se puede matar a alguien de esa forma?

—De esa forma o de cualquier otra —la corrigió él.

—Ya… no me refería a eso…

La oyó moverse en la cama.

—¿Quieres que te deje dormir?

—No, estoy bien. Ya sabes que tengo el sueño ligero. ¿Tenéis una pista o algo?

—Nada concreto por ahora —reconoció—. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido el día?

Se le ocurrió que era un poco tarde para hacer ese tipo de preguntas. Además, temió que se pusiera a describir otro caso de un niño enfermo, pero ella se adentró por otros derroteros:

—Ayer tuve un encontronazo con un colega. Se puso a cuestionar mi diagnóstico delante de todo el mundo, intentó humillarme… Ese imbécil se cree que sabe más que nadie. Tiene a todas las enfermeras rendidas a sus pies y está convencido de que no hay mujer que se le resista. Ya te imaginas la clase de tipo que es. Joder, no lo trago.

De repente, Martin se temió lo peor.

—¿Cómo se llama ese colega?

—Gaudry. Jérôme Gaudry. Tú no lo conoces… Es un idiota.

Léa soltó una carcajada, pero él percibió un fondo de amargura en su voz. Sintió que se le encogía el estómago. Léa casi nunca se alteraba de esa forma por cosas relacionadas con el trabajo. Parecía furiosa y ofendida. ¿Sería porque, en algún momento, el doctor Jérôme Gaudry había sido algo más que un colega?

—Lo siento, cariño —dijo.

—No sé por qué me pongo así sólo por un gilipollas.
—¿Hace mucho que trabajas con él?
—Dos años.
«Tiempo suficiente para intimar y para distanciarse…» Se culpabilizó por pensar eso. Era injusto.
—Te echo de menos —dijo ella de pronto.
—Yo a ti también.
—Mucho.
Él se quedó callado. Volvió a verla hablando con el doctor Jérôme Gaudry en ese pasillo del hospital, con sus rostros tan cerca el uno del otro. Aquel día no le dio la impresión de que lo detestara precisamente.
—Martin, ¿pasa algo?
—No, no, todo va bien.
—Martin, te conozco… ¿Qué estás pensando?
—Nada, de verdad.
—Martin…
—Es por el trabajo —mintió—. Es este valle. Eso de estar encerrado aquí con un asesino… —Había estado a punto de decir «asesinos», pero con uno solo ya resultaba bastante inquietante—. Estar en vilo por si vuelve a pasar a la acción… Vamos a ciegas. Y esta noche, ha pasado algo curioso.
—¿Qué?
—Una pequeña multitud nos ha interceptado cuando volvíamos al hotel, hace una hora. Nos han rodeado como si quisieran agredirnos. Ha sido bastante… acojonante.
Un lapso de silencio por parte de Léa.
—¿Hace una hora? —dijo por fin.
—Sí. ¿Por qué?
Otro silencio.
—¿Y qué has hecho luego?
—He tomado algo en el bar.
—¿Ah, sí? ¿Con quién? ¿No estaba cerrado a esa hora?
—Lo he abierto para la ocasión. Estábamos Ziegler y yo.
—Ah… ¿Y estabais… sólo los dos?
Martin sonrió.
—No me creo que estés celosa.
—Igual sí.
—¿No confías en mí?
—Sí, Martin. Pero he estado cotilleando un poco en internet. Irène Ziegler es una mujer muy guapa.
—¿Cómo dices?
—Es broma, idiota —contestó ella con una risita—. De todas formas, por cómo hablas de ella, tengo la impresión de que esa Irène tuya es muy guapa.
—Es lesbiana, Léa. Y no es «mi Irène».

—Ah, ya… Igual es bi, ¿quién sabe?
—Y tú, ¿eres bi? ¿Alguna vez has tenido pensamientos eróticos con una mujer?
—Te recuerdo que ya hemos mantenido esta conversación antes —respondió ella con voz algo más ronca.
Por la pregunta que le hizo a continuación, Martin tuvo claro que el rumbo que había tomado aquel intercambio era de su agrado:
—¿Te apetece… acariciarte? —dijo Léa en voz baja.
—Me apetece que te acaricies tú…
Un silencio.
—Tengo que levantarme temprano, Martin… No sé si es una buena idea… ¿Quieres que me acaricie? ¿De verdad?
La voz de Léa se había vuelto más grave aún.
—Sí —respondió.
—¿Seguro? ¿De verdad?
—No te voy a suplicar…
—No hace falta, guapo, si es lo que quieres…

40

La niebla.

Un muro de guata gris.

Una mano brumosa cerrándose en torno al pueblo.

Las ocho de la mañana.

Había dormido sólo tres horas.

En pijama delante de la ventana, Servaz contempló los techos prácticamente engullidos por aquella masa gris, antes de dirigirse al minúsculo cuarto de baño para tomar dos comprimidos, uno de paracetamol, otro de codeína. Estaba magullado, le dolía todo el cuerpo. Además, tenía un gusto desagradable en la boca.

—¿Han descubierto ya al asesino? —le preguntó Mathis en el desayuno.

Le alborotó el pelo al muchacho.

—Casi —mintió—. ¿Y tú, has acabado el libro?

—Casi —respondió Mathis con un guiño.

Servaz no pudo evitar un sentimiento de decepción: el chiquillo había vuelto a coger la tablet, dejando el libro abandonado. Al reparar de nuevo en su triste y seria expresión de adulto en miniatura, de niño que ha madurado demasiado pronto, se acordó de Gustav.

—¿A qué te gustaría dedicarte cuando seas mayor, Mathis?

El muchacho se concentró, frunciendo el ceño.

—No sé… Pero seguro que no seré poli…

La respuesta lo cogió desprevenido.

—Ah, ¿y eso por qué?

—Porque mi padre odia a los polis. Todo el mundo odia a los polis…

Servaz pensó que aquello empezaba a cabrearlo, y se dijo que, más tarde, debería mantener una pequeña conversación con el padre de ese chico.

—Yo soy un poli —señaló—. ¿Tú me odias?

—No es lo mismo —admitió Mathis.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Bueno, porque no eres como los otros polis… Porque me regalas libros. Porque eres una buena persona.

Salió del hotel muy irritado y, mientras caminaba hacia el coche a través de la bruma, tuvo la sensación de adentrarse en el baño de vapor de un hammam. La niebla no se estaba quieta, iba a la deriva por las calles, lamiendo las fachadas. De repente Servaz notó un escalofrío en la nuca. Se dio la vuelta. Por un instante le pareció como si alguien lo

siguiera, lo observara. Pero ahí no había nadie…

Al entrar en la gendarmería, vio que el despacho de Enguehard estaba vacío, de modo que se encaminó a la sala de reuniones sin que se hubiera disipado del todo su mal humor. Habían encendido ya los fluorescentes —la gasa blanquecina que se había posado sobre el pueblo se pegaba a las ventanas— y todos los agentes estaban ya en pie de guerra. Podía palparse la electricidad que circulaba en torno a la mesa. Eran como el comité de redacción de un gran periódico que cubriera una noticia importante.

—Tres víctimas adultas y, de pronto, se nos presenta ese asunto de un niño de once años. Había un adulto con él en el bosque… ¿Se trata de la misma persona? ¿Era el asesino? ¿Tenía intención de matar al niño y renunció en el último momento? ¿O bien no hay ninguna relación entre ambos sucesos?

Irène descargó un par de golpecitos con la regla sobre la pizarra blanca del fondo. Servaz observó el esquema dibujado con rotulador.

—No olvidemos que, en el caso de los Hosier, asesinaron primero al hijo antes de encargarse del padre. Indagad en la vida de los progenitores del pequeño Théo. El padre volvió de Mali y sufre estrés postraumático. Centraos en eso… He pedido que establezcan un perfil del asesino partiendo de la hipótesis de que el individuo que anoche se hallaba en el bosque sea también el asesino de Kamel Aissani, de Timothée y de Martial Hosier…

—No hay nada que respalde esa hipótesis —objetó el hípster elevando la voz—. Podría despistarnos en lugar de hacernos avanzar, ¿no cree? ¿No sería mejor desvincular ambos casos?

Servaz vio que Irène abría mucho las aletas de la nariz, como el belfo de un caballo en tensión. Le lanzó al barbudo una mirada adusta, aunque tenía que reconocer que las objeciones del joven eran bastante pertinentes, al menos en opinión de Martin.

—Ah, entonces… ¿qué propones? —replicó Ziegler sin poder ocultar su animosidad hacia el agente—. ¿Que dejemos a un lado lo que ha ocurrido esta noche para que se ocupen de eso los gendarmes de la brigada?

—No, yo no he dicho eso —contestó el joven mirando a los demás—. Pero creo que no deberíamos tratar de forzar una relación entre dos casos que quizá no tienen nada que ver entre sí.

—Y según tú, ¿quién era el que estaba anoche con el niño en el bosque?

—¡Y yo cómo voy a saberlo! —exclamó él levantando las manos—. Igual no había nadie, puede que todo sean invenciones del chaval…

Ése era el patinazo que ella estaba esperando.

—Ya, el mismo chaval que calza un cuarenta y dos, ¿no? —ironizó.

En torno a la mesa estallaron las risas. Al ver que el hípster bajaba la cabeza, Servaz consideró que había llegado la hora de intervenir.

—Yo estoy de acuerdo con él. Creo que todavía no podemos relacionar el episodio del niño con los asesinatos, es demasiado pronto para eso. Que alguien se ocupe de averiguar todo lo posible sobre la vida del chaval y de sus padres, pero el resto del grupo no debería tenerlo en cuenta ni trabajar en esa línea… al menos por ahora.

Un chispazo de irritación atravesó los ojos de Irène.

—Martin, te recuerdo que tú no estás aquí —murmuró—. Y que tampoco formas parte del equipo.

—Entonces, digamos que solamente oís voces.

Nuevo coro de risas, más sonoras esta vez. Ninguno de ellos ignoraba que había una leyenda en la sala, ni siquiera los miembros de la gendarmería. Advirtió que el joven hípster le dirigía una mirada agradecida. Y que Irène estaba bastante cabreada.

—Una cosa más —prosiguió la capitana—, la lista de los empleados de la cantera: Boscher tiene una coartada. Por consiguiente, nos va a tocar entrevistarlos uno a uno. Ya sé que hoy es sábado, pero tendréis que localizarlos y traérmelos aquí. Averiguad si corren rumores sobre ellos. Hay muchas posibilidades de que el que hiciera volar la montaña esté en esa lista.

Abrió una pausa, apuntando con la regla el punto de la pizarra donde había escrito: 2 asesinos.

—No olvidemos además que, según la forense, Timothée Hosier fue víctima de dos agresores. Su padre, en cambio, sólo recibió un golpe… ¿Eso significa que hay dos asesinos? ¿O bien uno solo que actuó con un cómplice puntual?

—Parece que los de *La Dépêche* tienen una opinión al respecto —anunció un gendarme que acababa de entrar en la sala.

Dejó caer un periódico encima de la mesa. Todos se inclinaron para leer el titular:

¿CUÁNTOS ASESINOS HAY EN AIGUESVIVES?
La hipótesis del doctor Devernis, psiquiatra, pp. 6-7

Irène cogió el periódico y lo abrió en las páginas indicadas:

> El doctor Devernis conocía bien a Timothée Hosier, una de las víctimas del valle de Aiguesvives. Fue él quien lo evaluó cuando aún era un adolescente, después de que lo declarasen culpable del asesinato de su hermana menor, y quien determinó, junto con otra psiquiatra, su irresponsabilidad penal. Timothée Hosier tenía dieciséis años cuando volvió del colegio y, en ausencia de sus padres, mató a su hermana en su cuarto. Quince años después de esos hechos, encontraron su cadáver atado debajo de una cascada en las proximidades de Aiguesvives, un municipio de cuatro mil habitantes situado en el límite entre el Alto Garona y los Altos Pirineos.
>
> ¿Es posible que las motivaciones del o de los asesinos guarden

relación con el pasado del joven? El padre de la víctima, Martial Hosier, ginecólogo de Toulouse, también fue localizado, asesinado, en ese mismo valle. Se trata, pues, de la tercera vez que la desgracia se ceba en esa familia, de la que sólo continúa viva la madre, Adèle Hosier. Según una fuente fiable, Timothée Hosier no fue agredido por una sola persona, sino por dos. De acuerdo con ello, habría dos asesinos actuando en ese recóndito valle del Pirineo, una especie de «Dúo del Crimen», por así decirlo. Hasta la fecha, se les puede atribuir un tercer asesinato: el de Kamel Aissani, un crimen ocurrido en el mes de febrero silenciado por las autoridades judiciales y que, al parecer, se interpretó en principio como un simple accidente de montaña.

¿Qué es lo que sucede en Aiguesvives? ¿Quién mata y por qué lo está haciendo?

Y, sobre todo, ¿el Dúo del Crimen va a entrar de nuevo en acción? En este preciso momento la población de Aiguesvives está atrapada a causa de un derrumbe que cortó la única carretera de acceso al valle. Una carretera que, según asegura la Dirección Interdepartamental de las Carreteras del Sudoeste, continuará cortada durante días o incluso semanas. No es difícil imaginar la angustia de los lugareños. La alcaldesa de Aiguesvives, Isabelle Torres, a quien hemos consultado, nos ha respondido que «han tomado todas las medidas posibles, en colaboración con la gendarmería, para garantizar la seguridad de los habitantes del valle». Queda por ver durante cuánto tiempo se va a prolongar esta situación.

—¡El Dúo del Crimen! —exclamó Irène, indignada—. ¡Joder! ¿Quién demonios les ha pasado esa información?

Paseó la mirada en torno a los reunidos, y Servaz vio que todos ellos agachaban la vista para clavarla en la mesa.

—Está claro que debe de haber salido de los servicios de medicina forense… —añadió Irène, sin duda para no dar la impresión de que acusaba directamente a los presentes.

—La doctora Djellali está libre de toda sospecha —intervino Servaz—. Nunca he tenido ningún problema con ella. Es una gran profesional.

—Entonces alguien del hospital de Pau… ¡Mierda! ¡La población va a entrar en pánico si se entera de que hay más de un asesino! ¡Como si no estuvieran ya al borde de un ataque de nervios! ¡Joder!

Irène echaba fuego por los ojos.

—¡Quiero hablar con el doctor Devernis! ¡Y con la otra psiquiatra! Encontrad la manera de ponernos en contacto con ellos. Quiero saber si *La Dépêche* tiene razón, si hay elementos en el pasado de Timothée Hosier que pudieran arrojar luz sobre el presente…

—¡No vuelvas a hacerme nunca más algo así!

—¿A qué te refieres?

—A tu intervención a cuento de la desaparición de esta noche, eso de que habría que separar este caso de los demás, como propone ese imbécil… Y tú, por lo que he visto.

—Lo siento —dijo Servaz con falso aire de contrición.

Posó la mirada en el vaso de la máquina, que acababa de caer y se llenaba de café.

—Si haces esas cosas, socavas mi autoridad —añadió ella.

—Pero ese imbécil tenía razón.

—¡No, no tenía razón! Eso es sólo… solidaridad masculina, porque veías que lo estaba humillando una mujer…

—¿Cómo dices? —Había erguido la cabeza y ahora miraba a Irène estupefacto, aferrando con los dedos el vaso lleno de café—. ¿Hablas en serio?

—Por supuesto que hablo en serio —replicó ella con obstinación.

Servaz exhaló un suspiro.

—¿Solidaridad masculina? —repitió con incredulidad—. Irène…

—Siempre pasa lo mismo… En cuanto ponen a una mujer en un puesto directivo, tenéis que criticarla, señalar lo mal que hace su trabajo…

Se la quedó mirando, completamente pasmado.

—Pero, Irène, yo sólo quería…

—¡Te guste o no, así es como funciona el mundo, Martin! Las mujeres que consiguen llegar a puestos destacados en profesiones donde predominan los hombres reciben diez veces más críticas que esos mismos hombres. Las mujeres que caminan por determinadas calles de determinados barrios padecen acoso e insultos, mientras que los hombres no tienen ningún problema. Desde la noche de los tiempos, las mujeres han sido despreciadas y humilladas, y han sido objeto de burlas, agresiones, violaciones… Y ahora que esta cultura de la opresión de las mujeres empieza a perder terreno, a los tipos como tú les cuesta aceptarlo.

—¿Cómo? —contestó, indignado—. ¿Por quién cojones me tomas?

—¿Lo ves? Sólo con esa palabra, con ese vocabulario, ya…

Había dejado de escucharla. Sabía que tenía razón, por supuesto, al menos en lo tocante a las mujeres y los hombres en general. Recordó que la propia Irène había sufrido una violación. Ella misma se lo había contado, una noche de diciembre de 2008, describiéndole el calvario que había vivido, la trampa en la que había caído, los depredadores que la esperaban… Aun así, se equivocaba con respecto a él. Lo único que había hecho era apoyar el punto de vista del hípster, y no por solidaridad masculina, sino porque tenía razón. No tenía por qué pagar los platos rotos de nadie. También pensó que el tejido social se estaba resquebrajando por todas partes, que las líneas de falla no paraban de multiplicarse. Aquel país estaba al borde de la implosión. Tal vez Irène estuviera en lo cierto. En todo caso, antes jamás se habrían enfrentado

de una manera tan directa… Ahora, en cambio, parecía como si todo el mundo estuviera buscando enemigos.

—Carl Rogers —dijo de repente.

—¿Qué?

—Carl Rogers, uno de los más destacados psicólogos del siglo XX.

Ella arqueó las cejas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Carl Rogers dijo que la mayoría de nosotros no sabe escuchar. Según él, nos sentimos obligados a juzgar, porque escuchar es demasiado arriesgado. Propuso un método para quienes tienen enfrentamientos verbales y desacuerdos irreconciliables: «Interrumpan la discusión y establezcan la regla siguiente: nadie puede tomar la palabra antes de haber reformulado correctamente la idea y los sentimientos de su interlocutor, hasta que éste considere que dicha reformulación se ajusta a lo que había querido decir.» Carl Rogers… Igual podríamos probar, ¿qué te parece?

Percibió en su mirada una mezcla de exasperación suprema y de estupor. Alguien carraspeó muy cerca de ellos.

—He conseguido ponerme en contacto con el doctor Devernis —los interrumpió Enguehard—. Está dispuesto a hablar… ahora mismo. Dice que tiene algunas revelaciones que transmitir con respecto al hijo de Hosier. Y también con respecto a su colega, que por aquel entonces determinó con él la irresponsabilidad penal de Timothée Hosier: la doctora Gabriela Dragoman.

41

Crucifixiones. Una mujer con el pecho desnudo. Un perro. Un caballo. Un murciélago. Todos clavados a la santa cruz. Como siempre que acudía allí, el abad se preguntó qué había querido expresar el artista.

¿Sería por un simple apego a la blasfemia —aquel recurso último de los artistas faltos de inspiración— o había algún significado más profundo? Debía reconocer que el pintor no carecía de talento, ni de técnica. Estaba seguro de que aquellos lienzos se vendían a precios exorbitantes en el mercado especulativo del arte contemporáneo, donde un ridículo conejo de acero de Jeff Koons costaba noventa y un millones de dólares, mientras que él no encontraba dinero para las reformas del monasterio.

Se planteó si el artista habría tenido la audacia de pintar a una mujer con velo, en lugar de a aquella con los pechos desnudos. No, probablemente no…

—Le fascinan, ¿eh, padre? —dijo Gabriela Dragoman a su espalda.

—Me intrigan —rectificó él, al tiempo que se daba la vuelta—. Me pregunto qué quiso expresar el pintor. ¿Qué cree usted? ¿Qué opina la psiquiatra?

—Que quedan bien en la pared de mi casa —respondió con una sonrisa antes de señalarle el rincón con los sofás negros—. Venga. Vamos a sentarnos.

El abad se instaló en el más cercano, y Gabriela, en el otro. Al otro lado de los grandes ventanales, la niebla borraba las montañas, ocultaba el paisaje, cercaba el enorme navío de cemento, propiciando la imaginación, la fantasía, la intimidad. El padre Adriel iba allí como quien va a confesarse. La psiquiatra era, de algún modo, su confesor. Como él, debía guardar el secreto profesional. Aun así, nunca le había confesado que, por la noche, sobre su duro lecho, a veces soñaba que la poseía en medio de sus cuadros, desnuda junto a una de esas paredes negras… y que ella le suplicaba que la crucificase.

—Siempre me resulta extraño venir aquí —dijo—, confiarme a usted, en lugar de hacerlo en el marco de mi religión… En lugar de recurrir a otro sacerdote.

Gabriela lo miró a los ojos y adoptó una actitud neutra y profesional.

—Quizá se deba a que se siente menos juzgado aquí… O, por así decirlo, un poco más alejado de… la mirada de Dios. Hacía bastante que no venía, padre. Ya creía que había renunciado.

—Así era. Hasta que…

—¿… se cometieron esos asesinatos?

El abad se alisó la canosa barba, asintiendo.

—¿Qué es lo que le inspiran?

—Espanto… incomprensión… duda.

La psiquiatra lo observaba atentamente.

—¿Qué clase de duda? ¿Duda de… la existencia de Dios?

Se dio cuenta de que al abad se le dilataban las pupilas. Él inspiró hondo.

—No… no de su existencia… sino de su victoria.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho…

El padre Adriel frunció el ceño, juntando sus negras y enmarañadas cejas. Se acomodó el alzacuello bajo la barba.

—Todos esos escándalos en la Iglesia… en el Vaticano, en las parroquias… Esos cardenales, esos obispos que predican lo contrario de lo que hacen, que viven en el libertinaje apenas a unos cuantos metros del Santo Padre, que viven rodeados de lujo y de pecado… Todos esos sacerdotes pedófilos… Si sólo fueran unos cuantos, pero se diría que son miles… La Iglesia está infestada. ¿Adónde han ido a parar la fe, la templanza, la fortaleza moral y la justicia?

—«Mi nombre es Legión, pues somos muchos…»

El abad le dirigió una mirada cargada de duda y de espanto a la vez.

—Y ahora, esos asesinatos… aquí… en Aiguesvives —prosiguió—. Esos horrores innombrables en torno a nosotros… Creía que estábamos a salvo del tumultuoso mundo que nos rodea. Creía que refugiándonos en estas montañas escaparíamos del mal.

—¿Se refiere a sus… hermanos y a usted?

—Sí.

—¿Acaso el Mal se ha infiltrado en la abadía?

El hombre bajó la vista y se frotó las manos nudosas, donde destacaban las recias venas como tuberías mal enterradas.

—Por supuesto —confirmó—, el Mal se infiltra hasta en la casa de Dios. Se infiltra por todas partes.

—Quizá sea porque Dios no existe —sugirió ella.

El abad levantó la cabeza. Ella lo observó con frialdad, con las piernas cruzadas y el busto erguido, severa e imparcial como una diosa.

—¿Qué quiere decir?

—Que la ciencia hace perder terreno a Dios en todos los ámbitos. Bertrand Russell decía ya en el siglo pasado que la inmensa mayoría de los científicos eminentes no cree en la religión cristiana… ni en ninguna otra, de hecho. Cuando los apologistas de su Dios pretenden demostrar que hay premios Nobel realmente creyentes, sólo encuentran seis entre varios centenares. Benjamin Franklin declaraba ya: «Los faros son más útiles que las iglesias.» ¿Conoce a Richard Dawkins, padre?

El anciano negó con la cabeza.

—Dawkins es un biólogo y teórico de la evolución atea, miembro de la Royal Society británica. Declaró que, en un mundo sin religiones, tal como lo imaginaba John Lennon, no habría atentados suicidas, ni otros 11-S, ni cruzadas, ni división de la India, ni masacres en Irlanda del Norte, ni telepredicadores que despluman a los incautos, ni talibanes que dinamitan las estatuas, ni decapitaciones públicas, ni mujeres lapidadas por haber enseñado un retazo de piel…

Había dicho aquello adelantando el busto, mientras paseaba las uñas pintadas sobre su tibia bronceada. Él no pudo evitar mirar hacia ese punto.

La vieja águila autoritaria, sin embargo, no tardó en renacer de sus cenizas.

—Absurdo —contestó irguiéndose un poco—. Ese Dawkins es un imbécil… ¿Y qué pasa con Hiroshima? ¿Y las dos guerras mundiales? ¿Y el Tercer Reich? ¿Y el gulag? ¿Y los jemeres rojos? ¿Y la segunda guerra del Congo? ¿Y la revolución cultural? Ninguna de esas monstruosidades tuvo su germen en la religión. ¡Es más, la mayoría tuvieron su origen en las ideologías que la sustituyeron!

—Un punto para usted, padre —admitió Gabriela con una leve sonrisa —. Hannah Arendt también decía que la ideología tiene una semejanza con el delirio psicótico y que, al igual que éste, no tiene en cuenta la realidad… Es como si el hombre fuera incapaz de dejar de inventar nuevas creencias, de matar y destruir en su nombre, ¿no le parece? ¿Le importa que fume?

El abad efectuó un ademán a la vez impaciente y magnánimo.

—¿No le parece extraño, padre, que ni Jesús, ni Sócrates, ni Buda escribieran nada? Todo lo que sabemos de su palabra nos ha llegado a través de otros… ¿Cómo podemos saber que Sócrates dijo lo que afirma Platón? ¿O que Jesús pronunció las palabras que le atribuyen los evangelistas? Eso en el supuesto de que hubiera existido, claro…

El abad no replicó nada. En ese instante, tenía el aspecto de un viejo jabalí herido.

—Quien mata en este valle es igual —prosiguió ella—. No habla, no dice nada… Son los demás, la policía, la prensa, los que hablan en su nombre. Sólo lo conocemos a través de ellos… a través de sus palabras… Las suyas no las hemos oído hasta ahora.

—Sueña con tenerlo aquí, en mi lugar —adivinó el abad, con un destello en la mirada.

Ella dio una larga calada y esbozó una sonrisa cargada de peligro.

—Confieso que sería un desafío estimulante… Lo de penetrar en su psique, quiero decir. Intentar entender sus motivaciones, su locura.

El religioso adelantó el torso y, por un instante, pareció como si el aire se volviera más denso.

—¿Quién sabe? Quizá ya lo ha hecho…

—¿En serio?

—No he venido sólo para hablar de mí, a decir verdad —continuó él.

Gabriela dejó ir el humo entre los labios carnosos, con un ardiente brillo de curiosidad en las pupilas.

—¿Ah, no?

Él clavó la vista en sus ojos.

—No… Usted y yo tenemos algo en común. Tal como ha dicho, escuchamos a las personas en confesión. La gente viene a confesarme sus pecados, sus angustias de seres mortales; a usted vienen a confiarle sus neurosis, sus psicosis y sus trastornos. Y ambos estamos obligados a mantener el secreto…

—No veo adónde quiere ir a parar, padre.

—¿Cuántos muertos más tendrá que haber para que le cuente a la policía lo que sabe?

—De verdad que no le entiendo.

—No me diga que no lo ha pensado…

—¿Que no he pensado en qué?

—Que es posible que el asesino esté ahí, en sus fichas —respondió, abarcando con un amplio ademán lo que era a un tiempo la vivienda y la consulta de la psiquiatra.

—En tal caso, usted acaba de decirlo: ambos estamos obligados a guardar el secreto —contestó, entornando los ojos mientras el humo ascendía en volutas delante de su rostro.

—¿Incluso cuando hay vidas en juego? ¿Incluso cuando existe el riesgo de que ese monstruo vuelva a la carga y haya otras víctimas? ¿Está dispuesta a asumir tal responsabilidad, poniendo en juego su alma y su conciencia, Gabriela?

La psiquiatra sonrió.

—Es la primera vez que me llama por mi nombre de pila, padre.

Luego se quedó pensativa, dudando. Con las piernas cruzadas, dejó caer un zapato sobre la alfombra, y él admiró la forma delicada de su pie, de uñas brillantes.

—Por supuesto que lo he pensado —admitió.

—¿Y entonces…?

—Hay alguien que podría corresponder al perfil…

El abad notó que su viejo corazón cansado latía más deprisa, mientras su nuez de Adán subía y bajaba en la garganta.

—¿Quién?

—Eso se lo diré a la policía, cuando llegue el momento…

—¿Cuando llegue el momento? —El abad exhaló un suspiro—. Gabriela, el tiempo apremia. El asesino puede volver a matar en cualquier instante. ¡Quizá esté preparando ya su próximo crimen, piénselo!

La psiquiatra se encogió de hombros.

—No puedo acusar a alguien sin tener una mínima certeza, ¿no le parece?

El silencio se cernió sobre ellos. Pálido, asfixiado por la emoción y la duda, el viejo abad inclinó la cabeza con humildad.

—Sí… entre dejar en libertad a un monstruo y acusar a un inocente, qué debemos elegir. Es la eterna cuestión… Debería tener cuidado. Si sospecha que tiene la capacidad de desenmascararlo, quizá decida eliminarla a usted.

Ella volvió a sonreír.

—No, no lo creo —respondió—. Aunque nunca se sabe…

Luego se levantó y se alisó la falda, con los músculos de las piernas tensos como un cable bajo la piel satinada.

—Creo que hemos acabado por hoy, padre. Como de costumbre, no me debe nada. Siempre es estimulante conversar con usted. Puede que, a cambio, un día de éstos le pida que me escuche en confesión. Estoy segura de que encontrará mis pecados… interesantes.

Lo acompañó hasta la puerta, con un sonoro taconeo.

—Gabriela, piense en lo que acabo de decirle, se lo ruego.

—Se está poniendo un poco aburrido, padre…

Abrió la puerta blindada, en cuyo marco se recortaron los velos cambiantes de la niebla, y se volvió hacia él con una amplia sonrisa.

—Estoy convencida de que usted también alberga alguna sospecha al respecto, ¿verdad? En ese caso, también usted debería tener cuidado…

Conducía en medio de la niebla, ora densa y compacta como un muro blanco, ora reducida a vaporosas humaredas que jugaban con las formas del borde de la carretera y engullían el paisaje para volver a restituirlo un poco más allá.

Aferrado al volante de su antiguo DS, el abad se sentía embargado por la inquietud. Evocaba las palabras de Gabriela: «También usted debería tener cuidado.» Él ya había vivido lo que tenía que vivir y esperaba que le tuvieran reservada una plaza allá arriba, aunque algunas veces lo dudara. Por eso no temía tanto por sí mismo como por los demás.

Llegó a lo alto de la colina, rodeado de bosque, bajó la pendiente y atravesó el río. Cuando la mole oscura y severa de la abadía surgió entre la niebla, tocó el claxon. El prior acudió enseguida a abrirle la verja.

El padre Anselme lo saludó con la actitud huraña del guardián que mira al preso que regresa a la cárcel tras un permiso. Últimamente la relación entre el prior y él se había vuelto un tanto tensa. No ignoraba que el padre Anselme tenía una secreta ambición: ocupar su cargo.

Dos minutos después se hallaba en su despacho semejante a una capilla. Las velas encendidas desprendían un aroma de cera requemada. Se acercó a las estanterías y cogió un libro. Era la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino, en una edición anotada. Lo abrió en la página que llevaba por título: «De las diversas leyes»: «¿Existen varias clases de

leyes que nos puedan concernir y nos conciernan de hecho? Sí, existen varias clases de leyes que nos pueden concernir y nos conciernen de hecho. ¿Cuáles son esas distintas clases de leyes? Son: la ley eterna, la ley natural, la ley humana y la ley divina».

Entre las páginas, una simple hoja de papel.

La desplegó, con mano trémula. Contenía una lista.

Él mismo había tachado los dos primeros nombres:

Kamel Aissani
Martial Hosier

Examinó los restantes. ¿Acaso podía ser una coincidencia? Pensó en la persona que le había dado esa lista, en el espanto que le habían producido sus palabras esa noche, en medio del silencio de la nave y del confesionario, y recordó el sonido de aquella carcajada lúgubre, semejante a un sonajero de huesecillos, que le había hecho dar un respingo al otro lado de la celosía.

—Padre —había declarado la voz—, no me arrepiento de nada y escupo a la cara de su Dios, quería decírselo…

Meditó sobre aquella cuestión planteada en la *Suma* del Aquinate: «¿Es el orgullo el primero de los pecados? Respuesta: Sí, el orgullo es el primero de todos los pecados, pues no puede existir ningún pecado que no implique o presuponga orgullo.»

Después, se arrodilló en el suelo de piedra y comenzó a rezar.

42

—Les advierto que no tengo mucho tiempo —les informó el doctor Devernis—. Los sábados también paso consultas. Ustedes dirán.

Los miraba a través de la pantalla del ordenador. Servaz se dijo que respondía a la típica imagen que uno tiene de un psiquiatra. El cabello tupido, gris y suave, perfectamente peinado, la cara alargada, un poco caballuna, que expresaba una empatía no exenta de espíritu crítico, y el nudo doble Windsor de la corbata —azul marino sobre el fondo rosa de su camisa— con la anchura justa y requerida. Se ajustaba tanto a la imagen tradicional que Servaz consideró que el calco tal vez era algo excesivo.

Puestos a elegir, prefería a la doctora Dragoman y su santuario de hormigón dedicado a las desviaciones sexuales.

La evocación de la psiquiatra removió algo en su interior. No podía negar que lo atraía. Aunque se había mostrado agresiva y provocadora en su primera entrevista, había captado que, tras esa agresividad, había algo más. Un juego. Una forma paradójica de seducción. Sabía que la relación psiquiatra-paciente implicaba procesos a la vez cognitivos, afectivos e inconscientes, que era una relación *intuitu personae*, específica según la persona en cuestión. Se planteó hasta dónde le habría apetecido llegar en esa… especificidad. De haber estado sin pareja, claro. Luego pensó en Léa y después en la doctora Fatiha Djellali. ¿Acaso padecía una especie de parafilia, consistente en una atracción sexual hacia las profesiones médicas?

—Doctor —dijo Irène delante de la pantalla—, usted es el experto que examinó a Timothée Hosier después del asesinato de su hermana, ¿no es así?

—Exacto. Junto con la doctora Dragoman.

—Ella no nos comentó nada…

—En realidad, el peritaje era de mi competencia, pero quise escuchar su punto de vista. Por aquel entonces ella ya ejercía en Lannemezan, donde más adelante atendió a Timothée como paciente, después de que él la siguiera hasta Aiguesvives. Aunque estaba en el inicio de su carrera, me gustaba su manera de razonar, de enfocar los problemas… Yo mismo solicité que la incluyeran en el peritaje psiquiátrico de Timothée.

En su voz y en su rostro había un fondo de melancolía que tanto Martin como la capitana percibieron de inmediato.

—La doctora Dragoman puede tener… opiniones muy categóricas

sobre determinas cuestiones —prosiguió Devernis—. Es muy brillante, pero no da cabida a la duda. Es casi imposible hacerla cambiar de parecer… y a mí siempre me han resultado asfixiantes las personas cargadas de certezas.

«Camus», detectó Servaz. Aquella frase la había tomado prestada de Albert Camus. Vio que el psiquiatra se pasaba la mano por su tupido cabello.

—Tengo que decirles algo… Por aquel entonces… eh… Gabriela era muy joven y, si la han visto, sabrán que es una mujer muy seductora, atractiva, y que utiliza de forma muy consciente sus encantos. Durante el lapso de tiempo en el que realizamos la evaluación de Timothée… nos hicimos amantes.

Los ojos del doctor Devernis se cubrieron con un velo, como si se volcara en su interior, hurgando en sus recuerdos.

—Para mí no fue nada fácil… Estaba casado y tenía un hijo de cinco meses. Estaba enamorado de mi mujer, pero… Gabriela es una mujer a la que resulta difícil resistirse y que sabe muy bien lo que quiere, y en ese momento me quería a mí… La cosa duró poco… Cuando Gabriela consigue algo, se cansa muy deprisa.

Por un instante, atisbaron una sombra de tristeza en su mirada.

—Además, nuestra relación lo complicaba todo. No estábamos de acuerdo en el caso de Timothée. Yo consideraba que era plenamente responsable, y ella pensaba lo contrario. Quería convencerme a toda costa… o más bien imponerme su punto de vista. Así es Gabriela… Siempre tiene razón. Es testaruda y se niega a ceder. No da ningún margen al diálogo. Uno tiene que aceptar su criterio como sea. En su cerebro no hay otra alternativa. Ella tiene la razón y se acabó. Jamás cuestiona su postura. Las personas como ella son agotadoras —añadió.

Servaz estuvo a punto de asentir, acordándose de su ex esposa, Alexandra.

—Y sin embargo, usted determinó que, en el caso de Timothée, había irresponsabilidad mental —destacó Ziegler.

—Exacto. Un «episodio delirante agudo», o lo que los americanos llaman un «trastorno psicótico breve». Es una patología que se manifiesta en los adolescentes o adultos jóvenes sin que haya habido ningún síntoma psiquiátrico previo.

—Pero ése no era su diagnóstico inicial —apuntó Irène.

El doctor parecía un niño pillado en un renuncio.

—No, en efecto… —reconoció.

—Era el de ella… ¿Qué pasó?

—Pues que me convenció… O más bien, me manipuló. En alguna ocasión llegué a pensar que sólo se acostó conmigo para conseguir su propósito. Gabriela es capaz de lo que sea cuando quiere algo, o para imponer lo que considera justo. Es la persona más intransigente, inflexible e implacable que he conocido nunca. A veces me he dicho que

esa rigidez puede llegar a suponer un peligro para sus pacientes. En mi opinión, esa mujer no debería ejercer…

Servaz se preguntó si el doctor Devernis podía ser objetivo al respecto. No cabía duda de que era su corazón roto y nunca recuperado del todo el que estaba hablando.

—Casualmente, nuestra relación se acabó poco después de que hubiéramos entregado nuestro dictamen —explicó—. Fue ella la que le puso fin, claro.

Claro. «Tú no habrías podido, desde luego. Eras como la mariposa atraída por la llama…»

—Aparte, había algo más… —agregó con incomodidad patente y bajando la voz.

Tanto Servaz como Irène se irguieron un poco en su asiento. Devernis se aclaró la garganta antes de hablar.

—En más de una ocasión me habló de los hombres a quienes había conocido, siempre con un auténtico… odio. No veo cómo definirlo de otro modo, la verdad. Cuando hablaba de ellos, los rebajaba, los anulaba, los reducía a la nada, los envilecía con palabras de una dureza y una crueldad que me producían escalofríos… Entonces pensaba que no me habría gustado estar en su lugar. Y luego, justo después, me decía que quizá un día yo sería uno de ellos… A sus ojos, ninguno de esos hombres era digno de existir. Para ella, eran todos unos cobardes, unos cabrones, unos cerdos y unos idiotas. Era tanta la rabia que transmitía que, oyéndola, me preguntaba si no sería capaz de hacer algo… de perjudicarlos intencionadamente, de una manera u otra.

Servaz y Ziegler contuvieron el aliento, mientras en la frente del psiquiatra se dibujaban unos pliegues de preocupación.

—Y cuando rompió con usted, ¿esos temores se materializaron en su caso?

Les lanzó una mirada de desesperación a través de la pantalla antes de frotarse los ojos.

—Unos meses más tarde, el teléfono empezó a sonar en plena noche. La cosa duró un tiempo y después paró… Mi mujer y yo no podíamos dormir… ¿Saben qué efecto provoca eso de que el teléfono suene cada noche a la misma hora y que al otro lado de la línea nadie diga nada?

Irène miró de reojo a Servaz. Ambos pensaban en las llamadas nocturnas que recibía Gildas Delahaye.

—Luego, un día mi mujer encontró un paquete en el buzón… Dentro había unas bragas de encaje sucias… con una nota que decía: «Su marido la ha engañado una vez y volverá a hacerlo.»

Servaz recordó lo que Gabriela les había contado de su marido, que al morir de cáncer la había convertido en una viuda rica. No había tenido ningún escrúpulo en hablar mal de él.

—¿Cómo reaccionó su mujer? —quiso saber Irène.

—Le expliqué que debía de ser una paciente. Le hablé de la

transferencia y le dije que era típico que una paciente se enamorase de su terapeuta… que era algo que ocurría continuamente.

—¿Y ella le creyó?

El doctor clavó la vista en el escritorio que tenía delante.

—Llevábamos poco tiempo casados y teníamos un hijo pequeño. Digamos que optó por creerme.

—Imagino que usted sospechó de Gabriela. ¿Lo habló con ella?

Cuando volvió a mirarlos, percibieron un miedo cerval en sus ojos.

—Sí… La llamé… La acusé… Estaba furioso y perdí la compostura. Primero se rió de mí y después me dijo que esas acusaciones eran ridículas y absurdas. Me insultó, me humilló, me dijo que era un desastre en la cama, que no había disfrutado conmigo ni una sola vez, y que como psiquiatra era una nulidad, ese tipo de cosas… Que, cuando hacíamos el amor, pensaba en otro con el que había follado unas horas antes… «Un tipo con cojones», ésa fue la expresión que usó. Después me dijo que no volviera a llamarla nunca más, porque de lo contrario me acusaría de violencia sexual, de abuso en situación de vulnerabilidad, de acoso… y que arruinaría mi carrera y mi vida personal… Todavía me acuerdo de cómo sonaba su voz por teléfono. Hablaba muy bajo, pero ni antes ni después he oído un susurro más aterrador…

Incluso después de todos aquellos años parecía afectado, como si se muriera de miedo.

—¿Volvió a hablar con ella después?

—No, nunca más volvimos a tener contacto. Tal como he dicho, cuando Gabriela ya no necesita a alguien, primero lo humilla y luego lo aparta de su vida como un trapo sucio y pasa a otra cosa.

—Doctor, ya sabe cuál es el objeto de nuestra investigación —dijo de pronto Ziegler—. Si le pidiera a la doctora Dragoman que estableciera un perfil del asesino o de los asesinos, ¿podría enviárselo a usted para que nos dé su opinión?

Se produjo un breve silencio. Devernis parecía molesto.

—No me gusta mucho la idea de criticar o denunciar el trabajo de una colega —balbuceó—, a pesar de lo que acabo de confiarles. Sobre todo de manera tan… oficial.

Vaya, el respetable terapeuta quería cubrirse las espaldas. Después de todos esos años, Gabriela aún lo asustaba. Irène consultó a Servaz con la mirada.

—No habrá nada oficial en eso. Mi colega aquí presente y yo seremos las únicas personas al tanto, y si no quiere dejar constancia por escrito, podrá dar su opinión en otra videollamada como ésta.

Captaron la indecisión en su mirada.

—De acuerdo, pero deben prometerme que ella no sabrá nada.

—Nos enfrentamos a una mujer manipuladora y desequilibrada —

constató Irène cuando dieron por terminada la llamada—. Una mujer que nos mintió… Tú mismo dijiste que nos ocultaba algo. Ha tenido contacto con al menos una de las víctimas, y, tal como ha dicho nuestro amigo, siente una feroz animadversión hacia los hombres… El pobre Devernis parecía aterrorizado.

—Eso no constituye un móvil —adujo Servaz—. ¿Por qué iba a querer matar a esos hombres?

—Es lo que tenemos que descubrir. Aunque no constituya un móvil, sí la convierte en sospechosa. Creo que ha llegado el momento de hacerle otra visita…

—Se parapetará en el secreto profesional. De todas formas, reconozco que me gusta eso de evaluar a la psiquiatra a través de su propia evaluación. Ha sido una idea genial.

Irène se encogió de hombros.

—Sí. Propongámosle que colabore con nosotros apelando a su orgullo. Según el doctor Devernis, es inmenso.

—El doctor Devernis es un enamorado despechado. Además, es un cobarde de primera. Con eso no tenemos un testigo muy objetivo.

Irène sonrió.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó él.

—Si llegó a decirlo yo, lo habrías tachado de feminista.

Servaz sonrió a su vez, y Ziegler se puso a buscar un número en el teléfono.

—En todo caso, con este testimonio podríamos conseguir al menos una orden de registro.

43

En la segunda rotonda, vieron perfilarse las siluetas en la niebla. Al principio Servaz creyó que Enguehard había establecido un control de carretera sin avisar a Irène, aunque no comprendió con qué fin. Frenaron justo a tiempo para no chocar contra el coche que aguardaba delante de ellos. Las luces de posición apenas resultaban visibles. No era muy buena idea haber dispuesto un control en un sitio así con esa niebla…

Entonces reconoció al individuo alto de la noche anterior, William, el de la barba. Estaba inclinado delante de la puerta del primer vehículo, y, después de intercambiar unas palabras con la conductora, vieron cómo indicaba a los demás que apartaran la barrera metálica que interceptaba el paso en la calzada.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó Ziegler.

Les hicieron señas para que avanzaran. Había media docena de personas en torno a la barrera. El tipo alto caminó hacia ellos por el lado de la capitana, que había bajado ya la ventanilla. Servaz notó la humedad de la bruma que se coló en el habitáculo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella.

—Controlamos los vehículos que circulan en el valle. Ah, es usted… —añadió acariciándose la barba.

—¿Qué dice que controlan…?

Servaz captó el matiz de incredulidad casi histérica que se agazapaba en la voz de su compañera.

—¡Quiten esa barrera de ahí ahora mismo! —ordenó.

—Y si no, ¿qué?

Los ojos de Irène adquirieron un brillo de azabache.

—Ustedes ya no tienen ninguna autoridad en este valle —prosiguió el barbudo—. En vista de que son incapaces de garantizar la seguridad de sus habitantes, en vista de que hoy por hoy la única preocupación de la policía es proteger a las élites y reprimir al pueblo, en vista de que el Estado ha perdido su autoridad a nuestros ojos, hemos decidido encargarnos nosotros mismos de la seguridad de nuestros vecinos y hacer reinar el orden y la ley en este valle.

Servaz supo que hablaba en serio. Transmitía una gran sensación de calma, como si hubiera tomado una decisión cuyas consecuencias conocía y aceptaba.

—Usted mismo acaba de colocarse al margen de la ley —le advirtió ella—. Lo que está haciendo es un delito, William.

—La ley de esta República desacreditada ya no es la nuestra —replicó el hombre, con una fórmula que tenía sin duda preparada de antemano, desafiando a la gendarme a que hiciera respetar la legalidad de la que se hacía garante.

Ziegler abrió de forma tan brusca la puerta del coche que le habría dado un portazo en el estómago si no se hubiera apartado en el último segundo. Al ver que los demás se acercaban a través de la bruma, Servaz notó que todo su cuerpo se tensaba.

—Aquí, nosotros somos la ley —afirmó William, sosteniéndole la mirada.

—Está cometiendo un grave error —gruñó Ziegler con voz grave, al tiempo que lanzaba una mirada cautelosa a los otros.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó el gigante.

—No es asunto de su incumbencia.

Servaz había bajado del coche. Una vez más, sintió la humedad de la niebla en las mejillas y la tensión que se incrementaba segundo a segundo.

—¿Sabe lo que va a pasar si persiste en su actitud? —añadió Irène con un suspiro—. Se lo voy a decir: dentro de unos días se va a restablecer la circulación en este valle. Entonces la policía va llegar en tromba y lo va a detener. Lo van a juzgar por rebelión contra la autoridad y por amenazar a un representante de la ley… Es muy posible que a sus compañeros los absuelvan, pero usted, William —recalcó, aproximándose y bajando la voz para hablarle cerca del oído—, en su condición de cabecilla, va a ir derechito a la cárcel. ¿Ha estado en chirona alguna vez?

—¿Cree que me da miedo? —contestó.

Aun así, Irène se dio cuenta de que aquellas palabras lo habían hecho reflexionar. Hasta ese momento debía de pensar que, hoy en día, uno podía arrojar pernos y botellas de ácido contra los policías, incendiarles los coches, linchar de forma colectiva a un poli en el suelo, insultar a sus mujeres y a sus hijos en las redes sociales y volver tranquilamente a casa para ver las imágenes en la tele como si nada.

—Parece usted un hombre razonable —repuso Ziegler con convicción —. No es un fanático ni un iluminado. Comprendo su inquietud y su rabia, pero…

—No intente camelarme —dijo él.

—William, reflexione. Seguro que hay otra manera de hacer las cosas. Aparte, será más útil fuera que en la cárcel. Me hago perfectamente cargo de que no es un imbécil.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Vale, ya está bien —zanjó ella, enrabietada.

—¿Cómo se llama? —le preguntó de repente el hombre.

Irène se quedó dudando un instante.

—Soy la capitana Ziegler. Y usted, ¿cómo se apellida?

—Guerrand, me llamo William Guerrand. Tengo un aserradero allá arriba, en la montaña. Me cae usted bien, capitana Ziegler. Si todos los policías fueran como usted, las cosas serían diferentes.

Se volvió hacia los demás.

—¡Despejad el paso! —indicó.

—¿Cómo? Pero si…

—Fabrice, ¿quieres abrir la barrera, por favor?

Servaz oyó cómo el tal Fabrice refunfuñaba y resoplaba al apartar la barrera metálica. También vio las miradas que intercambiaron los componentes del grupo. Estaba claro que no les hacía mucha gracia que asumiera el papel de jefe: pronto iban a surgir divisiones en el seno del grupo… Mientras tanto, habían convertido ese valle en una zona al margen de la ley. «La ley está escrita para trastocarla», decía uno de sus profesores de la academia de policía, que les enseñaba a redactar unos atestados irrefutables.

—Y quiten ese control, William, hágame el favor —añadió Irène, sentándose al volante—. Si me lo encuentro aquí a la vuelta, me veré obligada a ponerle las esposas, y la verdad es que no me apetece —le advirtió mientras arrancaba.

Oyeron silbidos a su espalda. Alguien dio un golpe en la carrocería. También distinguieron un «puta» y un «facha». El primer insulto lo pronunció, curiosamente, una mujer.

—¡Vale ya! —ordenó tras ellos Guerrand a sus compinches, suscitando algunas protestas.

—¿Seré yo, que me estoy haciendo vieja, o es el mundo, que se está volviendo loco? —preguntó Irène mientras hundía el pie en el acelerador.

—Pasen —dijo Gabriela Dragoman.

Llevaba un sujetador deportivo de nailon negro, que dejaba al descubierto un vientre plano y firme, los brazos delgados y los hombros de musculatura bien definida. Unas mallas a juego le marcaban las caderas y los muslos.

Volvió a colocarse sobre una esterilla de goma, en una postura de yogui, con la coronilla apoyada en el suelo junto con los antebrazos y los codos, las manos en torno a la cabeza, el torso recto y en vertical y las nalgas hacia arriba, apuntando al techo con los dedos de los pies.

Irène la observó desconcertada, y después le lanzó una mirada a Servaz, que se encogió de hombros. Tras una veintena de respiraciones, Gabriela se puso en pie.

—Sirsasana —comentó—. Excelente para los *nadis,* los circuitos de energía del cerebro, que se purifican con la afluencia de la sangre. Eso refuerza la energía vital…

La capitana asintió con aire dubitativo.

—¿Qué los trae por aquí? —preguntó la psiquiatra, secándose el sudor con una toalla.

—Usted —respondió Irène—. Olvidó decirnos que usted fue uno de los dos psiquiatras que declararon no responsable de sus actos a Timothée Hosier tras el asesinato de su hermana.

—Una simple omisión. Un pecado venial —repuso la psiquiatra.

—Puede que sí de cara a la justicia, pero… ¿por qué no lo dijo? ¿Por qué nos lo ocultó?

La rubia enfundada en su vestimenta de yoga se encogió de hombros.

—No tenía nada que ver con su caso… Y no tenía ganas de remover viejos recuerdos… Son cosas del pasado. Por entonces yo era joven, dogmática y un tanto fanática. Creía que los viejos no entendían nada, que estaban superados, obsoletos, y que por el simple hecho de ser joven uno tiene razón en todo… Supongo que habrán llamado a Jacques —añadió a continuación.

El nombre de pila de Devernis.

—Pobrecillo Jacques… Era tan fácil manipularlo… Habría matado a su padre y a su madre por acostarse conmigo, y al mismo tiempo lo corroía la culpabilidad. Estaba tan… dominado por sus principios… Me decía que nunca había conocido a una mujer como yo. Una mujer tan… hechizante. Ésa era la palabra que empleaba. Y también «cautivadora», «disoluta», «impúdica», «inmoral»… —añadió mirando a Servaz—. El

pobre Jacques tenía más vocabulario que centímetros e imaginación. ¿Qué es lo que quieren?

—Acceder a los expedientes de sus pacientes —respondió Ziegler.

Gabriela Dragoman enarcó sus cejas negras.

—¿Está de broma?

La capitana sacó la orden del bolsillo interior de la cazadora y se la tendió a la psiquiatra.

—Ya debe de saber que el secreto médico no permite, salvo por motivos legítimos, desatender una orden judicial —explicó con formalidad—, y que el hecho de negarse a cumplirla da pie a una sanción penal.

Servaz vio que en el rostro de Gabriela se dibujaba una sonrisa glacial.

—Eso depende del criterio del médico —replicó—. Los médicos tienen la potestad, no la obligación, de entregar los documentos solicitados… Artículos 56.1 a 56.3… Además, aunque me planteara dar una respuesta favorable a su petición —añadió con un gesto de desenfado—, eso sólo puede hacerse en presencia de un miembro del consejo del Colegio de Médicos.

—Veo que lo ha estudiado —comentó Ziegler.

—Exacto.

Al ver la mirada de desafío que Gabriela le lanzó a Irène, Servaz pensó que no sólo los hombres jugaban a ver quién meaba más lejos.

—Yo también tengo la potestad de detenerla ahora mismo —dijo Irène con frialdad—. ¿Qué efecto tendría algo así entre su clientela cuando se enterasen? Sabe tan bien como yo que, hoy en día, las filtraciones en la prensa son moneda corriente. «Psiquiatra detenida en el marco de la investigación sobre los asesinatos de Aiguesvives…» Aunque no se cite su nombre, ¿en quién cree que pensarán al leerlo?

La capitana le dedicó una sonrisa cruel.

—Usted es psiquiatra infantil, ¿se imagina el efecto que tendría en los padres de los niños a los que trata?

—¿Quién sabe? —contestó Gabriela, aún con bravuconería—. Quizá eso atraería a un nuevo tipo de clientela más… interesante.

—Usted verá —concluyó Irène con un encogimiento de hombros.

En los ojos de la psiquiatra, Servaz captó no sólo rabia, sino un odio visceral por todo lo que representaban, un desprecio absoluto que le recordó las palabras de Devernis. Un segundo después la ira desapareció tal como había llegado, y los labios de Gabriela Dragoman se ensancharon en una amplia sonrisa.

—Síganme.

Se dirigió hacia el fondo del amplio loft, pasando por delante de los grandes cuadros, y abrió una puerta. Un cuartito de paredes de hormigón visto, gris, sin ventana, iluminado con un fluorescente y repleto de estanterías metálicas que contenían decenas de cajas etiquetadas se abrió ante ellos.

—Aquí los tienen.

Ziegler paseó la mirada por las hileras de cajas.

—¿Por dónde empezamos?

Gabriela, que había recuperado en parte su actitud soberbia, dirigió una sonrisa casi jovial a Ziegler.

—Usted verá… Yo no tengo ni la menor idea. Depende de lo que busquen.

—Yo creo que lo sabe perfectamente —replicó Ziegler, molesta—. Uno de esos enfermos con los que se lucra. No debe de haber muchos chalados capaces de abrir en canal a sus víctimas o de castrarlos…

A la psiquiatra se le contrajeron las pupilas. Con renovada seriedad se acercó a una de las cajas, la sacó parcialmente de su estante y la abrió. Luego le entregó varias carpetas a la capitana.

Ziegler se quedó pensativa, escrutando a Gabriela.

—En su opinión, ¿podría tratarse de alguien que… odia a los hombres? —sugirió, sin despegar la vista de la psiquiatra.

Servaz observó con atención la reacción de Gabriela, recordando al pobre Devernis.

—¿Se refiere a una mujer? ¿No es eso, capitana? —Gabriela guardó silencio unos instantes. El brillo de sus ojos se intensificó más aún—. No veo que una mujer tenga la fuerza y la energía suficientes para hacer lo que hizo ese monstruo…

—A no ser que tuviera ayuda —aventuró Irène.

Un nuevo silencio.

—Una mujer y un hombre… sí, ya entiendo —comentó con cautela la psiquiatra.

Servaz recordó las conclusiones a las que llegó la forense a raíz de la autopsia de Timothée Hosier. Había especificado que los dos golpes que había recibido en la parte posterior del cráneo se habían descargado desde distintas alturas, que había dos agresores, uno más bajo que el otro. Él mismo había planteado la hipótesis que acababa de presentar Ziegler. Fatiha Djellali había reconocido que no había que descartarla, aunque había otras posibilidades. Y en ese momento a Martin se le ocurrió otra que no le gustó nada: «¿Y si fueran más de dos?»

Gabriela fue la primera en romper el silencio.

—Entonces empiecen por ahí. Además de mis notas, verán que tengo todas las sesiones grabadas en un disco duro. Pueden utilizar mi ordenador. Voy a darme una ducha. Y si tienen preguntas, no lo duden. Estoy aquí al lado y no espero a ningún paciente hasta la tarde. Tengo el mismo interés que ustedes en que detengan al responsable de estas atrocidades.

De repente se mostraba muy colaboradora, se dijo Servaz. ¿Era un nuevo intento de manipularlos? Probablemente. Gabriela Dragoman estaba convencida de su propia superioridad, y eso, sumado a la certeza de tener siempre razón, no daba cabida a ninguna clase de renuncia.

Mientras se alejaba, captó otra expresión en su rostro levemente crispado: ella también tenía miedo, igual que casi todo el mundo en ese valle.

GABRIELA: ¿Y aparte de eso?

TIMOTHÉE: Aparte, está mi padre, ese maldito cerdo. Sueño que lo pillo desprevenido mientras duerme y que lo coso a puñaladas mientras se despierta, con cara de terror. Me siento encima de sus rodillas y concentro las cuchilladas en el pecho y en los genitales. Miro la brillante hoja que entra y sale, que corta la piel fina como el papel, que se hunde hasta la empuñadura y vuelve a salir manchada de sangre. A él le sale la sangre a borbotones. Da saltos en su cama como una carpa y chilla como un loco. Hay sangre en las sábanas, las almohadas, en su cuello, en mis brazos, en mis manos… por todas partes…

GABRIELA: ¿A qué se debe tanta rabia, Timothée?

TIMOTHÉE: Yo creo que es por lo que les hace a las mujeres…

GABRIELA: ¿Qué mujeres?

TIMOTHÉE: Las que se cruzan en su camino. Mi padre odia a las mujeres.

GABRIELA: Pero si es ginecólogo, ¿no?

TIMOTHÉE: Sí. Pero si la gente supiera lo que piensa de las mujeres, se quedaría sin clientas. Y luego está lo que les hace a algunas de ellas.

GABRIELA: Concreta un poco más…

TIMOTHÉE: Hace abortar a chicas muy jóvenes… Chicas que están en manos de las mafias del Este… Y, como recompensa para el viejo verde, esos cabrones le ofrecen de vez en cuando a una chica…

GABRIELA: ¿Cómo sabes todo eso, Timothée?

TIMOTHÉE: Lo sé y punto.

GABRIELA: ¿Y tus propias fantasías, Timothée? Háblame de tus fantasías…

TIMOTHÉE: Me gustan las cosas religiosas.

GABRIELA: ¿Religiosas?

TIMOTHÉE: Sí. Las estatuas de las iglesias, los cirios, los cuadros de la crucifixión, el descendimiento de la cruz, las madonas, el incienso, las monjas, los monjes… Soy un experto en pintura religiosa. Piero della Francesca, Giotto, Masaccio, Lorenzetti, Tintoretto, el Greco, Rembrandt… Las cosas religiosas me excitan.

GABRIELA: ¿Sexualmente?

TIMOTHÉE: ¿De qué estamos hablando, si no?

GABRIELA: De acuerdo… ¿Y qué más?

—Sueño que estoy delante de una gigantesca torre cuadrada muy alta y muy ancha que sube hasta el cielo, en medio de una plaza inmensa. Hay

un solo ascensor con una gran puerta metálica… pero una enorme multitud ocupa la plaza. Son miles y miles de personas… Yo estoy con mis hermanos, entre la muchedumbre, esperando a que el ascensor llegue abajo.

Era la voz del abad.

—Cuando las puertas del ascensor se abren, la gente se amontona para entrar. Me empujan y me atropellan, y ya no veo a mis hermanos. Entonces me doy la vuelta, los busco entre el gentío que no para de empujar, pero sigo sin verlos. Al final el ascensor se va sin mí. Aunque la cabina es grande, sólo se lleva a una porción ínfima de la multitud, que no deja de aumentar…

GABRIELA: ¿Y qué ocurre después?

EL ABAD: Busco a mis hermanos por todas partes y acabo por encontrarlos en la otra punta de la plaza. Ellos me dicen: «No conseguiremos entrar, es imposible…» Miro a nuestro alrededor. Cada vez hay más gente y, cada vez, el ascensor se lleva sólo a una pequeña parte de los que están amontonados allí.

GABRIELA: Padre, los símbolos son bastante claros en este caso. Es consciente, supongo, de que ese ascensor es el que los lleva al paraíso, de que sus hermanos monjes y usted mismo confían en ascender al cielo, pero que, al final, se quedan abajo. Esa multitud es la multitud de los muertos. Una de las nociones más importantes aportadas por Jung es la de los arquetipos, esas estructuras mentales inconscientes y colectivas que cimientan nuestras conciencias. La *imago Dei*, la imagen de Dios, es una de ellas, como también lo es el ascensor al cielo… Esos arquetipos están presentes en todos nosotros, porque figuran en nuestra arquitectura mental más básica.

Había también cajas en las que, en lugar de apellidos, constaban nombres de pila. Lucas. Enzo. Valentin. Chloé. Océane. Benjamin. Ziegler tiró de una de ellas y sacó la documentación. Luego volvió frente al ordenador y abrió una carpeta etiquetada como «Valentin, 15 años.» Dentro había un audio.

GABRIELA: ¿Te encuentras bien, Valentin? ¿Podemos empezar?

VALENTIN: Sí.

GABRIELA: Háblame de tu padre.

VALENTIN: Es un cabrón y un hijo de puta. Volvió a pegar a mamá.

GABRIELA: ¿Y tú cómo reaccionaste?

Silencio.

GABRIELA: ¿Cómo reaccionaste, Valentin?

VALENTIN: No dije nada…

GABRIELA: ¿Te dio miedo?

Silencio.

Irène y Servaz abrieron el otro historial: «Benjamin, 14 años.» Al igual

que los anteriores, lo hojearon antes de escuchar la grabación. Leyeron el resumen que lo acompañaba.

Diagnóstico sindrómico:
– Transgresión de las reglas establecidas (fugas, absentismo escolar)
– Actos hetero-agresivos
– Episodios frecuentes de cólera. Irritabilidad
– Oposición a los adultos
– Trastorno negativista desafiante
– Complicaciones: consumo de sustancias tóxicas; cannabis

Antecedentes familiares:
– Alcoholismo
– Personalidad del padre: antisocial
– Conflictos intrafamiliares, antecedentes de violencia conyugal

Complicaciones escolares y sociales:
– Fracaso escolar
– Marginalización
– Delincuencia

—Aquí hay material para días —señaló Irène al cabo de un momento.

Se encontraban en el cuartito iluminado con un fluorescente, delante de las pilas de cajas. El polvo que habían levantado en su examen aleatorio le arrancó a Servaz un estornudo. Hacía cuatro horas que revisaban expedientes y grabaciones. Hombres, mujeres, niños, adolescentes… La clientela de la doctora Dragoman era tan variada como los males que padecían sus pacientes.

—Necesitaríamos un método —añadió ella—. Quizá deberíamos pedirle que nos haga una pequeña selección.

—Mira esto —dijo él de repente.

Irène se inclinó. En una carpeta que acababa de sacar Martin de una caja, constaba un nombre que conocían:

François Marchasson

El hombre que había tenido secuestrada a Marianne. El que se había matado al caer por la escalera de su casa. Se instalaron frente al ordenador y pusieron en marcha la grabación.

MARCHASSON: ¡Ya no consigo dormir, joder! Casi todas las noches tengo el mismo sueño… Y me despierto. Necesito algo para dormir, doctora.

GABRIELA: Primero, hábleme del sueño.

MARCHASSON: ¿No tiene un cigarro? Me fumaría uno ahora mismo…

GABRIELA: Primero el sueño.

MARCHASSON: Oigo unos chillidos y alguien que aporrea la pared, abajo,

en el sótano. Esos chillidos me vuelven loco, maldita sea. Menos mal que los vecinos no los pueden oír.

—Dios santo —exclamó Irène.

Luego se oyó la voz suave pero firme de la psiquiatra:

GABRIELA: En su sueño, ¿hay alguien encerrado en el sótano?

MARCHASSON: Eh… sí.

GABRIELA: ¿Quién?

MARCHASSON: Una… mujer.

GABRIELA: ¿Fue usted quien la encerró allí?

MARCHASSON: Es un sueño, doctora, no sé.

GABRIELA: Claro. Y esa mujer, ¿quién es?

MARCHASSON: Alguien… Da igual… No sé. ¿Qué más da? Pero se pasa gritando toda la puta noche. Aunque esté insonorizado, lo oigo y no me deja dormir. Necesito somníferos…

GABRIELA: Pero es un sueño. No es real… Es en su sueño donde necesita somníferos.

MARCHASSON: Creo que un somnífero me ayudaría para dejar de tener esa pesadilla… para no despertarme todas las noches, doctora.

GABRIELA: ¿Hace mucho que sueña eso?

MARCHASSON: No.

GABRIELA: Concrete un poco.

MARCHASSON: No me apetece.

GABRIELA: Me parece interesante ese sueño…

MARCHASSON: Mejor cambiemos de tema.

GABRIELA: Me gustaría que ahondáramos un poco en ello, si no le importa.

MARCHASSON: ¡Y yo le digo que no me apetece, maldita sea!

—Marchasson —preguntó Ziegler—, ¿hace mucho que estaba en tratamiento con usted?

Gabriela se quedó pensando.

—Unos dos años, diría.

—¿Se acuerda de por qué acudió a la consulta la primera vez?

La psiquiatra exhaló el humo del cigarrillo mientras paseaba la mirada de uno a otro.

—Sí. Fue un tratamiento forzoso —respondió sin dudar—. Por orden judicial dictada en el marco de la ley sobre autores de infracciones sexuales. Marchasson había sido condenado por violación. Aunque había cumplido la condena, estaba obligado a seguir tratamiento dentro de un protocolo de actuación sanitario-judicial. Yo era su médico coordinador.

Servaz sabía cómo funcionaba ese protocolo: el juez de ejecución penal elegía al médico coordinador encargado de la relación entre los servicios médicos y la justicia en una lista preestablecida de psiquiatras que no constaran en el fichero de antecedentes judiciales.

—Como ocurre a menudo con los agresores sexuales, era esquivo, evasivo… —comentó Gabriela, antes de dar otra calada—. Presentaba los mecanismos de defensa habituales: escisión, negación… Había violado a una mujer de cincuenta años, casada y con tres hijos, en un camping, mientras dormía la siesta en su autocaravana y el marido estaba con los niños en la playa. Él aseguraba que no la había violado, que fue una relación consentida entre adultos… No era la primera vez que lo condenaban. Era inmaduro, egocéntrico, ansioso… El perfil clásico.

Gabriela Dragoman se había cambiado. Ahora llevaba una camiseta de mangas tres cuartos y cuello barco, con vaqueros y unas sandalias de tiras.

Irène se la quedó mirando unos segundos.

—¿No le da miedo recibir sola en su consulta a delincuentes sexuales?

La terapeuta esbozó una sonrisa de complicidad.

—No más del que le pueda dar a usted meter en la cárcel a criminales peligrosos que un día saldrán a la calle. Yo sé manejarlos, es mi trabajo, y ellos saben que su libertad depende de mí, que pueden agredir a cualquier otra mujer, excepto a mí. Yo soy, digamos, su vaca sagrada.

La mirada de Irène se endureció levemente.

—¿Percibió algún cambio en Marchasson durante el invierno pasado? ¿Modificó su actitud de algún modo?

—Fue en esa época cuando empezó a hablar de ese sueño…

Ziegler torció el gesto.

—¿El del sótano?

—Sí.

La capitana miró a Martin.

—¿Qué pensó usted de ese sueño? ¿Qué le sugirió? —preguntó casi en un susurro.

La psiquiatra guardó silencio un instante, su mirada relucía como la punta de un cuchillo.

—En un momento dado, pensé que no era un sueño… que realmente había alguien en ese sótano.

—¿Y qué le hizo pensar tal cosa?

Gabriela dudó antes de responder.

—Marchasson volvía a tener una actitud esquiva y evasiva… como al principio, cuando hablábamos de la violación que había cometido. Todo su empeño era que le recetase somníferos. En cuanto empezaba a indagar en el sueño, a querer examinarlo, se salía de sus casillas.

—¿Y no se le ocurrió avisar a la policía? —preguntó con aspereza Ziegler.

—¿Por qué? —La psiquiatra los escrutó con la mirada—. No era un sueño, ¿es eso? Sí que había alguien… Encontraron algo en ese sótano. Sí… ¿Tiene algo que ver con la investigación? ¿Con estos asesinatos? ¿Está implicado Marchasson? Pero él murió antes de que mataran a

Timothée, ¿no?

Por una vez, parecía desconcertada.

—Sí, me planteé hablar del asunto —se justificó—, pero…

—Pero las personas como usted desconfían de la policía, de los gendarmes y hasta de los jueces, ¿no? —replicó Ziegler en un tono glacial—. Creen que sólo existimos para castigar, para propinar golpes y mandar a la gente a la cárcel, que todos los delincuentes tienen derecho a una segunda, tercera o enésima oportunidad. Qué más da que haya alguien ahí fuera, alguien inocente que quizá muera sacrificado en nombre de su… ideología.

Servaz vio que la psiquiatra se estremecía, como un purasangre al que hubieran hincado las espuelas.

—Como si la policía de este país no fuera racista y careciera de prejuicios e ideología —espetó con una carcajada—. No está usted en posición de…

—Necesitamos todas las grabaciones de Marchasson —la interrumpió Servaz—, y todas las notas que usted tomó. Debemos saber si mencionó a otras personas durante las sesiones… conocidos, gente nueva, lugares. ¡Es urgente!

—No, que yo recuerde… —respondió Gabriela—, pero voy a ver qué tengo. Mientras tanto, deberían escuchar a alguien más —añadió.

—¿A quién? —preguntó Ziegler.

—A Gildas Delahaye, el profesor.

—¿Y esos muchachos le dan miedo, Gildas?

—Sí. (La voz de Delahaye, firme pero inquieta.)

—Si sólo son unos niños, unos adolescentes en vespa…

Un silencio.

—Son chusma, delincuentes, criminales en potencia. Los veo en clase… No dudarían en robar o en matar si tuvieran la seguridad de que no iban a pillarlos. Son unos bárbaros.

—¿Ha intentado hablar con ellos?

—¿Para qué?

—O con sus padres…

—Sí… tiene razón: ellos son los responsables… Son incapaces de educar a sus hijos, de criarlos como Dios manda, y después culpan a la sociedad, a la educación pública, a los profesores… Pero son ellos los incompetentes, los culpables de todo. Ellos y todos los que promueven esta cultura de la violencia y se enriquecen a costa de esos chicos… con esa música, ese rap, esas películas…

—¿Está molesto con ellos?

—Los odio.

—¿A los padres?

—¿De quién estamos hablando, si no?

—«Odiar» es una palabra muy fuerte…

—¿Y qué? ¿Cree que nunca he tenido ganas de coger a uno y soltarle un puñetazo o agarrarlo por el cuello cuando viene a verme preguntando por qué le he puesto una mala nota a su crío o por qué lo he expulsado de clase?

—¿Es usted un hombre violento, Gildas?

—No, yo no le haría daño ni a una mosca.

A Irène le había dicho más o menos lo mismo: «Soy un hombre muy pacífico, incapaz del más mínimo acto de violencia.»

—En su interior, me refiero…

—Sí, tengo mucha violencia y mucha rabia dentro. Me corroen como un ácido. A veces me dan ganas de descargarlas contra alguien. Contra quien sea, contra el primero que se cruce en mi camino.

—¿Uno de esos chavales, por ejemplo?

—Sí. O uno de sus padres…

—¿Y qué le haría, Gildas?

—Le haría… le haría daño.

—¿A veces tiene ganas de matar a alguien?

—Como todo el mundo. Sólo son ganas. Una fantasía. No es real.
—¿Piensa a menudo en ese tipo de cosas?
—De vez en cuando.
—¿Desde hace mucho?
—Desde… Desde la muerte de mi mujer…
—Vamos a trabajar esa rabia, Gildas. Vamos a expulsarla.
—No es cuestión de expulsarla. Es cuestión de detenerla.

—¿Y si ese rumor de que Gildas Delahaye había agredido a Timothée Hosier fuera cierto? —dijo Ziegler cuando abandonaron el búnker de cemento, seis horas más tarde—. Por Dios, esto se está complicando cada vez más. Tenemos todo un rosario de sospechosos.
—O más bien al contrario, se simplifica.
Servaz observó cómo la luz iba disminuyendo en las montañas, mientras las sombras iban posándose más abajo, en el valle. La niebla se había levantado, cediendo el paso a un crepúsculo más otoñal que estival. El frescor resultaba agradable después del calor asfixiante de los últimos días.
—¿Qué quieres decir?
—Que el o los culpables se encuentran sin duda ahí, entre los pacientes de Gabriela.
Irène también posó la mirada en las farolas que se encendían más abajo, con expresión concentrada.
—Aparte están esos que han decidido hacer nuestro trabajo… —dijo con aire sombrío—. Voy a pedirle a Enguehard que ponga más patrullas, aunque sus hombres ya tienen suficiente con lo que tienen… En fin, ya dormirán más adelante. Y también voy a pedir más refuerzos. No podemos dejar que la anarquía se instale en este valle.
Contempló los tejados del pueblo, que se hundían lentamente en la noche. Una noche más, un día más. ¿Y después qué?
—Hoy es sábado —señaló—. Si todas las mujeres que se disponen a salir esta noche fueran conscientes de la cantidad de depredadores y de enfermos que circulan por las calles, se morirían de miedo y se encerrarían con llave en sus casas.
—Me parece que, por ahora, nuestras víctimas son hombres —objetó Martin—. El aire resulta más bien malsano en Aiguesvives para los individuos con mucho vello, voz grave, hombros más anchos que las caderas y desprovistos de glándulas mamarias funcionales.
—Bueno, al menos por una vez es al revés… Cuando quieres eres gracioso, ¿sabes? —dijo con una sonrisa.

En el aeropuerto de Toulouse-Blagnac, Léa consultó la puerta de embarque de su vuelo en los paneles luminosos, mientras saboreaba

unas lonchas de jamón ibérico en la terraza de uno de los nuevos servicios de restauración que habían puesto a disposición del público una vez pasados los controles. Ignoraba si eso tenía algo que ver con los chinos que habían comprado las partes del aeropuerto que pertenecían al Estado, pero lo cierto era que aquellos nuevos establecimientos tenían mejor aspecto que la miserable barra abarrotada a la que tenían que recurrir hasta ahora los pasajeros.

Aun así, alguien había comparado aquellos grandes aeropuertos modernos e inhumanos con nuestras sociedades actuales, en un intento de explicar los males de estas últimas. Según ese alguien, los legisladores habían querido construir unas democracias demasiado normativas, cuyo ideal de perfección chocaba contra dos escollos: por un lado, unas élites insuficientemente virtuosas, o directamente corruptas en muchos casos, y por el otro, unos ciudadanos demasiado imperfectos, no lo bastante idealistas como para identificarse con esos modelos rígidos que exigían demasiado de cada uno. En aquellos entornos ultracoercitivos, los hombres ya no eran ni libres ni independientes. No tenían más opción que seguir al pie de la letra una multitud de instrucciones, igual que en esos grandes aeropuertos internacionales, racionales pero exentos de humanidad.

¿Acaso era posible no rebelarse contra aquella avalancha absurda de normas, leyes y coacciones morales cada vez más hipócritas?

Cogió la pequeña bolsa de viaje. Tenía intención de pasar una sola noche en París y tomar el vuelo de regreso al día siguiente. Se encaminó a la puerta de embarque. Sería sólo una breve escapada. Sin consecuencias… Pero ¿qué ocurriría si Martin llegara a enterarse? ¿Si descubriera lo que iba a hacer a sus espaldas?

Cuando llegó a la puerta y se puso en la cola, notó que el corazón se le aceleraba sólo de pensarlo. No se lo perdonaría nunca. Se sentiría ofendido. Empezaba a conocerlo y sabía que había algunas cosas en las que no transigía, como la lealtad. De todas formas, estando como estaba atrapado en ese valle no tenía manera de descubrirlo, se dijo para tranquilizarse. Y mientras no lo supiera, no podría sufrir por ello.

Se acordó de lo que le había dicho su compañero Jerôme antes de que se enfadaran: «Nadie es perfecto, Léa, ni él ni tú, pero de vez en cuando hay que renunciar a los principios y dejarse guiar por las tripas.»

Mientras recorría el puente de embarque, volvió a preguntarse si todo aquello era una buena idea. Convencida de que tal vez estaba cometiendo un error irreparable, entró con paso inseguro en el avión.

47

Irène vio el SMS mientras esperaba el ascensor para subir a su habitación.

¿Podría venir al ayuntamiento? Gracias

Consultó el reloj con un suspiro: las 23.30 h. Después de la breve reunión en la gendarmería, quería dormir unas cuantas horas. Volvió al coche y condujo hasta el ayuntamiento. Se sentía agotada, entumecida… Necesitaba descansar. Con creciente nerviosismo, enfiló con paso rápido el estrecho pasillo que conducía al despacho de la alcaldesa en el primer piso, mentalizándose para rendir cuentas.

—¡Pase! —dijo una voz cuando llamó a la puerta.

Al verla, Isabelle Torres se levantó y cogió el bolso que tenía colgado de una percha. Llevaba una camisa roja de manga corta con unos vaqueros rectos de tiro bajo que le marcaban a la perfección las nalgas y los muslos. Ziegler advirtió que, en los bolsillos traseros, había un motivo de ala bordada, y enseguida apartó la vista.

—¿Adónde vamos? —preguntó prudentemente.

—He pensado que le sentaría bien tomar una copa y relajarse un poco. Todos estamos muy tensos con este asunto. Conozco un sitio agradable.

Irène se quedó totalmente de piedra. Isabelle Torres no le había pedido siquiera su opinión. Por un instante temió que esa invitación no fuera más que otra reunión de trabajo encubierta.

—No se preocupe —le dijo Torres dirigiéndose hacia la puerta—. Esta noche no me apetece nada hablar de trabajo.

—¿Y de qué vamos a hablar? —preguntó, mientras la seguía hasta el pasillo.

—Relájese, capitana —la animó la edil, taconeando al caminar—. Esta noche no estamos de servicio. Esta noche nos vamos de copas.

Servaz recibió la llamada poco antes de medianoche. Gabriela. Por teléfono su voz sonaba tensa y cargada de inquietud.

—Perdone que le moleste, pero creo… creo que hay alguien ahí fuera…

Se incorporó en la cama.

—¿Quiere decir delante de su casa?

—Sí… He visto pasar una sombra al otro lado de los cristales… y he

oído un ruido. Está ahí… rondando alrededor de la casa… Es él…

Las palabras se precipitaban en el auricular. La doctora respiraba con dificultad, demasiado fuerte, excesivamente deprisa. Estaba aterrorizada.

—¿Ha cerrado con llave la puerta y los ventanales?

—Sí, todo está cerrado.

—¿Los cristales son antirrobo?

—Sí, sí. En principio servirían para retrasar la… intrusión… en caso de que pretendiera… eh… entrar…

La última palabra apenas la había pronunciado en un susurro, como si tuviera miedo de que el merodeador pudiera oírla y se animara con la idea. Eso, en el supuesto de que ahí hubiera alguien, claro… Aunque Gabriela Dragoman no era el tipo de persona que se asustaba a las primeras de cambio.

—No se mueva de ahí. Y no se le ocurra salir. ¡Voy ahora mismo!

Todavía estaba vestido. Cogió la cazadora, se puso las deportivas y, en cuanto se hubo atado los cordones, salió a toda prisa de la habitación. Se preguntó si debía avisar a Irène. Él no tenía arma, Irène sí… Aunque probablemente no era nada. Un mero juego de luces. Una sombra propiciada por la noche.

Cuando aparcó, vio que Gabriela lo esperaba en la terraza de su búnker ultramoderno.

—Le he dicho que no saliera…

Ella se encogió de hombros y se frotó los brazos. Tenía la carne de gallina.

—Sólo he salido cuando lo he oído llegar.

—¿Dónde lo ha visto?

—Venga. Se lo enseñaré.

Lo acompañó al interior. A esa hora de la noche, los vastos espacios de la casa estaban iluminados con una teatralidad que no le sorprendió. Las masas de sombra y de luz se alternaban en función de una elaborada disposición de apliques, focos y lámparas que producía una sucesión de charcos de tinieblas y manchas de luz.

Gabriela se detuvo delante de uno de los ventanales. Servaz observó la superficie reflectante del cristal, que les devolvía su propia imagen, y se vio de pie al lado de la psiquiatra antes de abrir la cristalera y salir al césped que rodeaba la casa.

Era una noche fresca de junio. Una ligera brisa le acarició las mejillas mientras daba unos pasos mirando a su alrededor.

A la izquierda, la mole sombría de las montañas, apenas horadada por las luces dispersas de las últimas casas; a la derecha, al final de la pendiente, Aiguesvives y su profuso alumbrado, que pronto iba a menguar.

Inspeccionó los alrededores: los muebles de jardín situados justo detrás, los arbustos recortados, el camino que serpenteaba entre la hierba en torno al búnker…

—Ahí no hay nadie —dijo.

Vio que ella se estremecía.

—Había alguien, estoy segura.

Martin rodeó despacio el edificio, escrutando las sombras. Oyó algunos grillos —todavía había grillos…— y se desplazó hasta los matorrales que crecían un poco más allá, tratando de adivinar algo en medio de la oscuridad. Cualquiera podría ocultarse allí y pasar inadvertido, incluso a escasos metros de él. Se volvió hacia la casa. Esos matorrales constituían un puesto de observación perfecto… Desde allí uno podía espiar cualquier movimiento en el interior. Lo más probable era que a la doctora la hubiera traicionado la imaginación… Le había parecido ver a alguien, apenas una sombra… Pero no podía estar del todo seguro de que fuera así. Tal vez fuera cierto y hubiera alguien allí…

Alguien que observaba sus movimientos, que los había visto llegar hasta la casa cuando había estado allí con Irène, y marcharse al cabo de unas horas. Alguien que sabía, y con razón, que la solución se encontraba en esos expedientes… Alguien que debía de sentir una irresistible tentación de quemarlos, o de reducir al silencio a la única persona que los conocía a la perfección… Volvió sobre sus pasos. Gabriela se había quedado al otro lado de la casa, cerca de la cristalera abierta.

—Probablemente ya se ha marchado —dijo—. Volvamos dentro.

Ella cerró la cristalera y lo condujo hacia el bar situado en el rincón de los sofás.

—¿Tiene un sistema de alarma? —preguntó Servaz—. ¿Funciona?

Gabriela especificó el nombre de la empresa de vigilancia y describió el dispositivo. No era nada del otro mundo, sólo algo capaz de tranquilizarla y dar la alarma en caso de intrusión.

—Ya que está aquí, ¿quiere tomar algo?

Él se la quedó mirando. No. Por supuesto que no. Era casi medianoche y al cabo de pocas horas lo esperaba otra larga jornada de trabajo. Además, se acordaba muy bien de lo que les había contado Devernis.

—Por favor —insistió ella—. No me apetece nada quedarme sola. Y si hay alguien, eso lo incitará a marcharse. Quédese sólo un minuto.

Su tono era casi de súplica. Él tenía mil motivos para rehusar: no estaba de servicio; estaba suspendido; se hallaba solo con una mujer peligrosa y manipuladora que, además, formaba parte de la lista de sospechosos… Por otra parte, estaba Léa… Léa, que en su sueño coqueteaba con otro hombre, el doctor Gaudry… Dedicó una ojeada a los cuadros de las crucifixiones, antes de volver a concentrar la atención en Gabriela.

Ya se había dado cuenta de que iba con ropa de cama, vestida sólo con un ligerísimo top de tiras de color amarillo canario —que dejaba entrever a la perfección la forma de sus pechos— y un pantalón corto a juego. Bajo la luz indirecta de los focos, sus brazos y hombros parecían más bronceados todavía.

—No me diga que le doy miedo —susurró.

Se había acercado más. Lo bastante como para que pudiera percibir su perfume, un cóctel aromático de especias que le sentaba a la perfección. Aunque aquella apreciación tal vez se debiera a su cerebro provisto de un cromosoma X y de un cromosoma Y, que comenzaba a traicionarlo.

—De acuerdo —aceptó—. Una copa y me voy.

El sitio se llamaba Korova Milk Bar y, aparte del hecho de que allí apenas servían leche, Irène debía reconocer que le gustaba bastante. Simple, sin florituras, con madera en las paredes al estilo chalet, letras de neón, carteles de *La naranja mecánica*, de *2001: una odisea del espacio*, de *El resplandor*, de *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*… Y todo ello acompañado con buena música. Bueno, según sus criterios, simple y sin florituras también: White Stripes, Rival Sons, Fontaines d. c.

La clientela tenía entre veinte y cuarenta años. Se trataba sin duda del local de moda entre los jóvenes, que no tenían otro mejor al que recurrir. Había allí un concentrado de genes lozanos, agresivos y fértiles, de comportamientos moldeados a lo largo de miles de años de evolución por la competición sexual. Irène dirigió una sonrisa apreciativa a Isabelle Torres.

—Agradable…

—¿El sitio o la música?

—Ambas cosas.

—Por su investigación —brindó la alcaldesa mirándola a los ojos, mientras alzaba la copa de cerveza negra.

—Creía que no íbamos a hablar del trabajo.

—Perdón, no lo puedo evitar —se disculpó Isabelle Torres, con una nueva sonrisa.

—Una adicta al trabajo, ¿eh?

Isabelle se llevó la copa a los labios.

—Creo que nos parecemos… ¿Me equivoco?

—No.

Ziegler bajó la vista hacia su cubalibre, preguntándose si la alcaldesa se refería al trabajo o a lo otro. En los ojos de Isabelle Torres había una luz risueña que contrastaba con la dureza de su mirada cuando se ponía el hábito de alcaldesa. Se quedó mirando fijamente a Irène, y ella percibió algo más profundo, más subterráneo, que le produjo un hormigueo en la piel.

—No es un oficio fácil el de alcalde, ¿verdad? —comentó, para no

perder la compostura.

—¿Hoy en día? Con los tiempos que corren, hay que ser masoquista para querer dedicarse a esto… —La alcaldesa paseó la mirada por el resto de la sala—. Uno se pasa el día recibiendo críticas de personas que, cuando les pides que no aparquen en las plazas de los minusválidos, te mandan a paseo. Cada vez disponemos de menos medios y se nos exige más. ¿Qué tal le ha ido a usted el día?

Irène prefirió no hablarle de la visita a la casa de la psiquiatra, pero sí le explicó el episodio de los controles en la carretera.

—Conozco al cabecilla —dijo la alcaldesa con expresión adusta—. William Guerrand. Tiene un aserradero. Es un tipo inteligente que aspira a sustituirme en el cargo…

—Por lo visto, tiene la labia suficiente como para ganarse a bastantes personas —comentó Irène.

All Your Friends, cantaban The Snuts en los altavoces.

—En este país hay auténticas situaciones de pobreza y de exclusión social —reconoció Torres—. En Aiguesvives pasa igual que en todas partes. Hay casos terribles, personas que tienen que arreglárselas día a día para resistir hasta final de mes, que se pierden en el dédalo de gestiones administrativas para conseguir las ayudas, que afrontan la mirada de los que sospechan que se aprovechan del sistema, que sufren la estigmatización y la desconfianza. Imagínese lo que es vivir eso cada día para una mujer que cría como puede a sus tres hijos, o para un viejo agricultor que ha trabajado más que nadie toda su puta vida para acabar cobrando 289,90 euros al mes de subsidio de pensión agrícola, más 578,30 euros de subsidio suplementario. Joder, ¿acaso no habrían podido redondear la cifra en lugar de tirarles esos treinta céntimos a la cara? A mí me parece insultante e indecente. No es normal que una parte cada vez mayor de la población tenga que luchar a diario para sobrevivir, cuando las clases medias y altas de este país pagan más impuestos que en ningún otro lugar del mundo.

Apuró la cerveza y dejó la copa en la mesa.

—Pero lo único que hacen los tipos como Guerrand es desacreditar ese combate. No pretenden resolver los problemas. De eso no saben nada. Lo único que quieren es que se hable de ellos, captar los focos y salir en la tele o en los periódicos. Siempre pasa lo mismo. Se les sube el humo a la cabeza.

Irène pensó que más bien Guerrand le había dado la impresión de ser una persona con ideales sinceros.

—En todo caso, parece que los habitantes de Aiguesvives la aprecian —dijo, para relajar un poco el ambiente—. La han reelegido varias veces.

Torres esbozó una mueca.

—Eso también está cambiando… Las condiciones actuales son francamente malas. Uno de cada dos alcaldes se plantea no volver a

presentarse en 2020. Ahora cada cual juega al sálvese quien pueda. La verdad es que vamos directos al más absoluto fracaso.

Sus labios formaban un leve pliegue de amargura, acorde con sus palabras.

—Cada vez son más los alcaldes que tiran la toalla —prosiguió—. Tenemos que poner la otra mejilla y encajar el descontento de unos habitantes que se van volviendo más exigentes y agresivos, apañárnoslas con dotaciones presupuestarias cada vez menores, afrontar el desprecio de los servicios del Estado… Es como para acabar harto.

Negó con la cabeza. «*Try walking in my shoes*», pensó Irène. Otra vez Dave Gahan.

—¿Qué piensan hacer con Guerrand y su pequeña milicia? —preguntó de improviso la alcaldesa.

—Ir a hacerle una visita… Aunque eso puede esperar a mañana, ¿no? —sugirió Irène, sonriendo.

Isabelle Torres volvió a adoptar una expresión risueña y posó en Irène su mirada de ojos pardos, cálida como el azúcar caramelizado. En los altavoces, The Lumineers cantaban: «*Oh, Ophelia, you've been on my mind, girl, since the flood.*»

—Y eso que habíamos dicho que no íbamos a hablar del trabajo…

—Por lo visto, somos incorregibles —contestó Irène.

Las dos se echaron a reír. Consciente de que ese «somos» estaba destinado a crear una complicidad que iba más allá del ámbito profesional, Irène pensó por un segundo en Zuzka, y la vergüenza le tiñó de rojo las mejillas. *«And I can't feel no remorse»*, seguían cantando The Lumineers.

Miró el reloj.

—Tengo que retirarme —anunció—. Me acabo la copa y me voy.

La mano cálida y delgada de la alcaldesa se posó en la suya.

—Me gustaría que te quedaras un poco más…

—Por su investigación —dijo Gabriela Dragoman con la copa en alto, mirándolo a los ojos.

Brindaron. Después la psiquiatra se recostó en el respaldo y dio un sorbo al vino haciendo balancear uno de los pies descalzos ante ella. Había cruzado las piernas y, durante una fracción de segundo, Servaz admiró sin querer los músculos tensos de sus muslos. Al advertir que ella se había percatado y que parecía muy satisfecha de ello, de repente le dieron ganas de marcharse.

—A su compañera no le caigo muy bien —comentó Gabriela mirándolo.

Él pensó que, por una vez, había dejado de lado sus aires de superioridad. Parecía, por el contrario, que quería congraciarse con él. Tal vez se debiera al miedo que había pasado.

—Usted tampoco le pone las cosas fáciles —señaló.

El vino era excelente. Un côte-rôtie.

—Sí, a veces puedo ser un poco cortante —reconoció ella, riendo con desenvoltura—. Mi ex marido me lo decía continuamente. Y usted, comandante, ¿tampoco me considera digna de agrado?

La pregunta lo cogió desprevenido, tanto como la expresión elegida. ¿Acaso se le estaba insinuando? Sus ojos grises parecían más claros, más brillantes y más intensos con aquella luz, mientras posaba la vista en él con una insistencia perfectamente calculada.

—La psiquiatra es usted. Yo sólo soy un simple policía.

—Oh, es usted demasiado modesto. Estuve hurgando un poco en internet y tiene un historial impresionante… —Paseó la mano por encima de la tibia y empezó a masajearse el pie descalzo, inclinada hacia delante. Luego movió los dedos—. Estaría más tranquila si pasara la noche aquí.

—Si quiere, puedo pedir que un coche patrulla monte guardia delante de su casa. Al menos hasta que encontremos al culpable…

—¿Acaso cree que va a atraparlo? —replicó ella con ironía.

Martin sonrió.

—Usted misma lo ha dicho: tengo un historial impresionante.

No le gustaba el giro que estaba tomando la conversación. Se acordó una vez más de lo que Devernis les había contado de ella, y se preguntó si de verdad estaba loca o si sólo era una manipuladora, terriblemente segura de su poder y de su influencia sobre los hombres. Se apresuró a apurar la copa.

—¿Le sirvo otra?

—No, gracias. Le enviaré un coche para que vigile la casa esta noche.

—Preferiría que lo pidiera ahora y que se marchara después… No me gustaría volver a encontrarme sola si ese demente sigue todavía por ahí…

Servaz se quedó mirando, dubitativo, aquella gran casa vacía cuyas paredes estaban erizadas de púas como una doncella de hierro de la Edad Media. La negra noche que se extendía al otro lado de los ventanales parecía más profunda desde allí, y Gabriela lo observaba con una extraña mezcla de indiferencia y curiosidad.

—De acuerdo —aceptó al tiempo que sacaba el teléfono.

De pronto vio que ella se ponía tensa.

—¿Ha oído eso? —Parecía acobardada. Estaba mirando el techo—. He oído un ruido… arriba.

Él dirigió la mirada hacia el techo, en el que se diseminaba una constelación de diminutos focos.

—No, no he oído nada… ¿Qué tipo de ruido?

—No sé… como si hubieran dejado caer un objeto pesado o algo así…

—¿Qué hay arriba?

—Dormitorios y cuartos de baño, mi vestidor…

Martin aguzó el oído, pero sólo oyó el leve zumbido de la nevera de detrás del bar.

—Yo no oigo nada —dijo al fin.

—Ha sonado algo —insistió ella.

Al evocar la imagen de los cadáveres de los Hosier, padre e hijo, en ese instante lamentó no tener su arma reglamentaria.

—De acuerdo, vamos a echar un vistazo.

Se levantaron. Ella le enseñó la escalera y después dejó que él se pusiera delante. Servaz subió poco a poco, atento a cualquier posible ruido. Cada dos escalones, una luz led proyectaba un pequeño cono a ras de suelo. La superficie enmoquetada del primer piso apareció a la altura de su rostro. Prosiguió el ascenso hasta que llegaron al otro nivel. Volvió a aguzar el oído. Nada. Al fondo del pasillo había una habitación con la luz encendida, donde distinguió una cama.

Abrió las puertas de los dormitorios, una por una, entró en los cuartos de baño, salió y fue avanzando así hasta la suite del final. Una gran cama cuyo edredón rosa estaba sólo deshecho de un lado, una puerta que daba a otro cuarto de baño a la izquierda, una ventana a la derecha… El cabecero de la cama era un lienzo de pared abierto a ambos lados, tras el cual atisbó un ropero.

—No hay nadie —concluyó, después de haber explorado minuciosamente cada rincón.

Ella se lo quedó mirando. Se había mantenido pendiente de cada uno de sus gestos mientras recorría la habitación. Había encendido un cigarrillo y acababa de tomar un sorbo de vino. Ahora ya no parecía

asustada, más bien todo lo contrario. Martin advirtió el leve perfume que emanaba de las sábanas, al igual que del resto del dormitorio, una combinación de colonia, jabón y crema hidratante… Aunque lo que más lo atormentaba era el olor de ese cigarrillo. Notó cómo se abría un abismo en sus tripas. Ella dio una profunda calada. Cuando exhaló el humo, muy despacio, Martin detuvo la mirada en sus labios carnosos, del color del coral… y en la nube azulada.

—Voy a hacer esa llamada —dijo.

La psiquiatra se había acercado. Demasiado. Tanto ella como el cigarrillo estaban demasiado cerca… Vio cómo introducía un dedo en el vino casi negro, sosteniendo con la misma mano la copa y el cigarrillo. Después lo levantó hasta los labios de Martin y los humedeció suavemente, como si lo bautizara. La punta de aquel dedo tenía un leve olor a tabaco. Gabriela empezó a hundir el dedo en su boca, poco a poco, con un movimiento de vaivén. El dedo sabía a vino y a cigarrillo, y él lo chupó. Clavó la mirada en los ojos de ella. Tabaco, dedo, boca, mirada… Se había quedado en blanco. Un segundo después ella había pegado sus labios a los suyos y posaba una bocanada de delicioso humo en su boca. La nicotina le subió directamente al cerebro. Como la bola arrojada por un experto jugador de bolos, logró un pleno en la zona reservada a las adicciones, derribando todos sus reparos. Una oleada de placer insoportable, un chute demencial que le puso la carne de gallina.

Gabriela dejó la copa en la mesita de noche. Encaró el cigarrillo hacia él y lo deslizó sonriendo entre sus labios. Martin aspiró como un yonqui, mientras ella le desabrochaba la camisa, le besaba el cuello y le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Una vez abierta la camisa, las uñas de Gabriela corrieron sobre el vendaje que le ceñía el torso. Se le encendió la mirada, pero no preguntó nada. Se acurrucó contra él e hizo descender la mano entre ambos para excitarlo, rodeando con los dedos la forma rígida, erecta ya, a través de la tela. Martin notó cómo abría con agilidad la hebilla del cinturón y los botones del pantalón para acceder al interior.

Ella cogió el cigarrillo y se sentó en el borde de la cama sin dejar de acariciarlo, antes de acogerlo en su boca. Mientras iba y venía en torno a su miembro, alargó el brazo para plantar el cigarrillo delante de los labios de Martin, y él se inclinó para dar una larga y exquisita calada, sin saber cuál de las dos sensaciones era más intensa.

Con el cerebro drogado por la nicotina y el deseo, como una rata de laboratorio que se olvida de comer y de dormir para esnifar coca, pensó que Gabriela era toda una experta en el arte de explotar las debilidades de los demás. Había identificado la suya en cuanto lo vio el primer día. En ese instante, sin embargo, eso le daba completamente igual. Ansiaba su dosis. De nicotina. De sexo. De vicio. De traición… Porque era plenamente consciente de que estaba traicionando. Traicionaba a Léa. Traicionaba sus principios. Traicionaba su profesión.

Aspiró el humo, con el cerebro repleto de una luz brillante y tornasolada. Irresponsable. Egoísta. Drogado… Tenía calor. Sentía un zumbido en las sienes y sus labios parecían tan áridos como la arena de un desierto. El cigarrillo se acababa. Dio una última calada y lo aplastó en el cenicero de la mesita de noche. Gabriela se había tendido sobre la cama, con los pies en el suelo y los muslos abiertos. La intensidad de su mirada, la imperiosidad de su muda llamada eran casi inquietantes. Había empezado a acariciarse, mientras lo aguardaba.

Él se inclinó y sustituyó los dedos de Gabriela por los suyos. Ella gimió. Estaba empapada. El efecto de la nicotina estaba ya disminuyendo en el cerebro de Servaz. Gabriela no despegaba la mirada de él. Esperaba a que la penetrara.

—Los preservativos están en la mesita.

Su voz: pausada, fría, razonable… No era una petición, sino una orden. Él siguió acariciándola, con los dedos en su interior. Estaba empalmado, estaba listo. Y de pronto, vio a Léa en esa posición, acariciada por ese médico joven. Léa, que deseaba que la penetrara otro… Léa, que se ofrecía a Jérôme Gaudry… Y su erección se derrumbó.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando retiró los dedos y los secó en el edredón.

Cerró los ojos, respiró hondo y se inclinó hacia delante, con los brazos tensos y los puños crispados encima de la cama, a ambos lados de Gabriela.

—Martin…

Él se incorporó, se abrochó la camisa y el pantalón…

—Pero… ¡qué estás haciendo!

—Voy a llamar —dijo—. Estarán aquí dentro de cinco minutos…

—¡No puedo creerlo!

Estaba furiosa. Echaba chispas por los ojos. Él negó con la cabeza.

—No es una buena idea, Gabriela… Yo… lo siento. No podemos hacer esto…

Ella se sentó en el borde de la cama y se levantó de un salto.

—¿Cómo? Pero ¿quién te crees que eres? ¿Crees que… que puedes calentarme, provocarme, meterme tus sucios dedos en el coño y luego rechazarme?

—Yo no te he provocado, Gabriela… Eres tú la que te me has echado encima, la que me ha metido ese cigarro y los dedos en la boca…

De pie delante de él, con una risa nerviosa, empezó a desabrocharle de nuevo el cinturón.

—¡Cabrón, no puedes parar así y dejarme a medias! ¿Acaso crees que te puedes ir sin más? ¡Vas a follarme ahora mismo, joder!

La agarró por la muñeca, casi retorciéndosela.

—¡Te he dicho que no! —gritó, enfurecido también.

—¡No tienes derecho a parar ahora, ¿me oyes?! —gritó ella—. ¡No

tienes derecho!

Se zafó y volvió a emprenderla con el pantalón, con las dos manos esta vez. Él la apartó de nuevo.

—¡He dicho que pares!

La soltó y, un segundo después, le cayó la bofetada. Lo había golpeado con todas sus fuerzas. Podía notar el ardor en la mejilla. Incluso había sentido cómo crujían dientes.

—¡Malnacido! —chilló ella—. ¡Eres un desgraciado!

Él se la quedó mirando. Durante una ínfima fracción de segundo le dieron ganas de devolverle la bofetada, pero sabía que no podía hacerlo. Sabía que no debía. Que no iba con él. Él no pegaba a las mujeres. Ni siquiera cuando estaba furioso y molesto. Ni siquiera cuando acababa de sufrir el asalto desaforado de una arpía.

Se encaminó al cuarto de baño, encendió la luz y se acercó al espejo. La marca de los dedos era perfectamente visible en la mejilla.

Cogió una toalla, la mojó y frotó antes de regresar al dormitorio. Gabriela, de nuevo fría y distante, fumaba sentada en la cama.

—Eres un perfecto gilipollas —soltó, mirándolo de arriba abajo, con una sonrisa en los labios.

Voz burlona, desprecio, hiel: había recobrado la compostura. No estaba dispuesta a dejarse humillar por ningún hombre, era ella quien los humillaba. Devernis estaba en lo cierto. En ese instante, no era más que un puro concentrado de odio y desdén.

Expulsó el humo en dirección a él.

—Nunca sabrás lo que te pierdes… Francamente, me das pena.

Se puso a observar las uñas pintadas de los dedos de sus pies. Las rodillas plegadas sobre su pecho. Los pies moviéndose sobre la colcha, inquietos.

—Lárgate —le soltó sin mirarlo.

—Gabriela…

—¡Que te largues!

Sintió que volvía a invadirlo la rabia.

—Estás chalada, ¿sabes?

Ya no tenía ganas de ser considerado con ella, sino de humillarla, de derribar sus defensas, pero era dura como el hierro.

—¡Vete de aquí, desgraciado de mierda!

Sentado frente al volante, en la penumbra, con la vista posada en la guantera, se preguntó si Gabriela lo estaría observando desde la casa después de haber apagado todas las luces. De todas formas, le daba igual. En realidad, estaba pensando en Léa, solamente en Léa… ¿Dónde estaría en ese momento? ¿Qué estaría haciendo?

Sabía que aquello sería una derrota. Que Léa pensaría que era un hombre débil, sin voluntad. Que él mismo lo pensaría, tal como lo había

pensado tantas veces en otras ocasiones.

«Al diablo», se dijo.

Abrió la guantera. Dentro había un paquete de cigarrillos. Un paquete nuevo, todavía envuelto en el celofán, y un encendedor al lado… Alargó el brazo, con mano temblorosa. Cogió el paquete, rasgó el celofán, le dio un golpecito y dejó que el cigarrillo cayera entre sus dedos.

Oyó el coche patrulla que llegaba para montar guardia, vio los faros a través del retrovisor.

Cuando aspiró el humo, se dijo que no había nada mejor en el mundo que la derrota: nada más delicioso, nada más atroz, nada más humano.

La lengua de Isabelle Torres tenía sabor a lúpulo en la boca de Irène, con un regusto a aroma de chicle de menta. Se enroscaba en torno a la de ella desde hacía unos diez segundos, en la penumbra del coche. La alcaldesa también le había desabrochado los botones de los vaqueros e introducido una mano en las bragas, e Irène sentía que en su vientre estallaba una oleada de calor.

A su alrededor, el bosque oscuro abrigaba su parada nupcial. Irène gimió y se aferró a Isabelle cuando un dedo la penetró. Cerró los ojos, dando rienda suelta a su respiración agitada mientras los músculos de sus muslos empezaban a contraerse y a temblar. El flujo humedecía su vagina. Nada existía más allá de esas sensaciones en su boca y en su sexo.

En el habitáculo, la canción anterior llegó a su fin y de pronto sonó la voz ronca, andrógina y etérea, tan parecida a la de una mujer, de Greg González, el cantante de Cigarettes After Sex: *Nothing's Gonna Hurt You Baby*. Una de las canciones preferidas de Zuzka: «Ya nada podrá hacerte daño, cariño.»

Irène se tensó y agarró la muñeca de Isabelle.

—No —dijo.

Ella la interrogó con la mirada.

—No, perdona, no puedo.

—¿Cómo?

—No puedo —repitió Irène.

Isabelle Torres la escrutó. Había retirado la mano. Vio que a la capitana se le empañaban los ojos y que, en el borde de sus párpados, se formaba una lágrima.

—¿Puedes explicarme qué pasa?

Irène se quedó callada unos segundos, indecisa.

—Es esta canción… —Hizo una pausa, buscando las palabras más oportunas—. Me recuerda… me recuerda a una persona que está muy enferma. Una persona a la que quiero… Lo siento mucho.

Isabelle Torres guardó silencio un momento.

—De acuerdo —dijo por fin.

Asintió. Una, dos veces.

—De acuerdo, lo entiendo. —Acarició furtivamente la mejilla y los cabellos rubios de Irène—. Entonces te acompañaré al hotel.

Irène se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas. No se percató de la mirada furibunda de la alcaldesa mientras maniobraba para dar marcha atrás y salir del claro.

Gabriela estaba mirándose en el espejo. A diferencia de la del policía, su cara no conservaba ninguna marca del enfrentamiento. Aun así, sabía que, en caso de haber una denuncia, sería a ella a quien creerían. Él era el hombre, el depredador, el agresor. Hiciera lo que hiciese, o incluso sin hacer nada.

Por un breve instante estuvo tentada de golpearse la cabeza contra el cristal antes de llamar a los gendarmes. Tenía que hacer algo… No podía permitir que se saliera con la suya sin más.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia, de frustración. Se le había corrido el maquillaje. Cogió las toallitas desmaquillantes y empezó a limpiarse con furia la cara.

Una silueta salió de la sombra, justo detrás de ella. Gabriela la entrevió en la esquina del espejo, pero no se dio la vuelta. Siguió desmaquillándose, como si nada. La voz sonó a su espalda:

—Va a pagar por esto también, no te preocupes… Por esto y por todo lo demás.

Domingo

49

¿Podía decirse que él había tenido su parte de responsabilidad? ¿O simplemente ella lo había manipulado y obligado a meterse en su cama? No. Nadie lo había obligado. Él era un hombre adulto, capaz de decir que no.

Alto. Un momento…

Sabía que había metido la pata. Incluso si después había intentado corregirlo, había dejado a un lado sus principios. Había estado a punto de traicionar a Léa. No, de hecho, la había traicionado. Había metido los dedos dentro del sexo de Gabriela y ella se había metido el suyo en la boca, joder.

De todas formas, no era tan simple. Las cosas nunca lo eran.

A diferencia de las multitudes ávidas de verdades simples, de los políticos que se dedicaban a vender simplificaciones a ultranza y de los ideólogos que creían en sus propias mentiras, los jueces, los abogados y los policías sabían que cada situación era distinta. Y quienes las vivían también…

Eran las ocho de la mañana del domingo. Se había quitado el vendaje que le ceñía el torso y se había examinado como pudo en el pequeño espejo picado del cuarto de baño. Las heridas, poco profundas, casi habían cicatrizado por completo. Los hematomas, en cambio, estaban virando al amarillo mostaza. Acababa de ducharse y ya se estaba vistiendo cuando el teléfono vibró en la mesita de noche.

Miró la pantalla.

Irène… Por un instante había temido que fuera Gabriela. Habría sido muy capaz. Cogió el móvil, con una pierna dentro del pantalón y la otra pernera arrastrándose por el suelo como una muda de lagarto.

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—En el hotel. Estoy terminando de vestirme. ¿Por qué?

—Ha ocurrido algo en casa de Théo, el crío…

Él respiró hondo.

—¿Qué ha pasado?

—Puede que no sea nada, pero los padres han encontrado algo en su cuarto.

Iba a preguntar qué era cuando oyó que ella colgaba.

A él también lo veo.

No es diferente de los demás.

Se cree más justo, más íntegro, menos corrupto. Se cree mejor. Cree que sus dudas y sus cuestionamientos son la prueba de su rectitud, de su humanidad.

Se cree profunda, sinceramente humano.

Se equivoca.

Es igual de débil, amoral e indigno de perdón que los demás. Y como ellos, no se librará del castigo. Sus buenos sentimientos, su moral, sus intentos de ser una buena persona no van a salvarlo. Con intentarlo no basta.

¿Por qué debería librarse de la retribución debida?

Se parece a ellos más de lo que cree.

En el fondo, todos se consideran buenas personas; todos creen que se comportan bien. Todos se imaginan que llevan una vida digna, respetuosa y honorable, incluso cuando humillan, mienten, engañan o traicionan. Para ellos, eso son pecados veniales que no tienen nada de ruin ni irreparable.

Nunca han matado, nunca han robado.

Creen que van a eludir una vez más el chaparrón. Pero esa época se ha acabado de una vez por todas. Se ha acabado.

Ese tiempo en que podían seguir viviendo su vida como si nada, dedicarse a sus cosas sin querer ver el sufrimiento, la miseria y la desdicha que dejan tras ellos, es ya cosa del pasado.

Ha llegado la hora de aplastarlos como se aplasta a una serpiente, bajo una bota, con el talón. Se acabaron los rodeos, los aplazamientos, las bonitas palabras y los buenos sentimientos. Saludemos la barbarie que llega. El caos. El miedo.

Temblad, buenas gentes. Los lobos están aquí e irán a buscaros incluso en vuestras casas. Os sacarán de la cama. Atacarán a vuestras parejas, a vuestros hijos. A todo el mundo.

Ése es el precio que hay que pagar.

No hay inocentes. Todo el mundo va a pagar.

Y él será el primero…

50

—Aparte de eso, ha aparecido esto en el buzón de la gendarmería —lo informó Ziegler en cuanto llegó a la sala en la que se reunía el equipo.

Le tendió una hoja impresa de formato A4 metida en una bolsa transparente con precinto.

A partir de ahora será ojo por ojo. Sabemos dónde vivís, gusanos. ACAB.

ACAB eran las siglas de *All Cops Are Bastards*: «Todos los policías son unos cabrones», un eslogan aparecido durante la terrible huelga de los mineros británicos de 1984. La huelga había durado un año. Margaret Thatcher no había dado el brazo a torcer y se había ganado el sobrenombre de la «Dama de Hierro». Los mineros, por su parte, no habían obtenido nada. El conflicto había causado tres muertos: dos piquetes y un conductor de taxi muerto a manos de los huelguistas porque transportaba a un trabajador que no se había adherido a la huelga. El movimiento había marcado el fin de los sindicatos obreros en Gran Bretaña.

—Precioso —dijo Servaz.

—Isabelle Torres también ha recibido un mensaje.

—¿Qué pone?

—Que si no hacía nada, le iban a incendiar la alcaldía.

—Vivimos en una época increíble. Igual sería mejor que me dijeras qué han encontrado los padres de Théo en su habitación. Me ha parecido que era importante.

—Vamos. Te lo contaré en el coche.

Una página web, en la tablet de Théo. Su madre había entrado en el cuarto sin avisar y se había dado cuenta de que su hijo escondía la tablet debajo de la colcha.

La había levantado y había cogido el aparato antes de que Théo tuviese ocasión de cerrar la página.

La imagen que había visto en la pantalla había despertado su curiosidad al principio, pero luego la había llenado de espanto… Cuando Irène y Martin la vieron, comprendieron enseguida por qué. Era una imagen móvil, dinámica, una especie de GIF animado que se repetía en bucle. Una silueta caminaba de espaldas en un pasillo oscuro, un túnel que desembocaba en un paisaje iluminado por la luna: un claro

rodeado de árboles muy altos, como los de un bosque mitológico, recortados en un juego de luces y sombras sobre un cielo estrellado. Aquel paisaje mostraba algo insólito, algo siniestro y malsano… Al observar las mismas secuencias que se repetían una y otra vez, Servaz tardó unos segundos en comprender. Había unas bocas… Unas minúsculas bocas que aparecían en los árboles furtivamente, de manera subliminal, esbozando sonrisas crueles o profiriendo gritos silenciosos y mudos antes de esfumarse casi de inmediato. Al mismo tiempo, de la hierba del claro surgían, como setas tras la lluvia, unas pequeñas calaveras que reían y luego volvían a desaparecer.

Aquello duraba sólo unos segundos, pero bastaba con reproducirlo dos o tres veces para provocar una profunda sensación de desasosiego. Aunque no era raro encontrar ese tipo de siniestras animaciones en internet, a Servaz le pareció terriblemente perturbador que un niño de once años contemplara ese lúgubre espectáculo noche tras noche.

Al cabo de unos instantes, sin embargo, la animación dio paso a una pantalla negra, un charco de tinieblas densas e impenetrables, en las que vieron inscribirse en letras de fuego las siguientes palabras:

Bienvenidos a
CUANDO LOS PADRES DUERMEN

Luego venía la invitación: «Introduce la contraseña y únete a nosotros.»

Ziegler miró la pantalla, pálida como el papel, antes de posar la mirada en Théo, que permanecía enfurruñado en un rincón.

—¿Qué es esto, Théo?

—Es un juego.

—¿Un juego?

—Sí.

—¿Y tú conoces la contraseña?

Una pausa.

—No.

Mentía, estaba claro. Servaz se quedó mirando fijamente la pantalla, preguntándose de qué iba aquella nueva pesadilla y por qué derroteros los llevaría. «Cuando los padres duermen…» ¿Qué ocurría cuando los padres dormían? ¿Tendría algo que ver aquella página web con los asesinatos? La idea parecía absurda, descabellada. Sin embargo, sí era probable que guardara alguna relación con el hombre que se hallaba en el bosque en compañía de Théo. Quizá Théo y él se comunicaban a través de esa página. Quizá disponía de una función de mensajería. Y la silueta del dibujo… ¿Quién era ese hombre? Una vez más, Servaz sintió que sus propios terrores y sus propias pesadillas cobraban vida en el seno de ese valle. ¿Qué había ido a hacer allí? Y pensar que todo había empezado con una llamada de Marianne en plena noche.

—Deberíamos llamar a Gabriela Dragoman —propuso Irène, mirando primero la tablet y luego al niño.

Martin se estremeció.

—No.

Se volvió hacia Théo.

—Théo —preguntó con voz suave—, ¿cómo descubriste esto? ¿Quién te lo enseñó?

El niño se quedó indeciso, mordiéndose las uñas y retorciendo el cuello del pijama.

—Un amigo…

—¿Cómo se llama ese amigo?

Otro momento de indecisión.

—No puedo decirlo.

Irène y Servaz intercambiaron una mirada.

—¿Por qué no, Théo?

—Porque… porque no…

—¿Es porque te lo ha prohibido tu amigo?

Vieron que asentía con la cabeza, y de pronto a Servaz se le ocurrió algo.

—Théo, ¿tu amigo es un adulto?

Para su sorpresa, Théo negó con la cabeza. «Esto no encaja —pensó—. El que estaba con él en el bosque era un adulto… Aunque también es posible que nos esté mintiendo…»

—¿No? Entonces, ¿es un amigo de tu edad?

Nueva negación muda.

—¿Mayor?

Théo confirmó con una inclinación de cabeza.

—Y ese amigo… ¿está solo o son varios?

El niño se demoró un poco, como si dudara de si tenía derecho a responder a esa pregunta.

—Varios…

Servaz pensó que los grupos siempre tenían sus códigos, sus secretos y su reglamento, por más elemental que fuera.

—Vale. Sin embargo no estás autorizado a decirnos quién es, ¿verdad?

Nueva confirmación muda.

—¿Por qué?

—Si lo digo, me matarán.

—¿Cómo dices?

—Si lo digo, me matarán.

Servaz notó que un escalofrío le atravesaba todo el cuerpo. «Sólo se trata de amenazas de esas que se lanzan los chavales», se dijo para tranquilizarse.

—¿Te dan miedo?

La expresión del pequeño se ensombreció antes de asentir levemente.

—Théo, ¿quién estaba contigo en el bosque? ¿Cómo se llama?

No obtuvo respuesta.

—¿Cómo se llama, Théo? Tienes que decírmelo.

Aguardó, una vez más en vano.

—Théo, la persona que estaba contigo en el bosque ¿era un adulto?

El chiquillo volvió a asentir.

—¿Cómo lo conociste?

El niño guardó silencio.

—Théo, ¿cómo se llama? Tienes que decirme cómo se llama, Théo. No me iré de aquí hasta que me lo digas.

Ninguna respuesta.

—Théo, es necesario, tienes que decírmelo…

Ninguna reacción.

—Théo, vas a ir a la cárcel si no me lo dices…

—Martin —susurró Irène a su lado.

El niño levantó la vista con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Quieres ir a la cárcel, Théo?

—Martin… —insistió Ziegler.

El muchacho negó con la cabeza.

—¿De verdad quieres ir a la cárcel, Théo?

Esta vez negó con la cabeza con tanta vehemencia que cayeron lágrimas sobre la moqueta.

—Entonces, dime quién es…

—Por favor, Martin —musitó Irène.

—El señor Delahaye.

—¡Joder, Delahaye…! ¿Crees que…?

—No lo sé.

Se encontraban en el pasillo, delante de la puerta del cuarto cerrado. Habían dejado al niño sentado en la cama.

—*Cuando los padres duermen…* —dijo Ziegler—. Por Dios… Ese chaval tiene once años y esta historia es siniestra a más no poder…

—Y él sin duda conoce la contraseña y accede a la página —señaló Servaz, recordando las minúsculas bocas de expresión cruel que gritaban en silencio desde los árboles.

—Hay que averiguar quién creó esa página web, contactar con el servicio de *hosting* y obtener la contraseña de una maldita vez.

—¿Tenéis a alguien que entienda de programación?

—Sí… Mientras tanto, confiscamos esto —Irène blandió la tablet— y nos vamos directos a casa de Delahaye.

Recorrieron el pasillo hasta el comedor, donde esperaban los padres de Théo.

—¿Les ha dicho qué es? —preguntó la madre.

—Un juego.

—¿Un juego?

—Sí. No se preocupen —mintió Irène al ver la cara de inquietud de la mujer.

El padre guardaba silencio, limitándose a observarlos con mirada ausente. Servaz se preguntó si, en su cabeza, el Cristo de Aiguesvives abandonaría Mali algún día. Si volvería con ellos. «Tal vez con el tiempo…», se dijo. Esa mañana llevaba un *qamis* musulmán blanco e iba descalzo. Servaz vio un par de pesas y unos ejercitadores de manos en el suelo, y también una barra para hacer dominadas en el marco de una de las puertas.

Estaba entrenando…

Pero ¿para qué se entrenaba concretamente?

51

Todo era quietud y silencio en la casa de Gildas Delahaye. Después de llamar tres veces, Ziegler le hizo una señal al cerrajero, y al poco entraron en el largo pasillo que discurría por debajo del nivel de la calle. Dos vecinos los seguían, un tanto cohibidos. Estaban allí en calidad de testigos, en cumplimiento de las reglas de registro.

—Adelante —ordenó Ziegler a los gendarmes—. Revisadlo todo.

Dedicó una breve ojeada a las fotografías enmarcadas de las paredes, que mostraban sin excepción a la mujer que nunca sonreía, y acto seguido se adentró en el pequeño salón donde los había recibido Gildas Delahaye. Igual que la vez anterior, un olor a cerrado y a hombre solitario que descuida su higiene flotaba en el ambiente.

Servaz recorrió con la mirada los lomos de los viejos libros de los estantes. Ediciones antiguas de *La comedia humana* de Balzac y de obras de Stendhal, además de Barrès, Maurras, Léon Daudet, Montherlant, Drieu La Rochelle, Jouhandeau, Chardonne… Frunció el ceño. Los gustos literarios de Delahaye se correspondían claramente con sus ideas políticas, impregnadas del mismo olor a rancio que su vivienda. Advirtió varios números antiguos de *La Nouvelle Revue Française* En versión de Drieu La Rochelle y de *L'Action Française*. Era un coleccionista, pero con unos gustos muy específicos.

Se dio cuenta de que comenzaba a entender quién era realmente Delahaye. Un ser que vivía en el pasado, cargado de odio. Aquello no había aparecido de la noche a la mañana, probablemente, pero sin duda se había acentuado con la muerte de su esposa y la adicción de su hijo. Ese odio hacia los jóvenes, hacia los padres de los alumnos, hacia la vida moderna… ¿Un odio tan intenso como para matar? ¿Qué hacía Delahaye con Théo la otra noche? ¿Por qué rondaba por el bosque con un niño de once años? Servaz notó un escalofrío. Aquella casa era como uno de los círculos del infierno. Un universo concéntrico… Un círculo en el interior de otro círculo, el de Aiguesvives, encerrado a su vez en el círculo de las montañas y los valles que lo rodeaban. No iban a salir de ahí… Un infierno en miniatura, donde prosperaban los odios enquistados y las fantasías de venganza como microorganismos en un caldo de cultivo.

Esa imagen de los círculos del infierno le recordó la nota que Delahaye había encontrado en su buzón. ¿La habría puesto él mismo?

Volvió a pasar por delante de los dos vecinos plantados en medio del pasillo. Sabía lo que buscaba: secretos, cajones cerrados con llave, un

escondite detrás de un perchero… Recortes de prensa, fotos… Los tipos como Delahaye siempre guardaban trofeos. Se creían superiores a los policías y a la justicia, que sólo les merecía desprecio.

Los gendarmes, por su parte, lo desmontaban todo, lo abrían todo, lo vaciaban todo. Se los oía remover cosas en el piso de arriba y caminar con paso pesado sobre el parquet.

La casa estaba llena de libros, de polvo y de objetos viejos, feos y destartalados. Los gustos de Gildas Delahaye no eran los de un anticuario, sino los de alguien que simplemente acumulaba.

Entró en un despacho. Un cuarto no muy grande, con una mesa de trabajo de madera oscura abarrotada de papeles. En ella había también un voluminoso ordenador de sobremesa con una torre, un monitor y un teclado.

Había algo que no encajaba. No se imaginaba a Delahaye conectándose a una página web como la de *Cuando los padres duermen*. Estaba demasiado chapado a la antigua para hacer algo así.

En esa casa no había el más mínimo indicio de modernidad, aparte del televisor, el *router* y el ordenador de sobremesa. ¿Y por qué habría aceptado Théo una cita en plena noche con su profesor? No era un niño especialmente valiente, y esa situación le habría inspirado demasiado miedo. Lo más probable era que conociese bastante bien a la persona con quien se citaba. ¿De qué habrían hablado esa noche en el bosque? ¿Cómo habría convencido Delahaye al chico para que saliera de su casa?

La única certeza que tenían hasta ahora era que en efecto había dos personas: un niño y un adulto.

Y, según Théo, el adulto se llamaba Gildas Delahaye.

Servaz se puso los guantes de nitrilo y miró hacia la puerta. No debería hacer eso, su papel debería ser el de un mero observador. Encendió el ordenador. Acceso directo, sin contraseña. Consultó el historial de búsquedas. Delahaye ni siquiera lo había borrado. Así de entrada, no parecía que hubiese nada que mereciera la pena investigar. A menos que fuera mucho más listo de lo que aparentaba y hubiera suprimido sólo las indagaciones comprometedoras, o que se conectara a las páginas sensibles en modo incógnito.

Pasó a examinar la mesa. Exámenes para corregir. Notas. Libros de texto. En los cajones tampoco había nada comprometedor. Salió del despacho. Al fondo había una puerta cerrada, se encaminó hacia ella y apoyó la mano en el pomo.

Estaba abierta.

La empujó lentamente. Las persianas estaban bajadas y sólo entraba una luz tenue y cenicienta del exterior. Dio un paso más allá del umbral y, al instante, se le aceleró el pulso. Por unos segundos creyó que estaba viendo visiones, que sufría una alucinación.

Una decena de animales lo escrutaban desde las sombras, listos para saltar y arrojarse sobre él. Servaz tragó saliva.

Todos se encontraban a la misma altura, congregados sobre una mesa de madera en el centro de la habitación.

Pelajes oscuros, iridiscentes, crines semejantes a pelos de pincel, hocicos fruncidos entre los que asomaban hileras de dientes acerados, patas de musculatura tensa, plumajes lisos… Y sobre todo, miradas fijas, feroces o desorbitadas por el miedo. Un zorro. Una urraca. Una marta. Un tejón. E incluso un cervatillo.

Lo miraban con sus ojos muertos. Un círculo de pupilas de inquietante fijeza, una población de fantasmas. Aquellas criaturas habían estado vivas; habían corrido, volado, cazado, comido. Y ahora estaban muertas… pero colocadas según una meticulosa puesta en escena. «¿Igual que las víctimas del Dúo?» Servaz se sintió mal de repente, con una sensación de sofoco y de vértigo. Las piernas le flaquearon y todo empezó a dar vueltas. Tuvo que agarrarse a la mesa para no caerse.

Cerró los ojos. Los volvió a abrir y respiró hondo.

¿Qué demonios le pasaba? Dejó que su mente se estabilizara, que lo ayudara a recuperar un mínimo el equilibrio.

Quizá fuesen secuelas de la persecución de la otra noche, en la cantera. O bien el estrés… El consejo disciplinario que iba a dictar su inminente destitución debía de estar corroyéndolo a un nivel inconsciente. Aunque tratara de no pensar en ello, sabía que una parte de su cerebro no perdía de vista, en un segundo plano, aquella espada de Damocles que pendía sobre él. Aunque también podía deberse a lo que le había ocurrido a Gustav.

Cuando salió al pasillo, un tanto azorado, se encontró con Irène.

—¿Te pasa algo? Estás muy pálido.

—No, no, estoy bien.

—Pues no lo parece. ¿Qué hay en este cuarto?

—Nada, unos pocos animales disecados.

Ella lo miró con curiosidad, y él abrió la puerta.

—¿No crees que este montaje cuadra bastante con alguien aficionado a las escenificaciones raras? —comentó Irène, después de observar detenidamente a los animales desde el umbral.

—Eso mismo he pensado yo.

—De todas formas, no es mucho hilo del que tirar. No tenemos nada.

—Quizá tenga otro escondrijo…

—¿Y dónde coño se ha metido? No responde al teléfono. ¿Y si ha salido del valle de alguna forma?

Caminaron hacia la puerta principal y salieron a la plazuela adyacente. Servaz necesitaba sentir el aire fresco, y también fumar. Encendió un cigarrillo con un asomo de remordimiento. Se acabaron los chicles. La posibilidad de padecer un cáncer volvía a cernirse sobre él.

—No debe de ser tan difícil salir de aquí —opinó ella—. Basta con conocer los senderos que comunican con los valles de al lado, o con atravesar los bosques.

—¿Crees que es eso lo que ha hecho?

—Quizá se asustó al ver que íbamos a casa de Théo.

—No se ha ido —dijo Martin de pronto, contemplando la plaza y la iglesia de enfrente rodeada del laberinto de calles—. Sigue aquí. Este espectáculo es muy especial para él. Lleva esperando esto demasiado tiempo como para no disfrutarlo. Éste es su coto de caza, en el que se siente omnipotente. Una parte de su plan consistía en hacernos venir hasta aquí… Aquí nos vigila y nos controla, jugando siempre con ventaja. Está ahí, no se ha ido, Irène…

Ella se tensó, mirándolo fijamente.

—Quieres decir que «están ahí», ¿no? Había un «dúo», ¿recuerdas?

—Sí… —confirmó él, sin despegar la vista de la iglesia—. Siguen ahí… Pero el segundo no es más que un secuaz, un seguidor que está sometido al primero y lo obedece. Hay uno que tiene el control, el poder. Él es el que juega a ser Dios.

52

—El sitio web está alojado *offshore* —declaró el experto en informática.

Acababa de llegar en el helicóptero. Era un pelirrojo de treinta y tantos años enfundado, como si de un uniforme se tratara, en una camiseta de la Guerra de las Galaxias. Quería examinar la tablet de Théo y también el estado de la red y la velocidad de internet en el valle.

—Un alojamiento *offshore* —explicó, al ver sus caras de perplejidad— es un *hosting* que provee acceso a servidores ubicados en Panamá, en las Bermudas, en las Bahamas, en Rusia… Es decir, fuera del alcance de las administraciones de este país.

Los miró, primero a uno y luego al otro.

—Para que un sitio web esté disponible las veinticuatro horas del día, tiene que estar hospedado en un servidor conectado de forma permanente a internet. En teoría, uno puede alojar por sí mismo su sitio web, siempre y cuando disponga de un ancho de banda potente. Eso se debe a que los visitantes de los sitios de internet efectúan esencialmente descargas en sentido descendente, *download,* y por tanto el servidor debe garantizar básicamente el envío de páginas en sentido ascendente: *upload*.

Servaz no comprendía una palabra de ese galimatías, pero Irène y Enguehard sí parecían seguir el hilo.

—Por esa razón, lo más aconsejable es recurrir a un *hosting,* y lo más probable es que se trate de un alojamiento anónimo. Tal como indica la expresión, ese tipo de servicio permite no revelar la propia identidad, inscribiéndose a través de una VPN o de Tor.

Se volvió hacia la pantalla.

—Lo más urgente es que tome el control de esta web. En cuanto tenga la contraseña, los aviso. También veremos de qué manera está codificada, y si nos enfrentamos a verdaderos profesionales o a unos simples aficionados.

Se puso a teclear. Alguien había bajado las persianas para mantener en la penumbra el minúsculo despacho, en el que la pantalla despedía un brillo lúgubre y vaporoso. Se trasladaron al despacho contiguo, el de Enguehard.

—¿Por qué no volvemos a interrogar al niño para que nos dé la contraseña? —planteó Ziegler.

—No contestará nada —repuso Servaz—. Tiene demasiado miedo.

—Pero ¿miedo de qué? ¿De quién? Si ya nos dio el nombre de Delahaye.

—Eso sólo significa que no es de él de quien tiene miedo.

Irène le lanzó una mirada cargada de inquietud. Martin desvió la vista hacia la ventana. El cielo estaba negro, encapotado, pero ya era mediodía y hacía un calor bochornoso. Cada vez estaba más angustiado. Iba a pasar algo. «El Dúo» no se iba a detener.

¿Y Marianne? La sucesión ininterrumpida de acontecimientos casi le había hecho olvidar que el tiempo apremiaba y debía actuar deprisa. Pero ¿cómo?

La angustia era un puño crispado en sus entrañas.

—Hay que hacer algo —dijo—. No podemos quedarnos aquí esperando. Hay que…

—Delahaye practica la espeleología… —dijo sin preámbulos el hípster, entrando precipitadamente en el despacho—. Hemos encontrado un arnés, un casco y todo tipo de material en su casa. Acabamos de llamar al club de espeleología de Cominges.

Todos se volvieron hacia él.

—Según sus miembros —añadió—, hay una sima no lejos de aquí a la que le gusta ir. Por lo que me han dicho, esa sima tiene una entrada a diez kilómetros de aquí y comunica ni más ni menos que con la mayor red de cuevas de toda Francia.

Ziegler enarcó las cejas.

—La red Félix Trombe, bautizada así en honor a un famoso espeleólogo que se crió en la zona —explicó, consultando las notas—. Tiene ciento diecisiete kilómetros de galerías y hasta cincuenta y siete entradas… Podría haber pasado por allí para salir del valle. Quizá temía que los caminos estuvieran vigilados.

Desplegó sobre el escritorio un mapa de la región e indicó una cruz marcada con bolígrafo. Irène y Servaz se miraron, sin dar crédito.

—¿Y esa red está aquí? —preguntó Servaz con estupefacción—. ¿En Cominges?

Nunca había oído hablar de aquello, pese a que había visitado a menudo esas montañas cuando era pequeño, en compañía de sus padres.

—Si han encontrado el material en su casa, quizá cabe deducir que no ha tomado precisamente esa vía —sugirió la capitana.

—Yo también he pensado eso —respondió el hípster—. Lo he consultado con el presidente del club de espeleología, y opina que podría disponer de mucho más material.

Ziegler asintió.

—Buen trabajo —lo felicitó.

Servaz vio que el hípster esbozaba una sonrisa. La capitana cogió el mapa y Enguehard y él la siguieron hasta la salida. Una vez en la calle, Servaz escrutó el cielo. Estaba en plena ebullición, oscuro y saturado de nubes gigantes que se deshacían y se volvían a formar sobre los tejados de Aiguesvives.

Isabelle Torres levantó la mirada hacia lo alto del gigantesco tronco, erguido en la zona de tierra batida, a una buena distancia de las casas. Con sus doce metros de altura y sesenta centímetros de grosor, se alzaba apuntando hacia las nubes cargadas de lluvia, que no dejaban de inquietar a la alcaldesa.

El tronco presentaba numerosas fisuras en toda su longitud, y en esas ranuras verticales, que se habían abierto con cuñas de madera, los empleados municipales introducían paja y virutas para que ardiera mejor. Además, apilaban ramas y haces de leña al pie del gran tótem plantado en la tierra.

El cielo nublado la preocupaba porque, a las 21.45 h en punto, ella misma iba a prender fuego a la hoguera, perpetuando una tradición ancestral de esa parte del Pirineo, la del *brandon* de San Juan, que se remontaba sin duda —como la mayoría de las fiestas que se celebraban en el solsticio de verano— a los rituales de bendición de las cosechas, y tal vez incluso a las fiestas sumerias que conmemoraban la muerte y la resurrección del dios Dumuzi. Después habían llegado los cristianos y habían adaptado a su antojo aquellos rituales paganos… más o menos con el mismo grado de respeto que el que demuestra Hollywood por la verdad histórica.

Aun así, el cielo no era el único motivo de preocupación de la alcaldesa. La tarde anterior había convocado un consejo municipal para determinar si la fiesta debía celebrarse.

Dadas las circunstancias…

Los concejales habían tomado una decisión.

La fiesta se mantenía.

«Muy bien —pensaba ella—, pero ¿qué ocurrirá si, por casualidad, el o los asesinos eligen ese momento para pasar a la acción?» Los mismos que le habrían reprochado no haber mantenido la fiesta le reprocharían entonces no haberla anulado. Ella sería la responsable, y todos aquellos que habían tomado la decisión junto con ella, que la habían aprobado, se mantendrían discretamente en un segundo plano. Al igual que ocurría con los bonobos, los conflictos sociales se resolvían con frecuencia descargando la agresividad contra un chivo expiatorio.

«Sí —reiteró para sí—: ¿cómo va a reaccionar la gente si esta noche se comete un nuevo crimen?» Miró con cautela a su alrededor, como si temiera que alguien le hubiera leído el pensamiento. Luego volvió a elevar la vista hacia el altísimo tótem, pensando que quizá otros elementos pudieran perturbar la fiesta. Como William Guerrand y su milicia, por ejemplo… Los gendarmes estaban ocupados tratando de descubrir a los asesinos, pero Enguehard le había prometido que enviaría a la mitad de la brigada para vigilar la ceremonia. La mitad de la brigada no era gran cosa… Además, aquélla no era la única hoguera que podía empezar a arder.

Allí reinaba el más absoluto silencio.

La entrada de la sima, en medio de los matorrales, era apenas mayor que una boca de alcantarilla.

El follaje bailaba alrededor del agujero, a causa del aire que emanaba del interior.

Servaz examinó el cielo gris cargado de nubes. Pronto iba a caer una tormenta, no era el momento adecuado para aventurarse en un sitio así, se dijo.

Por otra parte, no tenía ningunas ganas de entrar. Él padecía claustrofobia. Hasta los ascensores le causaban agobio, así que una red de túneles y cavernas que se hundían a cuatrocientos metros bajo tierra…

No, definitivamente no era el sitio más indicado para él.

En la subida ya habían estado a punto de que los atropellara un camión cargado de troncos que tomaba demasiado deprisa las curvas en bajada.

Después se habían calzado las botas y habían trepado por una pendiente bastante pronunciada hasta la boca de la sima, situada al pie de la montaña.

Él esperaba encontrarse con una entrada parecida a la de la gruta de *En busca del fuego* o a la del Mas-d'Azil, pero ante ellos tenían un simple agujero por el que uno debía introducirse a gatas, como un conejo en una madriguera. Era demasiado estrecho para él. Entre los arbustos cercanos advirtió latas de Coca-Cola y también colillas y envoltorios de caramelos. Así que era un sitio frecuentado.

—¿Qué hacemos? —dijo Ziegler.

—¿Cómo consiguió esa lista? —preguntó el abad.

Al otro lado de la elaborada celosía, en la penumbra del confesionario situado al fondo de la nave, que olía a incienso y a piedra húmeda, no respondió nadie en un primer momento.

—¿Acaso importa, padre?

—Desde que me la dio, han muerto dos de los hombres que constan en ella… ¿Va a haber más muertes?

La persona del otro lado de la celosía no contestó. El padre Adriel la había hecho pasar por la puerta de atrás: la del pequeño cementerio que comunicaba con el bosque, a la que llamaban, según la tradición, «la puerta de los muertos».

—Voy a hablar con la policía —anunció.

—Está usted sometido al secreto de confesión, padre —susurró la voz, tan bajo que le costó oírla.

—¿Incluso si hay vidas en juego?

—¿Quién le dice que es el caso?
—Ya debería habérselo contado todo a ese policía…
—Él no es mejor que los otros.
—Quiere decir «mejor que los que han muerto», ¿es eso? ¿Por eso los han matado? ¿Qué es lo que sabe? ¡Confiese!
Esa exclamación suscitó una sonora carcajada. Una carcajada que rebotó como una pelota de squash en el minúsculo espacio del confesionario, que en ese momento le parecía opresivo y asfixiante.
—Padre, padre… cada cosa a su debido tiempo. Ya me ha escuchado en confesión.
—Pero con muchas omisiones —objetó el religioso.
—Que quedarán despejadas cuando llegue la hora…
Estuvo tentado de volver la cabeza hacia la izquierda para observar el perfil a través de la celosía, pero prefirió mantener la mirada al frente.
—En cuanto al secreto de confesión —dijo la voz con una suavidad extrema que erizó el vello de la nuca del abad—, de los tres secretos profesionales, el del médico, el del abogado y el del sacerdote, éste es el único considerado absoluto, según el derecho canónico. No está sometido a excepción, y la pena para quien lo infrinja es la excomunión. Vuélvase a leer el código de derecho canónico, padre.
Sí, reconoció. «El confesor que viola directamente el sigilo sacramental incurre en excomunión *latae sententiae* reservada a la Sede Apostólica», canon 1388. En lo tocante a la ley francesa, la única excepción que contemplaba era el caso en que se perpetrara un crimen contra un menor de menos de quince años. Aparte de esta particularidad, cualquiera podía confesar un asesinato a sabiendas de que el sacerdote estaba obligado a no divulgar dicha información. Por lo visto, ni a Dios ni a los hombres les importaba el perturbador suplicio que podía suponer aquello para el depositario del secreto, escindido entre el respeto a la confidencia y su moral personal.
El alma humana es un pozo insondable, se dijo, en el cual el sacerdote debe zambullirse solo —abandonándose a sí mismo— en los innumerables pecados de una humanidad que, en lugar del camino de la sabiduría y la bondad, ha elegido desde hace mucho la vía de la locura, de las tinieblas y de la masacre.
—Le habría podido contar a ese policía todo lo que sé y que no está sujeto al secreto de confesión —señaló.
Volvió a rememorar la noche en que el policía había llamado a la puerta de la abadía. La noche en que habían explorado juntos el bosque.
—Pero no lo hizo.
—No.
—¿Por qué?
El padre Adriel buscó la respuesta apropiada, consciente de que había pasado de confesor a confesado.
—Porque usted me había pedido amparo.

—No, padre. Porque tiene miedo de las consecuencias.
—No tengo miedo.
Aun así, su voz había perdido parte de su firmeza. Ya no era la del pastor que se suponía que debía ser, sino la de una oveja extraviada lejos del rebaño, que siente la presencia cercana del depredador.
—Oh, ya lo creo que lo tiene, padre. Desde aquí capto el olor de su miedo…
Tras la celosía se oyó una profunda inhalación, como si la persona sentada al otro lado disfrutara de ese olor. El abad notó que se le erizaba el vello de todo el cuerpo bajo el hábito.
Por más que tratara de escapar con el pensamiento de esa caja de madera, se sentía como un pájaro enjaulado incapaz de hallar la salida.
—Si no existiera ese secreto de confesión, usted sería incluso un testigo molesto, padre —musitó la voz casi en su oído.
La nuez de Adán del padre Adriel efectuó un doloroso viaje de ascenso y descenso bajo la barba.
Al captar la amenaza que escondían aquellas palabras, el abad fue consciente de que estaba empapado en sudor, a pesar del frescor de la abadía.
—Percibo un conflicto entre su deseo de impedir que haya más asesinatos y su compromiso como sacerdote —declaró la voz, con un susurro empalagoso—. Pero puedo asegurarle que no existe ninguna relación entre mis confesiones y esos crímenes. Puedo asegurárselo, padre.
El abad no se lo creía.
—Entonces ¿por qué me dio esa lista? ¿Y por qué están en ella los nombres de las víctimas?
—Hay otros nombres en esa lista…
—¿También va a matarlos?
Le dio un vuelco el corazón. ¿Por qué había dicho eso? Le había salido del alma. No había podido evitarlo.
—¿Yo?
«Maldita sea, debería haber callado…»
Se mordió el labio inferior. Estaba sudando a mares.
No había nadie más en el templo. Le habría gustado que uno de sus monjes entrara en ese momento para cambiar las velas o limpiar el polvo del coro.
Habría puesto fin a la confesión de inmediato y se habría apresurado a salir del confesionario.
Pero no había nadie más…
Aparte de ellos.
—¿En qué piensa, padre?
—Pienso en que me equivoqué con usted.
—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?
—No es una oveja, sino un lobo.

Silencio. Olores a cera y a miedo entremezclados. Respiraciones. Una ahogada y otra calmada. Un leve crujido de madera cuando la persona se movió en el banco para acercarse a la celosía que los separaba. Un murmullo quedo desde el otro lado.

Y un aliento liviano que le acariciaba la oreja:

—Y usted, padre, ¿qué es usted? ¿Una oveja? ¿Un pastor? ¿O un lobo?

53

—¡Mierda! —maldijo Ziegler—. Ciento diecisiete kilómetros de galerías que conoce como la palma de la mano. Podría estar en cualquier sitio…

—Y haber salido por cualquiera de las cincuenta y siete entradas —señaló Enguehard, que, a juzgar por su respiración jadeante, no estaba lo suficientemente en forma como para lanzarse montaña arriba.

—¿Quiénes frecuentan esta sima? —preguntó Irène, mirando al guía espeleólogo que los acompañaba.

—Ésta es una red kárstica mítica, una de las más complejas del planeta. Vienen a visitarla espeleólogos de todo el mundo. También están los clubes de espeleología de la región, los niños de colonias, los jóvenes de la zona… Y hacemos jornadas de iniciación para los comités de empresa o los adolescentes de los centros sociales. Uno de los puntos más famosos es la Henne-Morte, una sima de trescientos cincuenta y ocho metros. Pero también tiene mucha fama la travesía de los Hérétiques a Pène-Blanque, y la sala Prévert, la sima Pierre, la sima de la Coquille, la sima de l'Apocalypse, de l'Amazonie, de los Hérétiques, de los Pyrénois… En total hay más de cincuenta cavidades, o sea que son muchos los posibles recorridos. Y no se equivocan al pensar que Gildas conoce bien la red. Podría estar en cualquier sitio. No vamos a encontrarlo nunca. En 2001, un equipo de unos veinte espeleólogos tardó veintidós horas en recorrer la parte practicable de la red.

Servaz observó la boca negra que se abría entre los matorrales, donde se acumulaban colillas, latas de bebida y envoltorios de caramelos. Imaginó las decenas de galerías oscuras, salas secretas y pozos saturados de tinieblas que se prolongaban bajo la montaña, repentinamente horadados por la luz de las lámparas frontales, y se estremeció. ¿Cómo podía gustarle a alguien eso de meterse bajo tierra y hundirse en la oscuridad?

La radio de Enguehard emitió un chisporroteo.

—¿Sí?

—Capitán, debería venir a ver…

—¿Qué pasa? —preguntó el gendarme.

—Tenemos una aglomeración de gente cerca del *brandon* de la hoguera.

—¿Una aglomeración?

—William Guerrand y su camarilla.

—¿Qué hacen?

—Por ahora nada, pero parece que tienen intención de estropear la

fiesta…

Enguehard se quedó dudando. Consultó a Ziegler con la mirada y la capitana asintió.

—De acuerdo, ahora vamos para allá —anunció, antes de cortar la comunicación. Luego añadió con un gruñido—: Mierda.

Volvieron a bajar con precaución por el talud en dirección al coche. Servaz pensó que las fracturas sociales, geográficas, generacionales e ideológicas que afectaban a Francia amenazaban con derribar el edificio que habían construido hacía mucho unas personas más valientes, más lúcidas y, sobre todo, más responsables que las de hoy en día. Se estaba instalando una especie de neomaniqueísmo, según el cual todo debía ser blanco o negro. Ya no había espacio para los matices ni para el gris; era como si el mundo se dividiese entre unos seres humanos absolutamente culpables y otros absolutamente puros, sin la menor mácula moral.

Condujeron hacia Aiguesvives. A las 17 h frenaron delante del solar situado a la salida del pueblo donde habían erigido el *brandon* de San Juan. Vieron que un grupo se había concentrado en un extremo del solar, en torno al barbudo cabecilla. Todos ellos observaban los preparativos en silencio.

La alcaldesa, acompañada de dos concejales, supervisaba la organización de la fiesta, pero no dejaba de mirar de reojo a la gente que se había congregado allí. Al ver llegar a Servaz y a la capitana, caminó con paso rápido hacia ellos.

—Llevan aquí casi una hora. En mi opinión, preparan algo para esta noche. ¿No podemos actuar de forma preventiva, pidiéndoles que se dispersen?

La capitana se encogió de hombros.

—Tienen derecho a reunirse —explicó—. No hay ninguna ley que lo prohíba. No se están manifestando y tampoco perturban el orden público.

—Pero la situación podría cambiar cuando todo el pueblo venga aquí…

—Ya veremos entonces qué podemos hacer.

Servaz advirtió que las dos mujeres evitaban mirarse a los ojos. Detectó un cierto distanciamiento entre ellas, y se preguntó qué habría pasado.

19 h. Delahaye seguía ilocalizable.

Habían regresado a su casa y habían interrogado a los vecinos: el profesor se había esfumado. El sospechoso principal había desaparecido. Tenían que encontrarlo sin demora; si no, Irène Ziegler y su equipo de investigación iban a tener que rendir cuentas. Lo cierto era que, pese a todos sus esfuerzos e iniciativas, cualquiera diría que a Gildas Delahaye se lo había tragado la tierra.

—¡Maldita sea! —repitió Irène por enésima vez.

A las 20 h Enguehard anunció que se iba con sus hombres a vigilar la fiesta, y Servaz y la capitana se quedaron prácticamente solos en la gendarmería.

El friqui de la informática, por su parte, todavía no había logrado penetrar en los secretos del sitio web *Cuando los padres duermen*. ¿Qué es exactamente ese mundo numérico que coexiste con el mundo real?, se preguntó Servaz. De hecho, no sólo coexiste con él, sino que amenaza con suplantarlo… ¿Qué ocurrirá cuando el mundo real pase a ser secundario y las fantasmagorías y lo ilusorio se conviertan en la única realidad? ¿Acaso no era eso lo que estaba sucediendo ya? ¿Era posible impedir que un país que vivía de quimeras, de rabia y de odio se hundiera en el caos?

—¿Cómo crees que va acabar todo esto? —preguntó Ziegler de pronto.

Estaba tecleando su informe frente al ordenador y, de vez en cuando, se toqueteaba el piercing.

—No tengo ni la menor idea —contestó.

—¿Qué va a pasar si las cosas se complican en la fiesta? ¿O si hay una nueva víctima?

—Y Castaing ¿dónde está? —preguntó él.

—Ha vuelto a marcharse, con el helicóptero.

Claro. El fiscal tenía una carrera que afianzar. Le convenía mantener cierta distancia por si la situación se torcía. Aunque si Ziegler y su equipo lograban detener rápidamente al culpable, sin duda alguna se atribuiría una parte de los laureles. Una táctica muy hábil.

—Si Delahaye es el asesino, ¿quién es su cómplice? —añadió de repente—. El profesor me parece un tipo bastante solitario.

Irène levantó la vista de la pantalla.

—Quizá no tenga ningún cómplice —aventuró.

Él se la quedó mirando.

—¿Qué quieres decir?

—He estado pensando en la hipótesis de la doctora Djellali de que hay dos agresores. Se basa únicamente en el hecho de que una de las víctimas recibió dos golpes descargados desde una altura diferente y con distinto grado de fuerza. Existen muchas otras explicaciones posibles. Por ejemplo, el cambio de posición de la víctima entre los golpes, que por otra parte parece lógico. Cuando te dan un golpe violento en la nuca, no te quedas de pie como si nada esperando a que llegue el siguiente.

—Ya… Pero la doctora Djellali rara vez se equivoca en sus hipótesis —repuso Martin—. Supongo que debió de considerarlo y lo descartó por un motivo u otro. Además, también hay una tercera posibilidad —añadió.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—¿Y si no fuera Delahaye el que estaba esa noche con Théo en el bosque? El niño tal vez nos dio el primer nombre que se le ocurrió para proteger a esa persona, y el primer nombre que se le ocurrió fue el de su profesor.

—En ese caso, volveríamos a estar como al principio.

—Exacto.

El rostro de Irène se oscureció. Justo en ese momento el móvil de Servaz vibró en su bolsillo. No conocía el número.

—¿Sí?

—¿Capitán? Soy el padre Adriel…

Servaz se irguió en la silla. La voz del abad era apenas un murmullo, aunque parecía tenso como una cuerda.

—¿Qué ocurre, padre?

Al otro lado de la línea, un instante de silencio.

—Tengo… eh… algo muy importante que decirle.

—Le escucho.

—La mujer a la que busca… la he visto.

Servaz se inclinó bruscamente hacia delante.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas. Ha venido a confesarse… Y no ha sido la primera vez… Me vi obligado a mentirle.

Martin se sobresaltó y notó cómo el corazón le daba un vuelco en el pecho. Respiró hondo e intentó tranquilizarse, pero su voz sonó alterada cuando preguntó:

—¿A… confesarse? ¿De qué me está hablando, padre?

—Me hizo prometer que no le diría nada. No quería que usted la encontrara…

Martin soltó el aire que había estado conteniendo y se dio cuenta de que la sangre le zumbaba en los oídos. No entendía nada.

—¿Qué me está contando? ¿Qué es lo que le ha confesado? ¡Explíquese!

Otro lapso de silencio. Martin podía captar, sin embargo, la respiración del abad, pesada y sibilante… como si el anciano estuviera enfermo.

—Ya sabe que yo estoy sujeto al secreto de confesión… Lo único que puedo decirle es que ella… no está… lejos de aquí…

—¡¿Dónde está?! —gritó Servaz.

Vio que Irène lo miraba fijamente, sin despegar la vista de él, así que puso el móvil sobre la mesa y activó el altavoz.

—No lo sé… No me lo ha dicho… Pero no está lejos, ha venido a pie.

—¡No se mueva de ahí! ¡Ahora mismo voy para allá! —dijo levantándose de golpe.

—Hay algo más —prosiguió el abad—. La primera vez que vino me dio una lista de nombres. En esa lista figuran Kamel Aissani y Martial Hosier.

—¿Cómo?

Miró a Irène, que le devolvió una mirada atónita.

—¿Todavía tiene esa lista?

—Sí…

—¡No se mueva de ahí! —insistió—. ¡Ahora mismo vamos! ¡Sobre todo no se vaya!

En el despacho que parecía una capilla, el abad volvió a dejar el teléfono sobre la espaciosa mesa de madera que evocaba la de la Última Cena. Dedicó un vistazo a las imágenes piadosas y a las obras de literatura cristiana alineadas en los estantes de su pequeña biblioteca. Toda esa sabiduría milenaria… ¿qué peso tenía hoy en día? ¿Qué espacio quedaba aún para cualquier forma de sabiduría y de libre albedrío en un mundo donde, por un lado, se uniformizaba la opinión, se abolía la verdad, se higienizaba el pensamiento y, por el otro, se fomentaba el odio y se dejaba que se produjeran los crímenes más atroces? La humanidad había enloquecido, de eso no cabía ninguna duda. Y tampoco cabía ninguna duda de que el Mal estaba más activo que nunca, sobre todo en aquellos que querían imponer a los otros su propia visión del Bien. Era demasiado viejo y estaba demasiado cansado para no ver que el combate estaba perdido. Occidente se encaminaba hacia una nueva era de tinieblas.

Se levantó con esfuerzo, y entonces sintió que dominaba la situación, que sabía exactamente lo que debía hacer, hasta en el más mínimo gesto. Aquella certeza lo tranquilizó. Le agradaba la precisión. Había respetado durante toda su vida la regla de san Benito: un equilibrio riguroso entre el trabajo manual, el trabajo intelectual y la oración. Tenía sus defectos —era colérico e impaciente y podía ser duro con los demás, aparte de consigo mismo—, pero los había domado. Cuando se ponía a pensar en su trayectoria, se daba cuenta, sin embargo, de que la libertad había sido la gran ausente de su vida. Había conocido el entusiasmo, la alegría, la fraternidad y la concordia, pero había renunciado a la libertad, ese acto de amor hacia uno mismo.

El abad salió del despacho, recorrió la galería del pórtico y descendió los dos tramos de escaleras en dirección al claustro y la iglesia, con una sonrisa en los labios.

No era demasiado tarde…

Iba a concluir su andadura con un último y definitivo acto de libertad, de liberación. Por un instante se vio asaltado por un pensamiento vertiginoso: ese acto era uno de los más censurables ante los ojos de Dios y de la Iglesia… y precisamente por eso representaba la mayor liberación para él.

No percibió el hálito de Dios al entrar en la nave por la puertecilla contigua al coro. No, el hálito de Dios no estaba ahí. Sólo vio un

sepulcro oscuro y frío, una monumental acumulación de piedras erigida por los hombres en honor a un Dios ausente. Y pensar que en nombre de esa ausencia se habían construido hasta diez mil abadías y quince mil prioratos tan sólo en ese país… Y eso sin contar el resto del mundo. Iglesias, templos, mezquitas, sinagogas, innumerables obras maestras de la pintura y la escultura… El hombre era definitivamente una criatura dada a las paradojas y los excesos.

Se encaminó por el pasillo central al lugar donde la noche anterior había dejado una escalera de mano, la que utilizaba uno de los hermanos para cambiar las bombillas. La luz del ocaso entraba pesadamente por una ventana alta de la fachada que daba al oeste.

La escalera de aluminio seguía allí, en el mismo sitio, desplegada, erecta. Se encaramó por los peldaños y localizó lo que buscaba, oculto tras el pedestal de una estatua.

54

Frenaron delante del monasterio y salieron a toda prisa del vehículo. El prior acudió enseguida a su encuentro. Debía de haber oído el ruido del motor, el único que en ese momento se alzaba sobre el silencio del valle.

Se había despojado del aire arrogante y hostil que mostraba siempre.

Servaz frunció el ceño al verlo acercarse, intuyendo que algo había pasado. El corpulento monje tenía los ojos enrojecidos, estaba claro que había llorado. Mantenía las manos entrelazadas sobre la barriga, bajo el escapulario negro.

—Ha ocurrido algo terrible —dijo sin más preámbulos—. Algo espantoso.

—¿Qué? —preguntó Ziegler con impaciencia.

El prior, incapaz de pronunciar una sola palabra más, giró sobre sus talones.

Los acompañó a paso vivo a través del patio adoquinado, hacia el antiguo pasaje de los conversos que conducía al claustro. Después de remontar la galería de la *collatio* bordeada de bancos de piedra, se dirigieron a la puerta que daba a la iglesia. Entraron en la nave, frente al coro, pero el prior torció hacia la izquierda. Servaz los vio en el acto. Los otros monjes se habían congregado en el ala lateral. En ese momento habrían podido ser perfectamente animales disecados por Gildas Delahaye: permanecían inmóviles y mudos y miraban fijamente hacia el mismo punto.

El abad pendía del extremo de una soga de toscas fibras de cáñamo, tensada bajo la barba cana, con la cabeza ladeada e inclinada hacia delante. Sin duda alguna, se había desnucado. Por lo demás, su rostro se veía calmado, imbuido de una serenidad muy cristiana, con los pies a un metro del suelo y a varios centímetros de una escalera metálica que debía de estar destinada a otros usos.

Se le había caído una de las sandalias, y Servaz observó un gran pie mugriento de dedos largos y torcidos, con un dedo gordo casi divergente, como los prensiles de un chimpancé.

Recordó que, en 1619, Lucilio Vanini, un físico y filósofo italiano que se encontraba de paso en Toulouse, fue torturado por las autoridades: le cortaron la lengua antes de quemarlo vivo en una hoguera de la ciudad por haber afirmado, entre otras cosas, que el hombre no estaba tan alejado de los animales.

Ahuyentó aquel pensamiento para concentrarse en el cadáver.

El abad había hecho pasar la cuerda por encima de una viga

horizontal que servía de tirante de la armazón del tejado. Se había ahorcado en la casa de Dios. Un acto de rebeldía absoluto. Servaz pudo advertir el espanto y el desasosiego en los rostros de los monjes.

Se preguntó cuánto tiempo más tendría que soportar el horror de ese valle. Se sentía exhausto, al borde del agotamiento, con los nervios de punta, presa de una gran confusión. Lanzó una ojeada a Irène. Estaba muy pálida, con la vista clavada en el ahorcado.

Se volvió hacia el prior y se encontró con su mirada.

—«Quien se mata a sí mismo mata a un hombre» —declaró en un tono severo el eclesiástico.

—San Agustín —dijo Servaz, suscitando una reacción de sorpresa en el prior—. La lista —añadió.

—¿Cómo dice?

—Tiene que darnos la lista.

Vio que el prior dudaba, pero acabó hundiendo la mano derecha en un bolsillo del hábito blanco para sacar un papel doblado en dos.

—Gracias.

Desplegó la hoja. Al recorrer la lista con la mirada, un pensamiento le cruzó la mente.

Tendió el papel a Irène, quien comprendió enseguida. Se puso a rebuscar en el bolsillo de la cazadora, de donde extrajo otra lista.

La de los empleados de la cantera que tenían acceso a los explosivos.

Señaló con el índice la primera lista y a continuación la segunda.

Había un nombre que figuraba en ambas.

Frédéric Rozlan.

Las nubes habían desaparecido. El cielo se oscurecía. Pronto se haría de noche y las estrellas se desplegarían sobre las montañas. El aire tenía una quietud absoluta, y las farolas proyectaban aureolas de luz amarilla. Un perro ladró y su voz, a un tiempo distante y cercana, confirió al silencio una profundidad que tan sólo poseen las noches de verano.

Luego el empleado del ayuntamiento aproximó el encendedor a la antorcha que la alcaldesa alzaba, y que se encendió al instante con un hermoso crepitar.

Isabelle Torres avanzó con aire solemne hacia la hoguera, y, con un gesto que inmortalizó un fotógrafo, arrojó la antorcha al montón de gavillas y planchas reunidas al pie del *brandon*.

Las llamas corrieron a través de la leña, antes de lamer la base del gran tótem, y poco después treparon como serpientes de fuego por la estructura hasta llegar a la cumbre, donde iluminaron la noche.

Hubo otro crepitar, esta vez de aplausos acompañados de gritos de júbilo y silbidos entusiastas.

Isabelle esbozó una discreta sonrisa protocolaria, con las llamas reflejándose en sus ojos brillantes. Aun así, no dejó de lanzar una mirada

de contrariedad hacia el grupo reunido al otro lado del solar, encabezado por William Guerrand. Su gente había desplegado una pancarta:

TORRES DIMISIÓN

¿Qué se creía? ¿Que iba a dejar que le amargara la vida sin hacer nada? ¿Acaso pensaba que iba a obtener mejores resultados que los otros candidatos a la alcaldía que se habían presentado y fracasado antes que él? ¿Que la población de Aiguesvives iba a elegir a alguien como él? Sabía unas cuantas cosas sobre su persona que dañarían un poco su imagen. Que estaba a punto de declararse en suspensión de pagos, por ejemplo. O que pagaba bastante mal a sus empleados. O que había fracasado ya con otras de sus empresas.

Se dijo que William Guerrand sólo quería ser alguien.

Hoy en día, todo el mundo quería ser alguien.

Todo el mundo quería existir, estar en el candelero.

Paseó la mirada por el solar, desde el grupillo que agitaba la pancarta hasta la alta columna de fuego del centro y de ahí al resto de los vecinos, que reían y aplaudían al otro lado, con las caras iluminadas por las llamas. En la noche se elevaban, en salvas sucesivas, preciosos ramos crepitantes de chispas incandescentes. Sentía el calor de la hoguera en las mejillas.

Unos minutos después, roída por el fuego, la hoguera se hundió sobre sí misma, provocando la ascensión de luminosas brasas y pavesas, que refulgieron como un enjambre de luciérnagas.

Los adolescentes y los jóvenes de Aiguesvives de ambos sexos se adelantaron entonces para coger tizones de la hoguera, tal como hacían cada año.

Con la mirada fija en la plaza, que se iba llenando de personas, de movimiento y de ruido, Isabelle Torres pensó en todo lo que había ocurrido últimamente en aquel valle. Los niños corrían entre los adultos, la gente reía, el humo y las chispas ascendían en medio de la noche poblada de voces. Todos parecían haber olvidado momentáneamente el terror que reinaba en el valle. La alcaldesa inclinó la cabeza con aire pensativo. La humanidad poseía la capacidad de dejar atrás el peor de los escenarios para concentrarse en los momentos de alegría. Pero la pesadilla no había acabado, pensó mirando las llamas que danzaban en sus ojos negros, cual incendio reflejado en una lámina de petróleo.

Desde luego que no.

La pesadilla no había acabado…

55

A las 23 h Frédéric Rozlan apagó la tele, se levantó y se dirigió al cuarto de baño contiguo al dormitorio. Todavía hacía calor y bochorno, así que sólo llevaba un pantalón corto. Había dejado las ventanas abiertas, y las risas y los gritos de la fiesta se colaban en su casa. La vivienda formaba parte de una pequeña urbanización que había surgido de la tierra treinta años atrás, y quedaba a tan sólo unas decenas de metros del solar donde habían erigido el *brandon* de San Juan.

Esas risas, esas voces alegres esparcidas en la noche, como un concentrado de humanidad… A él no le gustaba que los demás estuvieran alegres. No le gustaba tener que oír sus risas, el eco de su felicidad. El hecho de que los demás rieran y él no le resultaba humillante, lo hacía sentir siempre como un idiota… Un idiota que vivía solo.

Se cepilló minuciosamente los dientes, se enjuagó la boca e hizo gárgaras, escupió en el lavabo y dejó manar un chorro de agua tibia. Después se untó la frente, las mejillas y el contorno de los ojos con crema antiarrugas. Estaba agotado. Había tenido una jornada dura en la cantera, y todo por culpa de ese imbécil de Gence. Odiaba a ese tirano malnacido. Si algún día se le ocurriera echarlo del trabajo, le iba a hacer una visita para que viera lo que es bueno. Y también le diría a Lucille que dejara a ese perdedor que la trataba como a una mierda.

Un ruido en el exterior, muy cerca, en el callejón entre las casas. Miró por la ventana del cuarto de baño. Su vecino jubilado paseaba, en batín y zapatillas, a sus dos caniches. Él tampoco había acudido a la fiesta.

Se dio cuenta de que estaba sudando. Tenía las axilas y la espalda mojadas. Hacía un calor anómalo incluso para esa época del año. Y esa dichosa casa parecía almacenar el calor. Debería haber comprado un aparato de aire acondicionado, pero había tenido que elegir entre un poco de frescor o llevar a arreglar el coche. Ese hijo de puta de Gence les pagaba una miseria.

A corta distancia de allí, apenas a unos minutos andando, la fiesta llegaba a su apogeo en el solar. Risas, gritos y, como guinda del pastel, unos secos estallidos de petardos. Mierda. Menos mal que tenía tapones para los oídos.

Un nuevo ruido.

Le pareció que en esta ocasión procedía del interior de la casa, pero en esa noche de verano, sofocante e inmóvil, los ruidos se desplazaban lejos. Alivió la vejiga —un chorro potente contra la loza— y se subió el

pantalón. Estaba cruzando el dormitorio cuando volvió a oírlo.

—¡Eh! ¿Hay alguien aquí?

No le habría extrañado nada que unos cuantos mocosos aprovechasen que la gente estaba reunida alrededor de la hoguera para colarse por las ventanas abiertas y robar dentro de las casas.

Si se trataba de eso, se habían equivocado de sitio. Si buscaban un premio gordo, allí lo que él rifaba eran hostias, pensó cada vez más cabreado.

—¡Eh, imbéciles! ¡Si estáis ahí, más vale que salgáis disparados, porque como agarre a uno las va a pasar canutas!

Ningún ruido.

Los habría oído si hubieran salido pitando. Pero los únicos sonidos que percibía eran los ecos de la fiesta y la explosión de petardos.

Siguió avanzando, sin añadir una sola palabra más.

Él no se acojonaba a las primeras de cambio, pero con todo lo que había pasado en el valle últimamente, más valía no descuidarse. Había comprendido que todo aquello tenía algo que ver con lo que había sucedido unos años atrás. «Con el hombre que se había escapado del Instituto Wargnier…»

Atravesó la habitación y salió al comedor. Había dejado el televisor encendido, sin sonido, estaba seguro. Se quedó de piedra. Alguien lo había apagado. Percibió un leve zumbido proveniente de la cocina y, cuando éste paró, sonaron los pitidos del microondas. Se estremeció de pies a cabeza.

Él no había encendido el microondas.

Frédéric Rozlan frunció el ceño. Caminó hasta la cocina y entró. El cero de la pantalla brillaba en la penumbra. Abrió el microondas y retrocedió de un salto al oler la pestilencia de la carne y las plumas achicharradas.

—¡Joder! —exclamó.

En la bandeja de vidrio yacía la forma negra y encogida de un pájaro carbonizado.

Aquello lo desconcertó. Aunque todavía lograba controlar el miedo, la inquietud iba abriéndose paso en su ánimo. Y cada vez estaba más cabreado. Él no se acojonaba así como así. Esos desgraciados iban a ver cómo se las gastaba.

—¡Vamos, salid para que os vea, si tenéis cojones! —gritó.

Cruzó el comedor para ir a abrir el armario que había junto a la tele. La puerta acristalada que daba al jardín estaba abierta, tal como la había dejado. Las hojas de la higuera se veían inmóviles bajo la luz de las farolas, que se colaba como una densa laca amarillenta en el comedor. No corría ni un soplo de aire.

Con las manos sudorosas, cogió la llave que guardaba en lo alto del armario, la hizo girar en la cerradura y abrió el mueble. Su escopeta había desaparecido. Tendría que haber estado allí, pero no estaba. Oyó

un ruido a su espalda, muy cerca.

Se dio la vuelta. Entre la cocina y el salón se recortaba una silueta. Frédéric Rozlan sonrió. ¿Acaso era una broma o qué? La figura no ocupaba ni de lejos todo el vano de la puerta. Habría esperado cualquier cosa menos eso…

—No sé quién coño eres, pero me las vas a pagar… —susurró, avanzando con ánimos renovados.

De pronto recibió un fuerte golpe en la nuca. Sufrió un instante de desconexión total, como cuando la aguja se salta un surco de un viejo disco de vinilo, y en el instante posterior se encontró de rodillas en el suelo del salón, contemplando atontado a las dos personas que tenía delante, que movían los labios sin que pudiera captar lo que decían cuando levantaba la cabeza hacia ellas.

Esas dos siluetas…

¿Sería posible?

De repente le entraron ganas de reír.

Intentó levantarse, pero estaba a cuatro patas entre la mesita del sofá y el pasillo, y era como si estuviese borracho como una cuba… O drogado. La habitación daba vueltas y tenía ganas de vomitar.

Abrió la boca, movió la mandíbula, y enseguida notó un dolor muy agudo en la nuca.

Levantó la vista hacia las dos siluetas.

—Joder… ¿vosotros? Es imposible…

Vio que una de las figuras lo rodeaba tranquilamente para colocarse detrás de él, y supo lo que iba a hacer… Tenía una barra de hierro entre las manos.

Un segundo después la barra impactó contra la parte posterior de su cabeza con tal violencia que perdió el conocimiento.

56

Volvió a abrir los ojos, pero apenas podía ver nada, todo estaba borroso.

Al girar la cabeza, se vio en el espejo del recibidor: lo habían desnudado y amarrado a una silla, y le habían puesto cinta de embalaje en la boca. Tenía las pantorrillas atadas una contra otra y los pies metidos en un cubo sujeto con el mismo tipo de cinta a la barra horizontal de la silla. También le habían atado los brazos al respaldo.

Lo que le nublaba la vista era el líquido que le resbalaba por la cara y le irritaba los ojos.

Tragó saliva.

Acababa de percibir el olor que subía del cubo. No era agua lo que le cubría los pies y le resbalaba por la cara.

Un miedo cerval le atenazó el corazón.

Gasolina.

Joder…

Aquello era una broma, ¿no? Solamente querían meterle miedo…

Cuando regresaron y acabaron de vaciar el bidón de gasolina en el suelo, comprendió perfectamente lo que se disponían a hacer. Mierda, mierda. Forcejeó con furia en la silla, pero debían de haber usado un rollo entero de cinta de embalar, porque apenas podía moverse.

—Mmmmmm —gruñó a través de la mordaza.

Lo que intentaba decir era: no hagáis gilipolleces… Vio cómo sonreían, los muy cabrones. En ese momento supo que, si lo hubieran liberado, les habría hecho daño. Mucho daño.

Irène se detuvo en las inmediaciones del solar. Vio una multitud de siluetas congregadas en torno al resplandor de una hoguera gigante, con un montón de leños y troncos que crujían y propulsaban grandes ramilletes de chispas sobre el fondo de la noche. La gente bailaba y reía. Los niños corrían. Algunos adultos blandían antorchas. Aquello parecía una concentración del Ku Klux Klan en la Alabama de los años sesenta.

Se bajó, localizó a Enguehard y le hizo una seña a Martin para que la siguiera.

Los dos se dirigieron hacia el gendarme. Servaz vio que estaba vigilando al pequeño grupo situado al otro lado de la plaza: habían desplegado una pancarta donde se leía TORRES DIMISIÓN y gritaban eslóganes que el alboroto general silenciaba. Martin sólo podía ver cómo movían las bocas iluminadas por la luz de la hoguera.

Era casi medianoche, el cielo estaba despejado y las estrellas brillaban con nitidez. Servaz pensó que, en otras circunstancias, aquélla habría sido una hermosa fiesta.

—Frédéric Rozlan, ¿sabe dónde vive? —le preguntó Irène al gendarme.

—Sí, claro.

Enguehard los miró, y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué pasa? ¿Qué han descubierto?

—Es el siguiente de la lista —dijo Irène.

—¿El siguiente de qué?

—La próxima víctima —aclaró ella—. ¿Qué? ¿Sabe dónde vive o no?

El gendarme se volvió hacia las casas del otro lado del solar, situadas más allá del grupo de manifestantes.

—Muy cerca. Justo ahí… —señaló—. Entre esos chalets… Joder, ¿qué demonios es eso?

Ellos también lo habían visto. Allí, sobre las casas, al igual que sobre la hoguera, un montón de chispas y carbonilla ascendían hacia el cielo. Pero no tenían nada que ver con el *brandon*… La luz de las llamas se iba agrandando por encima de una de las viviendas, con las intermitencias de los latidos de un corazón.

—¡Avise a los bomberos! —gritó Irène a Enguehard, precipitándose en aquella dirección.

Le lanzó una ojeada a Servaz, sin detenerse.

—¡Voy contigo! —gritó él.

Irène se abrió paso sin contemplaciones entre el gentío y, rodeando la hoguera, siguió corriendo directamente hacia el grupo de William Guerrand, que la vio arremeter contra ellos.

—¡Apártense! —les gritó—. ¡Háganse a un lado!

Por un instante, Servaz creyó que iban a negarse, pero cuando comprendieron que no iba a por ellos, el grupo se dividió ante Ziegler como el mar Rojo delante de Moisés.

La capitana se deslizó entre los dos muretes de unos jardines en los que se alzaban unas casas cuadradas sin ningún adorno —muy parecidas a las que se habían construido por millares tras la Segunda Guerra Mundial— y luego continuó a toda velocidad por un callejón entre cuyo asfalto agrietado crecían las gramíneas.

Corría con el teléfono en la mano.

La casa era la tercera del callejón. Varios vecinos se habían concentrado ya delante de ella, a una prudente distancia. Las llamas salían de las ventanas abiertas, y una aparatosa columna de humo negro se elevaba en la noche. Llegaron a la verja cuando sonaba ya el aullido de las sirenas.

—¡Mierda! —maldijo Irène.

Se adentró en el jardincillo empujando la verja herrumbrosa, pero aminoró el paso al llegar delante de la puerta acristalada. Servaz la

cogió por el codo para detenerla. El incendio devoraba el interior. Su resplandor era visible en todas las ventanas.

—¡No puedes entrar, Irène! —gritó, poniendo la mano en visera delante de la cara para protegerse del calor.

—¡Estoy segura de qué está ahí adentro!

—¡Ya no puedes hacer nada! ¡No hay forma posible de entrar en esa casa!

El camión de los bomberos irrumpió en el callejón. Los faros los cegaron un instante, y el pincel giratorio de sus luces rebotó en las fachadas y en los curiosos allí reunidos. Los bomberos saltaron del vehículo para acudir a su encuentro; dos de ellos conectaban ya una manguera a la bomba contraincendios.

—¡Creo que hay alguien dentro! —le gritó Ziegler al jefe de bomberos.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Apártense! ¡Salgan del jardín y déjennos a nosotros!

Escuchaba a Morrissey en YouTube. El álbum «Vauxhall and I». Bueno, vale, no es que fuese algo de lo que enorgullecerse. Con la edad, Morrissey se había vuelto un imbécil. De todas formas, esa voz dorada que cantaba *Now My Heart Is Full* tenía su punto, ¿no? ¿Quién podía expresar mejor que Morrissey las penas del corazón, la soledad, la nostalgia que despuntaba al despertar, la certeza depresiva de formar parte de la familia de los perdedores, a quienes la vida jamás sonreía? El mismísimo Noel Gallagher había declarado en una ocasión: «Todo cuanto se escriba sobre el amor, el odio o la amistad, él lo superará, porque es el mejor letrista de todos los tiempos.»

«Así que sí, Morrissey, y qué…»

Paseó la mirada por la sala. Parecía como si todos se hubieran ido a casa. La gendarmería estaba vacía. Se dio la vuelta y volvió a mirar la pantalla. El proceso estaba alargándose más de lo que había previsto. Había terminado el escaneo de los puertos y de las vulnerabilidades. Ahora había llegado el momento de pasar al ataque.

Él no era un verdadero hacker.

Hasta entonces se había limitado a realizar pruebas de intrusión sobre objetivos preparados por un instructor a partir de máquinas virtuales. Aquél era su primer ataque real. En la jerga de los test de intrusión, estaban los *white hat* y los *black hat*, los jedi y los sith. Los jedi eran los buenos; los hackers, éticos; los sith, representaban a los malos, a los atacantes malintencionados. En su condición de jedi, de *white hat*, había llegado la hora de poner en práctica lo que había aprendido.

57

—Hay un cadáver dentro.

Irène miró al jefe de bomberos y Servaz vio que estaba afectada. Hubo un instante de inercia total durante el cual, en aquella noche cálida e inmóvil, ninguno de ellos dijo nada. Había vuelto a ocurrir otra vez… Y ellos no habían sabido impedirlo. Habían llegado demasiado tarde. No habían logrado salvarlo. Servaz tenía ganas de ponerse a gritar. La prensa los iba a linchar, y también sus superiores. Dirían que no habían estado a la altura. Exigirían su destitución inmediata, pedirían sus cabezas.

Esta vez era poco probable que Castaing acudiera a apoyarlos: el fiscal se cubriría las espaldas antes que nada.

Aunque ahora mismo eso era secundario para Servaz. Había muerto un hombre, y ellos habían sido incapaces de detener la sucesión de asesinatos.

Sentía una mezcla de rabia, de tristeza y de frustración.

En la callejuela flotaba un olor nauseabundo a ceniza mojada. La verja abierta vomitaba riachuelos de agua negra al asfalto, roído por la proliferación de malas hierbas como si padeciera sarna. Del techo ascendían decenas de fumarolas, pero los ecos de la fiesta seguían llegando hasta ellos. La multitud no se había percatado del drama que se había desarrollado a unas decenas de metros de allí. En menos de media hora los bomberos habían logrado contener y apagar el incendio, antes de que devorase la totalidad de la casa… Pero Frédéric Rozlan había muerto.

Su cadáver se encontraba en el interior.

—Han vuelto a fracasar —dijo con frialdad Isabelle Torres, fulminando con la mirada a Irène y a Servaz—, y todos vamos a pagar las consecuencias…

La alcaldesa había acudido durante la intervención de los bomberos. Había sido ella quien había tomado la decisión de no interrumpir la fiesta: no les convenía que medio pueblo se acercara allí a curiosear. La medida había dado resultado hasta el momento, puesto que un incendio podía ocultar las llamas de otro, pero la noticia no tardaría en propagarse y la gente se acercaría en bandada.

—Y una vez más, voy a tener que ser yo quien gestione el desastre —añadió.

Servaz pensó que la alcaldesa empezaba a resultarle irritante. Como todo buen político, tenía una excesiva tendencia a creerse el centro del

mundo. Aunque últimamente, el mundo empezaba a devolverles algunos regalitos a sus políticos, se dijo.

Ziegler no parecía muy dispuesta a considerar los comentarios de Isabelle Torres.

—A partir de ahora, esto es el escenario de un crimen —decretó—. Vamos a acordonar la zona y a mantener a los curiosos a cierta distancia.

Cuando ya sacaba el teléfono para pedir refuerzos, la pantalla se iluminó.

—¿Enguehard?

—Delahaye está aquí —anunció el gendarme.

Ziegler negó con la cabeza.

—¿Cómo?

—Gildas Delahaye. Lo estoy viendo a unos cuantos metros de distancia… en medio de la gente…

—¿Qué hace exactamente? —preguntó Irène, con cara de extrañeza.

—Nada… Parece aturdido. Mira a un lado y a otro.

La capitana no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Rodeadlo ahora mismo! —gritó por teléfono—. ¡Enseguida, vamos! —Se dio la vuelta hacia Servaz—. Delahaye está ahí, en el descampado de la hoguera.

Dicho esto, se marchó corriendo por donde había llegado. Servaz miró a Isabelle Torres y al jefe de bomberos, y luego carraspeó.

—Los dejamos para que gestionen este desastre —les soltó.

Y salió corriendo en pos de Irène.

—¡¿Qué hacen?! —chilló Gildas Delahaye mientras le ponían las esposas —. Pero… ¿qué están haciendo?

Casi se le saltaban las lágrimas. Todo el mundo los miraba y se apartaba de ellos. La gente seguía toda la escena con atención. Servaz observó con inquietud al grupo de William Guerrand, que observaba la detención del profesor con sumo interés. «La fiesta termina con una traca final», pensó.

—¿Qué están haciendo? —repetía Delahaye mientras lo conducían a la gendarmería, situada a menos de trescientos metros de allí.

—¿Qué le ha ocurrido en la mano? —preguntó Ziegler, señalando la venda que el profesor llevaba en la mano derecha.

—¡Me he quemado!

—¿Cómo dice…?

—¡Que me he quemado!

Irène intercambió una mirada con Servaz.

—¿Haciendo qué? —preguntó mientras caminaban a paso rápido por la carretera, seguidos por las miradas de la práctica totalidad de los congregados en el claro.

Delahaye pestañeó, tratando por lo visto de captar el hilo de su razonamiento.

—Quemando unas cosas de mi mujer…

—¿Después de tanto tiempo? —replicó ella.

Sus pasos resonaban en la acera. Irène arrastraba por el codo a Delahaye, que además de llevar las manos esposadas a la espalda, iba escoltado por una media docena de gendarmes. Enguehard y Servaz los seguían. Pasaban de la aureola de una farola a otra, de modo que sus sombras negras tan pronto se alargaban por delante como por detrás.

—¿Por qué no?

—¿Dónde ha estado durante todo el día? —preguntó la capitana.

—¡En la montaña! Necesitaba tomar el aire.

Mientras seguían caminando a paso vivo, Servaz echó un vistazo a su espalda.

—Hemos tratado de ponernos en contacto con usted —señaló la capitana.

—He visto sus llamadas al volver. No había cobertura donde yo estaba.

—¿Y no se le ha ocurrido devolvernos la llamada?

El profesor se encogió de hombros.

—He pensado que, de todas formas, me volverían a llamar. —Agitó las manos esposadas a la espalda—. ¿Por qué me detienen? ¿De qué se me acusa?

—Gildas Delahaye —comenzó a recitar Irène, elevando la voz—, a partir de este lunes 25 de junio, a las 0.13 horas, queda detenido en prisión preventiva por un intervalo de veinticuatro horas, renovable a veinticuatro horas más, en el marco de la investigación de los asesinatos de…

Lunes

58

0.30 h.

—¿Cómo se ha hecho eso? —repitió Irène Ziegler.

—Ya se lo he dicho. He estado quemando unas cosas de mi mujer, y me he quemado sin querer.

—¿Dónde?

—En la montaña. Ella adoraba la montaña. Hay un lugar, un valle que le gustaba particularmente. Fue allí donde dispersamos sus cenizas tras su muerte.

—Ya. ¿Y por qué eligió esta fecha? —insistió—. ¿Por qué ahora?

—Hace tres días fue su cumpleaños. Además, he tomado una decisión. Voy a largarme de este valle. Estoy harto de las sospechas, los rumores, las acusaciones… Pensé que era el mejor momento para quemar esos restos de nuestra vida. Es hora de que pase página. Sólo voy a conservar las fotos y los buenos recuerdos… O al menos eso pretendo.

Servaz observaba a Irène, cuya expresión era impenetrable. No apartaba los ojos de Delahaye, y lo miraba con suspicacia.

—Ya. ¿Y qué demonios estaba haciendo en el claro?

El profesor se encogió de hombros, se quitó las gafas y empezó a secarlas con la manga de la camisa. Estaba sudando.

—Lo mismo que los demás. He ido a ver la fiesta —explicó con voz trémula, a pesar de sus visibles esfuerzos por mantener la compostura—. Sólo estaba dando una vuelta.

La capitana asintió.

—Ya. ¿Y dónde estaba justo antes?

—En mi casa…

—Hemos pasado por su casa y no estaba.

—¡Ya se lo he dicho! —replicó exasperado—. Estaba en la montaña… he vuelto después.

Irène posó la mirada en la mano temblorosa con que limpiaba las gafas. Servaz dedujo que lo hacía a propósito, porque quería que Gildas se percatara de que lo había visto temblar.

—Muy bien… O sea, que se ha pasado el día en la montaña quemando cosas de su mujer y meditando, ¿es así?

—Más o menos.

—¿Es así o no?

—En realidad, no he meditado, como dice usted. He estado paseando. Y también he pensado en mi esposa… y en mi hijo.

Servaz vio que el profesor tenía los ojos empañados. Irène guardó

silencio unos segundos.

—De acuerdo. Señor Delahaye, ¿conoce usted a Frédéric Rozlan?

Martin advirtió que el profesor dudaba.

—No… ¿Quién es?

—Un empleado de la cantera.

—¿Por qué iba a conocerlo? ¿Tiene hijos?

—No, al menos que sepamos.

—En ese caso, ¿cómo quiere que sepa quién es?

Era lógico. De hecho, demasiado lógico, pensó Servaz. «Miente. Conocía a la víctima.»

Gildas había posado la vista en sus manos.

—Señor Delahaye —prosiguió Ziegler—, me parece que no nos está diciendo la verdad…

Ella también lo había captado. Gildas levantó la cabeza con cara de sorpresa.

—¿Cómo?

—Me parece que no nos está diciendo la verdad en lo relativo a Frédéric Rozlan, ¿me equivoco?

—¡Es increíble! Le he dicho…

—¿Le recuerdo las consecuencias que tiene mentir en el marco de un proceso de prisión preventiva…? —lo interrumpió ella con severidad.

Su tono estaba cargado de amenaza. Se quedó mirando a Gildas Delahaye con actitud glacial, hasta que él agachó la cabeza.

—¿Me ha oído, señor Delahaye?

El profesor asintió.

—Sí…

—¿Entonces…?

—Sí… no… Bueno, sí… Sé quién es.

Irène intercambió una mirada con Servaz.

—¿De qué lo conoce?

—Por su sobrino… lo tuve de alumno.

—¿Cómo sabe que es su sobrino?

El profesor se tomó su tiempo antes de responder.

—Rozlan vino a verme una vez a la salida del colegio. Intentó… intimidarme.

—¿Intimidarle? ¿Por qué?

—Su sobrino es un vago y un gamberro —afirmó con rabia Delahaye —. Es un alborotador en clase, tiene atemorizados a los demás y no para de agobiar a los profesores con sus sarcasmos… Lo mandé varias veces al despacho del director… y también escribí algunas notas en su cuaderno para informar de su comportamiento. Poco después, una tarde, Rozlan vino a esperarme a la salida. Yo no lo conocía. Me dijo que era su tío. —Los miró brevemente—. Me preguntó por qué me ensañaba con su sobrino, por qué la tomaba siempre con él. Me preguntó si era de esas personas que se muestran fuertes con los débiles y débiles con los

fuertes. Y claro, mientras me decía eso, trataba de impresionarme físicamente, se acercaba mucho a mí, casi llegó a tocarme.

En su mirada se adivinaba un odio profundo.

—Yo quise hacerle ver que la palabra «débil» no era la que mejor definía a su sobrino, que digamos, que él mismo la tenía tomada con otros alumnos, que era un gamberro y que, si quería hacer algo por él, lo mejor sería que le enseñara a comportarse en lugar de tratar de intimidar a sus profesores.

—¿Y él cómo reaccionó?

Delahaye suspiró.

—Me dijo que, si no paraba, iría a partirme la cara a mi casa y también que… que haría correr el rumor de que yo era… eh… un pedófilo… No sé cuál de las dos amenazas me resultó más aterradora.

Irène enarcó las cejas.

—¿Y qué hizo usted?

Delahaye reprimió un suspiro. El párpado derecho le palpitaba como si tuviera un tic.

—Ya saben lo deprisa que pueden torcerse esas cosas… Hoy en día basta con el menor rumor para que a uno lo consideren culpable sin que medie juicio alguno.

Aguardaron en silencio a que continuara.

—Así que me acobardé y dejé de importunar a su sobrino. Quizá tuviera razón, en el fondo. Quizá, sin darme cuenta, me ensañaba un poco con él…

Irène clavó una mirada en los ojos de Delahaye.

—¿Y dio resultado? ¿El chaval dejó de portarse mal?

Servaz captó el tono mordaz que se escondía en las palabras de Irène.

—Por supuesto que no… A partir de ese momento fue aún peor.

Ziegler esbozó una mueca falsamente compasiva y permaneció callada un instante.

—Gildas, esa nota que nos enseñó… ¿fue usted quien la escribió?

—¿Cómo dice?

—¿Quiere que le repita la pregunta?

El profesor negó con la cabeza. Tenía la frente perlada de sudor. El propio Servaz estaba empapado. Por lo visto el aire acondicionado no funcionaba. Tal vez Irène lo había apagado a propósito.

—No.

—¿No qué?

—¡No, no fui yo quien la escribió! ¡No tienen más que hacer un… un análisis grafológico, o qué sé yo! ¡Ya les dije que la encontré en mi buzón!

—Es muy… literaria, sin embargo. Es el tipo de texto que podría haber sacado usted mismo de sus libros.

—¡Ya le he dicho que no fui yo!

—¿Le dio usted un escarmiento a Timothée Hosier, tal como se dice

por ahí? ¿Lo mandó al hospital?

—¡No! Ya respondí a esa pregunta en su momento.

—¿Lo mató?

—¿Cómo? ¡No!

—¿Y al padre de Timothée?

El profesor les dirigió una mirada de desconcierto.

—¿Qué?

—¿Ha matado usted a Frédéric Rozlan?

—¡No!

Delahaye se removió en su asiento. De repente las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas sudorosas, rodando hasta la barbilla.

—¡No! —repitió—. ¡Yo no soy un asesino!

—Gildas, lo hemos encontrado cerca de la casa de Frédéric Rozlan poco después de que alguien la haya incendiado. Se ha hecho una quemadura en la mano. Tenía motivos para detestar a ese individuo, y también tenía motivos para odiar a Timothée Hosier, el camello de su hijo…

Delahaye levantó de golpe la cabeza y los miró a los ojos.

—¡Quiero un abogado!

Irène se sorprendió.

—Le recuerdo que, hace apenas unos minutos, ha optado por no solicitar la asistencia de un abogado y responder a las preguntas. ¿Por qué necesita de pronto un abogado si es inocente?

—¡Quiero un abogado! —repitió él con obstinación.

Irène exhaló un suspiro.

—Muy bien, pero, como bien sabe, el derrumbe ha aislado este valle del resto del mundo. ¿Tiene ya uno? Le podemos asignar uno de oficio.

—Hagan eso, entonces. No pienso decir nada más hasta que no se presente un abogado y haya podido hablar con él.

—Como quiera.

Irène se levantó y salió al pasillo, seguida de Servaz. Una vez fuera, dio una patada a la máquina de las bebidas.

—¡Mierda!

Se volvió hacia Enguehard, que acababa de salir de su despacho, desde donde había seguido el interrogatorio que se estaba filmando.

—Busque un abogado que viva en el valle —le pidió Irène—. Si no, sacaremos de la cama al presidente del Colegio de Abogados y le pediremos que nombre uno de oficio. ¡Si hace falta, le enviaremos el helicóptero para que lo traiga hasta aquí! ¡Mierda, mierda!

—Han encontrado dos piedras planas cerca de la casa de Rozlan —anunció Enguehard—. Un círculo y un triángulo…

Irène le lanzó una mirada inquisitiva.

—Y tenemos otro problema —añadió el gendarme con inquietud manifiesta—. Vengan…

Recorrieron el pasillo hasta el vestíbulo, donde habían bajado la reja. Servaz echó un vistazo a través de los rombos de acero y las puertas acristaladas. Delante de la gendarmería se había congregado una pequeña multitud. No tan pequeña, de hecho. Había al menos unas cincuenta personas.

El grupo de William Guerrand había crecido…

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Ziegler, estupefacta.

—No lo tengo muy claro… —respondió Enguehard—. Pero están gritando eslóganes contra Delahaye.

—¿Cree que la situación se nos podría ir de las manos?

El gendarme se encogió de hombros, aunque estaba claro que aquello no le gustaba.

—No lo sé. No lo creo… Pero nunca se sabe. Parecen un poco excitados. Los que están aquí son sin duda los elementos más radicales. Y algunos de ellos han estado bebiendo en la fiesta. El alcohol podría envalentonarlos… Y si a eso le sumamos que son perfectamente conscientes de que estamos aislados del resto del mundo…

Irène asintió. Su expresión era impenetrable.

—Manténgalos vigilados y avíseme si se mueven. Voy a pedir refuerzos a la central, por si acaso… —Consultó el reloj—. Reunión dentro de cinco minutos.

59

1.05 h.

—Bueno —dijo al entrar en la sala—, os anuncio que no vamos a recibir refuerzos. Al menos, no por el momento.

Servaz vio cómo se alargaban las caras de los agentes sentados en torno a la mesa. Irène la rodeó para situarse en la otra punta.

—Los de arriba consideran que la situación no reviste, cito textualmente, «un carácter de urgencia», y que, por lo tanto, podemos mantenerla bajo control. En resumidas cuentas, creen que nos pondríamos en ridículo enviando a las fuerzas de intervención para reprimir a una pandilla de pueblerinos que simplemente se limitan a gritar consignas debajo de nuestras ventanas.

—Tampoco les falta razón —comentó el hípster.

Irène estuvo a punto de contestarle que nadie había pedido su opinión, pero se dijo que no era el mejor momento para presionar a su equipo.

—También acabo de hablar con la señora alcaldesa. Nos… eh… felicita por la detención del culpable.

El poco entusiasmo con el que les había dado aquella noticia no se le escapó a nadie.

—Eso en el supuesto de que hayamos detenido efectivamente al culpable… —añadió—. Bueno, vamos a ver. —Se acercó a la pizarra blanca—. ¿Quién cree que es culpable y quién cree que no? Quiero argumentos…

Servaz sondeó el ambiente. La mayoría de los presentes guardaban silencio y parecían un tanto taciturnos. Irène era un poco como esos jefes que afirman que quieren fomentar la participación, pero que imponen su punto de vista desde el principio de la reunión y luego demuestran cierta predilección por las intervenciones que lo avalan.

Siguió observándolos. Cualquiera diría que los había sacado de la cama, pero Servaz sabía que hacía muchas horas que estaban en pie. Él mismo reprimió un bostezo, sin saber si atribuirlo al nerviosismo o al cansancio, aunque también podía deberse al calor que hacía allí. Tenían al culpable. Eso debería haberles levantado un poco los ánimos e insuflarles nuevas energías, ¿no? ¿Por qué no era así, entonces?

Gritos.

Silbidos.

Abucheos.

De repente los gritos del exterior parecían haber aumentado. Lo bastante, en todo caso, como para resultar audibles desde la sala de reuniones. Un instante después alguien empezó a sacudir la reja situada frente a la entrada.

—¡Maldita sea! —exclamó Irène delante de la pizarra—. ¿Y ahora qué pasa?

—¡Abran ahora mismo esta reja!

Era la voz de la alcaldesa… Irène, Enguehard y Martin se precipitaron hacia el vestíbulo, donde el gendarme de guardia tenía ya el dedo sobre el botón de mando de la reja, aunque no se decidía a activarlo. Vieron la cara de furia de la alcaldesa al otro lado y la multitud amalgamada detrás de ella, más allá de los escalones de entrada.

—¡Abra la reja! —ordenó Enguehard.

Cuando estaba a medio subir, Isabelle Torres se encorvó para pasar por debajo. Las puertas mecánicas se abrieron con un suspiro hidráulico. Los gritos arreciaron a su espalda. Servaz distinguió varios: «¡Torres, dimite!» y también un «¡Lárgate ya, cabrona!», que se vio acompañado de otros insultos sexistas que hacían alusión explícita al oficio más antiguo del mundo.

Una vez en el interior, la alcaldesa se enderezó. Parecía más exasperada que asustada. Servaz tenía que reconocer que, al igual que a Irène, no se amedrentaba con facilidad. No había dudado en atravesar una multitud hostil para llegar hasta ellos.

—¿Eso no es una manifestación ilegal? —dijo, señalando con el pulgar a la gente apiñada en la calle—. ¿A qué esperan para dispersarlos? ¿A que las cosas se pongan feas?

—Son cincuenta por lo menos —se justificó Enguehard con la actitud de un niño pillado en falta—. No somos bastantes para dispersarlos.

—¿Y por qué no piden refuerzos por teléfono? —replicó Torres con impaciencia.

—Eso ya lo hemos hecho —contestó Ziegler—. Pero los de arriba consideran que, por ahora, la situación está bajo control.

—¿Bajo control? —La alcaldesa puso los ojos en blanco—. ¿Eso han dicho? ¿En serio? —Negó con la cabeza como si no pudiera creérselo—. ¿Dónde está? —preguntó.

—¿Delahaye? En una celda —respondió Enguehard—. No nos quedemos aquí. Si nos ven, se pondrán aún más nerviosos…

—Entonces es él, ¿están seguros?

Isabelle Torres captó la mirada dubitativa que Enguehard le dirigió a Irène.

—¿Cómo? No me digan que… que podría no ser él…

Miró a la capitana y luego al gendarme.

—No me digan que lo han detenido sin estar seguros…

A Irène le entraron ganas de recordarle cómo funcionaba una

investigación policial.

—Todo apunta a que es el asesino de Frédéric Rozlan —explicó—. No hemos conseguido localizarlo en todo el día, se ha quemado la mano, aunque asegura que se lo ha hecho quemando algunas cosas de su mujer. No tiene coartada. Es nuestro principal sospechoso por diversos motivos, pero usted sabe tan bien como yo que una investigación criminal es algo muy complejo, y queremos tener los cabos bien atados antes de informar a la fiscalía…

—De acuerdo, de acuerdo —dijo la alcaldesa—, pero ahí fuera empiezan a caldearse los ánimos. Ya saben cómo funcionan estas cosas. Las multitudes siempre necesitan un chivo expiatorio. Y ahora les han puesto a uno en bandeja: un viudo, un profesor, un intelectual con un hijo drogadicto; un individuo desagradable y poco sociable que mira a la gente por encima del hombro y que se ha puesto a todo el mundo en su contra… Espero por su bien que sea él, porque si no, tengan claro que le han destrozado la vida a ese hombre. Por más que lo absuelvan, siempre habrá un imbécil que diga que cuando el río suena…

Clavó la mirada en los ojos de Irène y luego en los de Servaz.

—Vuelva a su casa —le dijo Irène—. La mantendremos informada.

Isabelle Torres no se movió.

—Aquí tenemos trabajo —insistió la capitana—. Ah, y es mejor que salga por la puerta de atrás, será más discreto.

La alcaldesa se estremeció como un caballo que se niega a que le pongan el bocado.

—Nadie va a poder decir que he tenido que esconderme en mi propio pueblo —declaró—. Levanten esa reja, prefiero salir por delante.

Irène se encogió de hombros y le hizo una señal al funcionario de guardia.

Servaz admiró la manera en que la alcaldesa se acercó a las puertas para enfrentarse a esa pequeña multitud que se agitaba sólo con verla. Ni siquiera había solicitado que la acompañara algún concejal, aunque probablemente la mayoría de ellos no se hubiera atrevido a hacerlo…

En cuanto hubo franqueado la reja, la gente empezó a abuchearla. Isabelle Torres se enfrentó a las caras de hostilidad que la aguardaban al final de la escalinata, a las miradas coléricas y a las bocas abiertas que gritaban. Encogiéndose de hombros, como si con ello se parapetara frente a aquella agresividad, bajó las escaleras y se metió entre la gente. Una figura alta le cerró el paso de inmediato.

Ella elevó la vista hacia la cara barbuda de William Guerrand, que la miraba con firmeza.

—Déjame pasar —dijo.

—No sólo eso, sino que voy a acompañarte —contestó él.

—¿Cómo?

—Yo no tengo nada que ver con todo esto, Isabelle. No es lo que yo pretendía. La situación se me ha ido de las manos, he perdido el control.

La alcaldesa lo observó sin dejar de avanzar. Parecía igual de preocupado que ella.

—Eso suponiendo que hubieras tenido el control en algún momento…

Guerrand aprovechaba su anchura de hombros para abrirse paso. A su alrededor se elevaban los gritos, algunos de ellos claramente injuriantes.

—¡Por favor, nada de insultos! —reclamó Guerrand con irritación.

Isabelle Torres advirtió que su intervención era más bien contraproducente. Alguien gritó «¡¿Quién te has creído que eres?!», dando paso a un nuevo concierto de insultos.

—¿Ves lo que pasa cuando uno echa aceite al fuego? —le dijo ella.

—Nuestro enfado viene muy a cuento —replicó él mientras le abría camino—. Hace demasiado tiempo que este país lo gobiernan personas que no escuchan, que no nos hacen caso… Es una cuestión de dignidad, Isabelle, de justicia.

—¿De justicia? —contestó con furia la alcaldesa, justo en el momento en que lograban salir del aprieto para encaminarse hacia el coche, que había dejado aparcado a una distancia prudencial—. Las personas como yo hacen hasta lo imposible para solucionar las cosas. Yo no cuento las horas de trabajo, sacrifico mi vida personal y lucho a diario, ¿y todo eso para qué? ¿Para recibir a cambio amenazas e insultos?

—No escucháis nada, no oís nada.

—¿Qué habría que oír?

—¿No oís esa cólera que aumenta día a día? ¿La ira que crece como una enorme ola que viene desde altamar, una ola compuesta de miles, de millones de rabias, de envidias y de odios? Lo va a arrasar todo a su paso, Isabelle, incluida a ti. Deberíais escuchar… —Ahuecó la mano detrás de la oreja sin dejar de caminar—. Yo sí oigo esa ola. Se está acercando y es monumental.

—William, soy la alcaldesa de un pueblo de cuatro mil habitantes, no el presidente de la República.

—¿Y crees que la ola va a hacer distinciones? Arrasará con todo lo que se le ponga por delante, con todo lo que no sea ella.

—En ese caso, suponiendo que llegue algún día, esa ola vuestra va a ser un desastre para este país, será peor el remedio que la enfermedad… La revolución es un sueño de artistas, de actores, de cantantes, de escritores, de ideólogos… De personas que viven de sus ilusiones, que no hacen más que soñar y que no tienen que romperse los cuernos para alimentar a su familia. Los que sí trabajan de verdad esperan soluciones, no tonterías. No estamos en una película…

Vio que Guerrand sonreía.

—Tengo que reconocer que plantada ahí, delante de la gendarmería, has sido muy valiente.

—¿Son imaginaciones mías o me estás haciendo un cumplido?

—No tengo ganas de quitarte el puesto, Isabelle —repuso Guerrand—. Sé que no es un trabajo fácil, y ya tengo bastante con mis propios problemas…

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella.

Él tardó unos segundos en responder.

—Ocuparme de mi aserradero —dijo al fin—. Como ya sabes, pasamos por una mala racha… Me retiro de este combate.

—Ese aserradero ya estaba aquí antes de ti —declaró Isabelle Torres al llegar junto a su coche—. Forma parte del patrimonio de este pueblo. Pásate por el ayuntamiento. Veremos qué podemos hacer por nuestra parte, en qué medida podemos ayudarte… Si no te da miedo que te acusen de conchabarte con el poder, claro —añadió mirándolo directamente a los ojos.

Servaz se dio la vuelta e intentó acomodarse. Se había acostado en el banco de cemento de una de las dos celdas de detención —la otra la ocupaba Gildas Delahaye— y trataba de dormir, pero le dolía la espalda y el sueño le daba esquinazo. Demasiados pensamientos intrusivos. Demasiada febrilidad.

Cerró los ojos. Los volvió a abrir. Se levantó. Empujó la pesada puerta acristalada. Salió al pasillo.

En la gendarmería reinaba un silencio absoluto. Hasta parecía que habían cesado los gritos de la calle.

Consultó el reloj: las 2.03 h. Necesitaba un café. Avanzó por el pasillo oscuro —allí había tres fluorescentes, pero sólo uno funcionaba bien— con la extraña sensación de que era la única persona que estaba despierta, y cuando ya se hallaba cerca de la máquina de bebidas, una puerta se abrió de pronto a su derecha. Martin se sobresaltó y retrocedió un paso. El friqui de la gendarmería nacional salió por ella con la misma sonrisa que debió de poner Alan Turing tras haber logrado descifrar el código secreto de la máquina Enigma durante la Segunda Guerra Mundial.

—¡Ya está! He entrado. ¡Tiene que ver esto!

—¿Entrado? —preguntó, todavía medio aturdido.

—¡En el sitio web del chico!

Irène Ziegler apareció casi de inmediato, seguida de Enguehard. Por lo visto, tampoco ellos dormían. En realidad, se los veía bien despiertos. Servaz posó la mirada en la máquina de café.

—¿Qué? —preguntó la capitana.

El informático le repitió lo que acababa de anunciar, y Servaz vio cómo Irène entornaba los ojos bajo la pálida luz del fluorescente.

—Enséñanoslo —dijo.

Y Martin renunció al café, al menos por el momento.

En la diminuta oficina rugía la música de «World Peace Is None of Your Business». El joven cortó en seco a Morrissey en medio de *Istanbul*: «*Oh, Istanbuuul, give me back my brown-eyed son…*»

—Perdón —se disculpó.

Se sentó delante de la pantalla, la única fuente de luz del despacho, y los demás lo rodearon, de pie en la penumbra. Abrió la ventanilla de la página.

De nuevo, la silueta en el túnel que desembocaba en el paisaje nocturno alumbrado por la luna, con la muralla de árboles negros que cercaban el claroscuro. Servaz pensó en Martin Sheen saliendo del templo de la jungla al final de *Apocalypse Now*. Una vez más, las bocas minúsculas, casi subliminales, que esbozaban sonrisas crueles en los árboles… Las calaveras que surgían otra vez de la hierba en el corazón de la noche.

Servaz se estremeció de pies a cabeza.

Después, en la pantalla negra, brilló la misma frase con letras de fuego: «Bienvenidos a cuando los padres duermen…» Y al instante, la invitación: «Introduce la contraseña y únete a nosotros.» El friqui se ajustó las gafas y tecleó la contraseña. Ziegler mantenía la vista fija en la pantalla. Servaz también, con la impresión de que el corazón le latía al ralentí.

Empezó a sonar una música siniestra, un zumbido como de enjambre de voces graves que Servaz reconoció de inmediato: el *Réquiem* de Ligeti.

A continuación apareció un mapa.

Un plano de Aiguesvives y de los valles circundantes. Viendo los pequeños iconos que marcaban diversos lugares, se le aceleró el pulso: la cascada, el claro contiguo al antiguo molino donde habían encontrado a Martial Hosier, el lago glacial donde el equipo de rescate localizó el cadáver de Kamel Aissani… e incluso la casa incendiada de Frédéric Rozlan.

Servaz se olvidó de inmediato del cansancio.

—Dios santo… —murmuró Ziegler a su lado.

Martin advirtió que los iconos eran fotos diminutas y, cuando el joven desplazó el ratón sobre una de ellas, la de la cascada, se quedó sobrecogido. Era una foto de Timothée Hosier atado debajo de la cascada. Y aún estaba vivo…

Gritaba aterrorizado delante de la cámara.

—Joder… —musitó la capitana, sin poder contener un escalofrío.

Servaz notó la piel de gallina, el horror le helaba la sangre.

—En los otros casos es igual —informó el friqui con un hilo de voz.

Abrió el icono situado en el lago glaciar: Kamel Aissani desnudo, con el cuerpo amoratado ya, lanzando un grito mudo, con los ojos desorbitados también y un destello de puro terror en la mirada.

—Y eso no es todo —añadió el informático—. Miren ahí…

Señaló cada uno de los emplazamientos, mostrándoles los símbolos pintados en las piedras: una cruz en forma de equis y un triángulo cerca del lago glaciar; los cuatro símbolos al completo —un círculo, un triángulo, un cuadrado y una cruz— al lado de la cascada; dos piedras —una cruz y un triángulo— en el lugar donde habían encontrado el cadáver de Martial Hosier y, finalmente, un círculo y un triángulo cerca de la casa de Frédéric Rozlan.

—Cuidado, les advierto que lo que viene a continuación me ha impactado mucho —dijo el joven.

Servaz tuvo la sensación de que el silencio zumbaba. Probablemente era la sangre que martilleaba en sus sienes. Aquél era uno de esos momentos que, en las investigaciones más difíciles, permanecen grabados para siempre en la memoria, uno de esos instantes en los que ya no es posible mentirse, negar que el universo está dominado por el Mal y que el mismo hombre es una criatura demoníaca.

—Adelante —susurró Irène con voz apagada.

El friqui hizo clic sobre uno de los símbolos, y una nueva página se abrió ante ellos. Aparecieron los cuatro símbolos alineados verticalmente a la izquierda, sobre un fondo de negro intenso que parecía una porción del espacio profundo desprovista de luz. Delante de cada uno había un retrato. Una cara sonriente, juvenil, inocente. Niños… De entre diez y quince años, calculó Servaz. Mientras desplazaba la mirada sobre los tiernos rostros de esos muchachos, el corazón le empezó a latir con violencia y su cerebro se puso a gemir, presa del horror: él conocía a dos de esos niños. Los había visto hacía apenas unas horas.

Mathis y Théo… Uno era el círculo; el otro, el cuadrado.

—No es posible… —musitó Irène a su lado—. No es posible, joder…

Servaz se quedó de piedra. Frente a cada foto y símbolo, había un número de puntos obtenidos… Tal vez en función del grado de participación en cada asesinato… «Un juego», pensó.

Tuvo la sensación de que la sala se volvía más tenebrosa, de que todo su ser se debatía para desprenderse de aquella visión. Esta vez no cabía duda, habían dado con los culpables.

Habían llegado al infierno…

—Ése es Benjamin, de catorce años —dijo Gildas—. Está en tercero. Y ése es Valentin, de quince. Los dos tienen dificultades de aprendizaje, sobre todo Valentin, que ha repetido dos veces. Vienen de familias con problemas de violencia y conflictos entre los padres.

Servaz miró a Irène: los expedientes que había en casa de Gabriela. Tanto Valentin como Benjamin seguían un tratamiento con ella. Se acordó de lo que la psiquiatra había anotado a propósito de ellos:

«Oposición a los adultos, actos hetero-agresivos, marginalización, delincuencia, transgresión de las reglas, consumo de sustancias tóxicas…» Se había quedado corta.

—¿Por qué les interesan esos chicos? ¿Han descubierto algo? —preguntó el profesor.

—¿Son ellos los que circulan delante de su casa en motocicleta? —preguntó Irène sin responderle.

Delahaye asintió.

—Sí… Esos dos tienen vespas.

—Háblenos de Mathis y de Théo. ¿Son también alumnos suyos?

—Ya se lo dije —contestó con una mueca—. No era yo el que estaba esa noche con Théo.

—No se lo pregunto por eso —precisó Irène—. Quiero saber qué tipo de alumnos son.

El profesor se los quedó mirando con expresión de desconcierto.

—¿Por qué les interesan esos chicos? —preguntó de nuevo.

—Conteste a la pregunta.

—Théo tiene resultados irregulares… Es un alumno tímido. Hasta hace poco, algunos compañeros se metían con él a menudo, incluso es posible que lo acosaran. Pero últimamente parece que se ha calmado el asunto, que ha conseguido integrarse…

«A qué precio», pensó Servaz con la sensación de hallarse inmerso en una pesadilla incomprensible, en un sueño absurdo.

—¿Y Mathis?

—Un chaval brillante y extrovertido. Participa mucho en clase. Ese chiquillo siente curiosidad por todo y no le da miedo nada, aunque también tiene sus… momentos bajos… A veces se encierra en sí mismo y tiene problemas de agresividad. Algunos de sus compañeros lo temen, o al menos eso creo.

«Eso es lo que puede ocurrir cuando se tiene una madre poco cariñosa», pensó Servaz, que apenas podía contener la rabia.

En raras ocasiones se había sentido tan afectado por una investigación. «Marianne y ahora esos niños…» Miró a Irène. Parecía exhausta. ¿Durante cuánto tiempo más podrían seguir soportando aquello?

—Gracias —dijo ella levantándose—. Por el momento, tendrá que seguir en su celda…

Delahaye los observó con un destello de esperanza.

—¿Tienen novedades? ¿Qué han descubierto? ¿Por qué me mantienen aquí, si ya saben que yo no he sido?

60

2.33 h.

Todos guardaban silencio.

Probablemente las personas sentadas en torno a la mesa pensaban en sus hermanos pequeños, en sus hijos que iban haciéndose mayores, en sus sobrinos o en los hijos de sus vecinos. El propio Martin pensaba en Gustav en ese momento… En cualquier caso, todos parecían abatidos y dominados por el mismo sentimiento: el de haber tocado fondo y haber alcanzado las simas del horror.

Irène les había resumido la situación y nadie se atrevía a tomar la palabra. En determinadas circunstancias, el silencio es la única respuesta posible, se dijo él. Al cabo de unos años, se acordaría de ese instante en que habían compartido la misma estupefacción ante la abominable certeza de que no había ningún horror, ninguna monstruosidad, capaces de superar aquélla.

Ziegler había pedido que imprimieran los retratos de los niños y había pegado a la pizarra blanca las cuatro caras sonrientes, puras, en las que aún no estaban definidos los rasgos de la edad adulta. Servaz tuvo la desconcertante sensación de que eran esos rostros los que miraban a los miembros del grupo y no al revés.

Finalmente, la necesidad de seguir adelante disipó su estado de estupor.

—Bien —dijo Irène, delante de la pizarra—. Nos enfrentamos a unas circunstancias de lo más excepcionales y debemos tener mucho cuidado antes de hacer pública la información. Esta vez no cabe duda de que vamos a tener encima todos los focos. Antes de detener a esos… niños, debemos dejarlo todo bien atado. No vamos a detenerlos sin estar absolutamente convencidos de su culpabilidad. Tampoco podemos actuar como si fueran adultos. Es como caminar entre cristales rotos.

Dio un golpecito con la regla a la pizarra, donde los chiquillos seguían sonriendo como si nada.

—Veamos… En primer lugar, ¿alguno de vosotros ha trabajado alguna vez en un caso con menores violentos o culpables de homicidios?

Fue el hípster quien levantó la mano.

—Yo hice un trabajo sobre el tema en la academia de policía.

—Te escuchamos —lo alentó Irène.

—Cada año se produce en torno a un centenar de asesinatos cometidos por menores —empezó el agente—, un treinta o cuarenta por ciento de ellos son parricidios. En general, esos menores son

adolescentes. Los casos de niños asesinos son más raros. A menudo se describe un medio familiar disfuncional, una adicción a videojuegos violentos, o incluso a los estupefacientes, pero estos factores no lo explican todo, porque a veces se dan casos de familias en apariencia normales con hijos que manifiestan tendencias destructivas…

Irène asintió.

—Aparte, hay niños más sensibles que otros a determinados parámetros familiares. Una familia disfuncional no va a generar a la fuerza un hijo disfuncional, ni una familia sana va a producir obligatoriamente un hijo sano…

—En nuestro caso concreto —intervino la capitana—, en el curso de los interrogatorios vamos a tener que averiguar si hay uno o varios líderes, si son los mayores los que arrastraron a los menores… Os recuerdo que tenemos que vérnoslas con unos chicos de quince, catorce, doce y once años. La diferencia de edad es considerable. También vamos a necesitar, claro está, un juez de instrucción especializado en menores.

Servaz dedujo que la magistrada que habían designado para encargarse del proceso judicial no poseía dicha habilitación.

—Pero por ahora debemos concentrarnos en la información que nos brinda la página web. De acuerdo con el mapa, los símbolos nos indican quién estaba presente en cada asesinato. Tenemos que ver si la Policía Científica y las pruebas que tenemos hasta el momento corroboran esa hipótesis. Habrá que determinar quién participó realmente, si todos intervinieron de un modo directo o si algunos se limitaron a mirar. Es probable que debamos obligarlos a traicionarse unos a otros durante los interrogatorios, sugiriéndole a cada uno que sus compañeros lo han delatado. La presencia constante de un adulto a su lado nos va a dificultar la labor, desde luego, pero no queda otra. Hay que reunir el mayor número posible de pruebas e indicios antes de detenerlos e interrogarlos. Y ahora decidme todo lo que se os ocurra, soy toda oídos —concluyó.

—Los símbolos —dijo la joven gendarme pecosa—. Puesto que son adolescentes, me parece que sé de dónde los han sacado…

Todas las cabezas se volvieron hacia ella.

—Son los mismos que hay en el mando de la PlayStation: una cruz, un triángulo, un círculo y un cuadrado.

Los demás guardaron silencio, seguramente extrañados de que nadie hubiera caído antes en la cuenta.

—Vale. ¿Y cuál sería el móvil? —continuó Ziegler.

—¿El juego? —sugirió la joven.

Servaz pensó en los puntos que había obtenido cada muchacho.

—A ver, explícate.

—Retos cada vez más idiotas, cada vez más peligrosos, hasta llegar al asesinato… Una vez que se ha comenzado, no se puede parar. Como en el juego de la Ballena Azul…

—¿El qué? —preguntó Servaz.

—El Blue Whale Challenge —respondió el hípster—. Un juego para adolescentes que apareció hace varios años en internet y que dio mucho que hablar. Nació en Rusia, en la red social VK, antes de extenderse entre los adolescentes del mundo entero, incluida Francia. Cincuenta retos, al ritmo de uno por día; los primeros fáciles, como dibujar una ballena, escribirte F57 en la mano o escuchar músicas tristes, y después cosas cada vez más peligrosas destinadas a aislar a los chicos, como dejar de hablar, hacerse pequeñas heridas, levantarse a las cuatro y veinte de la madrugada para ver vídeos siniestros mientras los padres duermen, subir al tejado de la casa, atravesarse las manos con un cuchillo, obtener la fecha de la propia muerte… Hasta el último reto, que consiste en suicidarse en la fecha indicada.

Servaz se acordaba de esa historia. Aunque algunos habían asegurado que era una leyenda urbana, la policía y el Ministerio de Educación habían transmitido mensajes de alerta a través de Twitter y en la red Éduscol, y habían podido salvar en el último instante a una muchacha que habían intentado ahorcarse. Otros adolescentes se habían infligido lesiones de diversa gravedad, y los medios de comunicación habían hablado del caso.

—El Blue Whale Challenge tenía principalmente incidencia entre muchachos de doce a quince años —explicó el hípster—, la edad en la que uno quiere demostrarse cosas, en la que es manipulable y no duda en exponerse al peligro. El juego aprovechaba el malestar de algunos jóvenes. Se jugaba con un tutor que iniciaba al jugador y le transmitía los desafíos a través de las redes sociales. En casos así, el adolescente se deja arrastrar de forma involuntaria, y además está la presión del grupo, de toda esa gente que lo anima y que explota sus puntos débiles… El muchacho tiene la impresión de que, por una vez, alguien se interesa por él, de que es capaz de asumir retos, que vale algo… Y cuando ha empezado ya no puede echarse atrás, porque teme ponerse en ridículo y decepcionar al resto. Aislado y sometido a presión, queda atrapado en la red. Si no tiene la fuerza suficiente para reaccionar, llegará hasta el final. Hay otros juegos que se basan en el mismo principio, como por ejemplo el de Mariam, en Arabia Saudí.

Servaz percibió un brillo inédito en los ojos de Ziegler: el hípster había logrado captar su atención.

—Muy interesante —admitió—. ¿Podríamos encontrarnos en este caso con un mecanismo similar, con un «tutor» agazapado en la sombra, que manipula a esos chicos y que los incita a actuar aprovechando el efecto de grupo y el malestar de esos niños, su falta de puntos de referencia?

—Es muy posible —confirmó alguien desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron hacia allí. Se trataba del informático de la gendarmería nacional, que por lo visto había estado asistiendo a la reunión desde la puerta.

—Acabo de descubrir que se comunican con una quinta persona, a través de la mensajería de la página web —anunció—. Sea quien sea, no tiene foto ni nombre, sólo un seudónimo: Discord. Está claro que es Discord quien les da las instrucciones, y todo apunta a que es él quien inició todo esto. No sé cómo consiguió convencer a esos chicos para que cometieran unos actos tan monstruosos, pero es posible que los haya… eh… ido condicionando poco a poco, como en ese juego del que hablan… Eligiendo efectivamente chavales desorientados, vulnerables, más violentos que los otros. Por ahora trato de seguir el hilo hasta el origen de los mensajes, hasta el servidor desde donde los envía Discord. Mi programa sigue en ello y espero que no tardaremos en averiguar algo más…

Todos se quedaron callados un segundo. Cada cual sopesaba las implicaciones de lo que acababan de escuchar.

—Eso quiere decir que tenemos a otro culpable potencial —dijo Ziegler al fin, dando voz al sentir general—. Y cambia bastante las cosas.

Se dirigió al otro lado de la mesa, donde estaba Servaz, y lo condujo a un aparte.

—Ya sé lo que vas a decir —dijo la capitana—, que deberíamos recurrir a la doctora Dragoman.

Martin recordó a Gabriela, golpeándolo histérica y amenazándolo con presentar acusaciones falsas contra él.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó él.

—Yo creo que ella debió de advertir las señales previas, que sin duda vio que esos chicos representaban un peligro para sí mismos y para los demás y, sin embargo, no dijo nada. Creo que por ahora deberíamos intentar desenvolvernos sin ella…

Servaz asintió sin añadir palabra.

—En cualquier caso —se adelantó Irène—, no creo que los de ahí fuera vayan a quedarse de brazos cruzados si descubren que nos disponemos a liberar a Delahaye y a detener a sus hijos en su lugar…

61

3.43 h.

Discord.

Servaz se preguntó qué clase de individuo podía ocultarse detrás de ese seudónimo. ¿Otro adolescente? ¿Un adulto? Aquella noche interminable le inspiraba un profundo sentimiento de irrealidad, un desasosiego que parecía adherirse a sus entrañas.

Apenas podía controlar las náuseas. Le habría gustado estar en otra parte, lejos de allí, en Toulouse, con Gustav y Léa. Le habría gustado que todo aquello no hubiera sucedido nunca, que esos muchachos no se hubieran visto implicados en eso. Le habría gustado que el mundo fuera menos violento, menos malvado, menos absurdo, que fuera posible hacer entrar en razón a las personas.

A pesar de las náuseas, se tomó el café de un solo trago. Se dio cuenta de que le temblaba la mano. Estaba al límite de sus fuerzas, tanto físicas como mentales. Ya no le quedaban reservas de energía, de voluntad; tenía el depósito a cero. Lo único que quería era que todo aquello se terminara. Se preguntó si a Irène le ocurría lo mismo.

Necesitaba vaciar la vejiga. Se dirigió a los servicios, y cuando salió del lavabo sonó un estrépito de cristales rotos en la zona de la entrada. Al acercarse, vio un adoquín en el suelo, en medio de los fragmentos de cristal.

Casi de inmediato, un nuevo proyectil hizo estallar otra vidriera, acompañado de gritos de júbilo.

—¡Joder! —exclamó Ziegler a su espalda.

Vio que un coche empezaba a arder a una decena de metros. Las llamas crepitaban y se reflejaban en los vidrios todavía intactos, desprendiendo una negra humareda. A su alrededor bailaban unas siluetas. Al percibir el olor a gasolina de los cócteles molotov, Martin sintió un escalofrío de miedo.

—¡Enguehard, llame a los bomberos! —ordenó Irène—. ¡Y salga a custodiarlos cuando lleguen! ¡Voy a pedir refuerzos ahora mismo!

Se precipitó hacia un teléfono. En la calle los gritos volvían a arreciar, alzándose en un clamor salvaje de guerra. Enguehard reunió a sus hombres. Parecían un puñado de centuriones romanos rodeados de godos en un bosque germánico. Estaban muy pálidos. Probablemente todos ellos conocían a quienes los hostigaban desde fuera. Les habían estrechado la mano más de una vez y sin duda habían hablado con la mayoría de ellos, pero la noche, la histeria colectiva y el enardecimiento

que propicia el grupo habían trastocado las reglas. Servaz pensó que en una noche como aquélla todo era posible, por ambas partes. Los agentes del orden aterrorizados o enfurecidos eran igual de peligrosos que los que estaban en la calle buscando camorra.

«Las consecuencias de la desindividualización», se dijo.

En una noche así, hasta las mentes más racionales perdían el sentido común.

Después pensó que, en realidad, era el mundo entero el que ardía, y que ese valle y ese pueblo eran tan sólo una ínfima parte del incendio general.

El informático volvió a aparecer, pero Irène hablaba por teléfono y Enguehard estaba a punto de dirigir a sus hombres a la batalla, así que el friqui se volvió hacia él. Las llamas que devoraban la carrocería del coche se reflejaban en el rostro del joven cuando Servaz dio la espalda al motín.

—He averiguado desde dónde envía los mensajes Discord —anunció.

Servaz vio las llamas que bailaban en sus pupilas dilatadas.

—¿Desde dónde?

—Bucarest, Rumanía.

Servaz permaneció mudo un momento, mirándolo fijamente, antes de consultar el reloj. Faltaban unos minutos para las cuatro de la madrugada. ¿La pillaría durmiendo? De golpe, el corazón le latía más despacio. Había tomado ya una decisión.

—Informe a la capitana Ziegler —dijo—. Buen trabajo.

Se encaminó por el pasillo hacia la espalda del edificio. Tardó apenas unos segundos en encontrar la salida de emergencia. Empujó la barra horizontal y la puerta metálica en un único movimiento, y poco después la gendarmería se cerraba tras él con un ruido seco, mientras lo envolvía la calidez de la noche.

Estaba solo.

62

4 h.

El día despuntaba, pero aún no había amanecido. La noche viraba hacia el gris sobre las montañas. Las farolas pronto cederían el paso a las primeras luces del alba.

Había accedido a la calle saltando la pared del jardín de al lado. Tras atravesarlo, se dirigió a pie hasta el centro. Su coche se encontraba delante del domicilio de Delahaye desde esa mañana, cuando había regresado de casa de Théo. Después se habían desplazado a la gendarmería en el Ford Ranger de Irène.

En ese momento conducía por las primeras cuestas, ya por encima de los tejados. Las farolas se fueron espaciando antes de desaparecer y, un poco más adelante, el búnker ultramoderno se alzó ante él, proyectando una sombra amenazadora sobre los prados circundantes. Detrás de las vidrieras, las luces permanecían apagadas.

Dejó el coche en el pequeño aparcamiento, junto al flamante Ranger Rover de Gabriela. Subió por los anchos escalones de hormigón que comunicaban con la terraza, y, cuando ya se disponía a llamar, vio que la puerta blanca estaba entornada y atisbó un interior sumido en la oscuridad.

Dudó unos instantes.

La trampa era bastante burda, desde luego. Olía a peli de serie B, y él no iba armado… ¿Acaso la psiquiatra creía que iba a meterse en la boca del lobo como un cordero rendido al sacrificio? Probablemente esperaba que se dejara vencer por la curiosidad, y en eso no se equivocaba del todo.

Porque también podía haber ocurrido algo…

El corazón le latía a mil por hora; se dio la vuelta para contemplar la vista espectacular del indeciso despliegue del amanecer sobre las montañas y el valle. «Al diablo con todo», se dijo.

«Qué estúpido, qué estúpido…»

Eso era lo que le habría dicho Ziegler, sin lugar a dudas. De todas formas, ya estaba dentro. Aunque evitó cerrar la puerta a su espalda.

—Entra, Martin. Te estábamos esperando.

La voz de Gabriela Dragoman sonaba contenida, calmada, tan tranquila como si hubiera estado aguardándolo para tomar el desayuno.

Provenía de la oscuridad. Después Servaz se percató de que no todas

las luces estaban apagadas. Al fondo de la sala debía de haber una lámpara encendida fuera de la vista, porque en su luz vaporosa se recortaban dos siluetas, como si fueran caminando juntas en medio de una carretera, iluminadas por la espalda por los faros de un coche. Reconoció la figura de la doctora Dragoman.

Y a su lado había otra mujer…

Parpadeó para distinguirlas mejor. La otra silueta le resultaba también familiar. Apretó los puños, sintió la sangre que se agolpaba en sus arterias y respiró hondo.

—Supongo que, si estás aquí, es porque sabes a qué atenerte —le dijo Gabriela desde el fondo de las sombras.

—Me parece que sí… Buenos días, Marianne.

—Buenos días, Martin.

Servaz se dio cuenta de que la voz se le había quebrado en el momento de pronunciar su nombre. «Marianne…» Había pensado en ello tantas veces…

—Ay, Martin, Martin —susurró Gabriela—, tan dividido entre su integridad, su honor y sus flaquezas. Tan desgarrado por dentro. Tan atormentado… No debe de ser fácil eso de ser Martin Servaz un día tras otro, ¿verdad?

Él prefirió no responder. Aún estaba lo bastante cerca de la salida como para marcharse.

—Cierra la puerta —ordenó la psiquiatra—. Y te aconsejo que no intentes nada. Tengo una bonita pistola de tiro deportivo del calibre veintidós. Seguro que te dejaría unos preciosos agujeros en el pecho, y entreno dos veces por semana…

Gabriela se movió un poco y él comprobó que no mentía. Lo estaba apuntando con un arma. Se planteó qué posibilidades tenía de acertar si le disparaba. Estaba a menos de un metro de la puerta, pero antes tendría que dar media vuelta o bien caminar de espaldas. Tardaría demasiado y sería un blanco fácil.

«Qué estúpido…», se repitió.

Ya había sospechado que las cosas iban a terminar de ese modo. Era consciente de que la posibilidad de ver por fin a Marianne era el señuelo perfecto sobre el que se iba a abalanzar, aun a sabiendas de que albergaba un anzuelo en su interior.

—Quédate donde estás, Martin, por favor —insistió Gabriela con la misma voz dulzona y preñada de amenazas.

—Así que tú eres Discord —dijo él para ganar tiempo—. Fuiste tú quien manipuló a esos chicos y los convertiste en asesinos.

—Cierra la puerta, por favor.

Esta vez obedeció.

—No tuviste más que servirte de tu «vivero» de fichas para encontrar a tus marionetas —prosiguió él—. Los conocías tan bien… Sabías exactamente qué teclas debías pulsar… Pero ¿por qué recurrir a unos

niños?

—¿Por qué? Muy sencillo. Porque es más fácil convencerlos que a los adultos —explicó Gabriela—. ¿Sabes que, desde un punto de vista estadístico, los niños de dos años son los individuos más violentos que existen? Pegan, muerden, chillan, roban a los niños de al lado para satisfacer sus deseos y sus instintos y para tantear los límites, ver hasta dónde pueden llegar. A medida que crecen, los niños siguen buscando los límites, algunos más que otros… Atosigando a los adultos, por ejemplo… Igual que los jóvenes chimpancés en el seno del grupo. Porque su agresividad es algo innato… Para conducirlos hasta el asesinato, ha habido que «deformarlos» un poco, desde luego, etapa por etapa, pero no es tan difícil conseguir que un niño, un adolescente o un adulto joven acabe cometiendo los crímenes más atroces. Es eso lo que hacen los reclutadores del Estado Islámico, lo que hizo Mao con su guardia roja o lo que hizo Irán durante la guerra con Irak… En el fondo, cualquier niño tiene deseos de matar a los adultos. Lo que lo contiene es el temor a las consecuencias. Si se los convence de que no corren ningún peligro, de que lo que hacen es sólo un juego y, sobre todo, de que los adultos en cuestión se lo merecen, no habrá nada que los detenga. Por eso he utilizado a esos chicos, porque era… fácil. ¿Cuándo lo has comprendido?

—Hace una hora, cuando han descubierto que el servidor de la página web estaba en Rumanía. Eso, sumado al hecho de que Valentin y Benjamin eran pacientes tuyos y de que habías desenmascarado a Marchasson…

—Dragoman, claro… Con un apellido así es difícil ocultar los propios orígenes, ¿no? ¿Has venido solo?

—Los otros no tardarán.

—Es posible, pero llegarán demasiado tarde… Nosotros ya habremos hecho justicia antes, y tú…

—Mathis y Théo no eran pacientes tuyos, ¿por qué ellos? —preguntó para ganar tiempo y porque le interesaba la respuesta.

—A través de *Cuando los padres duermen*, les pedí a Valentin y a Benjamin que buscaran otros dos «reclutas». Bueno, fue Discord quien se lo pidió, porque ellos no saben, claro está, que Discord es su psiquiatra. Fueron ellos los que eligieron a Mathis y a Théo. Yo los había orientado antes, por supuesto, explicándoles el tipo de «perfil» que debían buscar…

—¿Y cómo descubrieron ellos la página web?

—De la manera más sencilla del mundo. Les envié un enlace a sus redes sociales preferidas que los remitía a ella, junto con la contraseña, la prohibición de contárselo a nadie y la obligación de mantener el secreto si querían seguir en el juego. Sabía que la curiosidad iba a superar todos los obstáculos. A los niños les encantan los secretos. Todo estaba calculado para engancharlos. Y una vez que se aficionaron a ir a

la página, Discord entró en escena… La diseñó un amigo informático de Rumanía. Aunque quizá no lo sepas, los rumanos son unos hachas para internet, los mejores de Europa, tanto en velocidad de conexión como en el nivel de sus programadores. ¿Sabías que la segunda lengua que se habla en Microsoft después del inglés es el rumano? El mundo cambia a una velocidad de vértigo…

—¿Cuáles de ellos han matado? —quiso saber Martin.

—Todos. Todos han participado. Todos ayudaron a atar a Timothée, a colocarlo debajo de la cascada… Todos estuvieron mirando cómo moría.

Recordó que había cuatro símbolos en la orilla, cerca de la cascada.

—¿Y en los otros casos?

—Fueron Benjamin y Valentin, los mayores, quienes siguieron a Aissani por la montaña. También fueron ellos los que mataron a Hosier padre. Pero han sido Valentin y Mathis quienes han quemado a Rozlan.

«El círculo y el triángulo en las proximidades de la casa… —constató, con la impresión de que las sombras vacilaban a su alrededor, de que todo empezaba a dar vueltas—. Mathis…»

—Y la otra noche, en el bosque, ¿quién estaba con Théo?

—Valentin… Tiene quince años, pero calza ya un cuarenta y dos. Théo no quiso denunciarlo porque le daba miedo, así que prefirió dar el nombre de su profesor.

—Y fuiste tú quien llamó a Hosier para atraerlo hacia el molino, claro —dijo Martin—. Una persona de quien no podía sospechar nada… ¿Por qué hiciste todo eso? —preguntó de pronto—. ¿Con qué propósito?

Vio que la otra silueta se aproximaba hacia él y tragó saliva.

—¿Así que todavía no lo has comprendido?

«La voz de Marianne…»

Martin se puso tenso. Hacía ocho años que no oía esa voz —más allá de aquella llamada nocturna—, y aun así tenía la impresión de que fue el día antes. Sabía que se trataba de una ilusión, que era la voz de una persona surgida del pasado, de una época lejana. Una época maldita.

Durante el intervalo de silencio que se produjo, no dejó de mirar hacia ella. Marianne dio un paso más y su hermoso rostro brotó de entre las sombras, muy cerca del suyo, demasiado, casi idéntico al de su recuerdo. Algo más chupado quizá, un poco más marchito, pero las facciones seguían siendo las mismas. ¿O tal vez fuera un efecto de la penumbra, que las suavizaba? Sus grandes ojos destacaban como dos bolas de ópalo, enfocados en él. Había olvidado hasta qué punto ese rostro era capaz de conmoverlo, casi de paralizarlo. Una vez más, sintió la sacudida de una onda sísmica de magnitud 7 en la escala de Servaz, un terremoto interior.

El corazón le dio un vuelco. En el instante inmediatamente posterior, notó cada uno de los latidos, como golpes duros y potentes contra el pecho, como si de pronto estuviera más vivo de lo que lo había estado todos esos años.

Después se acordó de Léa y se dijo que aquello no era verdad. Léa estaba viva. Gustav estaba vivo. Marianne era un fantasma.

—Abrázame —le dijo ella acercándose más—. Estréchame entre tus brazos, por favor, Martin… Hace mucho que lo estoy deseando.

Ahora percibía ya su perfume. Su memoria olfativa hizo brotar imágenes del pozo de su memoria: intactas, luminosas, iridiscentes.

Con un nudo en la garganta, Martin abrió los brazos.

Y ella se pegó contra él.

Sintiendo la calidez de su cuerpo, el contacto de sus pechos sobre su torso a través del jersey, Servaz se olvidó del arma que empuñaba la psiquiatra. Se olvidó del peligro, se olvidó de todo, mientras por su mejilla rodaba una lágrima.

—No has comprendido, Martin —murmuró ella a su oído—, que esos hombres murieron porque me habían hecho daño…

Lo había rodeado con los brazos. Con la frente apoyada sobre su hombro, apoyó las manos en su espalda. Él vio que Gabriela se había aproximado también, aunque se mantenía a una distancia prudencial, apuntándolo con el arma.

La psiquiatra tenía un cigarrillo en la mano libre. De vez en cuando se lo llevaba a los labios y la punta se convertía en una brasa luminosa.

—Cuando Marchasson vino a mi consulta —explicó—, entendí casi de inmediato que sus fantasmas eran reales, que en efecto había una mujer encerrada en el sótano de su casa. Habría podido llamar a la policía, pero, como ya supongo que te diría Devernis, odio a los hombres, los detesto. Los encuentro globalmente insignificantes, despreciables y vanos. Así que una noche me fui a hacerle una visita a Marchasson. Me presenté sin avisar, y ese imbécil pensó que quería follar, imagínate… Un cerdo repugnante como él…

Servaz se dio cuenta de que, si en ese instante apretaba el gatillo, sería Marianne quien recibiría la bala. Ella le servía de escudo.

—Saqué la pistola y lo obligué a abrir el sótano, donde descubrí a Marianne, postrada sobre un colchón. Obligué a Marchasson a subir y le dije a Marianne que lo empujara por la escalera. Cayó de espaldas. Ya conoces el resultado.

Sólo la escuchaba a medias, atento al sonido de las sirenas en el despuntar del alba, al otro lado de la puerta. Pero por el momento lo único que oía era el silencio de las montañas.

—Traje a Marianne aquí, la cuidé, la alimenté día tras día, y me lo contó todo. Me contó que esos hombres contratados por ese suizo la habían secuestrado, que Aissani había instalado la cámara, el sistema de vigilancia, primero en el primer sitio donde la había retenido Hirtmann y después en casa de Marchasson; me contó que ese cabrón de Martial Hosier había traído a Gustav al mundo… y a continuación había violado a su madre… Todos eran cómplices de Hirtmann, reclutados por él, pagados por él. Decidimos que alguien debía castigarlos, que alguien

debía hacer justicia… Comprendí que mi misión era ayudar a Marianne, que el destino la había puesto en mi camino. Me correspondía a mí, a mí y a nadie más, hacer lo posible para que esos hombres fueran castigados y, a través de ellos, todos los de su calaña… «La penitencia del pecado es una cuestión de estricta justicia», dijo Tomás de Aquino.

—No sabía que fueras tan religiosa.

—Pasé muchas horas conversando con el abad, que en paz descanse. Aunque sea atea, me siento más identificada con la justicia divina que con la de los hombres, cuya burocracia es absolutamente ineficaz. Si quieres ser bien servido, sírvete a ti mismo. Marianne había ido a confesarse con el abad, por cierto, y le dio esa lista. Le contó que era una lista de hombres malos. Le dijo que esos hombres iban a pagar por lo que habían hecho. Quería que alguien lo supiera… y sabía que él estaba obligado a guardar el secreto de confesión.

—¿Se sabe cómo los reclutó Hirtmann? —preguntó.

—No del todo. Parece ser que, después de escapar del Instituto Wargnier, vivió un tiempo en esta zona, cuando todos creían que estaba lejos.

Servaz se acordó de Marsac, del suizo que aguardaba en la sombra el momento oportuno para atacar y secuestrar a Marianne.

—Debió de ser entonces cuando conoció a Hosier padre, a Aissani, a Marchasson… —prosiguió Gabriela—. Parece tener un sexto sentido para calar a la gente y captar qué esconden bajo el barniz de civilización, para identificar a los seres como él, a los depredadores, a los sádicos, a los morbosos… Debió de seguirlos, observarlos y recabar información sobre ellos. A partir de ahí, con su carisma y con todo lo que sabía sobre cada uno de esos hombres, debió de resultarle bastante fácil manipularlos y hacerlos trabajar para él… Aunque todo eso sólo son hipótesis…

—¿Y Timothée? ¿Y Rozlan?

—Timothée murió tan sólo para atraer a sus padres hasta este valle. Sirvió de anzuelo. El hecho de que estuviera en el Instituto Wargnier después del asesinato de su hermana por la época en que Julian Hirtmann se encontraba allí no es más que pura coincidencia. Los centros de este tipo no abundan en esta región. Reconozco que los chicos se divirtieron bastante con él en la cascada… A Rozlan le pagamos para que hiciera volar la montaña. Como estabais siguiendo la pista de la cantera y los explosivos, tarde o temprano habríais llegado hasta él. Ya está. Aunque nos queda todavía uno… uno que no estaba en la lista…

—¿Quién? —preguntó, con la garganta seca.

Se quedó petrificado. Ya conocía la respuesta. Era una pregunta retórica destinada sólo a ganar unos segundos.

—Tú, Martin —susurró Marianne—. Tú, cuyo nombre dejé escrito en ese cristal.

Su aliento en el oído era como la caricia furtiva del ala de un cuervo. De repente sintió un estremecimiento. El corazón le latía en las carótidas.

—Tú, que me tuviste abandonada durante ocho años… Tú, que, con la complicidad de Hirtmann, me robaste a Gustav, tú, que mandaste a Hugo a la cárcel… Tú, que habrías podido mover cielo y tierra y no lo hiciste. Me traicionaste, Martin, y estoy segura de que ni siquiera eres consciente de ello. Tú eres aún más culpable que los otros, porque eras la única persona que habría podido salvarme…

Sintió que se activaba una alarma en su interior. Ella todavía se mantenía pegada a él, como un escudo. ¿Y si trataba de abrir la puerta en esa posición? ¿Hasta dónde conseguiría llegar sin arma? La tensión apenas lo dejaba respirar.

—Una vez que hayas muerto, recuperaré a Gustav —continuó diciendo Marianne, muy cerca de su oído—. Y Hugo va a salir dentro de poco. Volveremos a formar una familia… volveremos a estar juntos.

—Eso no ocurrirá nunca. Los gendarmes ya lo saben todo. En cuanto descubran dónde estoy, ellos…

Mientras hablaba, Martin iba levantando la mano hacia atrás, hacia el pomo de la puerta… Y entonces se estremeció al notar un repentino ardor en el cuello, un fuego líquido que le invadía las arterias. Empujó con violencia a Marianne y, al tocarse el cuello, vio la jeringa que tenía en la mano.

Por un instante temió que hubiera dejado a propósito una burbuja de aire… Eso le provocaría una embolia, un accidente cerebrovascular.

Pero no: aunque no le había dado tiempo a inyectarle todo el contenido de la jeringa, la droga le afectaba ya al cerebro y notó que se desvanecía. El suelo se levantó, aunque sin duda era él quien caía, hundiéndose en la nada, en la noche, en la inconsciencia. Cuando chocó contra el suelo, ya había perdido el conocimiento.

En la gendarmería, Irène Ziegler colgó el teléfono y se volvió para atender a Enguehard.

—¿Qué pasa?

—Ha descubierto de dónde provienen los mensajes de Discord —anunció el gendarme, señalando al friqui, que estaba de pie junto a él.

—¿De dónde?

—De un servidor de Rumanía.

Irène paseó la mirada por la habitación.

—¿Dónde está Martin? —preguntó.

—Cuando le he dicho de dónde provenían los mensajes, me ha pedido que les informara de que se ha ido —respondió el informático.

—¡¿Cómo?!

63

5 h.

Despierta. Abre los ojos. La sala. Un templo de roca, de silencio y de sombra. Veinte metros de largo por diez de alto. Bloques rocosos curvados, paredes verticales, de color ocre claro bajo la luz de las lámparas y oscuros más allá. Grandes aglomeraciones de piedra. Estalactitas. Y él acostado en el centro de ese planeta hostil. No tarda mucho en hacerse una idea de aquel espacio, tan vasto y extraño.

En ese instante, ¿es un hombre o un animal? Atrapado en el silencio mineral. En algún sitio gotea agua. Hay hermosura, pero también frío y pureza inhumana, en aquel sitio donde la eterna ausente es la luz.

Le duele muchísimo la cabeza.

«La red Félix Trombe…» Ciento diecisiete kilómetros de galerías, de salas y de pozos. Está ahí, en las entrañas de ese laberinto. Pero no es Delahaye a quien tiene delante.

Escruta las caras de los muchachos. Esas caras juveniles, aún por definir y angelicales, rostros que la madurez todavía no ha esculpido. Impenetrables. Están de pie a su alrededor, y él yace a sus pies, directamente sobre la roca caliza, atado de pies y manos. Lo observan con sus miradas claras, impasibles, carentes de emoción.

«Valentin, Benjamin, Mathis y Théo…»

Los cuatro. Cruz, triángulo, círculo y cuadrado…

Martin se estremece.

—Hay que espabilar —dice Benjamin—. Ya son las cinco. Mis padres se van a despertar pronto.

El eco devuelve sus palabras: «despertar… pertar… ertar…». La vasta gruta funciona como una caja de resonancia.

Acto seguido le dan la espalda, se alejan, avanzan hasta uno de los montones de piedras y se acuclillan. Oye los ruidos de las grandes piedras que chocan entre sí al moverlas.

Cuando regresan, cada uno tiene una piedra de varios kilos entre las manos. Le parece como si la sangre se le coagulara en las venas y los testículos le subieran a la altura de la nuez. Las cuerdas que le inmovilizan las muñecas y los tobillos le hacen daño, se le clavan en la piel.

—El que le parta la cabeza gana más puntos —recuerda Valentin—. Es lo que ha dicho Discord.

Traga saliva. Es una pesadilla, pronto va a despertar.

—Yo me encargo de las piernas —dice Théo, el menor, con voz tenue,

casi un gemido.

—Las piernas no dan ningún punto —destaca Benjamin.

Se encuentra mal. Nota el duro contacto de la roca caliza contra la espalda. De repente tiene ganas de mear. Tira de las ataduras, pero están muy apretadas. Está bañado en sudor. El corazón le brinca como si quisiera escapar de la caja torácica.

Advierte que Mathis evita mirarlo. Que guarda silencio, con una voluminosa piedra entre las manos, llena de aristas. Unas aristas que van a traspasarle la carne, quebrarle los huesos y reventarle los órganos internos.

—Mathis —susurra.

Silencio en la vasta cámara funeraria en que se ha convertido para él la caverna.

—Mathis… —repite, procurando adoptar un tono de voz a la vez afable, firme y paternal—, mírame.

«Mírame… írame… me.»

—¡Cierra el pico! —le grita Valentin con brusquedad—. No lo escuches, Math. Sólo quiere ganar tiempo.

—Mathis, mírame.

—¡No lo escuches! Es un cerdo como los otros. Acuérdate de lo que ha dicho Discord.

«Discord… iscord… cord.»

—Quieres decir la doctora Dragoman…

—¿Cómo? —Valentin se extraña.

—Ah, ¿no lo sabíais? Discord es la doctora Dragoman, vuestra psiquiatra.

Se quedan callados y bajan la vista hacia él. Todos menos Mathis.

—Eso es una tontería —salta Benjamin—. Te lo acabas de inventar.

«Inventar… ventar… entar…»

Martin clava la mirada en el adolescente.

—«Benjamin, catorce años, transgresión de las reglas, ataques de cólera frecuentes, irritabilidad, consumo de cannabis, familia alcohólica, padre antisocial, violencias conyugales, fracaso escolar…» Eso es lo que ella escribió sobre ti.

—¡Cierra el pico!

—¿Cómo pensáis que se las ha arreglado Discord para conoceros tan bien? ¿A quién contactó en primer lugar? ¿A Mathis y a Théo? ¿O bien a vosotros dos, Benjamin? —pregunta, mirando a los dos mayores—. O lo que es lo mismo, casualmente a sus dos pacientes… Y si no me equivoco, fuisteis vosotros dos los que trajisteis después a Mathis y a Théo, y no al revés, ¿verdad?

Unos segundos de silencio.

—¿Me equivoco?

—¡Que te calles! —ruge Valentin, al tiempo que le asesta una patada en el costado.

Martin nota cómo las costillas flotantes ceden al impacto, junto con la descarga eléctrica que se expande hasta el hombro.

—¡Discord es ella! ¡Ella os ha manipulado! —exclama tosiendo.

Recibe otra patada, él la encaja con una mueca de dolor.

—No es lo que pensáis… Ella os utiliza para…

Una patada más.

—¡Joder! ¡Para deshacerse de determinadas personas! Es Discord quien os dice a quién hay que matar y de qué forma, ¿verdad? ¡Mathis, mírame!

—¡Cállate de una puta vez! —grita Valentin—. ¿Te vas a callar ya? ¡Da igual que sea ella u otra persona!

Conmocionado y agotado, Martin se retuerce en el suelo para esquivar los golpes.

—¡No da igual, para nada! —les grita—. ¡Discord os ha mentido, Discord os utiliza!

—Acabemos de una vez. —Benjamin levanta la piedra por encima de su cabeza.

—¡¿Dónde están?! —rugió Irène, inclinada sobre la doctora Dragoman como si quisiera arrancarle la cara a dentelladas.

Sentada en una de las sillas transparentes del rincón dedicado a despacho, la psiquiatra sonrió con expresión imperturbable. Pese a que estaba esposada con las manos a la espalda, había encontrado la forma de cruzar las piernas y mantener el torso bien erguido.

—Si me dijera a quién se refiere, quizá podría ayudarla…

La cara de Ziegler se encontraba a menos de cincuenta centímetros de la suya.

—¡¿Dónde están Valentin, Benjamin, Mathis y Théo? ¿Dónde está el capitán Servaz?! —gritó.

—Debería calmarse un poco. La rabia es mala consejera. Y procure no echarme su saliva en la cara.

Enguehard vio que la capitana, que echaba chispas por los ojos, intentaba controlarse para no darle un bofetón a la psiquiatra.

—Hemos despertado a sus padres. Los chicos no están en casa… A esta hora deberían estar durmiendo, pero no están en sus habitaciones. ¿Dónde están?

—Me tienen esposada. Exijo la presencia de mi abogado. —La voz de Gabriela sonó con la misma indiferencia y frialdad que antes—. No tienen derecho a interrogarme sin la presencia de mi abogado —insistió.

Sus ojos claros la desafiaban abiertamente. Irène no podía entender su actitud. O bien pensaba que estaba todo perdido, y aun así estaba dispuesta a dejar que los muchachos mataran a Martin… O bien creía que, una vez eliminado Martin, nadie podría relacionarla con los chicos y, por consiguiente, con los asesinatos. Tal vez pensara que una página

web localizada en Rumanía no constituía una prueba… «Está loca —se dijo—. Loca… Así que te va a tocar ponerte a su altura, guapa… De lo contrario, Martin morirá…»

Se acercó a uno de los enormes cuadros de crucifixión y sacó un mechero. Por primera vez el semblante de la psiquiatra abandonó su indiferencia.

—No será capaz —dijo con una mirada de desprecio.

La llama brotó del encendedor, cerca de la tela.

—Pero ¿qué hace? No puede hacer eso… ¡Es una obra de arte, por amor de Dios!

La llama se aproximó aún más al cuadro.

—Está cometiendo un gran error —advirtió la psiquiatra, aunque con menor firmeza esta vez.

Enguehard pensó que Irène no iba en serio, que no se iba a atrever, pero la llama del mechero comenzó a lamer la parte inferior del lienzo.

—¡Irène! —exclamó.

—¡Está chalada! —chilló Gabriela—. ¡No tiene derecho!

La mujer crucificada del cuadro ardió como una antorcha. Sus pechos generosos fueron pasto de las llamas como si fuera una bruja condenada a la hoguera. Al cabo de un instante, saltó la alarma contraincendios.

El fondo negro de las galerías. La sala incendiada por las lámparas. El frío glacial en las venas. Acostado sobre la piedra caliza, Martin levanta la cabeza sin dejar de mirarlos, aguardando su fin.

—¿Quién empieza esta vez? —pregunta Valentin.

—Mathis, te toca a ti —dice Benjamin.

—Mathis —susurra Martin—, no tienes por qué seguir… Sé que tú no estabas en la montaña, que fueron Valentin y Benjamin los que mataron a Aissani…

—¡Cierra el pico! —le grita Valentin.

Por un momento parece que el chico va a partirle el cráneo sin más preámbulos.

—Tampoco estabas delante cuando murió el padre de Hosier…

—¡Él me ayudó a atar al cabrón de Rozlan! —exclama Valentin—. ¡Y estuvo mirando mientras moría Timothée! ¡Él también es culpable!

—Mathis, mírame.

—¡Venga, Math, tienes que empezar tú! —lo incita Valentin—. ¡No lo escuches más!

—No, a él no —se planta de repente Mathis.

—¿Cómo?

—Él no es como los otros. Él no es malo.

—Lo ha elegido Discord —replica Valentin—. Así que es como los otros. Venga…

—Discord miente —le contesta Mathis.

—Él nos ha visto y sabe lo que hemos hecho. ¡Tiene que morir, joder! —interviene Benjamin.

—Sí —dice Valentin—. ¡Pártele la cabeza de una vez!

—Discord nos ha mentido —responde el muchacho.

—¿Y qué? ¿Qué más da?

—No —contesta Mathis con firmeza—. No voy a hacerlo.

—Entonces me encargaré yo de él —dice Valentin alzando la piedra.

Pero Mathis da un paso al frente y se interpone entre ellos y Servaz.

—No. No podemos hacer eso —insiste.

—¿Y qué vas a hacer? —replica Benjamin—. ¿Me lo vas a impedir? Aparta de ahí…

Mathis no se mueve, y cuando Valentin intenta apartarlo, el pequeño le asesta un golpe con la piedra en la mejilla. Valentin se lo queda mirando, sorprendido. Servaz ve sus ojos desorbitados y la sangre que le corre como pintura roja sobre la boca y la barbilla. Capta la ira que lo invade. Un segundo después el muchacho se arroja sobre Mathis y ambos ruedan por el suelo.

Los otros dudan.

Sus miradas van de Servaz a sus compañeros y de éstos a Servaz… La pelea es breve. Valentin lo reduce enseguida y se levanta, tras dejar a Mathis llorando en el suelo.

—¡Pasadme esa piedra! —brama.

El muchacho da tres pasos y se planta delante de Servaz. Coge la piedra que le tiende Benjamin, mirando al policía con una mueca. Se acerca más. Sortea los pies de Martin, sin duda con intención de asestarle un golpe definitivo en la cabeza… Y Servaz aprovecha ese momento para lanzar con las piernas atadas un barrido lateral hasta chocar con los tobillos de Valentin, efectuando una especie de llave de judo, una variante del *okuri ashi barai*. Valentin pierde el equilibrio y cae encima de Théo, mientras Benjamin levanta su piedra para atacar al policía, que ha rodado ya por el suelo para esquivarlo. El adolescente se aproxima a él y está a punto de golpear, pero Valentin se levanta del suelo, hecho una furia.

—¡Déjamelo a mí!

Servaz ha encogido las piernas y las proyecta como un resorte contra la tibia de Benjamin, pero falla. El muchacho lo esquiva, y acto seguido le arroja su piedra y le acierta en la mejilla izquierda. Servaz tiene la sensación de que le ha reventado el pómulo. Con un estallido de estrellas y la visión borrosa, entrevé que Valentin se acerca. Sabor de sangre en la boca. Búsqueda febril y desesperada de un último recurso, una posible salida… Un último pensamiento antes de morir: todo ha acabado.

De repente el teléfono de Mathis suena en su bolsillo. Un mensaje.

—¡Joder, Math! ¡Hay que apagar el móvil! ¡Es una de las reglas! —le ladra Benjamin.

El teléfono de Mathis vuelve a sonar. Otro mensaje. «Estamos muy cerca de la superficie —deduce Servaz—. La salida debe de estar a unos pocos metros… Si no, no habría cobertura…»

—¡Ya está bien, Math! ¡Apaga el puto móvil!

Otro mensaje más…

Mathis se levanta, se limpia la sangre de la cara, saca el móvil y, en lugar de apagarlo, consulta los mensajes.

—¡Math! Pero ¿qué haces?

«No lo hagas, hijo. Te lo suplico, Mathis. Para, detenlos.»

Pálido como el papel, Mathis lee el mensaje anterior.

«¿Dónde estáis? Todo el mundo os está buscando. Lo sabemos todo.»

Ambos son de su padre.

—Nos están buscando —dice mirando a los demás—. Saben… saben que hemos sido nosotros.

—¿Cómo?

—Era mi padre… Nos están buscando, los padres y los gendarmes…

Sin pensarlo un segundo, los otros tres dejan las piedras en el suelo, sacan los móviles y los conectan. Uno tras otro los aparatos empiezan a componer un carrillón. Mensajes y más mensajes… «Debemos de estar muy cerca de la superficie, cerca de una antena, si no, no sería posible», se repite Servaz.

—Se acabó —dice en un susurro—. No agravéis más vuestra situación.

Ellos no lo escuchan.

Están pendientes de la pantalla de sus teléfonos. Se han olvidado de él. Han vuelto a su mundo virtual, su verdadero mundo… De repente se oye una voz.

—¡Ya basta! ¡Atrás! ¡Alejaos de él! ¡Retroceded!

La voz de Irène, ampliada por el eco.

Poco después, entra en la galería subterránea acompañada de Enguehard. Valentin echa a correr en dirección contraria, pero enseguida lo detienen dos gendarmes que acaban de aparecer y bloquean la otra salida.

Irène guarda el arma y corre hacia él, mientras los otros agentes esposan a los chiquillos. Théo llora, Valentin y Benjamin se mantienen impasibles. Mathis lo mira por fin… y Martin percibe una infinita tristeza en sus ojos enrojecidos y anegados de lágrimas. «Se ha despertado. Está de regreso en el mundo real…»

—¿Estás bien, Martin? —pregunta Irène agachándose a su lado.

—Sí, sí… Estoy bien.

Sigue con la mirada a Mathis, que se aleja conducido por los gendarmes. Se mantiene a la espera por si el muchacho vuelve la mirada

una última vez por encima del hombro, pero no lo hace. Irène trata de deshacer los nudos y acaba cortando las cuerdas con una navaja.

Martin se levanta despacio, mueve las piernas entumecidas y se masajea las muñecas doloridas.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Hemos estado en casa de Gabriela, pero se ha negado a hablar, incluso cuando les he prendido fuego a los cuadros.

—¿Que has hecho qué? —pregunta Martin con incredulidad.

—Era urgente… Sabíamos que corrías peligro. Entonces me he acordado de los envoltorios de caramelo que vimos en la entrada de la cueva la otra vez, ¿recuerdas?

—¿Marianne? —quiere saber Martin, con el corazón en la garganta.

—La hemos encontrado en casa de Gabriela, postrada. Ahora mismo la está examinando un médico. No te preocupes, Martin, parece que está bien. Al menos físicamente…

—¿Qué quieres decir? —pregunta asustado.

—Tiene que examinarla un psiquiatra… La van a hospitalizar.

Martin inclina la cabeza y, sin pararse a pensarlo, le da un abrazo.

—Gracias —dice.

—No deberías haberte marchado sin decir nada —le susurra Irène, pegada a él—. Parece ser que la broma de los cuadros quemados va a salir por doscientos cincuenta mil euros como mínimo. Imagínate si tengo que pagarlos…

Martin estrecha aún más el abrazo.

—Podría haber sido peor. Podrías haber incendiado toda esa maldita casa.

Tiene la sensación de que podrían quedarse así durante horas, abrazados, pronunciando frases inútiles cuyo único objetivo es hacerle saber al otro lo importante que es.

64

10 h.

Era lunes, y cuando Martin se encaminó de nuevo a la gendarmería, tras someterse a un examen médico y darse una ducha en el hotel, vio que hacía un día espléndido. El sol que acariciaba las montañas ya calentaba, y parecía como si la lustrosa luz que inundaba las calles quisiera hacer olvidar los acontecimientos recientes.

¿Por qué no? En una época en la que una noticia dejaba obsoleta la anterior y en la que la capacidad de concentración y de memoria iba disminuyendo día a día, los asesinatos de Aiguesvives no tardarían en verse sustituidos por otro asunto u otro escándalo.

Él no olvidaría nada, sin embargo. Ni a Ziegler. Ni a Enguehard. Ni a las familias de esos muchachos ni tampoco a los propios muchachos…

Por eso tenía un nudo en la garganta cuando entró en la gendarmería; había solicitado verlo a solas. En la calle aguardaban algunos periodistas. Habían llegado uno tras otro en helicóptero, de Toulouse y también de París, en cuanto se propagó la noticia de que se había resuelto el caso de los asesinatos de Aiguesvives y, sobre todo, de que los culpables eran cuatro niños. Dos cadenas de noticias habían mandado incluso a sus corresponsales, que también montaban guardia delante de la gendarmería.

Al subir las escaleras, reprimió una mueca de dolor: le dolían las costillas. Franqueó la puerta y siguió por el pasillo. Al verlo entrar, Irène le lanzó una mirada circunspecta. Ella le había dado su aprobación unas horas atrás, pero por lo visto ya se estaba arrepintiendo.

—¿Te importa si lo grabamos? —dijo—. Por si a algún abogado de ésos le diera por utilizar esta entrevista para cargarse todo el procedimiento… Hay que ser prudentes…

Martin asintió con las mandíbulas apretadas, preguntándose en qué estado iba a encontrar a Mathis.

—Un cuarto de hora, no puedo darte más… Y no le hagas ninguna pregunta sobre los asesinatos… No le hables de la investigación. No intentes que te aclare nada. No tienes derecho a hacerlo sin la presencia de un representante legal, y el abogado todavía no ha llegado, ¿me oyes? De hecho, ni siquiera deberías hablar con él, puesto que estás suspendido.

Lo sabía perfectamente: un menor de menos de trece años no podía estar en prisión preventiva. En determinados casos, no obstante, la policía estaba autorizada a retener al niño en cuestión durante un

período máximo de doce horas, pero no podía interrogarlo sin la presencia de un abogado. Además, había que filmar el interrogatorio.

—Entendido. Grabadlo todo, por si el chaval se lo contara a alguien. Y si no, olvidaos de que he hablado con él…

Irène lo condujo hasta el final del pasillo y abrió una puerta. Mathis estaba sentado en una silla, detrás de un escritorio, con la cabeza gacha. Cuando Servaz entró en el despacho, el muchacho levantó la vista hacia él. Martin vio que tenía los ojos enrojecidos e hinchados, pero también captó un breve destello en su mirada. Desde una esquina, una cámara los grababa.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

El niño asintió. Para darle un poco de tiempo, Servaz se sentó y tomó un sorbo del horrible café que había cogido en la máquina al llegar.

—Mathis, no he venido a hacerte preguntas ni a plantearte nada relacionado con lo que ha sucedido —anunció, pensando tanto en el niño como en la cámara—. No voy a tocar el tema de la investigación ni a interrogarte sobre nada que guarde relación con ella. Tampoco te pido que hables conmigo, lo único que quiero es que me escuches. Soy yo el que va a hablar, ¿de acuerdo? Te voy a hablar de ti y de tu futuro.

Vio que con aquello había logrado captar la atención del muchacho, probablemente por la palabra «futuro».

—He venido para decirte que, pase lo que pase, no vas a ir a prisión, que tu mundo no se va a venir abajo de la noche a la mañana, pero que todo lo que hacemos tiene consecuencias y hay que pagar un precio, ¿comprendes?

El niño asintió una vez más. Se mostraba reservado y contenido, algo que no era propio de él, aunque conservaba la misma mirada de tristeza de siempre.

—Valentin y Benjamin seguramente acabarán en prisión… Pero tú no puedes ir a la cárcel, Mathis, porque tienes menos de trece años. Los menores de trece años no pueden ser encarcelados, al margen de lo que hayan hecho, ¿entiendes?

Servaz pensó que en ese país había un promedio de sesenta mil menores que comparecían ante la justicia cada año. De éstos, más de la mitad tenían entre dieciséis y diecisiete años, y en torno al cuarenta por ciento, entre trece y quince.

—Quizá ingreses en un centro educativo de régimen cerrado, donde estarás alejado por un tiempo de tus padres y deberás atenerte a obligaciones, a una disciplina, a cumplir ciertas tareas…

Vio que no le impactaba mucho la noticia, o en todo caso que no lo alteraba más de lo que ya estaba. Sorprendentemente, la perspectiva de no poder ver a sus padres no parecía afectarle, y esa constatación le encogió el corazón a Servaz, que recordó al Gustav de los primeros tiempos y los esfuerzos que tuvo que hacer para ir ganándoselo poco a poco.

—Tienes toda una vida por delante —añadió—. Tienes un futuro, pese a lo que puedas pensar ahora mismo. De todas formas, los cuatro cometisteis actos abominables, hicisteis cosas terribles…

—Fue idea de Valentin y de Benjamin —dijo Mathis, bajando de nuevo la mirada y conteniendo las lágrimas.

—Ya lo sé… Y sobre todo del adulto que se encontraba detrás de todo esto… Ella es la principal culpable. Aun así, eso no quita que tú participaste en esos… horrores. En algo horrible que muy pocas veces he visto…

Vio que el chiquillo hundía la cabeza entre los hombros. Por su mejilla rodó una lágrima que dejó un rastro reluciente.

—Estoy muy arrepentido —dijo en un susurro.

Servaz hizo una pausa. Se dio cuenta de que él mismo tenía un enorme nudo en la garganta, como si tuviera un pedazo de carne que le costaba engullir. Clavó la mirada en los ojos del niño, por los que ya desbordaban las lágrimas.

—Mathis, he venido para decirte que Discord os mintió, que os manipuló con ese juego de desafíos y que la justicia lo tendrá en cuenta… Pero, sobre todo, he venido para decirte que sólo existe un verdadero desafío que todos debemos afrontar: el resto de la vida.

El muchacho lo escuchaba con suma atención, con los ojos húmedos bien abiertos.

—Tu vida va a ser lo que tú hagas con ella, ¿entiendes? —dijo sin saber si se dirigía al niño o a sí mismo—. Ése es el verdadero desafío… Te esperan unos años difíciles, pero estoy seguro de que saldrás adelante. Volverás a vivir, a jugar, a crecer, a aprender… Es posible que a lo largo de tu vida te cruces con otras personas malas, personas como Valentin o como Benjamin, pero también conocerás a otras formidables. Tendrás que aprender a reconocerlas porque, a veces, las personas malas fingen ser buenas… y las buenas pueden mostrarse desagradables… No hay ninguna regla. Aun así, debes tener presente que cada persona a la que conozcas, cada acontecimiento que vivas, cada experiencia, te harán crecer y te enseñarán cosas sobre ti mismo y sobre los demás… No olvides que los fracasos, la tristeza y las decepciones forman parte de la vida, pero si sabes aprender de tus errores, habrá muchos más momentos de alegría, de logros y de triunfos, ¿lo entiendes?

Mathis sacudió vigorosamente la cabeza. Por Dios, ¿por qué tenía que soportar aquella presión en la garganta?, se preguntó Servaz. ¿Por qué debía contenerse para no derramar él mismo una lágrima?

—Porque, en el fondo, el verdadero desafío es quererse a uno mismo —agregó carraspeando—, es no tener miedo ni avergonzarse de lo que uno es realmente, Mathis, es convertir ese miedo en una fortaleza. Es posible que se burlen de ti, que te digan cosas desagradables, que intenten humillarte, rebajarte, recordarte tu pasado, que quieran despertar tu rabia, que te digan que destruir, ser violento y pelear son

demostraciones de fuerza y de valentía, pero no es cierto. La auténtica fuerza, la auténtica fortaleza, consiste en ser uno mismo y en no tener miedo de amar y, sobre todo, en proteger a las personas a las que uno quiere, desear para ellas un mundo mejor, sin violencia, sin odio y sin mentiras. Seguramente tropezarás y caerás muchas veces, pero si mantienes esa fuerza interior, te volverás a levantar y día tras día serás mejor y más fuerte.

No sabía muy bien adónde quería ir a parar. Se dejaba llevar por la emoción… Ése no era su estilo, pero al mismo tiempo sentía que actuaba con una sinceridad absoluta, que vivía en carne propia cada palabra que pronunciaba.

—Porque el único sentido que cabe dar a la vida —prosiguió— es vivirla plenamente, de forma consciente, a cada minuto y a cada instante…

Estaba a punto de pronunciar unas palabras definitivas, de esas de las que uno se arrepiente más adelante, pero sabía que debía pronunciarlas. No iba a ser una de esas personas que predican lo que no cumplen ellas mismas.

—Cuando salgas —añadió—, puedes contar conmigo si lo necesitas. Pero si quieres que te ayude, vas a tener que actuar de la manera correcta. Vas a tener que ir por el buen camino.

Vio cómo los ojos anegados de lágrimas del chiquillo se animaban con una luz inédita, una luz que afloraba a ellos por primera vez. Mathis se sorbió los mocos y se enjugó las lágrimas.

—¿De verdad?

—Ajá.

Asintió con firmeza antes de levantarse, con el estómago encogido y el pecho oprimido. «Es una apuesta de futuro peliaguda», reconoció.

Antes de abrir la puerta de la salita, volvió a mirar Mathis. El muchacho de doce años lo observaba fijamente. Tenía una mirada distinta. A la tristeza y el abatimiento, se había sumado algo más, una especie de esperanza tal vez.

No se hacía ilusiones: era probable que ese sentimiento no fuera a durar mucho.

A diferencia de Mathis, los dos mayores, Valentin y Benjamin, no dieron muestras ese día de haber tomado conciencia de la gravedad de sus actos. En el curso de las largas horas de interrogatorio a las que podían ser sometidos a su edad, no manifestaron ni remordimientos ni contrición. Su indiferencia y falta de empatía dejaron helados a cuantos los interrogaron. Tres psiquiatras iban a examinarlos pronto, a fin de determinar si eran responsables de sus actos. Servaz, por su parte, esperaba que no los enviaran a un centro del que pudieran salir al cabo de unos cuantos meses, porque estaba convencido de que, en cuanto

tuvieran ocasión, volverían a las andadas.

Quizá no hubieran sido unas fieras tan peligrosas antes de cruzar su camino con el de Gabriela Dragoman, pero en ese momento ya no había vuelta atrás. A no ser que estuviera equivocado, claro…

Se sentía vacío y agotado, pero también conmocionado. Al salir de la salita en la que estaba Mathis, le dijo a Irène que iba a dar una vuelta. Necesitaba caminar, respirar, sentir el sol en la piel, tomar un café en una terraza y oír los ruidos de la vida a su alrededor.

En cuanto a Marianne, pensó mientras disfrutaba del sol y dejaba la taza vacía en la mesa, iría sin duda a la cárcel, justo ahora que iba a salir su hijo Hugo. Quizá acabaría en un centro de internamiento psiquiátrico. Era lo más probable. ¿Cómo cambiaría eso las cosas? ¿De cuántos días de libertad había disfrutado entre sus dos períodos de cautiverio? De hecho, de muy pocos… Había estado a punto de encontrarla, y otra vez se le escapaba de las manos. Tal vez ella tuviera razón. Quizá, en el fondo, no había deseado de verdad ese reencuentro. Quizá se había engañado a sí mismo y había fingido buscarla, cuando en realidad una parte de él, una parte más turbia y más profunda, no quería que volviera a aparecer, la prefería… muerta.

En cualquier caso, pasaría a engrosar la lista de todos aquellos a quienes había neutralizado, al igual que Gabriela Dragoman. Dos personas más que no podrían seguir haciendo daño a los demás; dos personas más que se sumaban a su palmarés… Pero ¿qué satisfacción podía procurarle enviar a un centro de reclusión a una mujer que había estado cautiva durante años? ¿Una mujer a la que había amado?

La evocó en aquella noche de verano, en la terraza con vistas al lago de Marsac. Llevaba una túnica de color caqui abotonada por delante, con un cinturón fino, trenzado, y unos bolsillos en el pecho que le daban un aire marcial. La recordaba como si fuera el día antes. Sus piernas desnudas y bronceadas… El leve toque de pintalabios como único maquillaje. El cabello rubio, que caía como una lluvia de oro a un lado de su rostro… Y sus grandes ojos verdes de tonalidad incierta que lo escrutaban y sondeaban, mientras compartían una botella de vino. «Pareces un solterón, Martin Servaz», le había dicho ella. Poco después habían hecho el amor como en los viejos tiempos, como si ambos tuvieran conciencia de que aquélla era la última vez. Aun así, esas vivencias quedaban tan alejadas ahora que a veces le parecía como si las hubiera soñado.

Ahuyentó aquel pensamiento. No quería pensar en Marianne. No en esos momentos.

En cambio, no sentía ningún escrúpulo en enviar a la cárcel a Gabriela Dragoman, esa mujer manipuladora que había utilizado como arma a unos niños. ¿Qué traumas escondía el pasado de la psiquiatra como para haber hecho germinar semejante odio hacia los hombres? Probablemente nunca lo sabrían. Cuando Marianne se había cruzado en

su camino, había asumido enseguida como propio el combate de la secuestrada. ¿Por qué motivo? Se dijo a sí mismo que no dejaría de asistir al juzgado el día en que compareciera ante un tribunal, porque quería comprenderlo.

Era casi mediodía cuando regresó a la gendarmería. Al ver que Enguehard acudía sonriendo hacia él, intuyó que había novedades.

—¡Ya está! ¡Han abierto la carretera!

—¿Ah, sí? Creía que iban a tardar semanas…

—Menudo día, ¿eh? —le comentó el gendarme por toda respuesta.

Epílogo

Se lavó las manos, se ajustó el nudo de la corbata delante del espejo y tragó saliva. ¿Acaso tenía miedo? Un poco sí, o incluso mucho.

Prácticamente no había pegado ojo en toda la noche. Había estado barajando en la cabeza sus argumentos de defensa… Si es que le daban la posibilidad de defenderse, claro. Cuando bajó del avión en el aeropuerto de Orly, la delegada sindical que acudió a recibirlo le había soltado: «Los miembros de la comisión disciplinaria no tienen precisamente fama de blandos.»

Salió de los lavabos pensando que al menos aún le quedaban por delante unas cuantas horas como policía. Después lo devolverían a la vida civil, a una libertad que no deseaba.

De todos modos, por primera vez se preguntó algo que jamás se había planteado hasta la fecha: ¿y si lo que parecía malo acabase llevándole algo bueno? ¿Y si aquella destitución acababa siendo su tabla de salvación? Aquel oficio se había vuelto tan difícil e ingrato que se planteó si, al cabo de unos años, no se alegraría de ello: cuando por fin hubiera pasado página.

Los miró. Tardó varios segundos en comprender dónde estaba y qué hacía allí. Ellos callaban, observándolo. En medio de ese silencio, respiró hondo. Sabía que después ya no iba a ser el mismo. Se enfrentaba al juicio de sus colegas y sabía que iban a ser duros y agresivos. Todos los que habían pasado por aquello decían lo mismo: el grado de violencia psicológica y moral ejercida era pasmoso. Él mismo se hallaba en condiciones de corroborar su testimonio: aquél era el segundo consejo disciplinario al que lo sometían en dos años.

Tenía una mesa larga ante él, en un pequeño estrado. A ella se sentaban cuatro hombres y dos mujeres de semblantes inexpresivos, tres representantes sindicales y tres de la administración.

Los golpes llegarían por parte de estos últimos, y no se andarían con miramientos. Estaban allí para hundirlo, para doblegarlo, para asfixiarlo. Iban a enterrarlo vivo. Después de haber revuelto toda la mierda que hubieran podido encontrar, iban a marcarlo con el sello de la infamia antes de arrojarlo a la basura como un trapo viejo. Apretó las mandíbulas.

Tras ellos se sucedían los tejados de París, bajo un cielo de julio. El edificio se hallaba en la calle Nélaton, en el distrito XV, cerca del Sena.

—¿Capitán?

El director general de la Policía Nacional, un individuo alto y flaco, igual de risueño que una guillotina, lo miraba con expresión severa por encima de las gafas. Servaz sabía que, en su condición de presidente del jurado, su voto valdría el doble.

El director general presentó a los otros miembros de la mesa. Martin no le prestó mucha atención, estaba distraído, repasando para sí sus argumentos. El día anterior había podido consultar su expediente en un austero despachito de diez metros cuadrados. Tenía permiso para tomar notas, pero, curiosamente, no podía hacer fotos. Como medida de precaución, incluso había tenido que entregar el móvil a la secretaria, que había dejado la puerta abierta para poderlo vigilar. Disponía de treinta minutos exactos.

Aun así, él había sacado otro teléfono, tal como le habían aconsejado que hiciera, y había fotografiado a escondidas los documentos más importantes cuando la secretaria contestó a una llamada para mantener una larga conversación extraprofesional llena de risitas; una llamada que se había centrado sobre todo en las virtudes del yoga y las caminatas. Había advertido que faltaban documentos en su expediente, pero, cuando se lo comentó a la secretaria, ella se había parapetado en el infalible argumento burocrático de que aquello no era «de su competencia». A continuación le dedicó una sonrisa que era un prodigio de hipocresía y, tras descolgarse las gafas sujetas con una cadena de plástico, se puso a disfrutar otra vez de una relajante infusión de tila, melisa y manzanilla.

Curiosamente, se había sentido muy conmovido al revisar aquel centenar de páginas. Pese a que se dirigía al cadalso, allí estaba condensada toda su vida profesional… Los traslados, los ascensos, los informes de investigación, las amistades… Un sinfín de recuerdos e imágenes radiantes que bailaban ante sus ojos, cargadas de emoción: una vida que iba a concluir ahí, un oficio que había amado con toda el alma, por el que lo había sacrificado todo… En un momento dado, se dio cuenta de que tenía los ojos empañados de lágrimas y levantó la cabeza para cerciorarse de que la secretaria amante del yoga y las tisanas no lo había sorprendido en ese estado.

Después había pasado la tarde examinando los documentos con la delegada sindical. Había quedado absuelto por la vía penal. La justicia había considerado que no había cometido ningún crimen ni delito. Sabía, con todo, que eso no lo exoneraba ante sus colegas de profesión.

En ese instante, ante aquella larga mesa, trataba de imaginar qué elementos de su expediente iban a utilizar contra él… Aparte, claro está, del hecho de que había sacado al escritor Erik Lang de su celda sin avisar a nadie y lo había conducido a un lugar donde acabó hallando la muerte en un incendio. Iban a basarse sobre todo en el código deontológico, su arma favorita: un sistema rígido, imposible de aplicar

en la práctica, a partir del cual se podría sancionar a todos y cada uno de los policías de Francia.

El primero en tomar la palabra fue uno de los representantes sindicales.

—Capitán —dijo en un tono afable mientras miraba sus notas—, tiene usted un historial extraordinario… de los más brillantes que he tenido ocasión de ver, a decir verdad.

—Gracias —respondió, procurando adoptar una actitud modesta.

El cuello de la camisa le raspaba. La había comprado el día anterior. Y la corbata era aún peor: no debería haber apretado tanto el nudo. Había perdido la costumbre de llevarla.

—Es usted una auténtica leyenda en la profesión. Constituye también un ejemplo, no sólo en Toulouse, sino para todos los policías de Francia…

«Cuidado —pensó—. Tampoco hay que exagerar…» Desvió la vista hacia el presidente del jurado, y su nerviosismo se acrecentó: el hombre posaba en él una mirada glacial, comprimiendo los labios. No parecía muy receptivo a los argumentos de los representantes sindicales que, durante diez minutos, no escatimaron elogios —sobre él, sobre sus hazañas y sobre su gestión humana—, intercalándolos con preguntas que le daban la oportunidad de mostrar su mejor cara.

—Creo que ya lo hemos captado —dijo cortante el presidente del jurado, antes de dirigirse a él con altivez—. Capitán, vamos a centrarnos en los hechos que nos ocupan. Si no me equivoco, ésta no es la primera vez que comete usted una infracción grave… Supongo que no hace falta recordarle lo que sucedió en ese hospital de Austria, un país donde tuvo la osadía de hacer uso de un arma de manera ilegal el año pasado. Y ahora esto… —La cara del director general era una máscara de frialdad e intransigencia absolutas—. Estamos reunidos aquí para dar respuesta a dos preguntas, no para maravillarnos con su historial. Y estas preguntas son las siguientes: ¿existió una falta por su parte que redundó en la muerte de Erik Lang en ese granero? ¿Constituyó asimismo una falta su comportamiento en Austria un año atrás? Resumiendo: ¿es usted un policía competente y ejemplar, tal como acabo de oír, o por el contrario es un agente de policía incontrolable al que conviene apartar lo antes posible del cuerpo para que no pueda perjudicar a nadie?

Los ojos del director eran dos clavos negros que apuntaban hacia él.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó.

La delegada sindical le dirigió una mirada indecisa. Estaban sentados en la antesala. Al otro lado de las puertas cerradas, la deliberación se prolongaba desde hacía más de tres cuartos de hora.

—No lo sé… En todo caso, ha ocurrido algo que tal vez podría ayudarnos —comentó en un tono trágicamente falto de convicción.

—¿Qué?

—Tú eres el tercero. Y los otros miembros de la Policía Judicial que han pasado antes de ti han sido destituidos. Es posible que se lo piensen dos veces antes de destituir a otro el mismo día…

Lo mismo pasaba con los permisos de conducir, se dijo. Si los dos candidatos anteriores habían suspendido, el tercero tenía más posibilidades de aprobar.

—Ya. ¿Y qué habían hecho?

—El primero formaba parte de un equipo de la Brigada Anticriminal que patrullaba de noche por el barrio de la Grande Borne, de Grigny. Justo después de entrar en la zona, al pasar una curva, se toparon con un sofá en llamas que les cortaba el paso. Aunque iban en un vehículo camuflado, los jóvenes conocían de memoria la matrícula, puesto que sus superiores no habían considerado necesario modificarla ni una sola vez en tres años. Sobre el coche se abatió una lluvia de adoquines y de bolas de petanca que hicieron estallar el parabrisas, y además les arrojaron tres cócteles molotov. El fuego prendió en el interior, y el agente que iba al volante se asustó y, al dar marcha atrás a toda velocidad, atropelló a uno de los jóvenes. Tenía quince años y desde entonces está en coma en el hospital. A raíz de ese suceso hubo tres noches de disturbios. Lo malo es que ya lo habían sancionado por haber sacado el arma cuando él y su compañera se encontraban acorralados en el vestíbulo de un edificio, ante una pandilla hostil compuesta por unos cuarenta chavales.

Como todos los policías de Francia, cuando oía las palabras «cóctel molotov», Servaz se acordaba de Viry-Châtillon: una emboscada que había acabado en drama en 2016. Varios agentes habían sufrido graves quemaduras, y aquello había supuesto un trauma imperecedero para los policías que patrullaban las calles a diario y para todos los miembros de la Brigada Anticriminal.

Los cabecillas de los barrios marginales utilizaban a los jóvenes como arma y perfilaban fronteras más allá de las cuales no toleraban la presencia de la policía. A fin de preservar la paz social, tanto la jerarquía policial como los políticos habían aceptado aquel estado de cosas, por más que aparentaran combatirlo. Y a consecuencia de ello, las emboscadas y las situaciones peligrosas para los policías se habían vuelto tan frecuentes que la prensa ya casi no se interesaba por ellas.

—¿Y el otro?

—Una detención en una barriada de Caen que tuvo un mal desenlace. Unos colegas de Estupefacientes que querían atrapar a un traficante. El tipo huyó al llegar la policía y dos compañeros salieron corriendo tras él. En la pareja había una agente que corre un maratón cada año, y no tardó en acortar distancias y en atraparlo. El tipo se detuvo, se dio la vuelta y la golpeó con violencia. Al llegar a su altura y verla tendida en el suelo, su compañero perdió los nervios y le propinó una paliza al

traficante. A aquel tipo lo habían detenido ya decenas de veces, pero una vez en el hospital le puso una denuncia. Además, declaró que no había soportado que quisiera detenerlo una mujer en pleno ramadán.

La representante sindical negó con la cabeza con pesimismo. A diferencia de los delincuentes, los policías no tenían derecho a cometer errores.

Justo en ese momento se abrieron las puertas de la sala. Servaz suspiró y se levantó, con un encogimiento de hombros. Luego se ajustó el nudo de la corbata. Esta vez iba en serio. Había llegado la hora de la verdad…

—Comandante… —dijo el director general.

Martin hizo una mueca. ¿Se estaba burlando de él? ¿Comandante? ¿Era posible que el presidente del jurado se equivocara al hacer alusión a su graduación?

El director general centró la vista en sus notas, recogió las hojas dispersas en la mesa para formar un montón homogéneo y posó una severa mirada en Servaz.

Ya estaba. Ante él tenía el cadalso, la guillotina, la cabeza que cae en el cesto… *Game over*.

—Tras deliberar con detenimiento y después de examinar todos los aspectos de este caso y analizar minuciosamente su comportamiento, este jurado ha llegado a la conclusión… de que no hay nada que reprocharle. Usted actuó con un único propósito: el de proteger a su hijo. Si bien es cierto que infringió algunas reglas del código deontológico, todos los aquí presentes sabemos que éstas pueden llegar a ser inaplicables en determinadas circunstancias. No lo consideramos responsable de la muerte de Erik Lang, la cual sólo cabe achacar a Rémy Mandel, cuya culpabilidad reconoció ya la justicia. La misma justicia que, dicho sea de paso, lo exculpó a usted con anterioridad.

Estaba soñando.

Se iba a despertar.

El corazón le latía demasiado deprisa, con excesivo ímpetu.

—A consecuencia de ello, no sólo hemos decidido mantenerlo en su cargo, sino que, tras llegar a la conclusión de que ya había recibido suficiente castigo por sus… errores pasados… y tomando en consideración su extraordinario historial profesional profusamente comentado aquí, hemos decidido restituirle su grado de comandante y sus funciones de jefe de equipo.

La sonrisa del director general se ensanchó, como la de un colega que acaba de contar un buen chiste en una fiesta de despedida.

—Este consejo disciplinario ha concluido. A partir de mañana podrá recuperar su insignia y su arma y regresar a la comisaría, comandante —concluyó.

El director, que de repente le parecía mucho más simpático que antes, desplegó su larga figura para levantarse de la silla. Los demás siguieron su ejemplo y la sala se llenó de un bullicio de voces. Entre felicitaciones y exclamaciones, Servaz recibió un buen número de palmadas amistosas en el hombro. «Lo sabía», le dijo uno de los representantes sindicales. Servaz desvió la mirada hacia el director general, que lo observaba de lejos. Una profunda arruga le surcaba la frente, como si se preguntara si había tomado la decisión correcta. Servaz se dirigió hacia él.

—Acompáñeme —le dijo el director cuando llegó a su lado, sin darle tiempo a pronunciar ni una palabra.

Lo condujo hasta un rincón de la estancia. El hombre, envarado y flaco como un militar, medía por lo menos diez centímetros más que Servaz. Curiosamente, le estrechó el brazo con afabilidad.

—A su regreso, salude a Léa de mi parte, por favor —dijo en voz baja.

—¿Cómo dice?

El hombre se inclinó hacia él.

—La doctora Léa Delambre. Vino a hacernos una visita mientras usted estaba atrapado en ese valle. Mi esposa y ella hablaron mucho de usted… Y yo siempre he escuchado lo que me dice mi mujer. A lo largo de mi carrera, siempre ha sido mi mejor consejera. Mi mujer también es médico y se crió en Toulouse. Léa y ella son amigas desde hace mucho… Se conocieron en el instituto y estudiaron juntas Medicina. Además, gracias a su diagnóstico, Léa salvó la vida de nuestra hija cuando tuvo una espantosa enfermedad… Le agradecería que tenga la bondad de saludarla de mi parte.

El director le dio un apretón de manos y fue a reunirse con sus compañeros.

—Deberías haberme hablado de eso —le reprochó.

Léa bajó la vista, con expresión contrita. Él sabía, sin embargo, que no se arrepentía. Después levantó la cabeza y lo miró.

—Me daba miedo que te negaras —susurró.

—Me habría negado.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Mucho.

—¿Tanto?

—Muchísimo.

—¿Tienes ganas de castigarme?

—Oh, sí, por supuesto.

—¿Me vas a atar?

—Es posible…

—¿Me vas a… azotar?

—Probablemente…

—¿Me castigarás?

—Qué más quisieras tú…

Léa soltó una carcajada. Luego rodó hacia él en la cama y, tras darle un golpe con la almohada, depositó un beso en su pecho desnudo.

—Sea malo conmigo, amo —susurró—. Castígueme… ¿Dónde has puesto las esposas? ¿Y la porra?

—Yo nunca llevo porra.

—¿Ah, no? ¡Qué lástima!

Percibía el olor de su cuerpo caliente y de su piel, y también el olor a sexo que emanaba de ella. El sol matinal que se filtraba entre las láminas de la persiana y se posaba sobre las sábanas acariciaba sus curvas, su cabello rojizo y brillante, el vello de sus brazos.

—¿Huevos revueltos? —le preguntó.

—Puedo ocuparme yo —contestó él.

El olor a café caliente se colaba hasta el cuarto. Desde allí oía los últimos gorgoteos de la cafetera en la cocina. Se sentía descansado, sereno y optimista. Había dormido como un ángel. O como un muerto. *Now My Heart Is Full,* habría podido cantar Morrissey. Él, sin embargo, no conocía a Morrissey, ni a Springsteen, ni a U2, ni a Rihanna, y ni siquiera a los Stones. En cuestión de música era un verdadero amish. Sólo escuchaba música clásica, y casi exclusivamente a Mahler.

—Necesito un café —le respondió Léa—. Gustav no tardará en despertarse —añadió con un asomo de afonía.

—Sí —confirmó él, adivinando que tenía un nudo en la garganta.

—Se va a extrañar al verme aquí… —advirtió Léa con un repentino velo de emoción en la mirada.

—Gustav te quiere mucho —aseguró él para tranquilizarla.

—Sí, pero me quiere como médico, no como madrastra… Y podría ponerse celoso si no te tiene sólo para él por la mañana…

—Pues va a tener que acostumbrarse, porque habrá muchas mañanas como ésta. Todo va a salir bien, Léa. Ya he hablado con él y está de acuerdo. Incluso parece entusiasmado con la perspectiva de tenerte aquí…

—Imagino que porque pensó que no estaría mal que pasara un par de horas con vosotros, pero no continuamente. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—Sí, es lo que quiero.

Martin se volvió para mirar el despertador.

—Margot llega dentro de tres horas —dijo.

Su hija iba a llegar en avión procedente de Montreal, en compañía de su nieto… Llevaba seis meses sin verlos. Cada vez que volvía a encontrarse con ella, era un poco más mujer que la vez anterior. Y también más… como él. Se le parecía cada vez más, en todos los sentidos. Era como una versión femenina de sí mismo. Se percató de la expresión de Léa.

—Todo irá bien —repitió—. Margot y tú haréis buenas migas, sois tal

para cual.

Léa asintió en silencio.

—Entonces, ¿qué? —reclamó él—. Tengo hambre.

Ella le propinó otro golpe con la almohada, antes de bajar de un salto de la cama.

—¡No vayas a creer que va a ser así todas las mañanas! —le advirtió mientras se ponía una de sus camisas y unos vaqueros.

—¿Qué, ya estamos negociando?

La siguió con la mirada mientras salía descalza de la habitación, con paso liviano, casi bailarín. Pensó en todo lo que sabía de esa mujer… y en todo lo que le quedaba por descubrir. Mucho tiempo atrás había pasado siete años con Alexandra, la madre de Margot, hasta que se dio cuenta de que no la conocía.

Mientras la oía cantar a Léo Ferré en el comedor, se acordó un instante del doctor Jérôme Gaudry. ¿Habría coqueteado con Léa en algún momento? ¿Habrían tenido una aventura antes de que él apareciera en su vida? Era posible… ¿Y qué? Se puso a pensar en sus dudas, en los celos que lo habían asaltado cuando estaba atrapado en ese valle, y entró en una nueva línea de reflexión. Tal vez aquellos celos eran tan sólo un síntoma de su propia inseguridad. Tal vez había llegado la hora de creer un poco más en sus posibilidades de ser feliz. Ningún hombre era capaz de determinar cuántas tentativas de acercamiento más o menos sutiles debía soportar cada día una mujer como Léa.

Había salido a comprar *La Dépêche* y unos cruasanes, dejando solos a Gustav y a Léa. Su hijo pareció encantado de verla en la cocina al levantarse, y Servaz había decidido que la mejor manera de acostumbrarlo a aquella nueva configuración era permitiendo que pasaran un rato a solas.

No estaba preocupado. Léa tenía buena mano con los niños. Al fin y al cabo, era una parte importante de su trabajo.

Se sentó al sol en una terraza, en la plaza del Capitole, y pidió un café. Entornó los ojos, dejando que la cálida y vigorizante luz le acariciara el rostro, y acabó cerrándolos. Al percibir la belleza y la profunda euritmia de aquella mañana, sintió que los planetas recuperaban su órbita, que todo volvía a estar en orden, en su sitio…

Abrió los ojos cuando el camarero dejó la taza delante de él y pensó en Marianne. La habían trasladado a un hospital psiquiátrico, a una unidad para pacientes difíciles, situada a varios centenares de kilómetros de allí, puesto que la de Cadillac, en la zona de la Gironde, sólo admitía hombres. Se trataba de un centro de alta seguridad, en el que se mantenía vigilados a los internos durante las veinticuatro horas del día. Aun así, las visitas estaban autorizadas. Desde el internamiento de Marianne, se había desplazado unas seis veces hasta el hospital, a pesar

de la distancia. En cada ocasión había recibido la misma respuesta por parte del psiquiatra.

—Lo siento mucho, pero no quiere hablar con usted, y nosotros no podemos obligarla.

—Lo comprendo. Dígale que he venido, por favor, y que volveré la semana que viene. Dígale que volveré cada semana, hasta que esté lista.

El psiquiatra le dirigió una mirada compasiva.

—Eso mismo le dije la semana pasada —respondió con tono afable, casi tierno—. Va a tener que ser paciente. Ella necesita tiempo…

—¿Cuánto tiempo?

—Es difícil precisarlo… Una semana, un mes, un año… Puede que más… Puede que nunca llegue el momento. Lo siento, pero no puedo responder a esa pregunta. De todas maneras, vuelva, por favor. No la abandone. No renuncie.

—No renunciaré.

Había bombardeado a preguntas al psiquiatra, pero él se había parapetado en el secreto profesional. «Está lo mejor que cabe esperar dadas las circunstancias actuales», le había contestado el director del centro, sin aclararle nada en concreto.

Después pensó en Irène. Había asistido al funeral de Zuzka dos semanas atrás, en un pequeño cementerio de la comarca del Gers. En ese día lluvioso las cornejas graznaban sobre las tumbas. Se trataba de una lluvia tibia; una lluvia que parecía albergar la humedad de un último beso, como si fuera un mensaje de adiós para Zuzka. Irène parecía tan destrozada y perdida que decidió pasar el resto del día con ella. Al final él se quedó a dormir en la casa rural que la capitana tenía alquilada y, después de la puesta del sol, cuando las estrellas se habían asomado ya en el cielo límpido, ambos estaban un poco borrachos. Ella lloró mucho, pero también rieron bastante, rememoraron momentos dichosos y reflexionaron sobre el tiempo que les quedaba por delante. Ambos coincidieron en expresar la certeza absoluta de que estaban ante el final de una época. Una época que daba paso a una nueva era, durante la cual muchos iban a caer en la irracionalidad y la violencia. Deberían enfrentarse a un período de destrucción y de caos. Al acostarse, había oído la música que provenía de la gran sala de abajo. Eran las canciones que les gustaban a Irène y a Zuzka.

Cogió el móvil que había dejado al lado de la taza de café y buscó el número en la agenda de contactos.

—¿Sí? —respondió Irène, con respiración jadeante.

—¿Dónde estás? —preguntó—. Pareces sofocada…

—Es que estoy sofocada.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? Subo, bajo… corro, a paso VMA, o sea, cien por cien VO2 max.

—¿Cómo?

—Déjalo. ¿Qué querías, Martin? ¿Es urgente?

Recordó que Irène estaba preparándose para un ultratrail. Probablemente ésa era su forma de sofocar la tristeza, aunque sólo fuera un poco.

—No, no… Te llamaré más tarde.

—De acuerdo, comandante. Ah, una cosa, Martin…

—Dime.

—¿Tú sabes lo bien que sienta el deporte?

—Ya he dejado de fumar, que no es poco. Además, está demostrado que un exceso de deporte puede ser perjudicial para la salud.

Irène soltó una risita sarcástica.

—Ya. ¿Has vuelto a dejar de fumar? Por lo visto, algunas personas tienen una influencia positiva sobre usted, comandante Servaz… Dales un beso de mi parte a Léa y a Gustav.

Cortó la comunicación, sonriendo, y a continuación abrió el periódico.

Cinco páginas enteras dedicadas al Mundial de fútbol. El ganador había sido Francia, con un cuatro a dos en la final contra Croacia y goles de Griezmann, de Pogba, de Mbappé y de Mandžukić en propia puerta. En la semifinal, Francia había ganado a Bélgica. El portero belga, mal perdedor, había declarado que su equipo fue el mejor y merecía haber ganado. Servaz sonrió. Nadie merecía nunca ganar: uno o bien perdía o bien ganaba, y punto.

El resto del periódico estaba lleno de sucesos horripilantes que habían tenido lugar tanto en aquella ciudad como en otras. Hacía mucho que ese país había dejado de ser racional. A veces tenía la impresión de que ya nadie estaba a salvo de aquel furor generalizado. Atentados, profanaciones, atracos, robos, secuestros, extorsiones, revueltas, asaltos en carretera, destrozos, amenazas de muerte, homicidios, vandalismo…

Cerró el periódico. No tenía ganas de pensar en eso. Le apetecía pensar que hacía un bonito día, que aquélla era una ciudad hermosísima y que la vida también era preciosa… Al fin y al cabo, la prensa y el público hablaban sin cesar de la violencia de ese siglo, pero éste no tenía nada que envidiar al anterior. La Primera Guerra Mundial había causado 18,6 millones de muertos. La guerra civil española, un millón. Hitler, 25 millones. Stalin, 20 millones de muertos. Mao, 70 millones. Pinochet, entre 3.000 y 9.000. Pol Pot y los jemeres rojos, dos millones. El conflicto de Ruanda, 800.000. Y la gripe española dejaba en ridículo a todos los coronavirus, con unos 100 millones de muertos de China a Europa entre 1918 y 1919. ¿Qué podían argumentar contra eso?

A pesar de todo, no ignoraba los peligros que traía consigo este siglo, empezando por la destrucción sin precedentes de la habitabilidad del planeta, la desregulación inacabable de una economía enloquecida y el ascenso de un neoscurantismo que negaba a un tiempo las virtudes de la ciencia y de la democracia.

Aun así, él tenía ganas de ser feliz de una vez por todas. Ésa era su

prioridad. ¿Acaso era mucho pedir ser feliz durante unos días, unas semanas o unos meses?

Observó un instante a un labrador que corría alegremente en torno a su amo, en la plaza bañada por el sol. En otro tiempo se habría fijado más en el animal solitario: el cuervo que picoteaba al margen del grupo, el perro abandonado y triste que busca en vano un hogar, el gato con el que no se quiere quedar nadie, ni siquiera los niños, porque le falta una pata… Tenía la sensación de comprender a esos seres desamparados. Le parecía que era como ellos, que sabía mejor que nadie lo que sentían…

Pero eso se había acabado.

Ahora tenía a Gustav, tenía a Léa, tenía a Margot, tenía un nieto… Tenía una familia. Ya no era el viejo perro solitario a quien nadie quiere adoptar.

Aun así, sabía que nunca hay nada definitivo, que la vida acaba por reclamar tarde o temprano lo que le ha dado a cada cual. Él no creía en la felicidad, pero Léa sí.

Pensó que en esa época había creencias de todo tipo. Había quienes creían que la Tierra era plana, que los norteamericanos nunca habían llegado a la Luna, que existía un complot para ocultar la verdad sobre las vacunas… Había opiniones para todos los gustos, favorecidas por internet. En realidad, nunca había habido tantos «creyentes» como ahora. Lo único que había cambiado eran las creencias.

De repente se dio cuenta de que también él creía en algo. Creía en Gustav, creía en Léa, creía en el amor… ¿Sería un iluso?

Tal vez.

De todas formas, era preferible eso a no creer en nada.

Como de costumbre, he jugado con la geografía, como el niño que reinventa el mundo con sus juguetes. La red Félix Trombe, por ejemplo — el mayor complejo subterráneo de Francia— , se encuentra entre las zonas de Cominges y Ariège, mientras que mi valle de ficción se sitúa un poco más hacia el oeste, entre Cominges y los Altos Pirineos. Debo hacer constar mi agradecimiento hacia los policías que me han informado, como siempre, de las dificultades y matices de su oficio, en especial sobre ese trance que supone para todo policía un consejo disciplinario y sobre el malestar profundo que reina hoy en día en el seno del cuerpo. Aunque adaptadas para las necesidades de la trama, las dos anécdotas citadas en el epílogo son, en parte, verídicas. Las encontré en dos libros apasionantes: Colère de flic*, de Guillaume Lebeau, y* La peur a changé de camp*, de Frédéric Ploquin.*

Agradecimientos

Cada nueva novela supone una lección de tenacidad. Se necesita empeño para no perder de vista la idea inicial tal como germinó, para conservarla con toda su frescura a pesar de los miles de horas dedicadas a perfilar todos sus aspectos. Mil gracias por ello a mis editores Bernard Fixot y Édith Leblond por su confianza y, por supuesto, a los equipos de la editorial XO que participan en el proyecto. Debo dar las gracias asimismo a Laura que, desde la sombra, donde le agrada estar, se mantiene siempre ojo avizor.